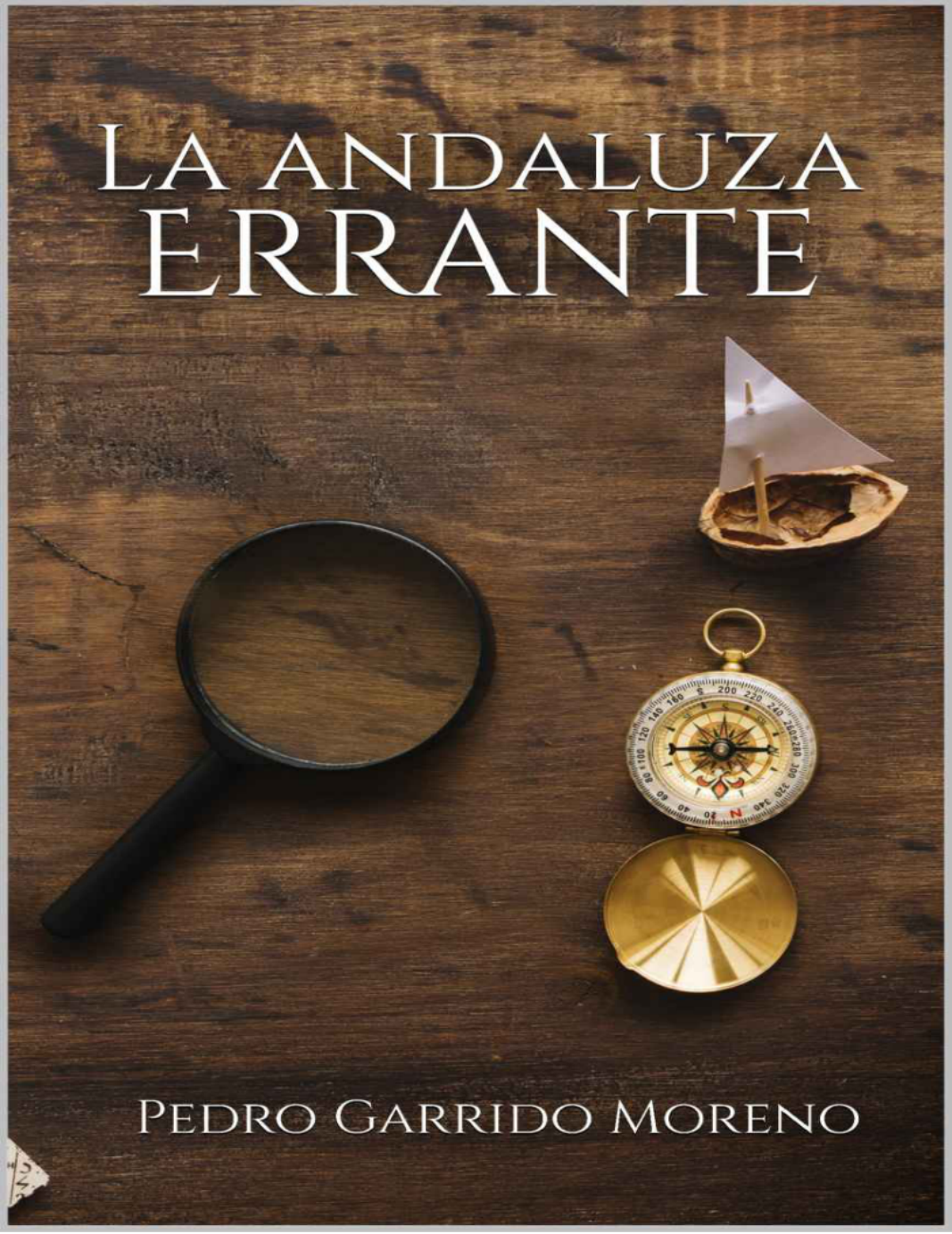
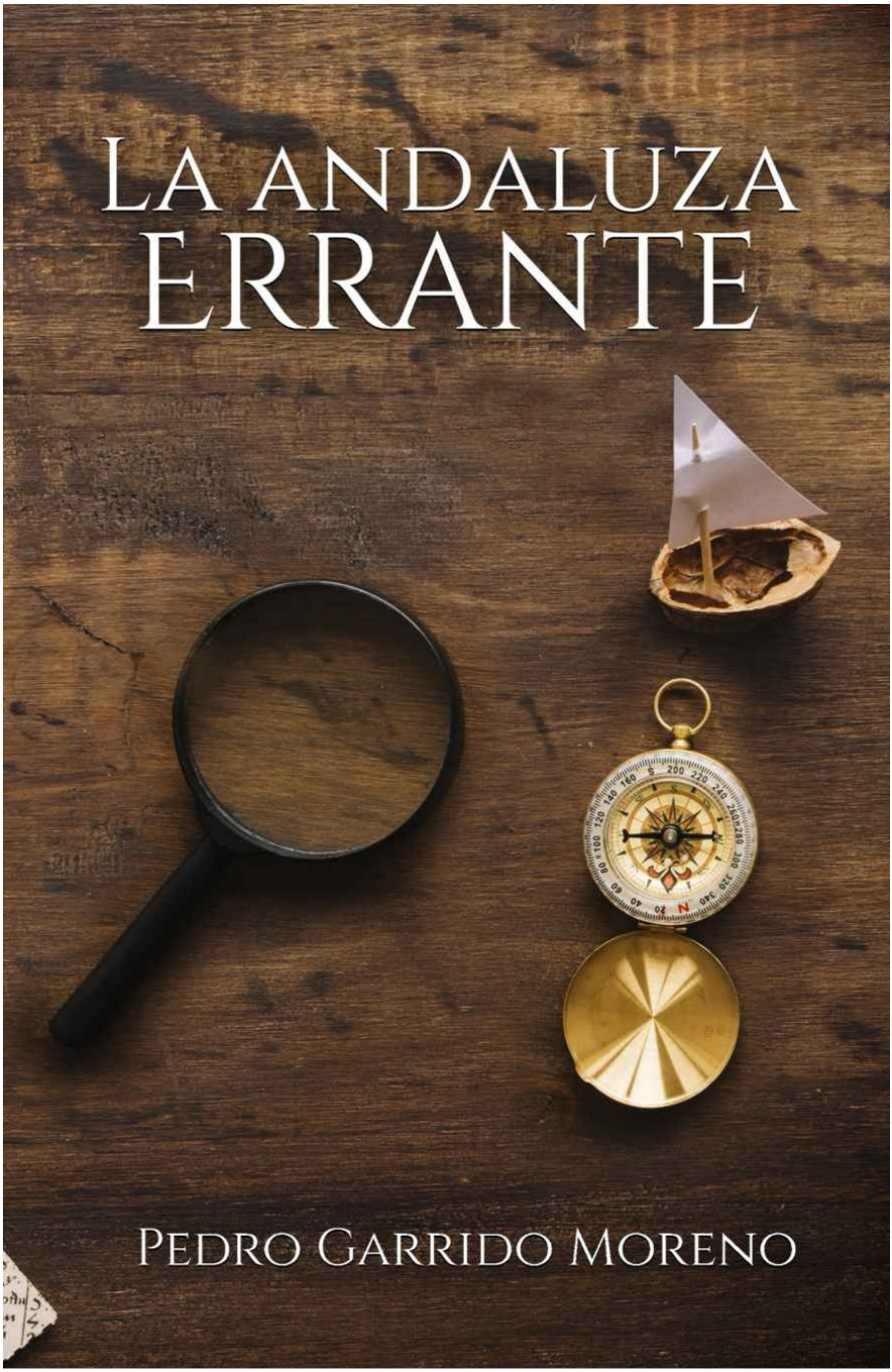
La andaluza errante



Pedro Garrido Moreno

La andaluza errante



Pedro Garrido Moreno

La andaluza errante
Pedro Garrido

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-09-45250-7

Copyright© Pedro Garrido 2022

Diseño de portada: Rachel's Design

Maquetación: Rachel's Design

Corrección: Tamara López Ruiz

Impreso en la UE – Printed in the UE

A mi tío Jose,
allá donde esté

Capítulo 1

Jaén,14 de enero de 2019

El inspector Gonzalo Díaz presionaba su mano con fuerza, apretando el colgador que había sobre la ventana del *zeta*. Intentaba bajar con las puntas de sus pies el pedal imaginario del asiento del copiloto, como si verdaderamente el coche patrulla fuese a frenar cada vez que esquivaba a los otros vehículos siguiendo a aquel BMW.

—H50 para *zeta 241*: estamos en persecución de un BMW 320 color oscuro en dirección Avenida de Andalucía. Solicito apoyo —decía mientras apretaba la radio con la mano que le quedaba libre.

Intentó mantener la calma, pero su adrenalina parecía subir más rápido que el cuentakilómetros del coche policial. Para él, aquello era lo peor de su trabajo. En la brigada de robos era muy difícil que una detención acabase en persecución.

Odiaba esa sensación que estaba a punto de dominar su cuerpo. Ese típico nudo en la garganta y el miedo al riesgo que se apoderaba de él, como en veces anteriores, al ver que lo que parecía una simple identificación desembocase en persecución. Las detenciones solían ser de madrugada, cuando el malo de la película solo llevaba encima unos calzoncillos y un par de calcetines.

Pero aquellos tipos no eran unos simples criminales. Tras tres años de investigación y seguimiento, acababan de dar con una de las bandas de delincuentes más grandes de la ciudad y no podían dejar escapar la oportunidad.

—H50 para zeta 241: acabamos de girar desde Avenida de Andalucía en sentido ascendente y vamos por carretera de Córdoba.

—Zeta 241 para H50: varias unidades van en camino.

El agente Moral apretaba el acelerador del *zeta* a fondo. Tenía los brazos extendidos y el ceño fruncido. Gonzalo confiaba ciegamente en él. De hecho, había salido victorioso de varias situaciones parecidas gracias a su destreza. Pero, en aquellas carreras, cualquier imprevisto podría acabar en tragedia.

El motor del vehículo revolucionaba con rapidez, pero era imposible pillar al BMW, que giró a la derecha en una rotonda y se adentró en la Carretera de la Circunvalación para después desaparecer de la vista de los agentes.

—¿Dónde está? —preguntó Moral mientras miraba hacia los lados —. Seguro que se han adentrado en Antonio Díaz.

—Es posible. Gira a la derecha —ordenó Gonzalo.

—Deberíamos esperar a que los compañeros vengan, jefe.

—Están al llegar. No te preocupes.

Moral giró hacia la derecha y se adentró en la calle Antonio Díaz. Era una calle muy pronunciada y estrecha, construida sobre las faldas de la montaña. Aquella vía era una especie de gueto conflictivo donde casi todos los asesinatos, robos e indicios de tráfico de drogas conducían allí y, seguramente, aquel no iba a ser un caso excepcional.

Las ruedas del coche rodaban despacio por los adoquines de la calle y el sonido de la goma era casi imperceptible. Tras adentrarse un poco, los agentes vieron el BMW con el motor en marcha y dos de sus puertas abiertas.

—Para el coche —dijo Gonzalo.

Los agentes se apearon del *zeta* y desenfundaron la pistola. Se aproximaron al vehículo, que parecía tener la radio encendida, y lo rodearon, comprobando si había alguien aún en él. Estaba vacío. Gonzalo miraba hacia las puertas y balcones de las casas de un lado y otro de la calle. Estaban tan juntas que casi impedían que el sol iluminara sus fachadas. Se fijó en una pared de un solar abandonado, unos metros más adelante del BMW, donde la maleza crecía sin control. Sobre la pared rezaba en un grafiti: *FUERA POLICÍA* y, justo al lado, otro en el que se podía leer: *MUERTE A LA PASMA*.

Tragó saliva, no por miedo, sino por ira. En momentos así, comprendía lo mal reconocido que estaba su trabajo y el odio envenenaba sus pensamientos.

“Ojalá que el miserable que ha escrito eso, no necesite nunca nada de un policía”.

Continuó caminando, con sus manos abrazando la pistola y apuntando hacia abajo. Miró hacia una casa de fachada blanca y ventanas verdes donde un niño de unos ocho años lo miraba entusiasmado. Gonzalo le hizo un gesto para que se apartase de la ventana, pero el niño señaló hacia una casa abandonada que había frente a Gonzalo.

—¿Están ahí? —preguntó sin apenas producir sonido alguno y señalando a la misma construcción.

El niño asintió sonriendo, y el inspector le devolvió la sonrisa. Observó aquella vivienda. La casa tenía la fachada de ladrillo, y sus puertas y ventanas en algún momento fueron azules.

—Quédate aquí—dijo Gonzalo.

—¿Estás loco, jefe? ¿Cómo va a entrar ahí solo? Lo haremos los dos.

—¡Escúchame! Estamos cerca de cerrar el caso en el que llevamos tres años trabajando. Pueden escapar por cualquier lado.

—Si, lo entiendo, pero entraremos los dos o esperamos a los refuerzos —sugirió Moral

—Esta calle no tiene salida. Si entramos los dos, pueden escapar por alguna ventana. Tampoco sabemos si pueden huir por algún patio trasero. Así que no nos queda otra opción. Quédate aquí. Es una

orden.

El inspector extendió su mano, empujó ligeramente la puerta de la casa y se adentró en ella. Las telarañas se mimetizaban con las pinturas y grafitis de las paredes. Era un lugar grande, con dos sofás verdes que podrían tener aún más años que la casa. Junto a uno de los sillones emergía un pasillo que comunicaba el salón con la cocina y lo que parecía de lejos un cuarto de baño. Entró con sumo cuidado a la primera estancia, paso a paso. Como si sus pies fuesen más ligeros que el aire. En aquel lugar solo quedaba un hornillo de gas y una cafetera abierta sobre el fregadero.

Gonzalo escuchó algo y vio cómo una sombra atravesaba el pasillo y cruzaba hacia salón.

—¡Alto, policía! —gritó.

El sospechoso corrió mirando hacia atrás hasta que, al llegar a la puerta y girarse, el codo del agente Moral lo dejó en el suelo, sin un par de dientes menos y aturdido.

—Yo me encargo de él —informó el agente mientras comenzaba a engrilletarle.

El inspector volvió al salón y subió por las escaleras que crujían a medida que ponía un pie en cada peldaño. En ese momento, su teléfono vibró y lo apretó con su mano por encima del pantalón.

Siguió ascendiendo y llegó a la planta superior. Tenía una puerta abierta a la derecha y otra cuya madera ya no cubría el marco entero a la izquierda.

Es hora de probar suerte, pensó, mientras se aproximaba hacia la habitación de la derecha y entraba en ella. Era una estancia algo más moderna que el resto de la casa. Tenía una cama de madera blanca y, sobre la pared, un póster de Camarón y Paco de Lucía. Justo en el fondo, había una pequeña mesa con una lámpara del conejo de Playboy y, pegada a la cama, una mesita de noche con un gato horrendo y dorado que tenía la mano alzada.

El agente dio dos pasos hacia delante y miró hacia los lados. En ese momento, una sombra apareció tras la puerta y se abalanzó sobre él a la vez que la pistola se le caía al suelo.

El sospechoso apretaba el cuello de Gonzalo con fuerza mientras el inspector intentaba quitárselo de encima. Sus ojos parecían salirse de sus órbitas y su piel se tornaba morada. Se abalanzó de espaldas sobre la cama y cayó sobre el sospechoso, que seguía apretando.

—No sabes con quién te has metido, poli de mierda. Voy a acabar con tu miseria de vida ahora mismo.

Gonzalo perdía poco a poco la fuerza que le quedaba, y se fijó en el póster de Camarón.

“Jamás pensé que fuese a morir frente a Camarón y Paco de Lucía”.

Su pensamiento fue tan particular que él mismo se sorprendió de

tener aquella ocurrencia al borde de la muerte.

Intentó, en un último esfuerzo, tirar con sus manos de uno de los brazos de su agresor que le rodeaba el cuello, pero fue en vano. Alzó su mano e intentó alcanzar el gato dorado, palpando la mesita de noche hasta que se hizo con él y golpeó a su agresor.

El sospechoso se echó las manos a la cara y soltó al inspector, que se levantó buscando su arma.

En el suelo, justo al lado de la mesa, la pistola estaba iluminada por uno de los rayos de sol que atravesaban una persiana vieja.

Gonzalo se agachó a cogerla, pero su agresor volvió a la carga y de un fuerte empujón lo mandó hacia la pared y se hizo con el arma.

—¡Vas a morir, hijo de puta! —dijo mientras lo apuntaba.

El inspector se fijó en la persona que iba a acabar con su vida en ese momento. Sus ojos estaban llenos de furia. Podía ver incluso el sudor resbalando por su cara. No le temblaba el pulso.

Se escuchó un breve crujido en la escalera.

—¡Díaz! —exclamó Moral.

El agresor dirigió la mirada hacia la puerta y Gonzalo miró hacia su derecha. Observó sobre la mesa aquella lámpara rosa con conejitos negros, la agarró y la usó, en una milésima de segundo, para hacerla estallar en mil pedazos contra la cabeza del criminal.

El inspector se abalanzó sobre él y le quitó el arma. En menos de dos segundos, su compañero entró en la habitación y, unos instantes más tarde, la casa estaba tan llena de policías que Gonzalo dudó si la planta superior soportaría tanto peso.

Salió a la calle, sacó su teléfono y marcó el número del comisario:

—Jefe, los tenemos.

Al Carlos no hacía falta darle más información. Estaba al día, o más que al día, al segundo, de todas las investigaciones que se llevaban a cabo en su comisaría.

Gonzalo comprobó que, sobre la parte superior de la pantalla, había una notificación de un mensaje que, seguramente, fue el que recibió mientras subía las escaleras.

Lo abrió y aquel texto le dejó un sabor agridulce. Su pulso se aceleró y el corazón se le iba a salir por la boca. Era su compañero Morillo:

Díaz, tal y como me pediste, mi compañero en Madrid me ha hecho el favor y me ha filtrado tu nuevo destino.

Capítulo 2

Jaén,28 de febrero de 2019

La Plaza de las Flores de Cádiz estaba a rebosar. La tarde de febrero caía y la brisa fresca recorría las calles estrechas de la ciudad. La humedad del mar comenzaba poco a poco a calar en los huesos, y todas las miradas apuntaban a la misma dirección: la escalera del edificio de Correos, en el corazón de la plaza, donde una chirigota estaba a punto de interpretar su repertorio.

Los coloretes decoraban las mejillas del improvisado público que comenzó a amontonarse alrededor de la agrupación gaditana. Los papelillos de colores bailaban sobre las cabezas y caían meciéndose bajo el tímido viento. El Moscatel se derramaba sobre algunas de las gargantas de los presentes y el ritmo del pasacalles de una caja y un bombo de otra agrupación podía escucharse a lo lejos.

Gonzalo aprovechó el breve descanso de la agrupación para mirar su teléfono móvil. Abrió un mensaje del comisario y miró a Ana, que estaba a su lado.

—Es el jefe, mañana quiere verme en su despacho.

Ana sonrió y lo besó.

—Eres el mejor policía del país, inspector Díaz.

Él sonrió, se acercó al oído de ella y susurró:

—No más que tú, inspectora Marín.

La chirigota continuó con su repertorio y volvió a sacar su teléfono para inmortalizar aquella estampa. Agarró a Ana por la cintura y alzó su brazo para obtener la mejor instantánea. La sonrisa de los dos era inmensa. Sobre la pantalla del móvil, en la imagen que la cámara del teléfono reflejaba, apareció algo que llamó la atención de Gonzalo. Tras ellos, se encontraba una cara familiar, alguien que había visto antes, en algún lugar. Intentó girar su cabeza, pero no podía, los nervios y el pánico le bloquearon. Ana seguía sonriendo, ajena a todo.

Una pistola apareció en la imagen del móvil apuntando a la nuca de la inspectora Marín. Aquel hombre rubio y de barba blanca tenía el odio dibujado en su mirada. Escupió unas palabras en alemán y apretó el gatillo. Gonzalo dio un grito aterrador y de un salto volvió de aquella pesadilla a la realidad de su cama.

Su corazón latía con fuerza por aquel sueño recurrente.

Palpó con su mano la parte derecha de aquel lecho, pero ella no estaba, como no había estado en los últimos años. Parecía que aún podía oler el aroma de su perfume, pero lo cierto es que los brazos del inspector ya no rodeaban a Ana cada noche.

Se incorporó en la cama y subió la persiana. La primavera parecía

entrar con timidez por las calles de la ciudad y dejaba atrás el frío invierno. Era el primer día después de varios meses en el que la temperatura bajaba de veinticinco grados y el cielo se cubría de nubes grises.

Pensó, precisamente, en que ese cambio de tiempo venía de la mano de otro cambio importante de su vida. Sabía perfectamente que le costaría adaptarse a su nuevo destino, pero dentro de él florecía la ilusión por conocer una capital más grande, con sus problemas, con sus luces y sus sombras. Tenía el presentimiento que no sólo sería un lugar distinto y que, aunque en la vida de un policía el riesgo siempre será un compañero, aquel cambio de aires le vendría bien para dejar atrás alguna de las ataduras mentales y, sobre todo, sentimentales, que le mantenían unido a Jaén.

Gonzalo se dio una ducha y se marchó a la comisaría sin desayunar. Tenía el estómago cerrado, su barriga era como una lavadora centrifugando y los nervios parecían ser la ropa que daba vueltas a toda velocidad por su vientre. Odiaba las despedidas, sobre todo, ese momento incómodo en el que no sabes qué decir cuando metes tus recuerdos y pertenencias en una caja y sales por la puerta despidiéndote de cada uno de tus compañeros.

Pensó en que si algo había aprendido en su vida era que no estaba acostumbrado a las despedidas. Ese sabor amargo que le dejaba en los labios, esa tristeza que se transformará en algún tiempo en nostalgia y que vivirá en él y, en sus ratos de soledad y cuando menos lo esperase, le daría la mano para pasear por sus propios recuerdos.

Despedirte de tus compañeros nunca es fácil, pensó. Siempre se suele decir, “esto es un hasta luego”, “no vamos a perder el contacto”, pero lo cierto es que la distancia es implacable con la amistad y que, a pesar de que habrá gente que se aferrará a ella con todo su empeño, hay personas que la dejarán escapar por el simple hecho de no volverte a ver.

Entró en la comisaría con unas ojeras que casi le rozaban los labios. No había dormido nada en toda la noche y su cabeza daba vueltas sobre si su decisión de traslado había sido la correcta. En la mesa de trabajo ya quedaban pocas cosas. Gonzalo cogió una vieja foto de su tío Miguel y de su padre en los Caños de Meca y la guardó en una caja. Introdujo después una pelota antiestrés que guardaba en el cajón y el bolígrafo que su madre le regaló cuando se convirtió en policía. Lo hacía con tristeza. Había pasado de la ilusión de esa mañana al despertar por su nuevo destino, a la tristeza de tener que poner tierra de por medio y dejar atrás a sus compañeros. Pasó los mejores años de su vida en Jaén, conoció a un grupo de profesionales que se dejaban la piel por su trabajo y, por supuesto, probó el amor de Ana.

Inevitablemente, pensó en ella, en su ausencia. Deseó contarle lo

ilusionado que estaba por marcharse más cerca de la Tacita de Plata, pero comprendió rápidamente que era ese preciso motivo el que le hacía irse a otra ciudad, dejando todos los recuerdos de Ana y toda su vida atrás, su maldita ausencia.

—Díaz —dijo la voz de Morillo a sus espaldas—. Tenemos una reunión. Como sabes, el próximo lunes visita la ciudad el presidente y hay que montar el operativo, así que vengo a despedirme por si cuando vuelva no estás. Que te vaya muy bien, y no olvides hacernos una visita de vez en cuando. Por cierto, sigo contando contigo para mi boda, ¿no? Esta mierda del cambio de destino no te impedirá venir, ¿verdad?

—Tranquilo. Cuenta conmigo, aunque tenga que hacer malabares con los turnos. Allí estaré.

—Joder, tío. Me tengo que ir. ¿Cuándo te vas para tu nuevo destino?

—Mañana.

—Genial, ¿qué te parece si nos vemos con los compañeros de la brigada esta noche? Yo me encargo.

—¿Qué mejor despedida? —respondió Gonzalo.

Morillo lanzó una breve carcajada y se marchó. Gonzalo se apoyó sobre su mesa mirando a su alrededor. Se fijó en los sitios de sus compañeros, en los que se amontonaba el papeleo. De las paredes colgaban posters contra las drogas, el abuso infantil y la violencia de género. Los compañeros dirigían al calabozo a personas con los brazos amarrados de las muñecas por unas frías esposas y con el orgullo de haber quitado algo de la mucha escoria que hay en la calle. Comprendió en ese momento que no había privilegio más grande para él que ser policía. Pensó que quizás el lugar donde desempeñar su trabajo no era importante, sino ser un profesional y, sobre todo, tener vocación.

Odiaba a todos aquellos que buscaban en este trabajo una oportunidad para ligar, usar un uniforme y una placa para vacilar a las mujeres o grabarse, hacerse fotos y vídeos alardeando en redes sociales, e incluso aquellos que veían en la policía una forma de tener un sueldo para toda la vida pero que, a la más mínima situación de peligro, corrían en sentido contrario a él. Pero, por encima de todo, sentía vergüenza de aquellos compañeros cuya edad había devorado al amor por esta profesión y solo dedicaban su turno a calentar en asiento del *zeta*, mirando para otro lado de vez en cuando.

Se dirigió al despacho del comisario Carlos. Llamó a la puerta con los nudillos, siendo consciente de que sería la última vez que entraría a aquella estancia.

—Díaz, pase. Siéntese.

El comisario parecía mostrarse más servicial y amable que de

costumbre. Quizás quería que Gonzalo se llevase una imagen simpática y positiva de él, más allá de su seriedad de todos estos años.

—Supongo que viene a despedirse.

—Así es —afirmó—. Mañana salgo para mi nuevo destino. Tengo un mes para incorporarme, pero quiero adaptarme a la nueva ciudad y conocerla un poco más.

—Entiendo —dijo mientras se reclinaba sobre la mesa y miraba a Gonzalo en silencio durante unos segundos—. Le echaremos de menos. Ha sido un policía ejemplar y un buen profesional.

—Supongo que eso se lo dirá a todos los que se marchan —bromeó —, pero muchas gracias, jefe. Esta comisaría ha sido mi casa durante muchos años.

—Sí, tiene razón. Se lo digo a todos los que se van. Pero hay algo especial en usted, y no lo digo por los galardones, las menciones y las felicitaciones que le llovieron tras el famoso caso del Santo Rostro. Lo digo por su forma de ser. En sus ojos veo inconformismo, ganas de llegar hasta el fondo de la investigación, por muy profunda que sea; amor por su trabajo y por todo lo relacionado con él y, sobre todo y quizás sea esto un defecto más que una virtud, es que es incesante en las investigaciones. Tengo constancia de que trabaja muchas horas en casa y, aunque considero que eso no es saludable, le hace ser un buen policía.

—Bueno, gracias… pero usted sabe que amo mi trabajo y que, bueno… tengo mucho tiempo libre.

—Lo sé, pero Díaz, ¿no cree que ya ha pasado mucho tiempo desde lo de Marín? No sé… Quizás me meta donde no me llaman, pero… tal vez es hora de que se busque compañía. Esta profesión es muy puñetera y no viene nunca mal tener un hombro en el que desahogarse de vez en cuando.

Gonzalo se puso serio. No esperaba aquellas palabras, y si algo odiaba es que alguien le dijera lo que tenía que hacer.

Esgrimió una falsa sonrisa y extendió su mano.

—Gracias por el consejo. Ha sido un placer pertenecer a esta comisaría —dijo intentando disimular el cabreo que empezaba a dibujarse en sus ojos.

—Espero que nos visite cuando pueda.

—Cuente con ello —concluyó Gonzalo estrechando la mano de su jefe y cerrando la puerta del despacho para siempre.

Capítulo 3

Jaén,28 de febrero de 2019

La luna se posaba sobre el Castillo de Santa Catalina, que hacía de centinela de la ciudad de Jaén. El agente Díaz se apoyó sobre la barandilla de su balcón, observando la fortaleza. Casualidades de la vida que durante tantos años hubiese pasado en bicicleta o corriendo junto al Castillo de Santa Catalina de Cádiz y que, años después, hubiese tenido otra fortaleza distinta, pero con el mismo nombre al alcance de la vista, con solo salir a su balcón. Un monumento era bañado por un mar de sal y espuma, y el otro, por verdes olivos.

Volvió su mirada hacia el Parque Andrés de Vandelvira y cerró los ojos, dejándose llevar por el olor a césped húmedo con aroma a una primavera adelantada. Febrero era, sin duda, uno de sus meses favoritos. El frío iba desapareciendo y con él, los sones de comparsas y chirigotas retumbaban en la radio de su coche, en sus ratos de ducha o sus noches en vela viendo el concurso del Falla.

Miró su reloj. Aún faltaba una hora para ver a sus compañeros y giró su vista hacia el salón. Las cajas de cartón se apilaban en forma de columnas. En las paredes podía distinguirse dónde había estado el cuadro de la puesta de sol de Cádiz. En otro hueco, un póster había decorado la estancia. Se trataba de la portada de un documental de Silvio Rodríguez, que era una guitarra con un puño cerrado como clavijero. Por último, un disco de Manuel Carrasco que le regaló Ana hace años, se podía ver en el hueco de una caja a medio cerrar.

Recuerdos.

Malditos recuerdos.

Cogió las llaves de casa y cerró con fuerza. Tenía claro que quería aprovechar la noche al máximo con sus compañeros, disfrutar de su despedida y llevarse un buen sabor de boca a su nuevo destino, pero también sintió la necesidad de despedirse de aquella ciudad.

Tomó el primer taxi que pasaba por la avenida y se dirigió hacia la Plaza Santa María. Allí, imponentes y majestuosas se hallaban las torres de la Catedral de la Asunción. Echó un vistazo a su alrededor: niños jugando y corriendo, parejas paseando, ancianos en unos bancos disfrutando de la noche fresca… parecía que nada había cambiado. Se preguntó cuántas personas recordarían que, en esa plaza, años atrás, perdió un amigo. Cuánta gente recordaría ya aquella investigación que se convirtió en un caso tan mediático.

Sentía la necesidad de entrar en el templo, perderse entre la pequeña selva de arcos renacentistas, contemplar los retablos y perder la noción del tiempo admirando la obra de Vandelvira, pero prefirió

no hacerlo y tener un motivo para volver.

Siempre habrá un motivo para volver.

Cómo cuesta despedirte de toda una vida, pensó. Qué difícil es dar un portazo a una etapa y dejar todo atrás, pero qué necesario es. Al fin y al cabo, la vida son etapas, cada etapa una despedida, cada despedida una bienvenida y aquellos altibajos, aquella montaña rusa que es la vida, te hace ser más fuerte.

Ser más fuerte.

Aquella pequeña reflexión le recordó a una canción, sacó su teléfono móvil y se colocó unos auriculares inalámbricos. Accedió a la biblioteca de música, reprodujo *Siempre Fuertes* de Manuel Carrasco y caminó, perdiéndose entre las calles.

A mi manera
No intento ser más listo que cualquiera
Cuanto más alto busco en las aceras
Donde encuentro la herida y la verdad.

Cuando tú quieras
Te enseño mi jardín sin primavera
Allí sembré el coraje, compañera
Para cuando nos duela respirar.

Estas ganas de huir y estas ganas de anclar
Sin saber dónde ir, ni saber dónde estar
Cómo ver el final, sin hallar la salida.

Mira, yo también lloré
Estuve roto y dejé de creer
Ahora, es momento de volver a querer
Y darlo todo.

Vamos, fuerte
No abandones, siempre fuerte
No nos vamos a rendir
Por ti, por mí.

Cuando prefieras
Quemamos las excusas en la hoguera
Dormimos a la sombra de la higuera
Para curar la herida junto al mar.

Esta vez, quédate, bailaremos despacio
A las dos, el hechizo no terminará.

Llévame al lugar donde quieras huir
Si vamos a luchar habrá que resistir
No te voy a soltar en medio del infierno.

Anduvo, solitario, observando cada uno de los rincones de la ciudad y se detuvo frente a la Peña Flamenca. Volvió a recordar a Ana, pero, esta vez, intentó hacerlo de otra forma. Su mirada atravesó la ventana y cruzó hasta el escenario. Se la imaginó moviendo sus manos, al ritmo de una bulería, con un vestido rojo que realzaba su figura, elevando su belleza al máximo. Se imaginó a sí mismo desde la barra, observando atónito el baile de ella y con su copa de vino en la mano, disfrutando de ese coraje y sentimiento tan característico de Ana en la ejecución de sus bailes.

Sonrió.

Y en aquel momento y con aquella sonrisa, supo que estaba preparado para dejar todo atrás.

Capítulo 4

Sevilla,4 de diciembre de 2022

Desde la sala de reuniones de la Jefatura Superior de la Policía de Sevilla, el comisario Carrasco escuchaba orgulloso las palabras del inspector jefe Benjumea.

—Sobre la mesa tienen el informe correspondiente a este año, cuyas cifras oficiales conoceremos en enero. Según los datos, en lo que llevamos de año se han producido en la ciudad cuarenta y siete robos en viviendas, dieciséis de ellos con familias en su interior. Como ustedes saben —dijo mirando al resto de agentes que había en la sala —, los asaltantes aprovechan la madrugada, fines de semana o vacaciones para entrar en viviendas que no están ocupadas por ocio y viajes estivales. De esos cuarenta y siete robos, la brigada ha detenido a diecinueve sospechosos que ya han pasado a disposición judicial y que han sido responsables, en principio, de varios de estos delitos. Además, otras cinco personas se encuentran con orden de busca y captura, y se está intentando identificar a un grupo que ha perpetrado seis robos y que, presumiblemente y según las primeras investigaciones, pueden ser de etnia gitana y residentes del Polígono Sur. Por otro lado, el inspector Díaz nos ha informado que, pese a estos datos, existen siete robos en viviendas en los que los asaltantes aún no han sido identificados.

Gonzalo observaba cómo el inspector jefe hablaba de su unidad de robos y aquellos datos, inevitablemente, le hacían sentirse orgulloso.

—Como aspecto a destacar, estamos centrados en la búsqueda de Antonio Suárez Cortés, alias "El Garbanzo". Es un delincuente que ha estado en prisión en dos ocasiones y al que se le inculpa de un asalto en una perfumería del Parque Alcosa, un atraco en un banco del mismo barrio y dos alunizajes en el centro comercial de los Alcores de Alcalá de Guadaíra. Este último delito fue realizado con dos vehículos previamente robados en dos garajes del distrito Sevilla Este.

La cara de *El Garbanzo* estaba proyectada por un cañón de luz que cegaba a ratos al inspector e iluminaba la pared de la sala de reuniones. Gonzalo se fijó en todas sus facciones: su mirada desafiante, su tatuaje en forma de lágrima bajo su ojo derecho, su barba canosa y desarreglada y su cicatriz en el pómulo izquierdo.

—Lo conozco —intervino el comisario—. Antes de detenerlo en 2009 disparó a un agente en el muslo, ¿no?

—Efectivamente, fue detenido por los compañeros de Dos Hermanas cuando se disponía a entrar en un chalet a las afueras de la localidad.

—¿Y ese alias de *El Garbanzo*? —preguntó el comisario.

Aquella pregunta no sorprendió al inspector jefe Benjumea. Sabía que Carrasco era un hombre particular y muy curioso.

—En 1985, cuando tenía veinticinco años, mató a un amigo de su padre. Al parecer, la víctima robó seis kilos de garbanzos que el padre de este tenía para vender. A partir de ahí, comenzó su carrera delictiva.

—Y… ¿tenemos indicios de por dónde puede moverse?

El inspector jefe asintió y volvió a dirigirse a la proyección, que esta vez mostraba un mapa de la ciudad marcado en algunas zonas con puntos rojos.

—Como habrá comprobado, jefe, sus acciones delictivas se acotan a Sevilla Este y Parque Alcosa. Dos barrios cercanos, exceptuando los alunizajes en Alcalá de Guadaíra. Sabemos que no reside en ninguno de ellos oficialmente, pero, o los conoce bien, o pasa bastante tiempo por allí. Así que es posible que lo podamos coger si merodea por la zona. Nuestros compañeros de los *zetas* de ese distrito tienen su foto y tenemos previsto hacer mañana un control con la UIP. Según su documentación, reside en casa de una hermana en el barrio de Pino Montano, pero los compañeros llevan varias semanas de vigilancia y no han tenido constancia de la presencia del sospechoso por ese domicilio.

—Estupendo. Pues mi más sincera enhorabuena a ambos y, por supuesto, a la unidad. Podemos dar por finalizada la reunión —sentenció el comisario—. Espero que El Garbanzo esté más pronto que tarde entre rejas —dijo poniéndose en pie.

Gonzalo se levantó y se percató de que el comisario le seguía hasta la puerta.

—Díaz.

—Dígame, jefe.

—¿Tiene un hueco libre? Me gustaría verle en mi despacho. Será un momento.

Gonzalo asintió, acompañó al comisario a su despacho y entraron. No era la primera vez que estaba allí, pero la diferencia social y elitista con su jefe se hacía notar en aquel lugar. Unos ventanales grandes iluminaban de manera natural la estancia y, desde ellos, se podía ver parte del skyline de la ciudad de Sevilla. Todo un privilegio al estar situado en la sexta planta. A la derecha de la ventana, una bandera de España y la foto del rey Felipe otorgaban cierta diplomacia a aquel sitio.

—Verá, Díaz, le seré sincero. Usted sabe que la policía lo es todo para mí. He visto pasar por esta comisaría a agentes de todo tipo.

—¿Qué me quiere decir?

—Sus cifras hablan por sí solas. El porcentaje de casos resueltos ha

subido cinco puntos con respecto a antes de su llegada. Creo que tiene un talento especial para esta labor, único, pero aún más para mantener el buen clima de trabajo en su equipo. Me alegro de que forme parte de esta brigada.

—Gracias, comisario. La verdad es que el éxito es gracias a mi equipo. Ellos…

—No sea modesto, Díaz —interrumpió—. Es un excelente profesional, el inspector jefe Benjumea habla maravillas de usted. Lo único que quiero es que dé cuanto antes con *el Garbanzo*. He leído el informe, llevamos ya unos meses detrás de él y no tenemos mucho.

—Gracias, comisario. Tiene mi palabra. Haremos todo lo posible por dar con él.

La puerta del despacho se abrió y la cabeza de una mujer pelirroja de mediana edad asomó por el hueco.

—Jefe, está aquí el nuevo.

—Hágale pasar, Luisa.

Gonzalo hizo ademán de levantarse, pero el comisario levantó su mano.

—Quédese. Quiero que conozca a la nueva incorporación de su grupo.

Miró a su jefe y sintió cierto orgullo. A pesar de ser superior, el comisario Carrasco era un tipo cercano y campechano.

—¿No venía el lunes, jefe?

—Sí, pero llamó esta mañana y me pidió incorporarse hoy. Quiere hacerse al puesto cuanto antes. Se ve que tiene vocación por su trabajo, o es que quizás no pueda dormir de no saber qué le aguarda en una de las ciudades más peligrosas del país —dijo bromeando.

Unos nudillos golpearon la puerta tres veces y un joven de unos veintisiete años entró por la puerta.

—Adelante —dijo el comisario señalando la silla que quedaba libre justo al lado de Gonzalo—. Agente García, le presento al que será su superior en la brigada de robos, el inspector Gonzalo Díaz.

—Un placer, tengo muy buenas referencias suyas. Fue usted el que dirigió la investigación de aquel robo del Santo Rostro, ¿no?

—Sí, así es —contestó modestamente—. Se ve que está usted puesto en investigaciones. Por aquella época, usted sería un crío.

—Quince años tendría, pero me acuerdo perfectamente. No por el hecho de verlo en la televisión, sino porque, aunque sea de Sevilla, mi madre es de Jaén y suelo ir con frecuencia.

—Por favor, siéntese —interrumpió el comisario mientras cogía un dossier y lo leía: “Jesús García Serrano. Año de ingreso en el cuerpo: 2014. Dos años en Barcelona, cuatro en Madrid en la UIP”. No está mal. Espero que intentes ganarte algunas medallas.

—Gracias, señor comisario.

—Díaz, acompañe al agente a su mesa y preséntele al resto del grupo.

Los dos salieron del despacho y se dirigieron a la sala de la brigada de robos. Era una estancia amplia, donde todos los agentes tenían una mesa y desde donde se coordinaban las distintas investigaciones. Al fondo de la sala, una pizarra blanca con numerosa información la presidía.

—Señores, me gustaría presentaros al agente Jesús García. Se incorpora al equipo para sustituir a Almansa. Desde hoy quiero que, aparte de lo que pueda salir, nos centremos en la búsqueda de *El Garbanzo*. García, estos son los agentes Cris Silva, María Espinosa, y ese de allí es Luis Suárez.

—¿Como el futbolista? —bromeó García intentando romper el hielo.

Aquel hombre de mediana estatura y con poco pelo resopló y contestó:

—Pues sí, todo el mundo me lo dice, pero mejor llámame Suárez.

Pareció no encajar aquella broma muy bien. Se la habían hecho tantas veces que, lo que al principio resultaba gracioso y anecdótico, se transformó en una manera de maldecir a sus padres por haber elegido aquel nombre, o quizás a aquel jugador por haberse hecho famoso.

Una mujer de pelo dorado, sonrisa perfecta y ojos claros entró en la sala.

—Jefe, nos ha entrado el aviso de un robo —dijo acercándose a Gonzalo.

—De acuerdo, Smith. Enseguida nos vamos —sentenció—. Espinosa y Silva, quiero que deis una vuelta por Parque Alcosa y Sevilla Este en busca de algún indicio o pista que nos lleve hasta *el Garbanzo*. Smith, a ti te quiero aquí. Sabes que nos eres de mucha ayuda frente a una pantalla. Por cierto, este es el agente García. Se incorpora hoy para sustituir a Almansa.

Aquella mujer rubia hizo un gesto con la cabeza hacia García a modo de saludo mientras él se acercó para estrecharle la mano.

—¿Smith? —preguntó el agente extrañado—. Curioso apellido.

—Sí. Emma Makarov Smith, pero para los compañeros soy Smith. Padre ruso, madre inglesa y yo, una sevillana con salero de nacimiento —bromeó.

—Muy curioso —contestó García con gran asombro y clavando sus ojos en ella con cierta simpatía.

Gonzalo cogió su abrigo y se dirigió hacia él.

—Vienes conmigo. Vamos a ver qué tal trabajas —dijo dándole una palmadita en la espalda—. ¿Qué es esta vez, Smith? ¿Un asalto a una vivienda, un vehículo, un banco?

—Nada de eso, jefe. Te vas a sorprender.

Capítulo 5

Sevilla,4 de diciembre de 2022

El sol se reflejaba sobre la acera y en la gran y extensa fachada de aquel palacio situado en una calle con su mismo nombre, las Dueñas.

Resultaba extraño encontrarse con un edificio de tales dimensiones en aquella vía tan estrecha y pequeña.

Sobre el horizonte se podía vislumbrar a lo lejos el campanario de la Iglesia Santa María de la Paz.

El Palacio de Dueñas tenía una gran entrada presidida por un pórtico de estilo mudéjar. Sobre las grandes puertas de madera, que estaban abiertas, se hallaba un azulejo que representaba el escudo de la familia propietaria del lugar.

Dos *zetas* se encontraban aparcados sobre la acera y un agente uniformado custodiaba la puerta.

—Según comentan desde la central, uno de los empleados del hogar encontró la puerta abierta de una estancia donde solo tiene acceso el duque, y en ese momento no se encontraba en casa —informaba Díaz mientras se bajaban del vehículo y cruzaban la puerta principal.

—Buenos días, inspector Díaz, y este es el agente García de la brigada de robos —se presentó al agente mostrando su placa—. ¿Dónde ha sido?

—Atravesando el jardín. Al fondo —indicó señalando el interior con la cabeza.

El inspector y su compañero entraron en aquella propiedad. Un amplio jardín les daba la bienvenida y un camino de albero los conducía al edificio principal, donde unos agentes uniformados hablaban con un hombre trajeado, alto, moreno y muy bien peinado.

—Buenos días, soy el Inspector Díaz, de la brigada de robos —dijo Gonzalo estrechándole la mano—. ¿Es usted el responsable de las instalaciones?

—Buenos días. Efectivamente. Mi nombre es Rodrigo Garzón, soy el gerente de esta institución. Acompáñenme, por favor.

Entraron en el edificio y se detuvieron en el recibidor. Gonzalo observó con detenimiento aquel lugar. Costaba mucho distinguir las paredes entre tantos cuadros y esculturas. Sin duda, aquel palacio era un museo.

Junto a las escaleras, había un cordón de terciopelo rojo que colgaba de la barandilla de madera.

—Entiendo que los visitantes no tienen acceso a la planta superior —se interesó el inspector.

—No. La zona de visitas solo es la planta baja. En la planta superior

se encuentra la residencia del duque.

Ascendieron a la segunda planta, donde pudieron ver un gran patio desde el cual se levantaba aquella edificación. Las estancias de aquella casa se distribuían al lado contrario del patio, y un pasillo exterior bordeaba el perímetro de la zona ajardinada. Este estaba rodeado por una gran barandilla de piedra construida bajo unos arcos de estilo mudéjar sevillano.

Desde las escaleras que previamente habían usado, se escuchaban las pisadas de un hombre alto, de pelo canoso y nariz puntiaguda que fue fácil de reconocer, pues Gonzalo lo había visto en muchas ocasiones en televisión y en la prensa rosa.

—Ya está aquí —dijo Rodrigo con cierta preocupación mientras se aproximaba al señor que subía las escaleras—. Señor, les presento al inspector Díaz y a su compañero. Señores, el Duque de Palma, el señor Marcos Martínez de Urijo.

Gonzalo estrechó la mano del Duque de Palma y clavó sus ojos su rostro. Era un hombre de unos setenta años, con muy pocas arrugas. Se conservaba bien y su altura le daba muy buena presencia.

—Acompáñenme, por favor —dijo el duque.

Caminaron bordeando el patio desde la planta superior y entraron en una habitación. A la derecha, un tapiz ambientado en la India ocupaba toda la pared y, justo enfrente, había una puerta abierta que no se correspondía con las demás. Justo a su derecha, incrustado en el marco, un pequeño panel con números hizo entender al inspector que aquello era una especie de cámara acorazada.

Gonzalo pensó que aquella estancia sería algo más pequeña, pero cuando se adentraron, comprobó que la habitación medía aproximadamente unos doscientos metros cuadrados. Había en un lateral una vitrina con trajes de época, estanterías con documentación, esculturas…

—Rodrigo, ¿Ha echado usted en falta algo?

—No, señor. A priori, no.

El agente García miró hacia el duque y el gerente. Se hacía preguntas, intentando dar respuestas. Era su primer caso y quería poner en valor su vocación delante del inspector.

—Señor, ¿no sería posible que la puerta se quedase abierta desde la última vez que la usó? —preguntó el agente.

—En absoluto. Llevo cinco días en Madrid. Es inviable que la puerta se quede abierta tanto tiempo. De hecho, recuerdo que antes de irme entré y me aseguré al salir de que estuviese cerrada.

—¿Y para qué entró? —se interesó Gonzalo.

—Cogí un libro de Bécquer. Una edición antigua de su libro de *Rimas*.

—¿Se lo iba a leer? —preguntó el inspector sabiendo que la

respuesta no iba a ser más que afirmativa.

—No, verá —dijo el duque acariciándose la barbilla—, anteayer tuve una cena con Su Majestad, que es un gran aficionado a la lectura, y le quise hacer ese regalo. Pero ya le digo, siempre me aseguro de que la cámara esté cerrada.

Gonzalo se mostró muy sorprendido. Un libro cargado de historia y con un gran valor había salido de una cámara acorazada rumbo a la Casa Real. Imaginó por un momento, cuántas obras de arte, libros y legajos se habían perdido por haber hecho uso de ellos vendiéndolos en el mercado negro, al mejor postor o incluso regalándolos por alguien al que le sobra patrimonio cultural.

—En efecto —añadió Rodrigo—, ayer mismo pasé yo por aquí y la puerta se encontraba cerrada.

Gonzalo observó aquel lugar, extrañado en cierto modo por la conversación del duque y el gerente de las instalaciones. Echó un vistazo a su alrededor, pero no había ningún indicio de que faltase algo. Tampoco parecía que la sala estuviese desordenada. Podría tratarse incluso de un fallo de seguridad o de algún ladrón que no encontrase lo que buscaba y se marchara. Pero, pensándolo bien, aquel lugar tenía obras de arte y documentos valiosísimos.

—Señor, debería echar un vistazo por si se han llevado algo —sugirió el inspector.

—Sí, pero a simple vista no veo que falte nada.

—¿Quién tiene acceso a esta cámara?

—Mi familia y yo.

—Necesitaremos acceso a las cámaras de seguridad, señor.

El duque caminaba por los pasillos, revisando todo aquel patrimonio de valor incalculable. Gonzalo aprovechó para curiosear también y se quedó fascinado con un uniforme que, por su aspecto, podría corresponder al siglo XIX.

—Este uniforme, ¿es original?

—Aquí todo es original. En este caso, se trata de un uniforme de la Guerra de la Independencia de un soldado francés. Como sabrán, mi tatarabuela era hermana de Eugenia de Montijo, que contrajo matrimonio con Napoleón III y fue emperatriz de Francia.

Gonzalo amaba la Historia del Arte, pero, a pesar de conocer parte de la historia de la casa de Palma, no conocía en absoluto su pasado, ni mucho menos su linaje. El inspector observó al duque. Esa mirada ya la había visto antes. Son gestos de personas que te miran por encima del hombro porque en su cuenta corriente hay más ceros y que han heredado un trozo de papel que viene, por lo general, sujeto a grandes tierras.

Recordó cuando se encargó de una investigación en un cortijo perteneciente a un gran terrateniente andaluz. Aún recordaba el

aspecto de aquel hombre, el señor Armijo, con melena peinada hacia atrás y con el rostro de estar oliendo a huevo podrido. Pero aún más se acordaba de su prepotencia, su capacidad de subestimar el trabajo de investigación que realizaron cuando le robaron varias joyas de su propiedad y su falta de carisma cuando dieron con ellas. Ni unas simples palabras de agradecimiento.

—He visto que le ha preguntado a Rodrigo si echa de menos algo de la sala, ¿tiene él también acceso a ella? —preguntó el inspector.

—Rodrigo es como de la familia. No tiene acceso, pero ha entrado conmigo varias veces.

García y el gerente seguían caminando por los estrechos pasillos de la estancia visualizando con detenimiento las obras y documentos, buscando algún tipo de alteración.

—¿Esta es la única cámara acorazada que tienen? —preguntó García volviéndose hacia el duque.

—Aquí sí. Tenemos otro palacio en Madrid y otro en Salamanca. En el de Madrid hay otra cámara acorazada. Gran parte de este patrimonio estaba en las estancias de ambos palacios, pero, tras abrirlos a visitas, decidimos ponerlos a buen recaudo.

—¿Puede hablarme un poco de ese patrimonio? —se interesó el inspector sacando una libreta.

El duque lo miró con seriedad y resopló. Algo en él mostraba que no le atraía la idea de hablar sobre las obras de arte y documentos que había entre esas cuatro paredes.

—Espero que sean personas serias, que no filtren luego datos a la prensa rosa. No es la primera vez que pasa.

Gonzalo se mostró en silencio mirando al inspector, con la punta del bolígrafo sobre la libreta, no dando ni la más mínima importancia a las palabras del duque.

—Entre los dos palacios, tenemos dos retratos de Goya, La *infanta Margarita* de Velázquez, la *Última cena* de Tiziano, una Biblia de 1430 que se considera la primera traducida al castellano, cartas de Colón, el último testamento de Fernando el Católico… Podría seguir, pero le puedo pasar mejor un inventario si lo necesita. Por cierto, Rodrigo —se giró hacia el gerente—, quizás sea una buena idea acceder al inventario y comprobar, de esta manera, si falta algo.

Rodrigo Garzón no contestó. Sus ojos se salían de sus órbitas al vislumbrar bajo una de las vitrinas una cartulina amarillenta, que podía ser una especie de portafolios antiguo. Se agachó rápidamente y lo abrió, comprobando que estaba vacío. Lo cerró de nuevo y su corazón pareció salirse por su boca, su pulso se aceleró y un pequeño sudor le recorrió el cuerpo al leer la información que rezaba en la portada del documento.

—Señor, no hace falta el inventario. Han robado una de las cartas

de Colón.

Capítulo 6

Sevilla,4 de diciembre de 2022

La Jefatura era un hervidero de agentes prácticamente a cualquier hora del día. Si algo llamaba la atención de Gonzalo, era la amplia diferencia de trabajo entre su antiguo destino y este. Jaén era, sin duda, una ciudad tranquila, con un índice de delincuencia muy bajo. Bien es cierto que Sevilla posee más población, pero la proliferación de barrios conflictivos provocaba que fuese uno de los núcleos urbanos más peligrosos del país.

El robo a la casa de Palma suponía otro de los casos con los que Gonzalo se relamía los labios. Uno de esos casos ligados a la historia. Estaba cansado de los robos de vehículos, pequeños hurtos y asaltos a viviendas. Sentía con este caso un pequeño hormigueo en la barriga que pocas veces antes había sentido.

El inspector llegó a su mesa, dejó su chaqueta sobre el respaldo de la silla y se marchó a por un capuchino. Adoraba esa sensación de calentarse las manos con el vaso de café ardiendo y saborearlo trago a trago, sin prisa, durante un largo rato. Volvió a su mesa, cogió su libreta y se dirigió a una pequeña sala de reuniones donde sus hombres le esperaban.

Si algo había aprendido en su dilatada experiencia, era la importancia de la comunicación. Adoraba las reuniones como punto de intercambio de información, pero también las utilizaba para hacer partícipes a sus subordinados en la investigación, que tuviesen un papel activo. Solía realizar una pequeña lluvia de ideas para elegir un rumbo u otro. Era de la condición de que no servía una cabeza pensante y varias que acatasen esos pensamientos, pudiendo tener varias cabezas pensantes a la vez. Tampoco le gustaba ser líder o, en el ámbito policial, superior de nadie, pero es cierto que tenía capacidad para repartir el trabajo y delegar. Adoraba ver cómo cada uno de aquellos policías aportaban en cada investigación su trabajo y cualidades en forma de engranaje.

—Señores, como saben, tenemos entre manos una importante investigación. Os necesito a todos al cien por cien. Para empezar, vamos a dividir el trabajo y destinaremos más recursos a la investigación del robo del Palacio de Dueñas que a la detención de *El Garbanzo*. De este modo, del caso de *El Garbanzo* se van a encargar Espinosa y Suárez —dijo dirigiéndose a ellos—. Quiero que se encarguen de dar una vuelta por el Distrito de Sevilla Este, Parque Alcosa y Torreblanca. ¿Alguna sugerencia? —preguntó dirigiéndose a ellos.

—Tenemos dos confidentes que suelen moverse por Parque Alcosa. Quizás puedan decirnos algo —contestó Suárez.

—También revisaremos las cámaras de seguridad de los atracos perpetrados. Quizás podamos dar con algo —añadió Espinosa.

—Pues manos a la obra.

Los agentes asintieron, cogieron sus abrigos, se enfundaron sus pistolas y se marcharon. El inspector miró al resto de su equipo, que aguardaba con cierto brillo en los ojos reflejando sus ansias por ponerse manos a la obra. Quizás esa fuese la esencia de un profesional, tener siempre ilusión por el trabajo y que cada caso te entusiasmase más que el anterior.

—Señores, estamos jodidos — informó Gonzalo—. Hay que ser conscientes de que recuperar una pieza de tal dimensión es muy complicado, pero nadie dijo que fuese fácil. Al parecer, la carta puede tener un valor que ronda entre los dieciocho y los veinticinco millones de euros. Es un documento que no solo tiene valor económico, sino que forma parte de la historia de nuestro país.

El inspector miró cómo Silva y Smith se miraban con cierta preocupación.

—¿Qué propone, jefe? —preguntó Silva—. ¿Me doy una vuelta por el rastro de *El Charco de la Pava?* —bromeó.

—No me jodas, Silva —replicó—. Tengo malas sensaciones con este caso. Si no tenemos pronto algo, creo que empezaremos a tener presiones. Ya sabéis que la Casa de Palma tiene mucho poder político en el país y, aún más, en la ciudad. Así que quiero que vayas al Palacio de Dueñas. García sigue allí. Échale un cable, supervísalo, pero deja que tome él la iniciativa. A ver cómo se desenvuelve. Interrogad al personal, a los trabajadores de la parte que se visita y volved a entrevistar al gerente. Quizás saquemos algo de valor. Los compañeros de la científica han estado allí y habrá que esperar los informes. Smith, quiero que visualices las cámaras de seguridad del Palacio e investigues por la red. Quizás puedas dar con algún mercado negro, que venda este tipo de… llamémosle… trozo de historia.

Los agentes se pusieron en marcha y Gonzalo se aproximó hacia su mesa. Sacó su teléfono e intentó buscar algún contacto que pudiera ayudarle en la investigación. Alguien con conocimiento de historia que pudiera arrojar un poco de luz al caso.

El inspector jefe Benjumea se aproximó a la mesa de Gonzalo. Traía consigo su inconfundible aroma a puro habano.

—Cuénteme, Díaz. ¿Qué tal ese asunto de la casa de Palma?

—Al parecer, han entrado en la cámara acorazada del Palacio de Dueñas y se han llevado una carta de Colón.

—¿Una carta de Colón? —repitió el inspector jefe incrédulo—. ¿Quién quiere una carta de Colón?

—No lo sé, pero tiene un extraordinario valor. El caso es que tenían acceso a gran cantidad de documentos valiosos y obras de arte, pero solo se llevaron eso.

Benjumea se sentó frente al escritorio de Gonzalo y giró su cabeza hacia la ventana.

—¿Qué medidas de seguridad tienen?

—Principalmente, las cámaras de seguridad y la propia cámara acorazada. Es un búnker. Al parecer, entraron por la propia puerta. No hay indicios de que fuese forzada.

—¿Y el duque?

—El duque estaba en su residencia de Madrid. Regresó esta mañana, cuando estábamos realizando la inspección ocular.

Gonzalo miró a su superior. En su rostro, que comenzaba a perfilar arrugas propias de la edad, se dibujaba preocupación.

—Es una investigación sin precedentes, Díaz. Confío en usted.

El inspector jefe se marchó de la sala, con sus pasos tranquilos y sosegados. Gonzalo se dirigió hacia el ordenador y comprobó algunas webs de antigüedades. Por un momento, sintió un cúmulo de emociones dentro de él. Una sensación que ya antes había sentido. Tal vez serían nervios por el caso o quizás, inevitablemente, pensó en la resolución de la investigación con la que se fraguó su prestigio dentro del cuerpo policial.

Siempre le había encantado la Historia. Tanto así, que cuando tuvo ocasión, madurez y oportunidad para poner un rumbo a su vida, se dedicó a estudiar la licenciatura en Historia del Arte. Le apasionaba el Renacimiento, como movimiento artístico e histórico, pero, sobre todo, su pasión por Leonardo Da Vinci fue esa mecha que le incitó desde los dieciséis años a tomar ese camino.

A veces, la vida da tantas vueltas que perdemos la cuenta y, durante los años de facultad, su vocación policial fue despertando. No sabía exactamente cuál fue el motivo, si fue su estrecha relación con su tío Miguel, su triste asesinato a manos de ETA, las series de policías de aquella época o aquella vez que presenció cómo un policía fuera de servicio impidió un atraco en la sucursal de su barrio, pero lo cierto es que decidió dar un giro en su vida y, tras terminar sus estudios en la facultad, superó el examen de acceso al cuerpo.

Su teléfono sonó mientras Gonzalo navegaba por la web.

—Inspector, soy Smith. He estado revisando las cámaras de seguridad del Palacio de Dueñas. No ha sido muy difícil encontrar el momento del robo. Tengo las imágenes.

Capítulo 7

Sevilla,4 de diciembre de 2022

La mesa de Smith solía estar siempre desordenada. Parecía que un huracán había pasado por aquella estancia. Lo único que contrastaba con aquel desorden era la propia belleza de la agente. Aquella cara simétrica, sus ojos claros, su nariz puntiaguda, su pelo rubio natural y su pequeño lunar sobre la comisura izquierda de su boca llamaban la atención de cualquiera.

Era una agente inconformista y seria. Quizás influía en su carácter la forma de ser de sus padres, un ruso y una británica, y que tanto contrastan con el sur de España. Tal vez esa particular personalidad le hacía ganar respeto. Si algo la caracterizaba, era la capacidad de conseguir lo que quería, de no rendirse. Mientras todos los agentes compartían la sala de la brigada donde los documentos se apilaban sobre las mesas, ella consiguió que el comisario le cediese una sala donde poder trabajar sola y poder instalar toda la maquinaria tecnológica de la que disponía.

Gonzalo abrió la puerta y entró. Era una pequeña estancia de unos diez metros cuadrados donde los rayos del sol atravesaban de lleno la ventana situada tras la mesa. Medía aproximadamente unos dos metros de ancho, y disponía de seis pantallas que mostraban diversos ángulos de lo que parecía ser el Palacio de Dueñas. A los lados de estas había tantos aparatos tecnológicos que Gonzalo dudó por un momento si estaba en una cabina de avión.

—Siéntese, inspector —dijo la agente extendiendo su mano hacia la silla que había a su lado.

—¿Ha encontrado algo interesante?

—El palacio cierra las puertas al público a las siete de la tarde. Hay que tener en cuenta que la planta superior, donde se produjo el robo, no está abierta a los turistas. Sobre las siete y media —dijo reproduciendo un vídeo—, puede ver que las limpiadoras comienzan a trabajar en las instalaciones. He contado que hay siete.

—Habrá que interrogarlas —añadió

—Ellas abandonan el recinto a las nueve y treinta y seis minutos de la noche. A esa hora, dos guardias de seguridad están vigilando las instalaciones.

—¿Estuvo el gerente ese día allí?

—Sí. De hecho —dijo pinchando en la cámara de un pasillo y acelerando el vídeo—, a las diez y dieciocho minutos sale de su despacho, como puede comprobar.

—¿Sale directamente al exterior?

—No, va antes al baño, y después abandona el recinto.

Gonzalo miró a Smith con cierta impaciencia. Sabía que era meticulosa con su trabajo, que observaba al detalle cada movimiento, cada gesto y cada imagen que las cámaras recogían, pero también sabía que le gustaba regocijarse cuando había hecho su trabajo bien. Era su sello de identidad.

—Vamos al grano, Smith. ¿A qué hora fue el robo?

—A las dos y diecisiete de la madrugada —dijo mostrando una cámara que apuntaba hacia la puerta principal—. Mire.

En la pantalla, se podía apreciar cómo la entrada se abría y una sombra la atravesaba. Después, ascendía por la pequeña valla y atravesaba el patio delantero. En ese momento, el inspector pensó en aquellas imágenes y en lo que suelen facilitar las cámaras de seguridad una investigación. En los últimos años, un ochenta por ciento de los robos en la ciudad habían podido esclarecerse gracias a las cámaras de los comercios aledaños, de bancos o incluso del propio negocio o vivienda.

—¿Y los guardias?

—Estaban tomando café —dijo mostrando otra imagen de una estancia donde se encontraban los vigilantes fumando y con un vaso en la mano junto a una máquina de café.

—No me jodas. ¿Tomando café? ¡Qué casualidad!

—No creo que sea una casualidad, inspector. He llamado a García y me ha comentado que los guardias tienen por costumbre tomar café a alrededor de las dos de la madrugada en el Patio de los Limones, que está justo detrás. Un momento después, si se fija, el sospechoso atraviesa la puerta principal. Aquí puede comprobar cómo sube por las escaleras y accede a la estancia donde está la sala acorazada. Es mucha casualidad que coincida la hora del asalto con la del descanso de los guardias, ¿no cree?

—Yo tampoco creo en las coincidencias. ¿Cómo accede a la cámara? Allí no se veían indicios de que hubiesen forzado la puerta.

—No sabría decirle. Creo que se trata de un profesional. Conoce muy bien el lugar y sabe dónde están las cámaras. Supongo que usaría algún sistema de hackeo para descodificar el código de acceso.

—Eso creo yo también. Se coloca de espaldas impidiendo ver qué utiliza para acceder. Luego entra en la estancia y cierra la puerta. Quizás conociese ese sistema de seguridad. ¿Existen cámaras en el interior de la cámara acorazada?

—Sí, inspector. El sospechoso, como puede comprobar, atraviesa la sala hasta el final. Se acerca a una vitrina y coge el documento de un viejo portafolios. Después, a las dos y veinticuatro minutos, abandona el lugar. A las dos y veintisiete minutos, tres minutos después de abrir la cámara, abandona el Palacio mientras los guardias siguen tomando

café.

—Se ve que el sospechoso sabía a lo que iba y dónde estaba. Lo que no entiendo es qué tendrá esa carta de Colón. No sé cómo vamos a dar con el sospechoso.

—Tranquilo, jefe. A veces nos agobiamos buscando respuestas donde no las hay. Quizás el sospechoso haya podido cometer algún error. Un pelo, una huella … algo. Y ahí lo detendremos.

El inspector se quedó unos segundos en silencio, pensando. Si había algo que un buen policía debía hacer es mantener la mente fría y pensar a cada momento.

Su teléfono sonó, se levantó de la silla y salió de la sala. La agente Smith se volvió hacia el ordenador y, durante unos segundos, se sumergió en Internet buscando algún tipo de información. Se adentró en las profundidades de la *Deep Web,* la parte más oscura de la red, donde se encuentra el mercado negro y es un punto de encuentro de las personas más míseras, decadentes y dementes de la sociedad. Desde comprar droga, armas o pagar para que una persona se grabe torturando y matando a otra lentamente. En la *Deep Web* todo es posible, pero, tal vez, si aquel documento se encontraba allí, en las alcantarillas de Internet, no iba a ser fácil encontrarlo.

El inspector volvió a entrar en el pequeño despacho de Smith con cara de preocupación.

—Los de la científica no han podido sacar huellas. Al parecer, hay pequeñas partículas sintéticas. Seguramente haya usado guantes de algún tipo de plástico o piel. Creo que deberíamos buscar en las cámaras de seguridad de los comercios exteriores. ¿Te encargas de ello?

La agente asintió y Gonzalo se despidió de ella saliendo de la sala. En aquel momento, Smith pensó en sus palabras: “A veces nos agobiamos buscando respuestas donde no las hay”, y una especie de chispa prendió en su cabeza. Había buceado hasta lo más recóndito de la *Deep Web* sin percatarse de que la respuesta quizás fuese más fácil.

En ese momento, abrió el explorador y en menos de tres segundos tenía una respuesta que daría un giro inesperado a la investigación.

Capítulo 8

Sevilla,4 de diciembre de 2022

Gonzalo caminó apresurado, atravesando la puerta principal del palacio de Dueñas y cruzando el jardín. Llevaba bajo el brazo una tablet. Aquel dispositivo iba a poner en un compromiso al duque. Iba pensando en cómo tener el tacto suficiente con él para hablarle de lo que Smith había encontrado y que podía involucrarle directamente con el robo. Debía estar seguro de lo que hacía, de sus palabras e incluso de sus gestos. Aquel hombre era una persona prestigiosa en el país y cualquier metedura de pata pondría a Gonzalo y a la brigada en un gran aprieto. Gonzalo pensó, incluso, que aquel hombre tendría abogados contados por decenas, con ansia judicial de poner las manos en el dinero de cualquiera que se atreviese a meterse con su cliente.

Miró a su alrededor y comprobó la cantidad de turistas que eran llevados, como un rebaño de ovejas, por los guías turísticos. Japoneses, alemanes, franceses… aquello recordaba, sin duda, al año de esplendor sevillano de la Expo92.

Lo cierto es que Sevilla era una ciudad muy turística. Los romanos, la invasión musulmana, el Guadalquivir y las rutas comerciales con el Nuevo Mundo hicieron que la mezcla cultural a lo largo del tiempo se tradujese en importantes monumentos. En sus calles y barrios también se respiraban historias y leyendas. Aquellos rincones hispalenses eran los guardianes de la memoria y hacían parecer que el tiempo no había pasado por la ciudad y que, en cualquier momento, podías encontrarte con mercaderes, caballeros, reyes, campesinos o doncellas.

Rodrigo Garzón, el gerente del Palacio de Dueñas, vio venir al inspector mientras descendía la escalera. Vestía un traje oscuro, camisa azul y sus zapatos deslumbraban a cualquiera. Sus gafas negras de pasta le daban ciertos rasgos de intelectualidad.

—Inspector Díaz, me alegra verle por aquí —dijo estrechándole la mano —. ¿En qué podemos ayudarle?

—Buenos días, estaba buscando al duque. ¿Se encuentra aquí? —preguntó apuntando su dedo hacia arriba.

—Sí, está. Pero me temo que no puede atenderle en este momento. Está ocupado y esta tarde sale hacia su residencia en Madrid. Mañana tiene un evento muy importante.

Gonzalo se quedó en silencio, mirando al gerente a la cara. Sabía que su mirada a veces imponía más que el brillo de su placa.

—Está bien. Dígale que tengo que hablar con él, que es importante y que me quedaré dando una vuelta por aquí hasta que termine.

Rodrigo se quedó en silencio un momento y miró hacia los lados.

Sacó de su bolsillo su teléfono móvil y le hizo un gesto con la mano al inspector para después alejarse.

Este miró a su alrededor y vio a una pareja con su hijo de unos seis años que jugaba a perseguir a las palomas. Se dejó llevar por aquella imagen de la inocencia de un niño en aquel lugar y no pudo evitar recordar a Antonio Machado.

Se lo imaginó paseando por esos patios jugando, riendo y, quién sabe, quizás con sus primeras rimas bajo el brazo. Quién iba a decir que aquel niño se convertiría en uno de los poetas más importantes de la literatura.

—Buenos días, inspector Díaz —interrumpió sus pensamientos el duque extendiendo su brazo en forma de saludo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días, señor. Siento interrumpirle sus quehaceres y sus obligaciones, pero me gustaría hablar con usted.

—No se preocupe. Mis obligaciones pueden esperar si es importante lo que tiene que decirme. ¿Han avanzado en la investigación o se sabe algo del robo? —preguntó con cierto interés.

—En la brigada estamos en ello, tenemos algunos indicios y pistas, pero aún es pronto.

Gonzalo mintió sabiendo que verdaderamente no existía el más mínimo atisbo de avance en la investigación. Lo solía hacer a menudo, y no sólo él, sino la mayoría de los investigadores. Al principio le costó hacerlo, pero luego se habituó, sabiendo que era crucial para que las víctimas tuviesen confianza en la policía y no cayesen en la desesperación.

—Verá, señor. Me gustaría hablar con usted en un sitio más privado.

El duque asintió con cara de preocupación. Le hizo un ademán con la cabeza al inspector y caminaron hacia la escalera que subía a la segunda planta, a su residencia.

—He visto que este palacio tiene una gran afluencia de visitas —dijo el inspector.

—Así es. Tuvimos una reunión tras el robo y estuvimos estudiando cerrar durante unos días el palacio, pero lo cierto es que estas instalaciones son una joya para los turistas y no nos podemos permitir el lujo de cerrar. Habría muchas personas que lo lamentarían.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Martínez de Urijo. Supongo que tantos visitantes supondrán un gran incremento económico en sus cuentas bancarias, ¿no es así?

Llegaron al rellano de la escalera y el duque hizo una parada. Miró a Gonzalo y resopló. En aquel pelo canoso y su piel peinada por las pequeñas arrugas había un gesto de resignación.

—No le voy a mentir, pero permítame que le corrija. Como bien se

imagina, supone un aporte económico para nuestra institución, pero mantener todas nuestras propiedades supone un desembolso económico muy grande.

—Lo entiendo. Este sitio es una verdadera joya. De hecho, antes, mientras lo esperaba, estaba contemplando el patio y me imaginaba a Antonio Machado, correteando por el jardín.

El duque sonrió. Colocó su mano derecha sobre la espalda del inspector y continuaron ascendiendo por la escalera.

—Machado solo vivió aquí ocho años. Luego se marchó a Madrid, pero sí, como dice, creció entre estos jardines y muros. Antes, todo lo que ve eran viviendas de alquiler. Mi bisabuelo Jacob se marchó al extranjero y decidió dividir el palacio en pisos familiares. Después, mi propio abuelo, y más tarde mi madre, restauraron el palacio. En una de esas viviendas nació Antonio Machado. De ahí su famoso poema que dice: *Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla…*

—*…y un huerto claro donde madura el limonero* —interrumpió Gonzalo—. Maravilloso fragmento.

—¡Vaya! Veo que usted tiene cierto gusto literario —se impresionó el duque.

—Sí. Nuestra tierra es cuna de grandes poetas. Qué menos que conocer sus obras más importantes.

—Estoy con usted, señor inspector. De hecho, muchos de esos poemas ya no se estudian ni en el colegio. ¿A dónde vamos a llegar? Menudo país estamos dejando a nuestras futuras generaciones.

Caminaron por un amplio pasillo, bordeando el gran patio interior cubierto de vegetación y entraron en un despacho. Era una gran sala con unos sofás antiguos con algunos adornos de madera. Gonzalo pensó que aquellos tresillos podrían ser del siglo XIX, o quizás podría haberlos traído alguien que se los encontró abandonados junto a un contenedor hace cincuenta años, pero lo cierto es que, siendo el lugar que era, el inspector supuso que aquellos sofás tendrían su historia.

Tras el sillón había cuadros de Sevilla, y de las otras paredes de la habitación colgaban retratos y cuadros de paisajes. A pocos metros del sofá, un gran escritorio color caoba daba cierto prestigio al lugar. Tras el escritorio, una gran biblioteca se iluminaba con los rayos del sol que entraban por la ventana.

El duque se sentó en el sofá e invitó al inspector a acompañarle. Unos segundos después, una mujer joven entró en la estancia.

—Luisa, por favor, póngame un café sólo con hielo y para el inspector…

—Un capuchino.

La joven asintió y se marchó cerrando la puerta. El duque se reclinó hacia el sofá y se giró, tirando con sus manos el bajo del pantalón para tapar la piel blanca que asomaba por sus tobillos.

—Bueno, señor Díaz. Ya estamos en un lugar más privado. Cuénteme, en qué puedo ayudarle.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas, señor.

—Eso suena mal. ¿Estoy en algún tipo de situación comprometida? —bromeó mientras reía.

—Para nada, señor —contestó Gonzalo correspondiéndole con risa —. Simplemente es para añadir información fundamental a la investigación. Dígame, ¿desde cuándo se puede visitar el palacio?

—Desde el año 2016.

—Entiendo que fue decisión suya abrirlo en ese momento ya que su madre había fallecido. ¿No es así?

—En efecto, mi madre no quería bajo ningún concepto que se pudiesen visitar los palacios. Era, en ocasiones, muy celosa de su intimidad. Tiene que entender que por este palacio han pasado grandes personalidades y está cargado de recuerdos e historias con un valor extraordinario. Cada vez que abrimos las puertas a desconocidos corremos un riesgo importante.

—Si su madre era reacia a abrir el palacio a las visitas, ¿por qué lo hizo usted?

—Verá, inspector, le seré sincero. Nuestra familia es el icono de la aristocracia en nuestro país. Por este lugar han pasado desde Américo Vespucio hasta Jackie Kennedy, el príncipe Rainiero de Mónaco o su esposa, Grace Kelly. A nosotros no nos gusta vender exclusivas en la prensa rosa a sabiendas que nuestra familia siempre ha estado en el punto de mira de la sociedad. A veces hemos concedido entrevistas, pero nunca hemos vendido nada de nuestra vida. Nos acosan continuamente periodistas y, ¿quiere saber por qué? Porque a la sociedad le interesa nuestra vida privada.

—¿A dónde quiere llegar, señor Martínez de Urijo?

—Cuando mi madre falleció, mis hermanos y yo nos dimos cuenta de que la Casa de Palma tenía muchas deudas. Mi madre se encargó de gestionar la economía de la familia junto a Arturo, un amigo de la familia que hacía las veces de gestor y administrador, pero, cuando tuvimos acceso a las cuentas, nos dimos cuenta de que estaban en déficit. Por lo tanto, y a sabiendas que mucha gente podría venir al palacio por la historia, pero otras muchas por el morbo, decidimos abrirlo al público.

—Le agradezco su sinceridad, pero, ¿cómo puede tener una institución como la Casa de Palma deudas? Le reconozco que un día pude ver una entrevista a su hermano y supe que su familia cobra más de tres millones de euros en subvenciones agrícolas, y todo el mundo sabe que se podría decir que media Andalucía les pertenece. Creo recordar que poseen treinta y cuatro mil hectáreas. Sin contar castillos, palacios y propiedades.

—Todo lo que dice es cierto, pero ese mismo motivo es la respuesta a su pregunta. ¿Cuánto cree que valen las restauraciones a los palacios y castillos que tenemos? ¿Y las obras de arte? ¿Cuánto cree que vale mantener las tierras de las que mi familia dispone? Además, recientemente hemos encargado una auditoría para saber si mi madre y, sobre todo Arturo, cometieron errores.

—¿Sobre todo Arturo? ¿Qué quiere decir con eso?

—No sé, señor inspector. Mis hermanos y yo sospechamos que Arturo pudo gestionar el patrimonio de nuestra familia de manera digamos… dudosa.

El inspector quedó en silencio pensando en lo que el duque había dicho. No dudaba en que la Casa de Palma tenía un déficit económico, pero también sabía que podría haber algo detrás. Aquellas tierras que, según el duque, costaba tanto mantener, daban gran cantidad de dinero a lo largo del año gracias a su explotación ya fuese de naranjas, aceite o trigo.

La puerta se abrió y apareció la joven con una bandeja y los dos cafés que habían pedido. Los dejó sobre la mesa, junto con unas galletas y unas pastas. Gonzalo le agradeció con una mirada aquella merienda. Cogió la taza, removió el café y le dio un trago.

—Háble me de la carta de Colón —dijo mientras soltaba la taza sobre la mesa.

—Si le soy sincero, no tengo mucha idea de Historia. Sé que era importante y que tiene un gran valor económico. Supongo que por eso la robaron. No sé qué hay escrito en ella, ni desde cuando pertenece a mi familia. Solo sé que era una carta de Colón destinada a su hijo.

El teléfono del inspector emitió un breve sonido seguido de una corta vibración. Era Smith.

Jefe, al parecer, la puerta de la cámara de seguridad no ha sido forzada. Además, no hay indicios de que haya sido hackeada.

—Verá, señor de Martínez de Urijo —dijo Gonzalo mientras sacaba la tablet—. Quiero que me responda a una pregunta en cuestión. —Gonzalo accedió a la carpeta de imágenes y fue mostrándole al duque capturas de noticias de periódicos—. En el año 2015 intentó subastar la carta robada que, según la casa de subastas Christie's, estaba valorada en veintiún millones de euros. En ese momento, el ministerio de Cultura intervino y denegó la venta. Es más, en el año 2013 ya se le denegó por primera vez.

El rostro del duque se tornó, mostrando nerviosismo. Guardó silencio durante unos segundos y después se levantó, se acarició la barbilla y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Qué me quiere decir, inspector? ¿Que yo he robado la carta? Creo que se está equivocando.

—No, en absoluto. Tranquilícese —sugirió Gonzalo haciendo un

gesto con la mano—. Señor Martínez de Urijo, soy policía y, como comprenderá, mi trabajo es investigar. Confío en usted, pero debe entender que tiene motivos para hacerlo. Si el gobierno no autorizaba la venta, podría haber encargado un falso robo para venderla en el mercado negro.

—¡Yo no he hecho nada de eso! —sentenció elevando la voz.

Gonzalo se levantó y se aproximó hacia él. Palpó con sus manos el bolsillo trasero y sacó un papel y un bolígrafo mientras apuntaba su número.

—Verá, le voy a dejar mi número, ya que tengo que irme — dijo mientras le extendía el trozo de papel y caminaba hacia la puerta—. Quizá recuerde algo que pueda sernos de ayuda. Una persona de la que sospeche, algo raro que haya visto usted los días previos al robo. No sé… —El inspector se detuvo justo delante de la puerta—. Por cierto, al parecer, la cámara acorazada no ha sido ni forzada ni hackeada. La persona que entró conocía la clave. Eso acota mucho la lista de sospechosos, ¿no cree?

El inspector se giró y clavó su mirada en los ojos arrugados del duque, esperando una respuesta que llegaría en segundos:

—¿Necesito un abogado?

Capítulo 9

Sevilla,4 de diciembre de 2022

La luz de la luna penetraba por los grandes ventanales de aquella habitación e iluminaba el cuerpo desnudo de aquella mujer. Su tez era blanca, pero la penumbra de la noche no dejaba distinguir muy bien su rostro.

Caminaba despacio hacia la cama, casi deslizándose con la punta de sus pies. Su pelo candente caía por sus hombros y comenzaba a derramarse por las sábanas. Se dejó caer poco a poco en la cama y buscó cobijo entre los brazos de él, que la esperaba con una sonrisa y un beso en su nariz fina.

Pasó su mano derecha por el abdomen duro y depilado del inspector y ascendió hasta su barba descuidada. Comenzó a morderle el labio y cogió su cuello para girarlo. Ese movimiento lo pilló desprevenido y lo dejó a merced de ella, que usó su lengua para pasear por su cuello y por su oreja derecha.

Gonzalo movía las piernas como el que ve pasar toda su vida delante mientras agoniza y el vello de sus brazos se le erizaba sin piedad alguna. Metió su mano por debajo del cuerpo de ella y, de un movimiento, la alzó para contemplarla de frente.

Ella seguía devorando su cuello y comenzaba a distinguir, poco a poco, cómo en su entrepierna se podía notar la dureza. En ese momento, aquella mujer empezó a respirar profundamente y se deslizó por el torso buscando con sus labios y su lengua aquello que notó momentos antes. Se sentía algo acalorada, y un fuego inmenso recorría su ser de abajo arriba. Se palpó con su mano derecha su depilado sexo y comprobó que sus manos se humedecieron. Cuando sus labios llegaron a la erección del inspector, su lengua empezó a lamer aquella dureza en todas direcciones para posteriormente jugar con sus labios realizando movimientos suaves, abajo, arriba, hacia delante y hacia atrás.

Gonzalo gemía y echaba su cabeza hacia atrás preso de la locura pasional a la que estaba sometido.

—Me encanta —suspiró.

Intentó aguantar el placer, pero su impaciencia acabó ganando la batalla y de un movimiento apartó a la chica, que se tumbó justo al lado para abrirle las piernas.

El inspector acarició con sus manos el cuello de ella mientras sus labios impactaban cada segundo sobre la piel suave de su pecho. Gonzalo pudo notar en su boca los pezones puntiagudos de aquella mujer a la vez que su erección rozaba su entrepierna suave y desnuda.

Buscó con sus labios desesperadamente aquello que su dureza estaba tocando y, al encontrarlo, una explosión de sensaciones se apoderó de ella. Respiraba profundamente, gemía y gritaba. Gonzalo jugaba con su lengua golpeando y acariciando su clítoris. Se ayudó del dedo índice para sentir la humedad y la penetró poco a poco, notando cómo su dedo se empapaba.

Se incorporó de nuevo y puso su ser en la entrada de aquel túnel de placer y besó a aquella mujer. El sudor impregnaba las sábanas y el olor a sexo se derramaba por las paredes.

Gonzalo jugó a la desesperación, y el roce de sus genitales con los de ella no hacía más que volver loca a aquella mujer.

—Métela —rogaba.

—No —contestó él—. Aún no.

Los pies de ella abrazaron el cuerpo de Gonzalo y con sus talones empujó fuertemente los glúteos duros del inspector y su erección entró con violencia, pero con placer, dentro de ella.

Aquellos movimientos comenzaron despacio y suaves, como pequeñas olas de mar rompiendo en la orilla de alguna cala. Los dos parecían ser uno.

La mujer gemía, cerraba los ojos y respiraba profundamente oliendo el perfume de Gonzalo, que penetraba en sus pulmones y eran el único resquicio que la ataba a la cordura.

—Dame más fuerte —pidió.

Como si fuese el motor de un avión, los movimientos sincronizados de ambos comenzaron a aumentar en frecuencia y con mucha intensidad. Aquella mujer notó cómo sus labios inferiores se iban contrayendo a la vez que la dureza del inspector iba tornándose más dura aún si cabía. Casi pudo jurar que podía notar cómo sus fluidos subían por su erección y, en ese momento, un orgasmo los dejó rendidos bajo la luna, que fue testigo otro día más del sexo y, según pensó Gonzalo aquel día, de la traición.

—¡Guau! Me ha encantado —preguntó la joven.

—Sí… claro. Ha estado bien.

Gonzalo mencionó aquellas palabras frías mientras se ponía de pie buscando su ropa.

—¿Por qué no pasas la noche conmigo? —sugirió la chica.

—Tengo mucho trabajo, Julia.

—Como siempre que vienes, Gonzalo. ¿Qué sucede? Siempre me haces lo mismo. Echamos un polvo y te vas. No quieres pasar tiempo conmigo. Me gustaría saber más de ti. Ni siquiera sé en qué trabajas.

—¿Quieres que pase tiempo contigo? ¿Qué sugieres? ¿Que vayamos al cine? ¿Que nos besemos por las calles mientras la gente nos ve? Quizás sea mejor que nos grabemos teniendo sexo y se lo mandas directamente a tu marido. Así le ahorrarías el disgusto de enterarse

por otras personas.

El silencio que se hizo en la habitación era tan frío que parecía haber bajado la temperatura de los cuerpos de ambos rápidamente.

—Ya te dije que quiero estar contigo. Si tú quieres, podemos empezar una vida juntos.

El inspector miró a la joven con cierta compasión.

—Tengo que irme —dijo mientras se abrochaba su camisa—. Quizás sea mejor que… no sé… no volvamos a vernos más.

Aquella mujer clavó su mirada en los ojos de Gonzalo. En su rostro se dibujaba una mezcla de ira y tristeza, y asintió. El inspector se despidió con un gesto y cerró la puerta.

Salió a la calle y se abrochó la chaqueta. Metió sus manos en los bolsillos laterales y escondió su boca bajo el cuello de su abrigo. La madrugada se había colado en las calles sevillanas y no había ni un alma en la calle.

Pensó en Julia y en cómo se había quedado desnuda y solitaria sobre la cama. La empatía se apoderó de él por un momento, pero con el tiempo aprendió a ser frío, a no dejarse llevar por los sentimientos, a no enamorarse, a no dejarse enamorar. Desde que Ana se marchó de su vida, aprendió a usar el sexo como una necesidad fisiológica más que por el simple placer. Compartía cama con chicas, pero no confidencias ni caricias. Se marchaba de sus casas e incluso, en ocasiones, de verdaderos antros o baños de pubs, con la misma prisa con la que las buscaba. Quizás su físico envidiable le ayudaba a satisfacer sus fantasías con cualquier chica, pero poco a poco comprendió que estaba perdiendo el interés por todo lo relacionado con el sexo como le sucedió con el amor.

Aparcó su coche a unos cien metros de su domicilio y caminó hacia él. La madrugada era fría y no le apetecía sacar las manos de la chaqueta ni tan siquiera para usar las llaves.

Entró en el portal casi somnoliento. La investigación le había absorbido la mayoría de la energía disponible de aquel día. El resto, lo había empleado en el rato con Julia.

Puso un pie en la escalera y subió con cierto aplomo. En ese momento, un estruendo lo hizo volver a la realidad.

Capítulo 10

Sevilla,5 de diciembre de 2022

El sonido penetró sus oídos de tal manera que parecía haberle rasgado el tímpano. Era un estruendo de cristales estallando en miles de pedazos seguido por el sonido de una alarma.

La mente de Gonzalo se puso en funcionamiento mil veces más rápido que su cuerpo y, mientras se giraba para volver a la calle, pensó que tal vez aquel sonido era de un coche empotrándose contra otro en el semáforo que había a escasos metros de su casa. Quizás, aquel sonido de alarma era debido al impacto del vehículo con otro que estuviese aparcado, pero nada de eso fue así.

Cuando salió al exterior, podía sentir las pulsaciones de su corazón en el cuello. Ya estaba acostumbrado, en cierto modo, a que la adrenalina recorriera a sus anchas su cuerpo en situaciones como esta.

Miró hacia ambos lados de la calle y no vio ningún rastro de accidente, pero pudo vislumbrar en la acera de enfrente un vehículo de grandes dimensiones empotrado en el escaparate de una perfumería a unos escasos cien metros.

Cruzó rápidamente la amplia avenida de tres carriles en ambos sentidos mientras se palpaba su cintura, buscando su pistola, y la desenfundó. Llegó al otro lado de la calle en escasos segundos y se escondió entre los coches. Sus pasos apenas se escuchaban con el sonido de la alarma de la perfumería.

—Un minuto y nos vamos —escuchó decir a uno de los asaltantes.

Alzó la cabeza por encima del cristal del piloto de un Nissan viejo que había aparcado junto al comercio. Pudo ver a tres ladrones que vestían ropa oscura y gorra. Tenían sus rostros tapados con un pañuelo. Uno de ellos era alto y delgado, otro de media estatura y también delgado, pero el que llamó la atención del inspector fue el asaltante que parecía dirigir el robo. Al escuchar sus indicaciones, advirtió que tenía una voz grave. Incluso pudo vislumbrar que tenía estatura media y pesaría unos ciento veinte kilos.

El inspector apoyó sus brazos sobre el capó del coche que había en las proximidades y con la más profunda rabia gritó:

—¡Policía! ¡Quietos!

Apretó con fuerza la culata de su Beretta, y en ese momento los asaltantes se cubrieron detrás del Audi Q5 que habían empotrado.

No se escuchaba más que el sonido estridente de la alarma y, a lo lejos, empezaban a oírse los primeros sonidos de las sirenas de los *zetas*.

Gonzalo empezó a sudar. No estaba seguro de si tenía una buena

posición y tampoco tenía contacto visual con los asaltantes.

Dudó si ponerse a cubierto y esperar simplemente a que viniesen los compañeros. Intentó mirar a un lado y a otro del Audi, pero seguía sin ver a nadie, así que aprovechó para memorizar la matrícula del vehículo.

El sonido de una bala impactando sobre el capó del Nissan a escasos centímetros de él hizo que se pusiese a cubierto, tumbándose junto a la rueda del vehículo. En ese momento, una serie de disparos hicieron saltar los cristales del Nissan, que cayeron sobre el cuerpo de Gonzalo como si de una lluvia afilada se tratase.

El inspector pudo comprobar, mientras intentaba no morir en aquel tiroteo, que el sonido de las balas era continuo y no simultáneo, lo que le hizo sospechar que eran disparadas desde la misma pistola.

Se arrastró junto a la rueda del coche y asomó su ojo izquierdo entre el poco espacio que le dejaba la forma circular del neumático.

Había algo que no le cuadraba. Había visto a tres personas, pero bajo el Audi solo se distinguían dos pies que se movían nerviosos de un lado a otro.

Quizás, pensó, los otros dos asaltantes podrían haber escapado o, lo que es peor, podrían haber salido durante el tiroteo de la tienda y tal vez estuviesen esperando para tenderle una especie de emboscada.

Miró hacia los lados y volvió a incorporarse sobre el capó.

—¡Vamos, hostia! ¡Súbete! —escuchó.

—Me voy a cargar a ese hijo de puta —dijo el otro asaltante que estaba fuera del vehículo.

—¡Que te subas, hostia! —volvió a gritar el primero.

Unos segundos después, el rugido de un motor apagó momentáneamente el sonido de la alarma. El inspector comprobó que aquellos delincuentes iban a escapar, así que se levantó y comenzó a disparar a las ruedas. Pensó por un momento que el Audi iba a salir a toda velocidad, pero con lo que el inspector no contaba es que el vehículo iba a impactar contra la parte delantera del Nissan y eso iba a hacer que saliese despedido, golpeándose la cabeza contra el suelo.

El Audi se detuvo junto a él y la puerta se abrió. Gonzalo se mostraba aturdido. Se acarició su nuca y comprobó que su cabeza comenzaba a emanar sangre. Intentó fijar su atención en el coche a la vez que con su mano derecha palpaba el suelo, buscando su arma.

La puerta del copiloto se abrió y unos pasos se aproximaron hacia él. Aquella figura se tornaba oscura, y la luz de la farola cegaba a Gonzalo. El sonido del arma cargándose confirmaba que estaba cerca de su final.

Irremediablemente, pensó en su vida, en todas las veces que había jugado a lanzarse al vacío sin red bajo el riesgo de su profesión, en cuántas veces había desafiado a la muerte. Esa muerte que le pisó

tanto los talones que hoy le había alcanzado.

—¿Qué coño haces? ¡Vamos, que la pasma está a punto de venir! —gritaba el conductor.

Aquella sombra se despojó de la tela que cubría su boca y giró su pistola hacia el conductor.

—¿Quieres que te deje frito aquí, junto a él?

El silencio se hizo y, en ese momento, la ceguera que la farola le producía al inspector fue interrumpida cuando aquel hombre lo volvió a encañonar. Entonces fue cuando Gonzalo pudo comprobar que se trataba de *El Garbanzo* y, en unos segundos, todo se volvió negro.

Capítulo 11

Sevilla,5 de diciembre de 2022

El hospital Virgen del Rocío era uno de los más grandes de Sevilla. Se encontraba en la zona sur de la capital y estaba formado por varios edificios.

A aquella hora de la madrugada los pasillos estaban desiertos y en las salas aledañas aguardaban familiares de pacientes que esperaban malas o buenas noticias.

En cierto modo, los hospitales son los aeropuertos de la vida. Un lugar abierto las veinticuatro horas del día y a donde llegan vidas mientras otras parten.

En ambas situaciones hay preocupación, se ruega, se reza. Resulta curioso que ambos viajes terminen con el llanto de los que están alrededor del viajero, pero que, precisamente, ese llanto tenga un significado tan distinto.

El agente Jesús García salió del ascensor y se aproximó hacia el mostrador. Detrás de él no había nadie, pero pudo comprobar que, tras la puerta que había al otro lado, los enfermeros descansaban sobre unos sillones azules.

Carraspeó un poco y una mujer de pelo rizado y de mediana edad volvió a la vigilia, mirando al agente con cara de pocos amigos. Se levantó caminando hacia el mostrador y a paso lento. El agente dudó por un momento si aquella mujer se había maquillado así o si, por el contrario, su maquillaje se había visto afectado por el sueño reparador del sillón. Finalmente, se declinó por lo primero.

—¿Qué desea? —preguntó con cierta seriedad.

—Buenas noches —contestó García con un tono de cierto respeto—. Quisiera saber dónde se encuentra Gonzalo Díaz. Es un compañero —dijo mostrando su reluciente placa a la enfermera.

—Habitación 711.

—De acuerdo, gracias. Por cierto, ¿cuál es su estado?

—El médico dice que tiene un traumatismo craneal, pero no reviste gravedad. Mañana le harán unas pruebas y, si todo marcha bien, lo mandarán para casa. Eso sí, ahora necesita reposo. Sería conveniente dejarlo descansar.

—Entiendo. Solo voy a entrar a verlo.

La enfermera se despidió de García con un gesto y volvió a su sillón. El agente caminó por el pasillo, mirando sobre las puertas los pequeños carteles para encontrar el número de la habitación del inspector. La 711.

La encontró en pocos segundos casi por descarte, pues era la última

del pasillo. Empujó la puerta y vio a Gonzalo sobre la cama, con los ojos cerrados. En el otro lado de la habitación había una cama vacía. Seguramente, la persona que la ocupaba había recibido el alta, o quizás hubiese tenido un destino peor, supuso García.

Cerró la puerta y se colocó a los pies de la cama. Contempló el rostro del inspector magullado por el incidente. Le llamó la atención que nadie acompañase a su superior en aquellos momentos

—¿Qué coño haces aquí, García? —dijo Gonzalo sorprendiendo a su compañero.

—Hola, inspector —contestó con cierto nerviosismo—. He venido a verle. Los compañeros de la comisaría de Sevilla Este nos han pasado información sobre lo sucedido y nos han comentado que le habían trasladado aquí.

—No tenías que haberte molestado.

El inspector se incorporó en la cama y buscó el mando para levantar el respaldo. Presionó el botón y, a una velocidad ínfima, el mueble comenzó a elevarse.

—¿Cómo sucedió todo? —preguntó García sin más dilación.

Gonzalo resopló, y en su cara se comenzó a dibujar un gesto de rabia e impotencia.

—Estaba entrando a casa y escuché un estruendo. Pensaba que era un accidente y, cuando me aproximé al lugar, comprobé que estaban robando en la perfumería que había a escasos metros. Perfumería Ana, creo recordar que se llamaba. He comprado allí en varias ocasiones. Se trataba de un alunizaje, así que desenfundé la pistola y me puse a cubierto. Les di el alto, y aquellos tipos respondieron con fuego sin dudarlo. Las balas casi me rozaron.

—¿Cuántos eran?

—Tres. Eran tres. Me puse a cubierto y escuché cómo se subían en el coche, así que vacié el cargador contra las ruedas, pero fue en vano. Lo siguiente que recuerdo es estar tumbado en la calle mientras me apuntaban con una pistola.

—¿Pudo reconocer a alguien?

El inspector se removió en la cama. Parecía incómodo y colocó su almohada bajo su zona lumbar.

—Sí, el que me apuntó con la pistola era *El Garbanzo*. Los otros dos iban encapuchados.

García tragó saliva y se quedó unos segundos en silencio. Gonzalo palpó cierto temor en la mirada de su compañero. Sabía de la gravedad del asunto. *El Garbanzo* era uno de los delincuentes más peligrosos de la ciudad y había estado a punto de morir.

—¿Cogió la matrícula del vehículo?

—Sí, pero no la recuerdo. Sé que las letras eran KSP, pero no recuerdo los números. Era un Audi Q5 de color negro. Tenía las lunas

tintadas.

—Está bien. Voy a comunicarlo a la central y nos pondremos a ello.

—De acuerdo, pero quiero que tú te ocupes del asunto del Palacio de Dueñas. Es más relevante que este. Yo intentaré estar pasado mañana de vuelta.

García asintió, le hizo un gesto al inspector y salió al pasillo. Gonzalo miró por la ventana. Comenzaba a amanecer y el cielo iba tornándose azul claro. Se escuchaba el ruido de los pájaros y el motor de los pocos coches que circulaban por la calle lateral del hospital. Las luces de un avión descendiendo hacia el aeropuerto captaron su atención y comenzó a relajarse sobre su cama cerrando poco a poco sus ojos.

Unos momentos después, cuando el inspector casi podía rozar sus sueños, García entró con el móvil en la mano y, sin mirar, su voz hizo volver a Gonzalo a la realidad de su cama.

—He pasado la información a los compañeros. Están haciendo un barrido por la zona.

Gonzalo asintió y volvió a mirar por la ventana. Por su gesto, García pudo percibir cierta tristeza.

—¿Se encuentra bien, inspector? —preguntó el agente aproximándose a los pies de la cama.

—Sí —contestó prácticamente sin mirar.

García echó un vistazo a la habitación. Sobre un sillón, varias prendas de ropa dobladas y unas zapatillas blancas. Al lado de la cama y sobre un mueble azul que hacía las veces de estante para poner los platos de comida, había un teléfono móvil que el inspector cogió.

—Señor, perdone por mi indiscreción, pero… ¿su familia sabe que está aquí?

Gonzalo clavó su mirada en la de su compañero y su silencio fue una respuesta clara y concisa.

—¿No tiene familia?

—Verás, García. Hay dos formas de tomarte este trabajo. Una es ir a trabajar, echar tu jornada y cumplir. La otra es darlo todo y que el ser policía sea tu estilo de vida. Hace años, como sabes, llevé la investigación del robo del Santo Rostro. Tengo que reconocer que me encanta mi trabajo, pero aquella investigación supuso un desgaste para mí, ya que se vio involucrado un buen amigo mío y dediqué todos mis esfuerzos en poder cerrar el caso.

El inspector se incorporó hacia un lateral de la cama y posó sus pies en el suelo. Unos segundos después, se inclinó hacia adelante y caminó hasta la ventana.

—Aquella investigación supuso un antes y un después para mí. Si antes amaba mi trabajo, desde aquel día me obsesioné hasta tal punto que descansaba cada vez menos con cada caso. No me permitía el lujo

de fallar. Dedicaba a la investigación los siete días de la semana, y estuve mucho tiempo sin visitar a mi hermana que vivía en Cádiz. De hecho, compartía mi vida con una chica o, al menos, eso pensaba. Quizás aquella mujer se dio cuenta de que mi vida solo la compartía conmigo mismo. Lo cierto es que un día, al llegar a casa del trabajo, se había ido.

Los ojos del inspector se humedecieron un poco mientras se frotaba su mentón.

—A los pocos días, una llamada me informaba de que mi hermana había muerto. Aquellas palabras de mi cuñado se quedaron grabadas en el baúl de las malas noticias de mi memoria.

—¿Era joven?

—Cuarenta años. Murió de cáncer de mama. Fui tan hijo de puta que llevaba más de dos años sin hablar con ella. Por eso no sabía nada y aquella noticia me dejó con el corazón roto.

—Todos cometemos errores, inspector.

—Efectivamente, pero esta vida es tan puñetera que no te permite volver a atrás para solucionarlos. ¿Imaginas el tiempo que hubiese pasado con mi pareja o con mi hermana si hubiese sabido que iba a perderlas a las dos?

—Lo entiendo, pero, ¿sabe una cosa? Tiene una nueva oportunidad. Quizá no pueda cambiar el pasado, pero tiene la oportunidad de que no le vuelva a pasar.

El inspector hizo un gesto de curiosidad mientras prestaba atención a las palabras de García.

—Salga, conozca a chicas. Dese una oportunidad. Nunca es tarde.

Gonzalo pensó en aquellas palabras que, sin duda, lo motivaron en cierto modo. Incluso le cambió el humor y la forma de ver su soledad. Se perdió durante algunos momentos en sus recuerdos, en aquellas noches en las que salía hasta el amanecer. Las borracheras formaban parte del fin de semana y la única preocupación de aquellos años de juventud era la de pasárselo bien. Se imaginó de nuevo tumbado en la arena de la playa, tras noches interminables de fiesta con sus amigos que se alargaban hasta que las sombrillas ocupaban los primeros sitios junto a la orilla.

García sacó de la bolsa que llevaba consigo un libro y lo dejó sobre la mesa. Su portada era azul y había trazos descendientes que parecían simular lluvia. Era un dibujo un tanto abstracto donde aparecía la silueta de una mujer con un vestido rojo.

—Le traigo un regalo. He supuesto que, como iba a estar tiempo aquí, le gustaría leer algo —dijo señalando el libro—. *El día que se perdió la cordura,* de Javier Castillo.

El inspector alzó la mano y cogió el ejemplar contemplando aquella portada.

—He oído hablar de él —dijo—, tiene cinco libros y este es el primero. Llevo tiempo queriendo leerlo. Muchas gracias, García.

—Es un thriller policíaco, supuse que le gustaría.

—Así es. Pero esto puede ser contraproducente. Tanta investigación en la vida real y en la ficción puede saturarme —bromeó—. Por cierto, García, le voy a pedir un favor. Necesito que vaya mañana al Palacio de Dueñas.

—¿Para qué? —preguntó el agente un tanto extrañado.

—Interrogue al personal. Guardas de seguridad, limpiadoras y, sobre todo, al gerente. Quizá puedan darnos alguna pista. Hay algo que no me da buena espina.

Capítulo 12

Sevilla,5 de diciembre de 2022

García salió de la Jefatura rumbo al Palacio de Dueñas junto con su compañera, la agente María Espinosa. El inspector Díaz le había sugerido que le acompañase, ya que se le daba bastante bien recabar información.

María era cordobesa. Tenía veintisiete años y mucha proyección dentro de la brigada. Su carrera universitaria en criminología con matrícula de honor y su buen resultado en las oposiciones del cuerpo, sumado a una satisfactoria y amplia hoja de servicio, le sirvieron para entrar en la brigada por méritos propios.

Salieron del barrio de los Remedios y atravesaron el Puente de San Telmo. Continuaron por el Paseo de Colón y giraron a la derecha para perderse entre las calles estrechas. En menos de veinte minutos, habían aparcado el coche sobre la amplia acera del Palacio de Dueñas, dejando un distintivo policial para evitar multas.

—En el centro es imposible aparcar —dijo Espinosa.

Se apearon del vehículo y atravesaron las grandes puertas del complejo. Tras ellas, se encontraba una pequeña verja de hierro y un torno. Custodiando el acceso había dos guardias de seguridad. Los agentes mostraron sus placas y caminaron hacia la entrada del edificio. Era una especie de apeadero donde supusieron que hacía años los coches de caballos, y posteriormente los vehículos de las personas más influyentes, paraban para que nadie conociese la identidad de los visitantes.

Saludaron a una mujer que vestía falda oscura, camisa blanca y un pañuelo azul oscuro rodeándole el cuello.

—Buenos días. Nos gustaría ver al duque, si es posible —dijo Espinosa.

—Lo siento, agentes. Me temo que no está en casa en estos momentos.

—En ese caso, hablaremos con el gerente.

La mujer asintió y se marchó, atravesando un pequeño arco que tenía a su derecha y perdiéndose entre uno de los muchos jardines que poseía el palacio.

En una de las paredes, los agentes se fijaron en un inmenso escudo de la Casa de Palma que decoraba la entrada. En él se podían ver los restos de banderas de Inglaterra, Escocia e Irlanda debido al linaje de sus ascendientes con dichos reinos.

—Hay que reconocer que impone un poco tratar con esta gente —dijo García.

—Sí, pero te aseguro que a ellos también les debe imponer o, más bien preocupar, que la policía esté aquí —le respondió Espinosa guiñándole un ojo.

Un hombre de pelo negro y gafas de pasta descendió por las escaleras estrechas que había en uno de los laterales de aquella instancia. Iba acompañado de otro hombre de unos cincuenta años con entradas y melena canosa.

—Buenos días. Soy Rodrigo Garzón, el gerente cultural del Palacio de Dueñas —dijo extendiendo su mano—. Este es Salvador de los Santos, abogado de la familia.

—Buenos días, señor. Soy Jesús García, y esta es mi compañera María Espinosa. No sé si lo recuerda, pero vine con el inspector Díaz.

Eh, sí, sí. Ahora que lo dice, sí.

Aquella respuesta no gustó a García. Sabía que aquel hombre no recordaba ni el más mínimo rasgo de su cara.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Pues verá, lo siento mucho, pero tenemos que realizar unos trámites burocráticos y después tengo una reunión en la consejería. Estamos organizando unas jornadas culturales de…

—Serán solo unos segundos —interrumpió Espinosa.

Rodrigo dejó de hablar y miró a ambos agentes, resopló y les pidió que los acompañasen arriba.

Ascendieron por las escaleras por las que previamente el gerente y el abogado había bajado, y llegaron a la primera planta. Atravesaron un pasillo y entraron en un despacho.

Era una estancia que concordaba con el resto del Palacio. Una gran puerta, cuadros con marcos dorados con muchos detalles, muebles caoba robustos…

—Tomen asiento —dijo Rodrigo—. Y cuéntenme. Les pido por favor que sean breves.

—Háblenos un poco sobre la gente que trabaja aquí.

—Para eso les puedo sacar una lista, pero así, a *grosso modo*, diría que unas diez personas. Tenemos un hombre que hace las veces de vigilante y que tiene una sala de estar justo a la entrada del complejo, en un pequeño edificio. La empresa de seguridad proporciona cuatro guardias, uno por turno. En el Palacio hay una persona de mantenimiento, un jardinero y dos limpiadoras. En la casa del duque, una persona de servicio y otra de limpieza.

—Entiendo —dijo García mientras tomaba nota.

—También, en momentos oportunos, vienen restauradores. Todo ello sin contar a los visitantes, claro está.

—Entonces, excepto la empresa de seguridad, ¿el resto de empleados está bajo nómina de la Casa de Dueñas?

—Así es. Como ya les he dicho, sí. Ahora, si me disculpan —dijo

levantándose.

—¿Dónde estuvo usted la noche del robo? —preguntó sin rodeos García.

Rodrigo se quedó quieto mientras miraba a los agentes y después al abogado.

—Estuve en casa. ¿Acaso sospechan de mí?

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

El gerente caminó hacia la puerta algo nervioso. Puso la mano en el pomo e invitó a los agentes a salir.

—Por supuesto que sí. Mi mujer. Ahora, por favor, si eso es todo…

—Caballero, tranquilícese. Tenemos que hacer nuestro trabajo.

—¿Su trabajo? ¿Acaso creen ustedes que yo sería capaz de robar a la gente para la que trabajo? Si quieren hacer su labor interroguen al resto de personal, que no son pocos. Yo soy una persona honrada.

—¿A qué hora salió del Palacio el día del robo? —preguntó Espinosa.

—Creo que ustedes tienen acceso a esa información —contestó el gerente—. Lo pueden comprobar en las grabaciones de las cámaras. Aun así, se lo diré yo. Salí a las nueve y veinticinco de la noche. Me marché en mi coche y lo dejé en casa.

García miró a su compañera, hicieron un gesto y salieron de la sala, hacia el pasillo. En ese momento, el duque abandonaba el ascensor que se encontraba al final del corredor. Se aproximó hacia ellos y los agentes se identificaron. García volvió a enfadarse pues el duque tampoco lo reconoció.

Esta vez iba vestido un tanto menos formal. Llevaba unos vaqueros y un jersey sobre una camisa. El noble extendió su mano y se la estrechó a los agentes.

—Hemos venido a dar una vuelta para saber si habían visto algo raro en estos días y realizar algunas preguntas al personal.

—Me parece bien. De hecho, iba a ponerme en contacto con el inspector Díaz para ver cómo avanzaba la investigación. En estos días hemos reforzado la seguridad y les pedimos a los visitantes el DNI, para llevar un control.

—Me parece una idea estupenda. Un lugar como este merece grandes medidas de seguridad.

—Así es. Rodrigo, Salvador, ¿salís ya para el Ayuntamiento? Vais a llegar tarde —dijo dirigiéndose a sus trabajadores.

—Sí, es que los agentes estaban…

—Recabando información —volvió a interrumpir Espinosa.

Rodrigo le hizo un gesto a Salvador y se marcharon a la vez que García miraba a su compañera con los labios un tanto apretados. Ella, que se mostraba ajena a su compañero, centró su mirada en el duque.

—Por favor, entren a mi despacho.

Los agentes caminaron por el pasillo y accedieron a otra estancia. Era una habitación un poco más grande que la del gerente, con una pequeña mesa de reuniones.

El duque tomó asiento, pero su cara reflejaba incomodidad. Movió un poco sus caderas y sacó de su bolsillo trasero el teléfono móvil y la cartera.

García pudo comprobar cómo, al menos, tres billetes de color morado asomaban un poco de la billetera. Por un momento, pensó en cuánto dinero podría haber en aquella cartera. Pudo comprobar también que el duque tenía unas seis tarjetas, sin llegar a saber si eran todas de crédito. Lo que estaba claro es que no tenía la del transporte público.

Entre todas esas tarjetas, una de color negro y de cartón sobresalía por el filo mostrando un logo.

—Les dijo a mis compañeros que el día del robo no se encontraba en casa, ¿no es así?

—Efectivamente. En esos momentos, me encontraba en mi residencia de Madrid.

—¿Cómo se enteró de que se había producido el robo?

—Me llamaron desde la empresa de seguridad cuando la limpiadora se encontró la cámara acorazada abierta.

García se quedó esperando una pregunta que pusiese al duque en un aprieto, como antes hizo Espinosa con Rodrigo. Sin embargo, esa pregunta no llegó.

Se despidieron del duque y abandonaron la planta superior. Llegaron al apeadero y decidieron dar una vuelta por el Palacio. Dos grupos escuchaban atentos las explicaciones de los guías. Caminaron bordeando el complejo hasta el patio de los Limoneros, y echaron un vistazo a aquel gran jardín donde los limones brillaban como si fueran estrellas.

—¿Cómo se te ocurre interrogar así al gerente? —dijo García aprovechando que estaban a cierta distancia de la gente—. Nos vas a meter en un lío. Esta gente tiene poder e influencias.

El agente miró a su compañera, que empezó a sonreír. Tenía dos lunares, uno debajo de cada ojo, que se arrugaban a la vez iba creciendo su sonrisa.

—Tranquilo, compañero. Si el inspector te ha propuesto que te acompañase, es porque cree que soy la mejor interrogando. De hecho, lo soy —dijo bromeando.

García se fijó en ella. Tuvo que reconocer que supo poner en aprietos al gerente a pesar de su juventud. En cierto modo, precisamente aquella juventud le hacía mostrarse poco madura, pero, a la vez, le permitía no temer por las consecuencias. Aquella joven no tendría más de veinticinco años, pero muchas ganas de comerse el

mundo policial.

—Creo que esta gente oculta algo. Las cámaras graban a una persona que entra con facilidad a la cámara acorazada. Los guardias se encuentran en ese momento descansando… todo muy raro.

—Yo no lo creo. Estoy segura de que ocultan algo y sé cómo averiguarlo.

Capítulo 13

Sevilla,5 de diciembre de 2022

Gonzalo llegó sobre las cuatro de la tarde a la Jefatura. Su cabeza parecía estallar con dolores punzantes sincronizados con cada latido de su corazón. Un latido, una punzada. Dudaba si aquella dolencia era producida por su percance con *el Garbanzo* o su preocupación por el caso de la Casa de Dueñas.

Aprovechó la comida del hospital para no pasar por casa tras haber pedido el alta voluntaria, y subió hasta la planta de la brigada en busca de García y Espinosa.

Salió del ascensor apresurado y entró en la sala, pero estaba vacía. Caminó hacia el despacho del comisario, pero se lo encontró cerrado.

Tal vez esa era uno de los inconvenientes o, quizás, ventajas de trabajar en la brigada: los horarios.

Los agentes tenían flexibilidad horaria. La investigación, los delincuentes y los seguimientos no descansan nunca. De hecho, recordó una conversación con su amigo de la infancia, el agente Chica, miembro de la UCO (Unidad Central Operativa) de la Guardia Civil.

El agente Manuel Chica no era un amigo al que Gonzalo viese asiduamente. De hecho, la última vez que estuvo con él fue un año y medio antes, en una visita de su compañero a Sevilla. A pesar de pasar tiempo sin verse, su comunicación era constante.

Calculó rápidamente desde qué edad eran amigos, y se vio jugando en los corralones del barrio de la Viña, dando patadas a un balón o escuchando las primeras coplas de carnaval sobre los mostradores de los bares genuinos de la ciudad.

El inspector supo diferenciar muy bien desde pequeño entre amigos y conocidos, pero, sin duda, aquel joven Guardia Civil pertenecía a la breve y corta lista de amigos de Gonzalo.

La última vez que se encontraron, Chica fue a la ciudad a pasar un fin de semana en casa del inspector, unos días antes de ir a ver a su familia a Cádiz.

Paseaban por la Alameda de Hércules, buscando una mesa libre entre tanta cantidad de locales repletos de gente joven.

—Menos mal que no somos la Policía Local o, más bien, menos mal que no estamos de servicio —dijo Chica mientras se sentaban en una mesa libre que encontraron justo al llegar a un local.

—¿Por qué dices eso? —se interesó Gonzalo.

—Bueno, mira a tu alrededor. Creo que podríamos enlazar una sanción con otra. Aquel hippie de las rastas se está fumando un

petardo, aquel grupo de allí que hay en el banco está consumiendo alcohol en la vía pública…

Gonzalo esgrimió una pequeña carcajada.

—Has cambiado mucho, amigo. Este ambiente era el nuestro hace unos años. ¿O acaso ya no recuerdas cuando nos bebíamos las tardes y las noches en el Palmar o Los Caños? En esa época, los hippies éramos nosotros.

—Yo no he cambiado. Es cierto lo que dices, pero ahora veo el mundo con madurez. Estaba claro que no íbamos a estar siempre viendo atardeceres en el mar con una litrona en la mano, ¿no?

—No sería mal plan de vida —contestó Gonzalo—. Qué rápido has envejecido.

El camarero se les acercó y pidieron dos copas. El inspector miró a su alrededor y supo que el ambiente de aquella zona era muy diferente a lo que se ve en el resto de la ciudad. Pese a ser un lugar céntrico, los bolsos caros, el pelo engominado y los trajes de marca eran sustituidos por personas con pantalones anchos, piercings, tatuajes, ropa negra, barbas y rastas.

—Cuéntame, ¿qué tal te va por Madrid?

—Pues bien. Hasta arriba de trabajo. De hecho, casi nunca estoy en Madrid. Me paso el día viajando. He estado durante una semana en Ginebra.

—¿De vacaciones? —dijo Gonzalo conociendo la respuesta.

—Ojalá. Sabes que siempre llevo en el maletero de mi coche un pequeño equipaje, ¿no? Pues estábamos haciendo un seguimiento a un político. No voy a decirte el nombre porque no se me permite, pero hay indicios de que está implicado en una trama de corrupción. Le estaba siguiendo y tomó un avión. No sabía si estaba escapando, así que tuve que hacerlo hasta Ginebra. Se reunió con varias personas, pero aún no tenemos claro qué fue lo que hizo allí, aunque siendo una ciudad de Suiza, te lo podrás imaginar.

—¿Y al final lo detuviste?

—No, aún no tenemos nada claro. Pero he tenido que estar una semana detrás del politicucho.

En cierto modo, desde aquel día Gonzalo envidiaba a su amigo. No es que no le gustase la brigada de robos, de hecho, le encantaba que sus investigaciones no soliesen partir de asesinatos macabros como muchas veces le había contado Chica. Gonzalo sabía que trabajar en la UCO era un privilegio y un honor, pues era uno de los cuerpos mejor valorados del país y que su trabajo era complejo. Pero, por otro lado, se sentía cómodo en la brigada sin correr muchos riesgos.

Gonzalo escuchó a lo lejos una conversación que provenía de la sala donde sus hombres disponían de una mesa, sillas, una tostadora y una máquina de café. Aquella sala era comúnmente llamada por los

agentes como La Cueva.

El inspector caminó apresurado, pues comprobó por aquellas voces que se trataban de Espinosa y García.

—Jefe, ¿qué hace aquí? Debería de estar en el hospital —dijo García.

—Sí, he pedido el alta voluntaria. Me encuentro bien. No te preocupes, García. ¿Qué tal va la investigación? ¿Habéis estado en el palacio esta mañana?

—¿Está seguro de que está bien, jefe? —preguntó Espinosa.

—¡He dicho que cómo va la investigación! —gritó.

Los agentes dieron un pequeño salto de asombro ante aquella reacción del inspector.

—Hemos vuelto a interrogar al personal de la casa, al gerente y al duque, que en esos momentos se encontraba allí. Después hemos estado revisando los informes de la científica y hemos pedido a Smith que rastree los movimientos bancarios y las llamadas del gerente y del propio duque —informó García.

—¿Cómo? No me jodas, García. Nos vamos a meter en un lío. Este tío tiene casi el mismo poder que el rey.

El teléfono de Gonzalo sonó y en su pantalla pudo leer el nombre del comisario. Resopló y se apartó de los agentes.

—Dígame, jefe.

—Si no eres capaz de mantener a raya a tus hombres, dales otro trabajo y, cuando estés al cien por cien, preocúpate tú de hacer el suyo.

—¿A qué se refiere?

—¿Que a qué me refiero? Me ha llamado el duque de Palma en persona para expresar su malestar. Dos agentes han estado esta mañana allí y le han hecho un verdadero interrogatorio al gerente del palacio. Gonzalo, esta gente no son delincuentes. ¡Controla a tu equipo!

El pitido que anunciaba el final de la llamada penetraba en la cabeza de Gonzalo como un pájaro carpintero talando un árbol.

—Me vais a meter en un lío, joder —dijo mientras se aproximaba a ellos—. ¿Qué habéis hecho? Me ha llamado el comisario porque dice que ha recibido quejas sobre vuestro trato en la visita de hoy.

—Jefe, hay que presionar a los sospechosos —respondió Espinosa.

—¿Que hay que presionar a los sospechosos? ¿Quién te dice a ti que son sospechosos?

—Verá, jefe. ¿A qué hora se avisó del robo? —preguntó Espinosa.

—Según los informes, la empleada de la limpieza se encontró con la puerta abierta a las nueve y media, y a esa hora llamó al gerente y después a la Policía.

—Así es. —Espinosa carraspeó—. Los compañeros llegaron a las

diez menos cuarto, y usted y García, según me ha informado él, llegaron a las diez y veinticinco.

—¿A dónde quiere llegar, Espinosa?

La agente lanzó una sonrisa y levantó las cejas mientras miraba a García disfrutando del momento y de la satisfacción de que gracias a la deducción y la lógica que es la base de su trabajo, se pueden conseguir grandes cosas.

—Jefe, respóndame a esto. El duque se enteró a las nueve treinta del robo y nosotros llegamos a las diez treinta, justo unos minutos antes de que llegara él. Según nos contó, llevaba cinco días en Madrid. ¿Cómo puede ser que en una hora se trasladase de Madrid a Sevilla?

Capítulo 14

Sevilla,5 de diciembre de 2022

El inspector conducía hacia el Palacio de Dueñas pensando en la investigación del robo. Espinosa tenía razón y, según el informe policial, era inviable que el duque estuviese en Madrid a esa hora. Sonaba en la radio *Me estoy volviendo loco* de Antoñito Molina, pero ni él ni García, que lo acompañaba, prestaban atención a la canción.

—¿Qué crees que esconde el duque, jefe?

—Lo tengo claro. Hay indicios de que ha podido encargar un robo en su propia casa para vender la carta de Colón en el mercado negro. Hay muchas cosas que no concuerdan. La hora de vuelta de Madrid con respecto a la hora en la que se enteró del suceso, que el ladrón conociese la clave de la cámara acorazada…

—¿Y si él se enteró antes? —interrumpió García.

—¿A qué te refieres?

—Sí. Quizás pueda demostrar algo. Tal vez diga que la empresa de seguridad le avisó de que la cámara estaba abierta. No sé, jefe. Me da la sensación de no tener todo atado.

—Hemos hablado con la empresa de seguridad y no se notificó ninguna incidencia. Obviamente, no está todo atado. No tenemos nada en contra de él, solo contradicciones e indicios. Debemos presionarle un poco. Tanto a él como al gerente. Lo que está claro es que algo esconden y, dándole un poco de caña, deberían cantar.

El teléfono de Gonzalo sonó por los altavoces del coche y en la pantalla apareció el nombre de Smith.

—Jefe, no se lo va a creer. Tal y como me ha pedido, he rastreado el teléfono del duque y, según la triangulación de las antenas de telefonía, lo sitúan sobre el Puente de Triana el día del robo entre las diez y las una.

—¿Cómo? ¿Sobre el Puente de Triana? ¿Durante tres horas?

—Sí, bueno… usted sabe que la triangulación tiene unos metros de margen de error. Supongo que habrá estado en algún lugar cercano.

—Bien, Smith, buen trabajo. Debes hacerme un último favor. Échale un vistazo a las cuentas.

—Eh… jefe… Rastrear un teléfono móvil puedo pasarlo por alto, pero las cuentas sin autorización del juez, no. Me estoy jugando el puesto.

—Smith, nadie se va a enterar.

—Lo sé, jefe, pero prefiero no arriesgarme.

—Smith, es una orden. Si nos pillan, yo daré la cara por ti y me cortarán la cabeza.

El inspector colgó el teléfono y se hizo un silencio un tanto incómodo. García sabía que su superior no solo se estaba saltando las normas, sino que, además, estaba obligando a infringir las leyes a los demás. Pensó que tal vez estaba sobrepasado con una investigación de tal envergadura y que, además, el caso de *El Garbanzo* no avanzaba.

Abandonaron el barrio de Triana y García se fijó en aquel puente tan famoso. Recordó imágenes de pasos de Semana Santa sobre él, bajo noches estrelladas de primavera y sones de corneta y tambores. Giró la cabeza hacia la derecha y vio un local que parecía un restaurante. García advirtió el nombre sobre unos toldos negros que cubrían las ventanas. Lo reconoció porque era uno de los lugares más exclusivos de la ciudad y, de repente y como si fuese un rayo atravesando la mente, giró su mirada hacia el inspector.

—Jefe, ya sé dónde estuvo el duque. El otro día, cuando llegó al Palacio, pude verle una tarjeta con un logo y es justo ese que hay sobre esos toldos. El duque estuvo en María Trifulca.

Los agentes llegaron al Palacio de Dueñas y se apearon del vehículo. Caminaron apresurados y con ganas de poner al duque contra las cuerdas.

—García, tenemos que acabar con esto cuanto antes. Creo que el duque nos está vendiendo el robo para poder vender la carta en el mercado negro. Necesito acabar con este caso ya y dedicarme a capturar al *Garbanzo*.

El agente asintió aun sabiendo que algo dentro de él le decía que no iba a ser tan fácil. Atravesaron las puertas del palacio y uno de los guardias de seguridad les cortó el paso preguntando qué querían. El inspector mostró su placa y pidió hablar con el duque. El vigilante se apartó de los agentes y estuvo hablando por teléfono no más de diez segundos.

—El duque está ocupado, tardará un poco en atenderles.

—No tenemos prisa —dijo el inspector—, daremos una vuelta por aquí, si no le importa.

El vigilante asintió, y Gonzalo y García caminaron hacia el interior del complejo. Se adentraron en un pequeño pasillo que había entre una de las paredes cubiertas de hiedra y un muro de una construcción ajena al palacio. Caminaron junto a una puerta desde la cual se podían vislumbrar unas rústicas estructuras de madera que indicaban que se trataba de las caballerizas.

—El otro día escuché a una guía decir que la desaparecida Duquesa de Palma mandaba traer a sus caballos al palacio cuando llegaba la Feria de Abril. La verdad es que me sorprende la cantidad de dinero que puede tener esta gente —dijo García.

—Y poder —contestó Gonzalo.

—Y secretos —añadió García bromeando.

Gonzalo asintió y pasearon por el Patio de los Limoneros, donde el poema de Machado volvió a golpearle en la memoria.

—¿Cómo habrán conseguido todo este patrimonio? —se preguntó García.

—Te lo puedes imaginar. Siempre se ha dicho que tiene dudosa procedencia. Ten en cuenta que esta familia tiene un extenso linaje e historia. Supongo que todo esto es el resultado de herencias, años de guerras y expropiaciones. Una familia bien posicionada desde que la sociedad se dividió en clases, básicamente.

La conversación se vio interrumpida cuando una mujer morena, uniformada y con el pelo recogido se les acercó y los condujo hasta el despacho del gerente de la sala superior.

Los agentes entraron en la estancia y Gonzalo observó al duque sentado sobre una amplia mesa ovalada, con el gerente y su abogado a ambos lados de él.

El inspector supuso que el duque habría preparado rápidamente su declaración tras saber que los agentes se encontraban en el palacio.

Marcos Martínez de Urijo no se levantó ni siquiera a recibir a los inspectores, por lo que ambos agentes supusieron que el ambiente iba a ser hostil.

—Díganme, ¿qué necesitan esta vez? —preguntó el duque en un tono un tanto impertinente.

—Verá, señor —respondió Gonzalo—. Estamos analizando los datos e informes de la investigación para aclarar lo sucedido y dar con los culpables, pero nos estamos viendo inmersos en un mar de contradicciones.

—¿A qué se refiere?

—El día del robo, y según les contó una empleada a nuestros compañeros, la cámara acorazada se la encontró abierta dicha empleada, por lo que se lo notificó al gerente, que recibió la llamada a las nueve treinta. Minutos después, el gerente se puso en contacto con usted y se lo comunicó. ¿Es cierto?

El inspector miró al gerente, que se mostraba en silencio. Parecía estar aleccionado.

—Sí. Así es.

—Entonces, siguiendo los acontecimientos, usted se enteró del robo minutos después de las nueve y media, ¿no?

—¿Soy sospechoso, inspector?

—Por favor, responda sí o no.

El abogado se reclinó hacia adelante y miró su reloj.

—Agentes, el duque de Palma tiene interés en colaborar, pero creemos que sospechan de él y eso nos parece un despropósito. Si

tienen sospechas y esto es un interrogatorio, háganoslo saber.

—Verá, en su declaración dijo que se encontraba en Madrid. Si el gerente se puso en contacto con usted a las nueve y media para informarle del robo, ¿me puede explicar cómo llegó al palacio tan pronto?

El duque miró a su abogado y sacó una sonrisa un tanto chulesca.

—Con todos mis respetos, pero creo que se está equivocando y no están haciendo su trabajo bien. No creo que se trate de dónde estaba cuando se produjo el robo. Creo que deben centrarse en investigar quién fue, supervisar las cámaras de seguridad y dejarse de tonterías.

—Señor, creo que debería dejarnos trabajar a nosotros y dirigir la investigación como creamos, que para eso somos policías. Como comprenderá, usted intentó vender una pieza de gran valor y el gobierno se lo prohibió. Ahora, esa pieza ha desaparecido y la persona que la robó, al parecer, tenía acceso a ella. Entenderá que nos hagamos estas preguntas, ¿no?

—Sí, pero eso no quiere decir que yo lo haya hecho. Yo no he hecho nada. Aun así, le responderé a su pregunta. Aquella noche salí antes de Madrid y viajé de madrugada porque íbamos a visitar unas tierras en Badajoz, por lo que me pilló cerca.

—¿Quiere decir que estaba en Badajoz cuando lo llamaron informándole del robo?

—Así es.

—¿Y por qué dijo que venía de Madrid?

—Porque hice noche en Badajoz, pero venía de Madrid. No sé, en aquel momento no supuse que sería tan importante dónde me encontraba y fue una forma de hablar.

—Entiendo.

El inspector clavó su mirada en los ojos del duque. Sabía que mentía, pero aquellas preguntas le hicieron sentirse frustrado y le dio la sensación de estar chocándose contra una pared continuamente. Gonzalo hizo un ademán con la cabeza a García para marcharse, pero la llamada de Smith interrumpió la despedida.

—Jefe, he rastreado las llamadas y las cuentas bancarias. El duque se encontraba la noche del robo en Sevilla. Su teléfono móvil y sus movimientos en la tarjeta de crédito lo sitúan en varios puntos de la ciudad.

Capítulo 15

Sevilla,5 de diciembre de 2022

El duque se apretaba el nudo de su corbata con sus dedos pulgar e índice. Hablaba al oído de su abogado mientras Gonzalo se giraba y volvía sobre sus pasos.

—Señor Martínez de Urijo, sería conveniente que mañana, cuando tenga un hueco, se pase por la Jefatura de Policía.

Miró incrédulo al gerente y a su abogado, que se situaban a ambos lados de la mesa.

—¿Por qué? ¿Qué más necesita? ¿Acaso no han sido suficiente todas las preguntas que me han hecho? Mire, le voy a decir algo. Me considero una persona buena. Seria, pero con principios. Me he mostrado siempre abierto a colaborar con la investigación y yo soy el primer interesado en que esa jodida carta aparezca, pero creo que usted está sobrepasándose de sus obligaciones y, si no cambia su actitud, me voy a ver en la obligación de tomar medidas.

El inspector dio un paso hacia adelante y se inclinó de pie sobre la mesa.

—¿Me está usted amenazando? —dijo casi deletreando la frase.

—Le estoy advirtiendo. Tómeselo como quiera, pero usted sabe quién soy.

Gonzalo tragó saliva. Aquel cambio en la actitud del duque no le gustaba. Dudó si se trataba de un pequeño gesto de valentía para no demostrar que ocultaba algo o si, verdaderamente, el duque era así. Pensó por un momento cómo contestar aquel dardo envenenado. Es cierto que hablaba con una persona de poder, pero, si algo odiaba Gonzalo, era que aquellas personas creyesen tener el derecho de tratar a la policía así.

—Efectivamente. Sé quién es usted. El problema es que usted no sabe quién soy yo y… bueno… antes de irme, me gustaría que me respondiese a una última pregunta.

El duque miró a Gonzalo mientras apoyaba sus codos en la mesa y entrelazaba sus manos.

—Dispare.

—Sus movimientos bancarios y la posición de su móvil le sitúan en la ciudad la noche del robo. ¿Tiene alguna forma de explicar eso?

El duque se puso de pie de un salto y extendió su brazo, señalando la puerta de la estancia.

—Lárguese de aquí y deje de insultarme y dejarme como ladrón en mi propia casa.

—Le espero mañana en la jefatura. No lo olvide.

Gonzalo salió del Palacio de Dueñas con un nudo en el estómago. García no había abierto la boca en todo el trayecto desde el despacho del duque hasta el coche.

—Jefe, creo que nos estamos metiendo en un lío.

—Yo también lo creo. Pero estoy firmemente convencido de que oculta algo y debemos ir un paso por delante. Va a preparar su declaración y buscará alguna excusa para exponerla mañana, así que hay que andarse con pies de plomo. Quiero una reunión en la jefatura en una hora. Avisa a los demás.

Llegaron a la jefatura y, sobre el umbral de su despacho, el Inspector Jefe Benjumea esperaba a Gonzalo con los brazos cruzados.

—Te habrás quedado a gusto —dijo mientras le hacía un ademán con la cabeza para que entrase en el despacho.

El inspector no articuló palabra alguna y se limitó a escuchar a su superior mientras ambos se sentaban.

—¿A qué juegas, Díaz? ¿Sabes dónde nos estás metiendo? ¿Sabes el poder que tiene ese hombre en la ciudad? ¡Qué coño en la ciudad! ¡En el país! Ahora mismo me ha llamado el comisario y me ha liado la de Dios.

El Inspector Jefe Benjumea miraba con los ojos fuera de sus órbitas al inspector Díaz, que se mostraba tranquilo o, al menos, lo parecía.

—¿Qué te pasa? ¿No vas a decir nada?

—No tengo nada que decir. Los indicios muestran muchas incoherencias, mentiras y cambios en las declaraciones del duque.

—¡Me da igual lo que muestren tus indicios! ¡Quiero pruebas!

—Tranquilo. Muy pronto las tendrás.

El inspector salió del despacho de Benjumea después de asimilar todos los reproches y voces que su superior le tenía preparados. Pasó por la sala donde Smith se dejaba la vista entre pantallas de ordenador y recogió una carpeta con unos documentos.

Después, se dirigió a la sala de reuniones y abrió la carpeta mientras los agentes iban entrando para ocupar su asiento.

Las charlas en voz baja iban emergiendo a la vez que Gonzalo dedicaba unos minutos para ver la documentación que Smith le había facilitado.

—Bien. Voy a ser breve. La investigación del robo del Palacio de Dueñas se está volviendo un poco tediosa. Necesitamos resolverla cuanto antes. Hoy, García y yo hemos ido a visitar al duque y sus declaraciones están llenas de contradicciones, por lo que es el sospechoso principal.

Los agentes miraban atentamente a la información que el inspector estaba dando. Espinosa y Suárez sostenían su bolígrafo esperando

indicaciones o información importante para tomar nota. El inspector notó en su muslo una pequeña vibración que provenía de su teléfono móvil, pero continuó con su explicación.

—El duque nos cuenta que no se encontraba en la ciudad el día del robo, pero sus movimientos bancarios y su teléfono móvil lo desmienten. El informe de Smith sitúa el terminal del duque en algunos puntos de la ciudad que deberéis visitar para corroborar el trabajo de la compañera —dijo mientras cogía los documentos que Smith le había facilitado—. Necesito pruebas verídicas que indiquen que el duque se encontraba en Sevilla. Espinosa y Suárez, os toca ir al Hotel Alfonso XIII, en Puerta de Jerez. Parece ser que el duque se alojó allí esa noche. García y Silva, vosotros iréis al restaurante María Trifulca, sobre el puente de Triana.

—Parece ser que tenía razón —añadió García.

—Sí —contestó Gonzalo con cierta seriedad—. Tenías razón y, al parecer, hay un cargo en la tarjeta del duque en ese restaurante. Te daremos un premio al investigador del mes.

García no se tomó muy bien la actitud del inspector. Parecía haberlo menospreciado.

—Necesitamos toda la información que nos puedan dar. Quiero saber qué cenó en el restaurante, cuántas veces se levantó al servicio, cuántas se limpió la boca y a qué hora comenzó a roncar.

Los agentes salieron en fila de uno en uno y el inspector se quedó echando un vistazo a la carpeta. Aquello podían ser las pruebas definitivas que demostraban que el duque mentía, pero no necesariamente que fuese culpable de inventarse un robo. Sabía que tenía que recabar toda la información posible para usarla en contra del duque, y que aquella información debería estar bien atada, sin ningún cabo suelto que le permitiese al duque salir airoso. Solo así podría llegar a resolver la investigación.

Gonzalo volvió a su mesa y encendió el ordenador. Pensó en salir aquella noche, pues la investigación lo asfixiaba mentalmente. Solo tenía que encontrar compañía.

Estuvo dudando por un momento si registrarse en una aplicación famosa de citas, pero pensó que eso era para personas desesperadas. Dos minutos después, su soledad le hizo cambiar de opinión y sacó su móvil y lo desbloqueó.

Al mirar la pantalla, pareció que un rayo fulminante le hubiese atravesado, su saliva se agolpaba a las puertas del nudo de su garganta y su corazón daba punzadas intensas cuando leyó:

“Es hora de jugar”.

Capítulo 16

Sevilla,5 de diciembre de 2022

La presión en el pecho hacía que Gonzalo prácticamente no se pudiese mover. Se preguntaba qué quería decir ese mensaje, y lo más importante, quién lo habría enviado. Cualquiera hubiera pensado que se trataría de una broma de mal gusto, pero a él no le daba buena espina.

Comprobó por un momento la procedencia del mensaje y vio que se trataba de un número de unos dieciséis dígitos. Sin dudarlo, descolgó el teléfono fijo que tenía sobre su mesa y pulsó la extensión que le conectaba con Smith.

—Necesito que me verifiques un teléfono. Quiero saber su procedencia.

El inspector fue dictando los números a su compañera y le rogó que se diese prisa.

Colgó el auricular con fuerza y se levantó. Las piernas aún le temblaban. Miró su reloj y, aunque era pronto, decidió coger su chaqueta e irse. Era una de las ventajas de ser inspector, que nadie sabía ni podía cuestionar su horario.

Salió de la jefatura y condujo por las calles de Triana. Sentía la necesidad de perderse entre ellas y contemplar aquel barrio tan genuino de la capital hispalense. Aparcó su coche y se apeó de él. Miró a ambos lados de la calle pensando en el mensaje. No sabía si estaba siendo observado o había sido una broma de mal gusto.

Se acercó a un bar próximo y ocupó una de sus mesas. Pidió una copa de vino y se dejó deleitar por aquella calle tan característica de Triana. Parecía ser la París del sur, con esos bordillos de poca altura y pequeñas cafeterías y restaurantes con terrazas abrigadas al calor de una estufa de gas.

Puso su pierna derecha sobre la izquierda y se reclinó hacia atrás. Sacó su teléfono móvil e intentó desconectar de su realidad. Revisó sus redes sociales y accedió a ver las noticias del día.

Las negociaciones de una posible reforma laboral, las previsiones de crecimiento del país junto con la subida de la inflación o una redada de sustancias estupefacientes eran las noticias que ocupaban aquella portada.

Sobre el margen derecho de su pantalla, recibió una notificación que anunciaba un mensaje del comisario. En él venía un enlace a un tweet y un texto del propio comisario que decía: *Díaz, estamos jodidos.*

Gonzalo abrió el tweet y comprobó que era de un periódico, y que solo hacía unos quince minutos que se había publicado.

“Última hora: agentes de la brigada de robos de la Policía Nacional investigan al duque de Palma por su propia implicación en un robo en el Palacio de Dueñas”.

Resopló pensando en las cuentas que le tocaba rendir ante su superior, pero, sobre todo, maldijo al malnacido que había filtrado las noticias a la prensa. Sabía que sería difícil adivinarlo. El sueldo de policía no estaba mal, pero la prensa siempre conseguía la noticia a base de talonario.

Pondría la mano en el fuego por sus hombres, pero en el fondo sabía que la probabilidad de quemarse era tan alta como la de terminar con unas copas de más esa noche.

Por un momento, pensó en eso de ser policía. Para él era un privilegio vivir bajo el orgullo de servir a los demás, de quitar las malas hierbas de la sociedad, pero el tiempo, la experiencia y la madurez le habían hecho aprender.

Estaba cansado de detener a delincuentes que tardaban en estar en libertad menos tiempo del que pasaron en el coche policial de camino a comisaría. Pensó en esos políticos que usan a la policía para librar sus batallas con la ciudadanía, sirviendo de ejército cuando el pueblo sale a la calle a luchar contra las injusticias, a luchar por un plato de comida.

Pensó en esas míseras personas de traje y corbata que imponen leyes, decretos y reformas sin saber qué necesitan los ciudadanos, pues viven lejos de ellos, separados por murallas de dinero, privilegios y excentricidades.

Cada vez que una célula terrorista caía, el presidente o el Ministro del Interior hablaba con orgullo de los policías que velaban por la seguridad de su territorio, pero luego les agradecía dicha labor a base de tijeretazos en sueldo y equipamiento policial.

El teléfono sonó y Gonzalo lo descolgó en menos de un segundo.

—Dime, García.

—Jefe, hemos estado en el restaurante. El dueño nos ha confirmado que el duque estaba allí la noche del robo. De hecho, fue él quien pago toda la cena, ya que lo hizo acompañado. Después, tenemos constancia de que durmió en el Hotel Eurostar Torre Sevilla. En una suite.

—¿Por qué durmió en un hotel teniendo su casa?

—Al parecer, no durmió solo. Los trabajadores del hotel vieron a una joven entrar en la habitación.

—Vaya. Se ve que le gusta pasárselo bien. Podría haber dormido allí para usarlo de coartada.

—Sí, jefe. Pero olvida algo, y es quizás lo más importante. ¿No me va a preguntar con quién cenó esa noche?

—Escupe, García.

—Con el consejero de Fomento e Infraestructuras de la Junta de Andalucía.

Gonzalo colgó el teléfono intentando asimilar toda la información que García le había dado: una cena con el consejero, una noche con una chica en el hotel y sin pasar por el Palacio de Dueñas. Quizás sería casualidad, pero lo cierto es que el inspector empezó a valorar otros motivos por los cuales el duque había ocultado su estancia en la ciudad.

Dejó su teléfono sobre la mesa y se pidió un par de tapas para cenar. Una de las cosas que más le sorprendía de la ciudad es que solían servirte la comida rápido para dejar tu mesa lista para otros clientes.

En menos de media hora, Gonzalo se encontraba caminando hacia el Guadalquivir. Quería pasear, contemplar la ciudad, a los jóvenes bebiendo, a las parejas caminando y besándose, y comprobar que existe vida más allá de las cuatro paredes de la jefatura, de las noches de vigilancia en un coche y del montón de informes inútiles.

Se detuvo para contemplar aquella bella estampa. Desde la calle Betis, las luces del puente de Triana se reflejaban en el agua. La Giralda se alzaba majestuosa tras el Teatro de la Maestranza, y la Torre del Oro parecía aguardar como un centinela la llegada de algún barco de las Indias.

Su teléfono volvió a sonar por enésima vez. Dudó si cogerlo, pues se había propuesto desconectar del trabajo, pero comprobó que se trataba de su amigo de la infancia, Manuel Chica.

—¿Me llamas para felicitarme la Navidad? Todavía queda una semana.

—No, tú sabes que a mí me gusta llamar la tarde del veinticuatro. Te llamo por trabajo —contestó entre risas.

—¿Por trabajo? Ya te dije que me encanta ser policía y que no puedo irme a la UCO contigo —bromeó Gonzalo—. Cuéntame.

—Acabo de ver un tweet en el que dice que la brigada de robos está investigando al Duque de Palma.

—Sí, efectivamente. Se produjo un robo en su casa y creemos que ha sido fingido. Según cuenta, ese día no estuvo en Sevilla, pero hay pruebas e indicios que indican lo contrario. De hecho, sabemos que cenó en un restaurante y después durmió en un hotel.

—Sí, concretamente en el María Trifulca. Pidió un tataki de bogavante y alcachofas confitadas. De postre una torrija de pan brioche. Todo eso junto a tres copas de vino.

—¿Me estás vacilando, verdad? —preguntó Gonzalo.

—Llevamos un año y medio detrás de él. El camarero que les atendió, a él y al consejero que lo acompañaba, era uno de nuestros hombres. Gonzalo, creemos que el duque forma parte de una trama de

corrupción.

El inspector tragó saliva, aunque algo dentro de él, quizás su espíritu de investigador, ya sospechaba de eso.

—Al parecer, el consejero va a otorgar una serie de ayudas a sus empresas a cambio de dinero. Además, quieren construir algunas infraestructuras que, casualmente, se encuentran en terrenos que son propiedad del duque. Gonzalo, haz las pesquisas que necesites, pero intenta no influir en nuestra investigación. Vamos a proceder a detenerlo en los próximos días.

Capítulo 17

Sevilla,5 de diciembre de 2022

Gonzalo cruzó el puente y paseó por la orilla del río de forma calmada. Se dejaba llevar por sus pensamientos sobre el duque y la información que le acababa de dar su compañero. No entendía esa ambición por tener siempre más de lo que posee. Ese amor tóxico y enfermizo por el dinero y el conseguirlo sea como sea, a pesar de las consecuencias. Creía que era algo que era característico de la aristocracia. Desde hace siglos, los grandes nobles del mundo han dormido en lechos de riqueza gracias al legado de sus antepasados, pero también, en su mayoría, a costa de las familias más humildes, sin recursos ni voz ni voto.

Quizás España sea el país de la autocomplacencia, el lugar donde todo el mundo duerme tranquilo sabiendo que comete irregularidades, ya sea malversando, blanqueando o robando.

Escuchaba cercanos los graves de lo que supuso que era música y decidió caminar en esa dirección. Aquella melodía provenía de un local cuyas letras rojas llamaron su atención: *Maquiavelo.*

Se quedó dudando si entrar por un momento y contempló desde la puerta del local el encanto de la ciudad. El río regalaba una brisa que, a pesar de estar a las puertas de la Navidad, parecía traer aromas de azahar primaverales. Los coches pasaban a toda velocidad por el Paseo de las Delicias y, frente a él, el Parque de María Luisa, y la Plaza de España al fondo, se alzaban imponentes bajo su mirada.

Pensó en la belleza de aquella ciudad que sentía como suya, aunque no lo era. Qué pobres son aquellos que se dedican a pintar fronteras cuando la patria más grande que existe es el corazón de uno mismo, y hacer tuyo cada lugar al que vas, porque el mundo no es de nadie.

Tal vez ese era el problema de Andalucía, aquel narcisismo y aquellas ganas de mirarse al ombligo presumiendo de su belleza antigua y su legado contado por siglos sin compararse con nadie. Y, en efecto, nadie podría compararse con su belleza, pero a veces es necesario fijarse en otros lugares para progresar, reivindicar y seguir construyendo.

Inspeccionó sin saber si lo hacía con su olfato de humano, o más bien con el de policía, a las personas que entraban en el local.

Todas ellas superaban la treintena, o al menos lo parecía, y decidió entrar. No era muy dado a los locales de copas con la música tan alta que podría dejarte los tímpanos hechos una papilla, pero aquella noche iba a hacer una excepción.

Entró en el local y se sorprendió al ver que era una especie de bar

de copas al aire libre. Vio sobre alguna de las mesas restos de comida, y se preguntó por un momento si aquel sitio era para para comer o para beber. El establecimiento estaba adornado por una gran cantidad de plantas que le daban cierto aspecto tropical. A un lado, una gran piscina rectangular llamó la atención del inspector.

Dentro de ella, una plataforma soportaba el peso de un piano de cola en cuyas teclas estaban a punto de encarnar una melodía. Las luces del local se apagaron y se hizo el silencio. El inspector miró alrededor, pero solo podía ver sombras oscuras. Una nube de humo comenzó a brotar de sus pies y, como si fuera por arte de magia, aquel lugar empezó a transformarse en una especie de discoteca. Las luces estroboscópicas de colores que ni siquiera conocía empezaban a deslumbrar y a proyectarse sobre el suelo. A su derecha, aparecieron tres chicos y tres chicas que comenzaron a bailar, para acabar terminando su show dentro de la piscina.

Gonzalo ocupó una mesa alta y pidió un Gin Tonic. No era muy dado a ellos, pero aquella noche iba a pasarlo por alto.

Se sorprendió gratamente de aquel lugar y miró a su alrededor. Intentó fantasear con la vida de las personas que le rodaban. Una reunión de amigos *swingers* en aquella mesa, una cena de Navidad de un bufete de abogados, una despedida de soltera de una novia que no quiere casarse….

Le encantaba hacer eso para evadirse y para olvidar toda la presión laboral. Sacó de su bolsillo su teléfono y volvió a abrir el enigmático mensaje:

"¿Quieres volver a jugar?".

Se fijó en el remitente, un número de más de dieciséis cifras. No hacía falta ser un genio para saber que aquel mensaje había sido enviado desde un ordenador. Todas sus esperanzas para encontrar a la persona que se lo mandó estaban puestas en Smith. Tal vez se trataba de un graciosillo, un delincuente o un simple error.

La mesa tembló por un momento y el Gin Tonic cayó al suelo para quebrarse en mil pedazos. Gonzalo giró su mirada a la derecha y vio cómo una mujer miraba atónita los pedazos de cristales que impactaban en el suelo.

—Perdona, yo… Ha sido sin querer. Ha pasado un camarero rápido, me ha empujado y le he dado a la mesa. Te pago una copa ahora mismo-dijo la chica.

—No te preocupes, de verdad. Son cosas que pasan.

—Ya, pero, seguramente y por cómo me he puesto el pantalón, estaría llena.

Gonzalo sonrió y vio cómo su Gin Tonic se había derramado sobre la parte baja de la espalda y su parte posterior del pantalón.

—Sí, estaba llena, pero no te preocupes. De verdad.

La chica se dejó caer sobre un pequeño muro que hacía de jardinera y dejó su copa casi acabada sobre la mesa de Gonzalo.

—Estoy avergonzada, de verdad. No sé cómo puedo compensártelo. Déjame invitarte a una copa —insistió.

El inspector negó con la cabeza y sonrió. Se fijó en el suelo y vio unas gotas de sangre que provenían del tobillo derecho de la chica.

—Estás sangrando —dijo mientras se agachaba y sacaba un pañuelo de su bolsillo.

—Joder, no me he dado ni cuenta.

Apretó el pañuelo con fuerza sobre la herida, que resbalaba por el lateral de su pie y teñía sus zapatos de tacón negros con una mancha oscura.

—¿Sucede algo? —se interesó uno de los camareros.

—Sí, se ha cortado con un cristal. ¿Podría traerme una tirita y agua oxigenada?

El camarero asintió y en unos segundos Gonzalo tenía en sus manos la tirita y el agua oxigenada con un poco de algodón.

—Me estoy agobiando un poco. Está todo el mundo mirando. ¿Podríamos ir fuera? —sugirió la chica.

—¿Puedes andar?

La chica asintió y ambos salieron a la calle. Justo a la derecha de la puerta de acceso al local, había un pequeño muro que Gonzalo aprovechó para sentar a la joven. Depositó sobre él el agua oxigenada y comenzó a curarla con el algodón.

—No sé cómo me he podido cortar y no haberme dado cuenta.

—Tranquila, tal vez ahora te des —dijo Gonzalo mientras el agua oxigenada impregnaba la herida.

La joven intentó disimular el dolor y cerró con fuerza sus puños.

—Soy algo aprensiva con las heridas y me mareo un poco.

—Entiendo. Bueno, ¿cuál es tu nombre? —preguntó Gonzalo intentado distraerla.

—Verónica, pero puedes llamarme Vero.

—Yo soy Gonzalo, pero puedes llamarme… Gonzalo.

Vero sonrió y, por primera vez, Gonzalo pudo contemplar su sonrisa. Era brillante, amplia y se dibujaba entre dos pequeños hoyos en sus mejillas.

—Tus amigos estarán buscándote. Entra, yo creo que ya estoy bien —dijo Vero mientras se tocaba la pierna.

—No te preocupes. Estaba solo. Iba a tomarme una copa y volverme a casa. Quizás las que te estén buscando sean tus amigas, ¿no?

—Es posible, aunque con lo borrachas que van dudo que me echen de menos. Estamos de despedida de soltera de mi amiga Lourdes.

—¿Están todas borrachas menos tú? Es algo raro, o quizás lo

disimulas muy bien.

—Bueno, estoy bebiendo, pero no lo suficiente como para emborracharme. De todas formas, no suelo beber mucho. Soy maestra y tengo que dar ejemplo. Mis alumnos podrían estar por aquí —dijo bromeando.

—Bueno, pero también tienes derecho a divertirte como sea. Emborracharte de vez en cuando no es nada malo.

—En absoluto. Y tú… ¿A qué te dedicas?

—No puedo decírtelo porque soy agente secreto. Si te lo dijese, no sería secreto, solo sería agente. No puedo hablar de mi trabajo. No se me permite —dijo bromeando.

Vero soltó una carcajada y se puso en pie.

—Creo que ya estoy perfecta. Solo me escuece un poco la herida, pero ya ha dejado de sangrar. ¿Te apetece dar un paseo?

Gonzalo la miró y vio cómo sus tacones realzaban su figura y aquellos vaqueros se ajustaban a sus curvas dibujando una silueta de proporciones perfectas.

Tampoco era muy dado a los paseos, pero aquella noche iba a hacer otra excepción.

Capítulo 18

Sevilla,6 de diciembre de 2022

Salvador de los Santos, el abogado del Duque de Palma, sacaba de su maletín un pequeño taco de folios en blanco. Del bolsillo interior de su americana extraía una pluma y la depositaba en la mesa, junto al taco de los folios, de manera meticulosa.

Giró su mirada hacia el duque, que se encontraba algo nervioso, sentado a su derecha sobre la mesa de interrogatorios, y después miró al inspector. Se volvió a palpar la chaqueta y cogió de su bolsillo unas gafas de pasta redondas.

A la derecha del duque, Rodrigo, el gerente del Palacio, se cruzaba de brazos en actitud tranquila.

Gonzalo depositó sobre la mesa una grabadora alargada y estrecha. Estaba reluciente y no tendría más de dos usos. Pulsó el botón de grabación y comenzó.

—Bueno, como saben, estamos aquí con la intención de colaborar. De hecho, mi cliente, el Duque de Palma, siempre lo ha hecho.

Sí, mintiendo, pensó el inspector.

—Bien, comencemos —dijo Gonzalo—. Señor Marcos Martínez de Urijo, el día de los hechos, según consta en nuestros informes y en el atestado policial del robo, no se encontraba en casa. De hecho, declaró que se encontraba en su residencia de Madrid. Según las investigaciones que desde la brigada de robos hemos llevado a cabo, hemos podido comprobar que estuvo en la ciudad ese día.

El duque miró con aspecto serio al inspector y Gonzalo advirtió una mirada distinta a sus encuentros anteriores.

La puerta de la sala se abrió y el inspector jefe Benjumea entró y se aproximó a Gonzalo.

—Voy a estar presente en el interrogatorio —susurró en su oído—. Me ha ordenado el comisario que seamos cautos. No hace falta que te diga con quién estamos tratando.

El inspector siguió clavando su mirada en la del duque.

—¿Podríamos continuar? —sugirió el abogado—. Mi cliente tiene que atender otros quehaceres.

Gonzalo se aproximó a la mesa y se sentó sobre una silla que había al otro lado del duque.

—Señor Rodrigo, usted no tiene acceso a la cámara acorazada, pero conoce la contraseña. ¿Es así?

—Sí.

—¿Qué hizo usted la noche del robo?

—Me fui a mi casa, ya lo dije en la declaración.

La luz roja de la grabadora de voz parpadeaba de manera regular. Tal vez una vez cada dos segundos. El inspector se giró hacia el duque y emitió un breve resoplido.

—Sabemos que usted estuvo en el restaurante María Trifulca el día del robo entre las diez y diez y las una menos diez de la mañana. Posteriormente, acudió al Hotel Alfonso XIII, por lo que su declaración es falsa, a menos que pueda explicar esto.

El duque se reclinó hacia adelante y se ajustó la chaqueta.

—Verá, agente, un empleado mío me hizo un gran favor personal, que no tengo por qué contar aquí, y decidí hacerle un regalo. Le dejé una de mis tarjetas para que disfrutase con su mujer durante una noche e hizo uso de ella en esos lugares que ha dicho... supongo.

Si había algo que Gonzalo odiase, era a aquellas personas que no se dejaban intimidar por la placa y eran una fábrica de mentiras cuyo único fin era salir airosos de sus problemas legales.

Por otro lado, el inspector disfrutaba sabiendo que los sospechosos creían que tenían una coartada perfecta, pero él tenía las cartas suficientes como para ponerle contra la pared, sin salida.

—Señor Martínez de Urijo, por favor, no nos tome el pelo. Tenemos la declaración de uno de los camareros que dice que usted cenó con el consejero de fomento de la Junta de Andalucía en dicho restaurante. Después tenemos vídeos que demuestran que se hospedó en ese hotel. Así que creo que debe dejarse de tonterías y contar donde está la carta.

—¡No tienen ninguna prueba de que yo me haya llevado la maldita carta! —dijo el duque levantándose de un salto.

—Por favor, tranquilícese —intervino el inspector jefe Benjumea—. Siéntese, por favor.

—Señor —dijo Gonzalo con voz calmada—. ¿Usted quiere recuperar la carta? Deberá colaborar. Sus contradicciones no son buenas para su situación. Por favor, conteste. Si usted no tiene nada que ver con el robo de la carta, ni sabe quién lo ha podido hacer, ¿por qué declaró que la noche del robo estaba en Madrid cuando sabemos y hay pruebas de que estaba en Sevilla?

El calor de la sala premeditado para hacer más duro el interrogatorio, asfixiaba al duque, que se estiraba el cuello de la corbata.

—Verá, me reuní con el Consejero de Fomento para hablar de negocios. Después de la reunión, me marché al hotel. No podía decir que estaba en Sevilla, por eso mentí en mi declaración.

—¿Y cuál era el motivo de mentir?

El abogado puso su mano sobre el antebrazo del duque, haciendo un gesto para tomar la palabra.

—Mi cliente tiene una serie de trabajos con la Junta de Andalucía.

El consejero le pidió discreción, por eso mintió en su declaración.

—¿Discreción y se van a comer a un restaurante en pleno centro de Sevilla? —preguntó Gonzalo.

—Es un sitio exclusivo, así que el propio lugar es discreto.

El inspector volvió su mirada al duque y lanzó otra pregunta.

—¿Por qué durmió en el hotel y quién es la chica con la que accedió a la habitación? ¿Pasó la noche entera con ella?

La actitud del duque cambió. Su agresividad se diluyó en un mar de calma.

—Era una… amiga. Ya sabe…

—¿Se refiere a una prostituta? —se interesó Gonzalo.

—Sí, bueno. Yo la llamo amiga especial. Se llama Michelle y es cubana. La conozco desde hace varios años. Mi abogado puede darle el teléfono y puede corroborar que estuve con ella toda la noche. Dormí en el hotel porque la prensa acampa a veces en la puerta de casa, incluso los vecinos llaman a veces a revistas y programas de mierda, cuando ven llegar a personalidades importantes a casa.

Gonzalo, por primera vez en días, creía en las palabras del duque. No tenía nada en contra de él. Era sospechoso, sí, pero ninguna prueba podría demostrar que fue él el culpable del robo. El tiempo se le acababa, la detención del duque por parte de la UCO era inminente y Gonzalo jugaba a contrarreloj en una prueba llena de obstáculos.

Como si fuese un dardo envenenado, lanzó su última pregunta.

—¿Qué clase de negocio tiene usted con el consejero?

—No creo que eso tenga nada que ver con la investigación. Si quiere información sobre eso, puedo aportarle la documentación que necesite —contestó el abogado.

Gonzalo se mantuvo en silencio. Verdaderamente, los negocios con el consejero no iban a aportar nada a su investigación, y de esos asuntos se encargaría en unos días la UCO.

—Está bien. Pueden irse. Muchas gracias por todo.

Marcos Martínez de Urijo, su abogado, Salvador de los Santos y el gerente, se levantaron y se aproximaron hacia la puerta.

—Le recomendaría que durante unos días no viajase, es posible que le necesitemos.

Antes de salir por la puerta, el teléfono móvil del inspector volvió a vibrar. Se apresuró a sacarlo y a su cabeza volvieron a venir pesadillas pasadas cuando leyó:

“Inspector Díaz, si sigue ese camino, acabará como su amigo Valerio. Retírese del caso. Recuerde, una retirada a tiempo es una victoria”.

El teléfono de Gonzalo vibraba, no por una llamada o un mensaje, sino por el temblor de sus manos. Se sentó rápidamente sobre la silla de la sala de interrogatorios e intentó procesar la información.

Pensó en aquel mensaje. Si era una broma de mal gusto, la persona que había detrás estaba yendo muy lejos. Pero no, descartó aquella hipótesis. Nadie que conociese podría ser capaz de aquello.

Aquel mensaje mencionaba a su amigo Valerio. La persona que escribió ese mensaje debía conocerlo muy bien, y una nube de preguntas comenzó a agolparse en su cabeza. ¿Quién había escrito eso? ¿Qué tenía que ver su amigo Valerio en esto? ¿Aquel mensaje hacía referencia al caso del duque?

La puerta se abrió y García entró con la cara totalmente desencajada.

—Jefe, no se lo va a creer. Se ha producido un robo en el Archivo de Indias.

Capítulo 19

Sevilla, 6 de diciembre de 2022

Los escasos seis minutos que separaban la Jefatura Superior de la Policía del Archivo de Indias se les hicieron eternos a Gonzalo. No por su preocupación por el robo, sino por aquellos mensajes tan enigmáticos que recibía.

García observaba por la ventanilla del copiloto el bullicio de la gente. Se acercaban las fechas navideñas y eso se palpaba en la cantidad de personas que caminaban sobre el Puente de San Telmo y las que aguardaban para cruzar los pasos de peatones.

El coche se detuvo a unos escasos metros del Archivo de Indias. La zona estaba acordonada y custodiada por varios *zetas* y algunos agentes de policía.

Gonzalo y García enseñaron sus placas y uno de sus compañeros le alzó el cordón policial. Con cierta prisa, entraron en el edificio que albergaba el Archivo de Indias; chocaba con el estilo musulmán en el que estaban construidos los monumentos que le rodeaban como la Catedral, la Giralda o los Reales Alcázares.

—Tu primer caso aquí y en este lugar. Has tenido suerte.

—Sí, parece sacado de una película, inspector. Me pregunto qué habrán robado.

El inspector miró a su compañero y alzó su labio superior.

—Espero que tus dotes de policía sean más prósperos que tu lógica, García.

—Lo siento, jefe, llevo poco en la ciudad y nunca he estado aquí.

Los agentes pasaron cerca del arco de seguridad que había instalado en el hall del edificio, donde unos agentes uniformados hablaban con el personal de seguridad. Vislumbraron a su derecha una escalera de grandes dimensiones que conducía a la planta de arriba. Frente a la puerta de acceso al edificio, se hallaba otra puerta que accedía a un gran y amplio patio central.

—Ven por aquí —indicó el inspector a su compañero.

Ambos subieron por la escalera contemplando con gran estupefacción las dimensiones de esta. Era de mármol, de dos tramos. Justo en el rellano, la inscripción de Archivo de Indias presidía aquella parte tan singular del edificio. Sobre la escalera, se alzaba una cúpula con un gran tragaluz que permitía que los rayos del sol penetrasen de manera fulminante e iluminasen la pared de mármol y piedra.

—Menuda escalera —dijo García—. Ya quisiera yo una así para mi casa.

Gonzalo sonrió y llegaron hasta la planta de arriba, donde algunos

compañeros uniformados hablaban con el personal de seguridad del edificio y con los que, Gonzalo supuso, que eran trabajadores del mismo.

Se fijó en una mujer de unos sesenta años, de mediana estatura y de pelo negro a juego con sus ojos. No hacía falta ser policía para entender que aquella mujer que hablaba con un agente, podría ser una responsable importante de aquel lugar. Aun así, el agente Ríos salió al paso de Gonzalo y García, y les puso al tanto.

—Buenos días, inspector. Al parecer, el robo se ha producido hace unos cuarenta minutos. Una funcionaria descubrió una pieza de cristal vacía que protegía un documento. Ese documento pertenecía a una exposición que se iba a montar esta tarde para su inauguración. Aquella mujer de allí es la directora, Elena Cruz.

—Gracias, Ríos.

Gonzalo le hizo un gesto a García y los dos caminaron hacia la mujer. El inspector Díaz la contempló a unos metros de distancia. Su rostro mostraba preocupación y angustia.

—García, déjame hablar a mí con ella. Date una vuelta y pregunta qué protocolo de seguridad tienen, el acceso a las cámaras o si alguien ha visto algo raro.

—De acuerdo, jefe.

Si en algo Gonzalo tenía cierta experiencia, era en hablar con la gente. No solo en interrogatorios o declaraciones, sino en el día a día de su vida. A veces, parecía tener muy desarrolladas las habilidades sociales; otras muchas, parecía conocer lo que la gente necesitaba: una broma, un abrazo, una conversación o un *qué tal estás*. La parte de psicología que estudiaban en la academia no le sirvió de mucho. Su psicología era entender a las personas, escucharlas. Pensaba a menudo que tal vez ese era el problema, que ya no escuchamos. Que somos tan individualistas que ya solo queremos que nos escuchen cuando tenemos un problema, pero el resto del tiempo vivimos en nuestra burbuja, mirando la belleza de nuestro ombligo.

Con solo ver la actitud de aquella mujer, Gonzalo supuso que era mejor abordarla solo. Si ya de por sí a mucha gente le impone una placa, en situaciones como aquella y con dos agentes clavándole a la mirada, podrían bloquearla, provocarle un ataque de ansiedad o hacerla no colaborar lo suficiente.

El inspector se presentó con una ligera sonrisa.

—Buenos días. Elena Cruz, ¿no?

La directora del Archivo de Indias lo miró y asintió.

—Soy el inspector Gonzalo Díaz, de la brigada de robos de la Policía Judicial.

La mujer asintió, pero en su rostro hubo un pequeño gesto de indiferencia. Su tristeza y preocupación la embriagaban. El inspector

sacó su móvil y le mostró la aplicación de la grabadora a Elena. La directora asintió en gesto de aprobación.

—Me gustaría hacerle unas preguntas. Toda la información que nos pueda dar puede ser fundamental para la investigación. ¿Cómo ha sucedido todo?

—Estaba en mi despacho y escuché la alarma. Salí rápidamente y vi a los guardias corriendo en todas direcciones. Al parecer, una trabajadora había visto abierto un cristal de protección de un documento que se iba a poner en la exposición que vamos, buen, mejor dicho, íbamos a inaugurar.

—¿Conoce a la trabajadora?

—Sí, se llama Sonia. Lleva apenas unos meses trabajando con nosotros. Al parecer, fue la que dio la voz de alarma.

—Entiendo —dijo Gonzalo—. ¿Y después? ¿Qué protocolo siguieron?

—Se cerraron los accesos y se dio aviso a la policía. Nadie podía salir ni entrar al edificio. Luego procedimos a registrar a los turistas y poco a poco fueron abandonando el lugar.

—De acuerdo, ¿puede que se haya escapado alguien de esos controles?

—Eso debería preguntárselo al personal de seguridad. Yo no sabría responderle.

—¿Siguen todos los miembros de seguridad en el edificio?

—Entiendo que sí. Faltan aún dos horas para que haya cambio de turno. Pero insisto, hablen con ellos.

Gonzalo asintió. Parecía que la coordinación de la dirección del Archivo de Indias y la seguridad del edificio brillaban por su ausencia.

—En cuanto al documento. ¿De qué se trata y qué valor puede tener?

—Íbamos a inaugurar una exposición sobre la época del comercio de las Indias. Han robado una carta de Colón y su valor podría ser de varios millones de euros.

El corazón de Gonzalo volvía a acelerarse y parecía una locomotora a gran velocidad. Obviamente, eran demasiada casualidad dos robos similares en la ciudad en menos de una semana.

Necesitaba pensar con claridad. Se despidió de ella y bajó el primer tramo de escaleras buscando a García. Lo encontró subiendo por las mismas, coincidiendo en el rellano.

—Jefe, han robado…

—Una carta de Colón —interrumpió—. Debemos ponernos las pilas. Me temo que vamos a tener al gobierno metido en el culo en breve. ¿Has conseguido algo?

—He hablado con la chica que descubrió el robo y con el jefe de seguridad. Al parecer, las cámaras no han funcionado hoy. Se ve que

ha sido un fallo informático.

—Bastante casualidad, ¿no?

—Demasiada, diría yo. Las puertas tienen acceso mediante una clave que queda registrada. A las diez y veintiún minutos entraron dos funcionarios a por un documento y han declarado que estaba todo en orden. A las diez y veinticuatro entró la chica que se dio cuenta del robo. Por lo tanto, según sus declaraciones, en ese margen de tiempo de tres minutos de produjo el robo. Luego se cerraron los accesos y se comenzaron a registrar a los turistas en presencia policial.

—¿Se ha marchado algún miembro de seguridad?

—No, tienen el cambio de guardia en dos horas.

—Bien, pues sería interesante interrogarlos. Quizás alguno de ellos haya podido tener interés en sacarse un dinero extra.

—¿A qué se refiere? —se interesó García.

—Puede ser que alguien haya sobornado a algún vigilante para robar el documento, o incluso ser socios y compartir el botín, o, es más, ser el único que lo ha hecho para pagarse una buena jubilación.

—Es posible, pero uno de ellos, un tal Miguel, me ha dicho que dos personas salieron del Archivo sin ser registradas. Son personas de confianza que llevan trabajando por aquí un tiempo. Tienen sus nombres porque deben firmar todos los días antes de entrar.

—¿Trabajadores del Archivo de Indias?

—No exactamente. Pero me ha dado los nombres de las dos personas, y en la central me han dicho que una de ellas salió de prisión hace unos meses.

Capítulo 20

Sevilla, 6 de diciembre de 2022

Los agentes abandonaron el lugar camino de la Jefatura llenos de incógnitas. El sol comenzaba a descender y las Avenida de la Constitución acogía a más transeúntes que horas antes. Las terrazas de los bares y restaurantes estaban a rebosar. Era uno de los aspectos más atractivos de Andalucía para los extranjeros, la posibilidad de disfrutar del sol y una temperatura suave en invierno.

Gonzalo conducía en silencio. Su mente estaba abrumada por el caso de las cartas de Colón y los extraños mensajes que recibía. Por otro lado, y en menor medida, una pequeña parte de él pensaba en Vero. En sus ojos, en sus labios, en sus piernas y en las curvas de su cuerpo.

Tantas camas conquistadas, tantas noches de pasión desenfrenada, saltando de alcobas en alcobas sedientas de sexo y tanto tiempo sin sentir algo por alguien, hasta que de repente y como si fuese la luz del túnel que te da la vida después de la muerte, aparece una persona.

No es que Gonzalo estuviese enamorado de Vero. El amor surge con el tiempo, cuando amas a la persona, su condición, sus vicios, sus virtudes, sus defectos. Pero Gonzalo se conocía bien y con Vero había una atracción mucho más fuerte que una noche de guerra de piel y sudor.

Atravesaron el paseo de las Delicias y giraron hacia el puente de San Telmo. García se inclinó hacia adelante con expectación cuando vio cómo un grupo de personas se agolpaba en el lado derecho del puente y miraba por encima de la barandilla hacia el río.

—Para —ordenó—. Ahí pasa algo.

Gonzalo aminoró la marcha y García se bajó con el coche aun sin estar completamente detenido. El inspector apartó su vehículo subiéndolo a la acera para no entorpecer el tráfico, pero, sea lo que fuere, los conductores curiosos que por allí pasaban comenzaban a ocasionar una larga caravana de coches.

Caminó rápidamente hacia la barandilla y vislumbró las caras desencajadas de los que había allí. Su compañero se giró y comenzó a correr hacia un extremo del puente.

—Hay un cuerpo ahí abajo.

El inspector lo siguió. Pensó por un momento que aquello no era de su competencia, pero un policía está siempre de servicio para cualquier cosa que suceda. Intentó poner a prueba su estado físico, sin embargo, le era imposible alcanzar a García. Gonzalo le dedicaba tiempo de su vida al deporte, pero era el estilo de vida de García, y la

diferencia de edad hizo que se metiese en el río segundos antes que el inspector.

Se imaginó momentos antes de introducirse en el agua la sensación de humedad y frío que iba a sufrir su cuerpo. Si el agua del río suele estar fría, en el mes de diciembre tendría que congelar hasta las uñas.

No se equivocó. Cuando entró en ella, se le entumecieron las piernas, pero no dedicó mucho tiempo a pensar en ello. Por suerte, el cuerpo estaba boca arriba y se encontraba varado en unas hierbas próximas a la orilla. Entre los dos agentes lo arrastraron a tierra firme y las primeras sirenas comenzaron a escucharse.

Era un hombre de unos cuarenta y muchos, quizás. Su piel estaba algo morada por el frío, aunque Gonzalo dudó si aquellas marcas eran de hipotermia. García usó dos de sus dedos para ponerlos en la yugular.

—Parece que está muerto.

Se escucharon unos pasos apresurados que descendían por la ribera del río. El inspector giró su vista y vio cómo tres sanitarios se aproximaban al cuerpo y comenzaban a atender a aquella persona. Los agentes se alejaron y dejaron trabajar al equipo médico.

—Pinta mal la cosa —dijo García—. ¿Crees que se habrá caído?

—No lo sé, pero me temo que no.

—¿Por qué lo crees? Te has fijado en las zonas moradas de su piel, ¿no?

—Sí. Es posible que le hayan dado una paliza y lo hayan tirado al río.

—Ajuste de cuentas.

—Así es.

Los agentes aguardaron mientras veían cómo los sanitarios practicaban la maniobra de reanimación. El inspector observó con expectación aquel momento tan duro. Profesionales médicos intentando traer a la vida a una persona de manera desesperada. Por cada empujón de aquellas manos sobre el pecho del paciente, había un gesto de resignación.

El sanitario que practicaba la maniobra cesó de su intento y otro de sus compañeros tapó el cuerpo del hombre con una manta isotérmica. Era el final del camino.

Agentes uniformados llegaron y comenzaron a acordonar la zona mientras los transeúntes seguían disfrutando del morbo de aquel suceso desde el puente.

Por mucho tiempo que pasase, Gonzalo no se acostumbraba a ver la muerte con la naturalidad que muchos de sus compañeros lo hacían.

El inspector se identificó con los agentes que acababan de llegar mientras uno de los sanitarios, que no mediría más de uno sesenta, se aproximó a un policía y le dio la documentación del fallecido.

—Ordoñez, te toca llamar a la familia —dijo el policía—. La semana pasada lo hice yo con el muerto de San Pablo.

La curiosidad movió a Gonzalo a aproximarse a él y pedirle la documentación del fallecido. Miró en la billetera y había unos sesenta euros empapados. En uno de los apartados había una foto de dos niños de unos seis y trece años aproximadamente. Pensó por un momento en su viuda, en cómo la vida le iba a cambiar para siempre y cómo aquellos niños tendrían que aprender a vivir sin la luz de guía y el referente de su padre. Extrajo el DNI y vio la foto de aquel hombre. Pudo comprobar que tenía menos edad de la que parecía y se cercioró de ello en la fecha de nacimiento. Cuarenta y dos años.

Miró su nombre y su dirección: Mateo Valenzuela Reyes. En ese momento, García se aproximó a él y de un movimiento le quitó el DNI al inspector.

—Este es nuestro hombre.

Capítulo 21

Sevilla,6 de diciembre de 2022

En la sala de reuniones de la Jefatura no faltaba nadie de la brigada. El inspector convocó a todos sus agentes. Lo que parecía ser un robo con cierta relevancia, se había convertido en uno de los más importantes del país, tanto por su valor económico como histórico.

La prensa no tardaría en llegar, solicitaría al comisario una rueda de prensa y este tendría que dar alguna información valiosa. De alguna manera, tendrían que trabajar a contrarreloj, pero, a la vez, con seguridad. La dilatada experiencia del inspector le servía para saber que las investigaciones debían ser rápidas en la medida de lo posible, pero también precisas. El tiempo era el peor enemigo de los casos. Cada segundo que pasaba en una desaparición, robo o cualquier actividad criminal, era una clara ventaja para el delincuente a la hora de destruir pruebas, deshacerse de cuerpos o incluso huir.

Las instrucciones del inspector eran claras. La prioridad era la investigación del robo de las cartas. Necesitaba todos los recursos humanos y logísticos en ese caso. La detención de *El Garbanzo* podía esperar.

—Smith, te encargarás de echarle un vistazo al fallo informático de las cámaras de seguridad. Espinosa y Silva, id al domicilio de Mateo Valenzuela. García y Suárez, quiero que investiguéis sobre el fallecido. Cuántos años lleva trabajando, por qué estuvo en la cárcel y por qué lo dejaron salir del Archivo de Indias. Preguntad a los miembros de seguridad si vieron algo raro en Mateo ese día. Quiero resultados pronto.

La reunión terminó y los agentes se pusieron manos a la obra. Gonzalo se fue hacia su mesa, realizó una llamada al comisario para ponerlo al día y terminó su jornada rellenando informes.

Su teléfono volvió a vibrar y su cuerpo se le volvió a poner tenso. Tal vez fuese otro de los extraños mensajes que estaba recibiendo.

Lo cogió con rapidez y comprobó que se trataba de un mensaje totalmente diferente. Era Vero.

“No hagas planes esta noche, te invito a cenar”.

Capítulo 22

Sevilla, 6 de diciembre de 2022

El restaurante La Cochera no parecía un lugar idílico para una cita a simple vista. Era muy pequeño y ocupaba una esquina junto a un colegio. Fuera, en la terraza, un par de estufas daban calor a no más de seis mesas. Sus puertas y ventanas estaban pintadas de rojo y, en el interior, unos grandes barriles hacían las veces de mesas altas. Sobre las paredes colgaban cuadros de motivos taurinos y, por un momento, Gonzalo pensó si realmente había merecido la pena conducir desde Sevilla hasta Alcalá de Guadaira para cenar aquella noche.

—Este sitio es uno de mis favoritos y te va a encantar —dijo Vero.

Ocuparon una de las mesas de la terraza. A pesar de hacer algo de frío, las estufas conseguían que la velada fuese bastante agradable. La carta del lugar era variada, con unas tapas bastante elaboradas. La boca de Gonzalo comenzó a salivar cuando vio las diferentes opciones gastronómicas que aquel lugar ofrecía. Sobre la puerta de acceso, el inspector observó un cartel rojo inconfundible que informaba de que aquel restaurante tenía una estrella Michelin.

—Pediré una torrija de hígado de pato —dijo Vero al camarero—. ¿Necesitas alguna recomendación, Gonzalo? —preguntó al inspector.

—No, no es necesario. Creo que pediré taleguillas en salsa de almendras.

La cena fue acompañada por dos copas de vino y miradas de complicidad, con conversaciones banales.

—Cuento las horas para coger las vacaciones —dijo Vero.

—Vaya, no falta mucho para una de tus muchas vacaciones.

—¿No serás la típica persona que se queja de las vacaciones de los maestros, no?

—No sería capaz.

—Más te vale —dijo mientras alzaba su dedo índice—. ¿Y tú? ¿Me vas a contar a qué te dedicas?

—Ya te lo dije. Soy agente secreto. No puedo hablarte de mi trabajo.

—Pues no estoy dispuesta a seguir acostándome con alguien a quien no conozco. ¿Quién me dice a mí que no eres un violador, traficante o terrorista?

—¿Tengo pinta de eso? —dijo el inspector reclinándose hacia adelante.

—Tal vez. Un poco de todos. Pero creo que es justo que sepa algo más de tu vida.

Gonzalo resopló y le dio un trago a la copa de vino. Sus labios se

empaparon de amargor y paseó ligeramente su lengua por el superior.

—Soy policía —dijo ante un gesto de sorpresa de Vero—. Pertenezco a la brigada de robos. Nací en Cádiz, pero llevo varios años aquí, en Sevilla.

—Vaya, al final vas a tener razón y vas a ser agente secreto. Un agente secreto… ¿gaditano? —dijo bromeando—. Había notado en tu acento que eras de Cádiz.

—Es obvio —añadió con una sonrisa.

—Sí, suelo veranear mucho por allí y a veces voy en carnaval, aunque no me gusta mucho.

—Pues no sabes lo que te pierdes —dijo arqueando sus cejas y alzando su copa—. Ahora es tu turno. Háblame de ti. ¿Eres una terrorista infiltrada en un colegio?

—Para nada —dijo soltando una carcajada—. Soy maestra simplemente. Llevo más de quince años en la docencia y sí, aunque algunas veces me den ganas de asesinar a alguien, mi vida son mis alumnos.

—Veo que tienes vocación.

—No concibo este trabajo sin ella.

Los dos cruzaron las miradas deseando sacar la morbosa, incómoda, pero necesaria conversación sobre su vida amorosa anterior.

—¿Y cómo un chico tan atractivo sigue soltero a tu edad?

—Me he volcado mucho con mi trabajo. Demasiado, diría yo.

—Pero supongo que alguna vez habrás tenido una relación estable, ¿no?

—Oh, sí. Estuve con una chica de Jaén cuando estuve destinado allí. Pero se acabó.

—Vaya, ¿hace mucho? ¿Tal vez fue tu dedicación al trabajo un impedimento?

—Hace mucho tiempo, sí. No sabría decirte cuál fue el motivo. Un día desperté y no estaba. Me dejó un mensaje de despedida y ahí terminó todo.

El inspector intentaba disimular la tristeza que le producía recordar aquellos días en los que su mundo, que no era otro que Ana, se desmoronó cuando se marchó.

—¿Y no ha habido nada más?

—Bueno, solo líos de una noche y muy pocos. Eres la primera persona con la que tengo, digamos, una segunda cita.

—Vaya, qué suerte. Seguro que se lo dices a todas. ¿Y qué tengo yo para querer repetir?

—No sabría decirte, pero soy de dejarme llevar por las buenas vibraciones —dijo clavando sus ojos en aquellos labios rojos de Vero —. ¿Y tú qué? Háblame de tu vida amorosa. ¿Un compañero del cole, tal vez?

—Bueno, estuve quince años con mi pareja. Se llamaba Alberto y nos conocimos cuando éramos pequeños, en el colegio.

—¿Y qué sucedió?

—Pues, digamos que una de mis amigas fue demasiado amiga suya, y los pillé.

—¿Sí? ¿Y se disculpó?

—¿Que si se disculpó? Claro, de una manera muy curiosa. Teníamos planeado un viaje a Roma, y se fue sin mí, pero con ella. A las dos semanas de dejarlo. Un cabronazo.

El inspector pensó por un momento en el destino. Esas energías misteriosas que mueven el mundo a su antojo y que le habían puesto delante de aquella bella mujer y aquel idílico lugar. No tenía nada en contra de las personas que tenían hijos de otras relaciones, pero Gonzalo intentó evitar eso. No le gustaban las cargas familiares y, con la edad que tenía, era un regalo haber encontrado a Vero. No fue muy difícil saber si tenía hijos, tan solo con visitar su perfil de Facebook le bastó. Es lo que tiene si en el asiento del copiloto de tu coche dejas a la vista una carpeta con documentación del colegio y tus datos personales.

—¿Qué te apetece ahora? —preguntó el inspector.

—Pues me apetece enseñarte mi pueblo y, si te portas bien, mi casa.

—Me parece un buen plan. ¿A dónde vamos?

—Cerca de aquí.

El coche de Gonzalo se quedó aparcado en aquella calle de Alcalá de Guadaira. No importaba cómo lo recogería al día siguiente. Un taxi o un favor de un amigo, lo importante era pasar la noche con Vero, perderse en su mirada, recorrer sus curvas de mujer y sentir su cuerpo contra el suyo.

Condujeron por algunas calles del municipio y cruzaron un puente que captó la atención de Gonzalo.

—Este es el puente del Dragón. Uno de los más famosos de aquí —dijo Vero.

Aquella estructura tenía cierta similitud con las construcciones de Gaudí, llena de pequeños trozos de azulejos de colores.

Abandonaron Alcalá de Guadaira por una carretera secundaria y condujeron durante unos tres kilómetros. Las luces de una urbanización se alzaban a lo lejos y el inspector pudo vislumbrar una hilera de chalets de varias plantas. Se adentraron en una calle amplia junto a un parque vestido de césped. Los columpios de los niños daban cierto toque familiar al lugar. Detuvieron el coche frente a una casa de estilo inglés, con un gran patio delantero, y Gonzalo observó todo con sumo detalle. Las puertas eran blancas y los ladrillos mezclaban tonos marrones claros y oscuros.

—Vaya, muy bonita tu casa.

Accedieron a un amplio salón desde el pasillo. Un sofá color mostaza presidía el lugar, frente a una televisión de grandes dimensiones. A su izquierda, una mesa redonda con sillas blancas y patas de madera daba cierta calidez al lugar.

—¿Quieres beber algo?

—Sorpréndeme.

Vero sonrió y se marchó a la cocina. Gonzalo aprovechó para echar un vistazo a la estancia. Tras el sofá había dos cuadros, uno de una pintura al óleo de la Torre Eiffel y otro, justo al lado, del Big Ben. Justo pegada a la tele, una gran pila de documentos se alzaba bajo un estuche y unas gafas de ver. La luz cálida de la lámpara y una alfombra bajo la mesa eran los máximos representantes de la palabra hogar en aquel lugar.

Vero volvió con dos copas de vino y le dio una a Gonzalo. Se sentaron en el sofá y ella se desprendió de sus botas negras. Se acarició los pies, intentando calmárselos. Él aprovechó la ocasión para cogerle las piernas y colocárselas en su regazo para masajeárselos. Intentó evitar la pequeña cicatriz del corte del cristal. Le gustaba ese tacto de la piel suave. Parecía estar tocando algodón. Ella se reclinó hacia atrás y se dejó llevar. El masaje duró unos minutos que sirvieron para reconfortar a Vero.

Un segundo después, ella cogió la mano derecha del inspector y comenzó a acariciarse sus piernas, subiendo hacia arriba con suavidad y delicadeza hasta su territorio prohibido. Con su otra mano, se apartó la ropa interior, mostrando su intimidad bajo su falda marrón y Gonzalo pudo ver de nuevo aquel rincón de su cuerpo.

Ella se incorporó y desabrochó el pantalón del inspector, aacando a la luz su ser con una sola mano mientras besaba su cuello. Abrió sus piernas y se sentó sobre él. El roce de su dureza con su Monte de Venus la hacía estar cada vez más húmeda. En ese momento, el inspector desabrochó con suma delicadeza los siete botones que le distanciaban del pecho de ella. Tan solo siete botones.

Fue desabrochando y contando mentalmente los segundos que le quedaban para que su lengua recorriese cada rincón de sus turgentes curvas.

Uno, dos, tres…

Gonzalo se notaba cada vez más excitado.

Cuatro, cinco…

Acarició la melena de Vero y metió la mano que le quedaba libre entre la camisa. No podía más.

Seis y siete.

Como si fuese un náufrago sediento, acarició el pecho de Vero y sintió en la palma de sus dedos los pezones duros que emanaban de unas areolas oscuras.

Ella estaba fuera de sí y dejó caer su mano hasta la erección de Gonzalo, sintiendo con más claridad sus dimensiones, y eso le excitó aún más.

Gonzalo apartó el pelo del rostro de Vero. Puso sus manos en los glúteos de ella y comenzó a palpar los rincones de su piel, apretando el cuerpo contra el suyo. Los dedos palpaban su espalda y posteriormente sus perfectos pechos. Dejó caer su dedo deslizándose por su barriga hasta llegar a su humedad y lo introdujo con fuerza.

Vero soltó un gemido que parecía hacer retumbar los cimientos de aquella casa. Movió su dedo de dentro hacia afuera, dándole intensidad y velocidad, mientras ella arrugaba a causa del placer la camisa del inspector a la altura de los hombros.

—Házmelo ya, por favor.

Gonzalo sacó el dedo y se puso el preservativo. En menos de diez segundos, el cuerpo de Vero cayó a plomo sobre la erección de él.

Capítulo 23

Sevilla,7 de diciembre de 2022

Gonzalo cruzó las puertas de la Jefatura con un cúmulo de sensaciones. Por un lado, la noche con Vero había sido increíble, y no solo porque dieran suelta a su pasión, sino porque dio para charlas y confesiones entre almohadas y sábanas, que suelen ser las mejores. Vero se quedó dormida en su pecho durante las apenas dos horas que trascurrieron hasta que el despertador los hizo maldecir el trabajo. Después, Gonzalo salió de su casa con algo dentro de él que llevaba muchos años sin sentir.

Por otro lado, debía espantar a las mariposas de su estómago, pues iban a distraerlo revoloteando alrededor de él durante el día. Debía centrarse en la investigación, saber quién robó las cartas de Colón y, lo más importante, por qué.

Se dirigió a la sala de reuniones. Llevaba por bandera aquello de que una buena investigación requiere coordinación. Adoraba poner en común con los agentes de su brigada los aspectos relacionados con el caso, realizar una lluvia de ideas, de hipótesis.

Mientras caminaba hasta allí, pensó en su carrera policial. Casos que le habían hecho labrarse un pequeño prestigio en el cuerpo. Pero, sin duda, el de las cartas de Colón era el más importante de toda su vida profesional. Bastaba con conocer la historia de España, el valor histórico y económico de las cartas, para saber que el culpable era alguien con más poder que el propio duque. Alguien capaz de organizar un robo en el mismísimo Palacio de Dueñas y otro en el Archivo de Indias. Alguien con sangre fría para deshacerse de Mateo, un alfil que se quedaba fuera de la partida, un cabo suelto al que eliminar.

Cuando atravesó el umbral de la puerta, toda la brigada al completo aguardaba sentada alrededor de la gran mesa que ocupaba la parte central de la sala.

Gonzalo cruzó la estancia y se colocó en uno de los extremos de la mesa a la vez que saludaba a todos sus hombres.

—Bien. Vayamos al grano. Smith, comienza tú.

—Pues, jefe, lamento decir que no tenemos ninguna imagen del robo. Según he podido descubrir, el sistema de seguridad fue saboteado desde una dirección IP de un servidor de Filipinas. Eso no quiere decir que hayan hackeado la red de cámaras desde allí, sino que han usado una serie de redes IP para cumplir su objetivo. Lo que sí sabemos, según los datos de la empresa de seguridad, es que el robo se produjo en un periodo de unos tres minutos. Eso hace muy difícil

que alguien sea capaz de salir del edificio antes del cierre cautelar. De hecho, a esa hora había muchísima gente.

—Sí, yo también lo creo —añadió el inspector—. ¿Espinosa? ¿Silva?

—Hemos ido al domicilio del sospechoso —dijo Espinosa—. De hecho, acabamos de llegar. El juez ha tardado en darnos la orden de registro y hemos estado casi toda la noche allí. Nos ha sorprendido el estado en el que se encontraba el domicilio. No hemos observado nada concluyente, pero la casa estaba sucia y el salón y la cocina estaban llenas de latas de cerveza y botellas de vino.

—Eso tiene una explicación —interrumpió García—. Según hemos podido averiguar, nuestro hombre se separó de su mujer hace seis años, justo antes de entrar en prisión.

—¿Y por qué motivo estuvo en la cárcel?

—Al parecer, atropelló a un niño mientras conducía borracho. El chiquillo murió —dijo Suárez—. Ha cumplido solo cinco años y medio entre rejas. Su pena fue reducida por buena conducta.

—Menudo prenda —añadió Espinosa.

—Eso no es todo—siguió García—. Los informes preliminares de la autopsia acaban de llegar y, al parecer, tiene diversas contusiones y un agujero de bala.

—Eso quiere decir que, lamentablemente, vamos por buen camino. ¿Qué opináis?

Espinosa carraspeó y se reclinó apoyando sus codos sobre la mesa. Sus dos lunares en las mejillas se estiraron, realzando la seriedad que mostraba en esos momentos.

—Supongo que el culpable lo ha usado y se ha deshecho de él.

—Es posible —dijo García—. Pero lo más importante aún no lo he dicho. El niño al que atropelló pertenece al clan de una de las familias más problemáticas de las Tres Mil Viviendas.

El silencio se hizo en la sala y los agentes se miraban unos a otros, perplejos. García lanzó sobre la mesa una carpeta de color marrón donde la imagen de un niño con los ojos cerrados podía distinguirse sobre ella, cogida con un pequeño clip metálico.

—Ezequiel Cortés Heredia —añadió García.

—¿Cortés Heredia? ¿Del clan de…?

—De los Castaños —interrumpió García—. Su padre, Manuel Cortés, está en prisión por pertenencia ilícita de armas, posesión de drogas y tres asesinatos. A su madre, María Heredia, le cayeron tres años al interceptarla con medio kilo de hachís, y al padre de ella, Antonio Heredia, ya lo conocéis.

—Antonio *El Cojo* —dijo Silva—. ¿Cuántas veces lo hemos detenido?

—Tal vez una veintena —dijo Suárez—. Atracos a comercios de la zona sur de Sevilla y robos a coches.

—Bien, bien. Centrémonos —dijo Gonzalo—. ¿Qué sugerís? ¿Me estáis diciendo que el sospechoso que tenemos no tiene nada que ver con el robo? Es posible que la familia del niño quiera vengarse, pero, ¿no creéis que es mucha casualidad que lo hiciese el mismo día que se produce un robo?

—Tal vez, jefe. Con casi toda seguridad, sí. Pero Mateo salió de la cárcel solo hace unas semanas —informó Suárez.

—Bueno, hagamos lo siguiente. Smith, ocúpate del teléfono del sospechoso. Sus llamadas, mensajes, posicionamientos. Quiero saber dónde estuvo el día del robo en el Palacio de Dueñas. Tal vez eso nos pueda arrojar algo de luz. Quizás fue él la persona que entró en el edificio.

—De acuerdo.

—Espinosa y Silva, quiero que os encarguéis de investigar el atropello del niño. Si está el juicio grabado, si se produjeron amenazas, o incluso debáis hacerle una visita a la familia del niño. Tal vez consigamos algo.

El inspector se giró hacia Suárez y le hizo un gesto de compasión.

—Suárez, quiero que te encargues de buscar a la exmujer de Mateo, dónde vive ahora, cuánto llevan sin verse y estar en contacto o algún dato importante que pueda darte. García, tú vendrás conmigo. Vamos a hablar con la directora del Archivo de Indias, quiero que me cuente un poco sobre las cartas de Colón.

La reunión concluyó y los agentes se pusieron a trabajar. García acompañó a Gonzalo hasta el ascensor.

—Jefe, ¿qué cree usted? ¿Cree que Mateo ha sido el artífice del robo?

—Me temo que sí, pero las hipótesis son solo eso, hipótesis. Al igual que los indicios, tienen que ser reforzadas con pruebas. Sin ellas, no puede haber acusación. Te podría enumerar miles de casos en los que el prestigio del cuerpo ha estado en duda debido a la mala gestión de compañeros que se han basado en aportar hipótesis e indicios sin pruebas. Por eso es primordial encontrarlas.

Salieron del ascensor y cruzaron el vestíbulo hacia la puerta. Se encontraron de bruces con una persona de ojos claros cuyo rostro llamó la atención de Gonzalo.

—Ostras, tengo que volver arriba. Me he dejado el teléfono en la sala de reuniones —dijo García parándose en seco—. Vuelvo en un momento.

Y mientras su compañero volvía sobre sus pasos, aquella misteriosa persona hablaba con la agente de la entrada.

—Buenos días, vengo a entregarme por el robo del Archivo de Indias.

Capítulo 24

Cierta película de Disney decía que una mala racha se convertiría en el futuro en un mal recuerdo. Ojalá fuese cierto. La verdad es que hay rachas que son tan largas que no son rachas, sino tempestades permanentes bajo la vida de uno mismo. Como ese nubarrón que parece que pasará de largo y cae de manera implacable sobre nuestras cabezas. Es esa parte de la vida que no controlas, que el destino se empeña en sacudir y agitar como si fueses un simple bote de especias.

Desde hace varios años, ese nubarrón merodeaba sobre mi cabeza, cada vez que miraba lo veía más y más oscuro. Quizás lo que me hacía ver un minúsculo rayo de sol entre tanta tiniebla era mi trabajo que, aunque no daba para mucho, servía para pagar más de lo que necesitaba, pero también es cierto que otras veces necesitaba más de lo que pagaba.

Aquel día me desperté o, mejor dicho, me levanté de la cama, pues no dormí prácticamente nada en toda la noche. El calor sevillano era asfixiante en un barrio modesto como San Jerónimo. Un barrio obrero, en los suburbios de la capital, abandonado a su suerte y donde no son pocos los que no pueden permitirse un aire acondicionado.

También tengo que reconocer que Hipa, mi perrita, dormía conmigo y eso no ayudaba, pero, ¿quién se podía negar a dormir con ella?

Busqué entre las cajas de cartón de la habitación algo de ropa que no estuviese muy arrugada. Recordé la primera vez que pensé en irme de aquel lugar y cómo años después aún sigo allí, atrapada sin más cadenas que una familia y sin más patria que un piso de cincuenta y pocos metros cuadrados.

Me vestí, me peiné y fui hacia la cocina para desayunar. Abrí el mueble donde mi madre guardaba el pan y la bollería. Respiré profundamente y un ligero hilo de aire peinó mis labios mientras resoplaba. Cerré de nuevo el mueble y volví al salón.

—Mamá, ¿compraste pan para el desayuno?

—Sí, cariño. Está en el mueble de la cocina, donde siempre.

Miré extrañada de nuevo.

—He mirado justo ahí y no hay.

—Quizás tu padre se haya hecho un bocadillo antes de irse a trabajar. Coge dinero del monedero que tengo ahí, junto al televisor, y compra más si hace falta.

Me quedé quieta, mirándola, como aquel que ve a una persona casi agonizando. La vi frágil sobre su balancín mientras miraba la televisión, que era lo poco que la conectaba con el mundo exterior. Giró su mirada hacia a mí y me dedicó una sonrisa que brillaba más

que aquellos ojos de color caramelo.

—¿Sucede algo? —me preguntó extrañada.

—No mamá, nada —respondí rápidamente—. Que hoy estás más guapa que nunca.

Me aproximé al televisor y pude vislumbrar el pequeño monedero viejo y de piel. Tenía tantos años que el marrón se había convertido en negro, y la cremallera estaba tan pasada y oxidada que ya no cerraba nada. Introduje dos de mis dedos para abrirlo, pero no había dinero. Saqué todo lo que contenía y lo deposité sobre la pequeña repisa que había en el mueble. Unas fotos de mi padre, otras cuantas mías y un papel arrugado donde podía leerse: *"Mamá, no olvides que te quiero"*.

—¿Necesitas ayuda? —me interrumpió

—Eh, no. Ya… ya lo he cogido. No tardaré en venir.

Le di un beso en la frente mientras olía su pelo. Existen muchos besos, pero creo que no existe ninguno más fraternal que uno en la frente. Aquel que se da y que tiene un único significado: *"Estoy aquí"*.

Volví a mi habitación y saqué del cajón de mi escritorio mi mochila. Busqué entre algunos billetes mal doblados dos de diez euros. Volví al salón y busqué de nuevo el monedero de mi madre. Esta vez, introduje un billete en él y me guardé el otro en el bolsillo sin soltarlo de mi mano, que apretaba con fuerza como si fuese un resquicio al que agarrarse.

—Cariño, ¿qué haces?

—Nada, mamá, es que tenía algo de dinero y necesitaba cambiarlo. Vengo en un momento.

Bajé apresuradamente mientras miraba el reloj. Las ocho menos cuarto. Entré en la tienda de Antonio.

El desavío de Antonio era una tienda muy pequeña donde los productos estaban tan apilados que muchas veces dudabas si verdaderamente su dueño sabría dónde tenía todo. No era tan acogedora como los grandes supermercados, pero la cercanía y la amabilidad de Antonio era lo que destacaba de aquel lugar. Además, era uno de los pocos sitios que permitían la entrada a mascotas.

Entré mientras él descargaba las cajas de la furgoneta dentro de la tienda.

—Buenos días, Antonio. ¿Tienes pan?

—Buenos días, Carmen. Sí, creo que Conchi lo está sacando del horno. Por cierto, tengo que comentarte algo —dijo mientras se acercaba a mí, se acariciaba la punta de su bigote blanco y se paseaba su otra mano por su pronunciada barriga—. Verás, ayer vino tu madre a comprar. Se llevó una docena de huevos y un bote de tomate frito y… bueno… esto… se fue sin pagar. Supongo que ha sido un despiste… como la última vez.

—Vaya, lo siento —contesté apurada—. No te preocupes. Ahora

mismo te lo pago. ¿Cuánto es?

Saqué el monedero mientras el pulso me temblaba. No podía soportar aquella situación tan embarazosa.

—Tranquila, si necesitáis dinero, me lo puedes pagar luego. Sé que sois una familia honrada.

—Lo sé y te lo agradezco, pero simplemente habrá sido un despiste de mi madre. ¿Cuánto es? —repetí

—Está bien, como quieras. Son dos euros y diez céntimos. Ya sabes que yo… yo solo intento ayudar.

—Lo sé, pero ayúdame si te lo pido algún día —contesté con cierto enfado—. Aquí tienes —dije mientras soltaba el billete sobre la palma de su mano.

—Tranquilízate, ¿vale? —me contestó subiendo su tono de voz.

Entré y compré un par de barras de pan y un cuarto de jamón york. Me despedí de Antonio un tanto triste, pero no avergonzada. Subí las escaleras y comprobé que no me daba tiempo a coger los dos autobuses que necesitaba para llegar al trabajo. Saqué mi móvil y llamé a Óscar.

—Tienes que hacerme un favor —le supliqué—. ¿Te importaría llevarme al trabajo?

—Tendría que pedirle el coche a mi padre, pero creo que no habría problema. Eso sí, me acabo de levantar y tardaré unos treinta minutos en vestirme y ser persona.

—No hay problema, te espero en casa.

—Siempre estoy cuando me necesitas, creo que deberías compensármelo luego. Por cierto, ¿dónde es esta vez? —respondió cansado.

Capítulo 25

Para llegar desde mi barrio hasta Itálica solo había que recorrer unos nueve kilómetros. A veces tardaba casi una hora, puesto que el autobús hacía varias paradas. En el peor de los casos, como cuando lo perdía, tenía que hacer malabares y pedir a alguien que me llevara. Incluso, en varias ocasiones, tuve que verme obligada a pedir un taxi sabiendo que me costaría más la carrera que lo que verdaderamente iba a ganar aquel día. Por suerte, aquella mañana Óscar me llevó.

Itálica era un asentamiento romano muy bien conservado, cuna de los emperadores Trajano y Adriano. Se situaba en la localidad de Santiponce y era uno de los lugares más visitados de Sevilla por su importancia y proximidad con la ciudad.

El coche de Óscar se detuvo en la puerta de un restaurante, justo frente a la entrada del complejo.

—Gracias por salvarme el culo.

—Otra vez —añadió.

—Sí, otra vez.

Ambos sonreímos y volvió a hacerse ese silencio incómodo al que ya se podría decir que me había acostumbrado.

—Bueno, te dejo, que llego tarde —dije mientras miraba el reloj y me bajaba del coche—. Gracias —repetí.

—Carmen —dijo mientras cerraba la puerta y me asomaba por la ventanilla—. ¿Tienes planes para esta noche? Quizás… no sé... podríamos tomar algo por la Alameda o, mejor, podríamos ir al cine. Se estrena lo nuevo de…

—Óscar —interrumpí—, no insistas. Déjalo. Hoy me quedaré en casa.

El rostro de él cambió y se tornó en cierto enfado. Es cierto que aquellas palabras bordes sonaron mejor en mi cabeza que en mi boca. Crucé la calle y me giré volviéndolo a mirar. En ese momento, podría decir que pude hasta escuchar el sonido de sus manos apretando la goma del volante. Sus labios se cerraban con fuerza y en sus ojos vi que estaba a punto de disparar una flecha de hielo que se me enquistaría en el corazón y me produciría dolor.

Así fue.

—Desde que te han dado esa matrícula por la tesis de la universidad te lo has creído mucho —gritó desde el coche—. No sé por qué pierdo el tiempo contigo cuando solo me quieres para que te haga de chófer. Búscate otro pringado la próxima vez.

Me giré y seguí hacia adelante sin volver la vista atrás. Intenté mantener a raya las lágrimas en los ojos, como si fuera la presa de un pantano de tristeza, pero era inevitable. Aquellas palabras me dolieron

y el río de lágrimas empezó a emanar de mis ojos.

Óscar y yo habíamos sido novios. De hecho, fuimos novios varias veces. Nuestra relación eran constantes ciclos. Al principio nos desvivíamos el uno por el otro, sin importarnos nada más. Salíamos solos, viajábamos solos y disfrutábamos solos. Luego aparecía ese típico hartazgo o empacho que hacía que echásemos de menos a nuestros amigos. Yo quería pasar más tiempo con mis amigas y él con los suyos, por lo que la relación se enfriaba y, como en una tormenta, caían sobre nosotros reproches, malas caras y discusiones. La relación se acababa y a los pocos meses nos dábamos cuenta de que no podíamos estar el uno sin el otro. Vuelta a empezar.

Tengo que reconocer que quizás ambos sufriésemos cierta dependencia. Dicen que nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde, y tal vez eso era lo que nos pasaba. Recuerdo las temporadas en las que estaba sin él y me sentía rara con mis amigas, me invadían ciertos nervios en la barriga y los recuerdos junto a él me abordaban en cada rincón, en cada calle, en cada esquina.

Atravesé el control y entré en el complejo. Un gran paseo en cuesta con grandes árboles a los lados conducía a uno de los atractivos principales del lugar: el anfiteatro. Caminé y a lo lejos vislumbré a un pequeño grupo de personas.

—Buenos días. Soy Carmen, de Sevilla Tours. Encantada de estar con ustedes.

Los turistas me correspondieron con una pequeña sonrisa. Eran cinco personas, una pareja de unos sesenta años, dos chicas jóvenes de unos cuarenta y un chico que, por su aspecto, rondaría los treinta.

—Estamos en la puerta del anfiteatro. Es una de las partes mejor conservadas de la ciudad. Para tener una idea del poder económico de los romanos, os cuento que tenía una capacidad superior a la de los habitantes de la ciudad. Por cierto, una pregunta. ¿Os suena de algo el lugar? ¿Lo habéis visto por televisión?

—Sí. En *Juego de Tronos* —respondió el joven—, justo en la secuencia donde aparece uno de los dragones.

—Correcto. Un punto para ti —bromeé.

Ser guía turística no daba para mucho y era algo que sabía desde hacía tiempo. Supongo que estamos continuamente bombardeados con mensajes de positivismo, coaching y miles de historias donde empresas utilizan frases estándar y motivacionales para sacar dinero. Y tú, pobre de ti, caes rendido a las redes del capitalismo porque te gusta una taza donde pone *lucha por tus sueños*. Eso hice. Estaba enamorada de la Historia y entré en la facultad con ganas de comerme el mundo, de aprender más y, por supuesto, sin pensar en el futuro.

Esa etapa fue una de las más bonitas de mi vida. Alternábamos las clases con paseos en patines a lo largo de la orilla del Guadalquivir, pero, sin duda, lo mejor eran aquellos atardeceres de primavera con olor a azahar, junto al puente de Triana y con un litro de cerveza y algún cigarro de la risa como merienda.

La facultad en sí formaba parte de la historia. Estaba situada en la antigua Real Fábrica de Tabacos, y pasear por sus clases y pasillos era todo un lujo. Desde que estudié allí, veía la ciudad de otra manera. Paseaba por el muelle de la Sal, y me imaginaba la llegada de Colón unos cuantos siglos atrás, o incluso mi mente dibujaba a su antojo navíos y carabelas, a Magallanes y a Elcano, a las especias del Nuevo Mundo, a los años de esplendor de las Indias.

Tardamos en realizar la visita una hora aproximadamente. Visitamos el anfiteatro, la Casa de los Pájaros y las termas. Los turistas parecían bastante interesados. Durante estos dos años que llevo realizando visitas para pagarme la facultad, he visto de todo. Desde novios aburridos que acompañan a sus novias bajo un repertorio de bostezos, niños jugando sobre los restos arqueológicos, personas sin interés mandando mensajes de audio en mitad de una explicación, o los que empiezan a hablar entre ellos. Los odio a todos.

Volvimos al lugar donde me encontré con ellos al principio de la visita. Vi en sus caras una mirada de satisfacción, por lo que intuí que habían disfrutado del tour.

—Espero que os haya gustado la visita. Ahora, antes de marcharos y si os parece bien, nos vamos a hacer una foto para subirla a mi perfil de Instagram. Si queréis seguirme en redes sociales, mi nombre viene en la esquina inferior de esta tarjeta —dije repartiendo unas de visita —. Recordad que hago visitas guiadas por los lugares más importantes de Sevilla. Y bueno… eso es todo. Si tenéis alguna duda…

—Yo sí — dijo el joven—. Me he fijado en el suelo que hay justo aquí, en la entrada del anfiteatro. Parece muy moderno, ¿no?

—Vaya. Eres muy observador. ¿Tu nombre es?

—David.

—Bien, David. Buena apreciación. Si os dais cuenta —dije señalando el suelo de nuestro alrededor—, es obvio que no pertenece a la época romana. Es granito rosa y, al parecer, fue donado por el propio Mussolini cuando visitó Itálica con motivo de la Exposición Iberoamericana en 1929.

—Una curiosa historia —sentenció el joven—. Por cierto, yo ya te seguía en Instagram —dijo con una sonrisa—. Muchísimas gracias por todo.

—A vosotros. —Le devolví la sonrisa—. Ya sabéis que la visita son

cinco euros. Si lo deseáis, podéis pagar por *bizum*. En la tarjeta viene mi número.

Los visitantes sacaron el móvil y agacharon sus cabezas durante unos minutos. Ahí comprendí que el dinero físico tenía los años contados a la misma vez que las notificaciones de mi móvil sonaban; un simple sonido que mí me sonaba a cantos celestiales.

El sol comenzaba a quemar. Salí del recinto de Itálica y caminé hasta la parada de autobús más cercana. Era uno de mis momentos preferidos del día. Caminar escuchando música, esta vez *Mi Lugar* de Sinsinati, y desconectar la mente en un agradable paseo.

Me subí al autobús que, como de costumbre, llegaba con quince minutos de retraso. Le sonaba hasta el alma y las ruedas parecían ser cuadradas. Tenía pensado relajarme un poco, pero fue imposible. En ese momento, recordé a David, el joven turista y su pregunta. No lo dudé, de hecho, llevaba varias semanas con esa idea en mente, así que abrí mi perfil de Instagram y publiqué:

> ¿Sabías que el suelo que hay justo a la entrada del anfiteatro de Itálica fue donado por Benito Mussolini?
> En una visita a la ciudad, el dictador quiso hacer un regalo a aquel lugar de origen romano, mejorando la entrada a uno de los mejores lugares de la ciudad de Itálica; para ello, donó las baldosas que aun hoy se pueden ver y pisar.

Y, en ese preciso momento, justo antes de guardar el móvil en mi mochila, la luz de notificación se encendió.

Capítulo 26

Llegué a casa sobre las dos y cuarto de la tarde. Mi estómago era como el rugir de un volcán y no me demoré mucho en darle un beso en la frente a mi madre e ir directamente a la cocina. Corté un trozo de pan y abrí la despensa. Me apetecía algo de atún, pero no había. Me fui al frigorífico en busca de algún embutido y vislumbré las dos últimas rodajas de salchichón que quedaban en el fondo. Las saqué y las coloqué sobre el pan con la misma ansia del que ve un oasis en medio del desierto. Llené un vaso de agua y me fui hacia el salón.

Me senté y giré la vista hacia mi madre. Durante el fugaz beso que le di antes, no me había dado cuenta de que llevaba unas botas altas, que tenía el pantalón del pijama puesto y que los botones de la parte superior de este estaban desabrochados, mostrando uno de sus pechos.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el colegio? —me preguntó mientras no quitaba ojo del televisor.

Miré los dedos de sus manos, en las que comenzaban a aparecer arrugas, y golpeaban suavemente el reposabrazos del sillón. Me la imaginé en su juventud, saliendo con sus amigas, con las mismas que compartía las fotos en blanco y negro que decoraban uno de los muebles del salón. Me pregunté cómo sería en aquella época, cuando probó su primer cigarrillo, cuando se cruzó mi padre en su camino o si tuvo algunos amores antes. Tal vez no haría nada malo en preguntarle, pero quizás la diferencia de edad me haya marcado, en cierto modo, un respeto severo o fue el ambiente en el que ella fue educada. Ni siquiera recibí la típica charla de sexo que suelen tener la mayoría de los padres con sus hijos y creo que, en cierta medida, fue más por su pudor que por mi vergüenza. Además, los días pasaban y cada vez la veía menos lúcida. A veces parecía tener algo así como unas gafas que no le dejaban reconocer a nadie, que le borraban de la mente cualquier recuerdo. Aquella mujer de sesenta años llena de vitalidad que hace un año soplaba las velas en el Parque del Alamillo rodeada de amigas, se apagaba poco a poco en la oscuridad de un sillón, bajo la luz de una lámpara que alumbraba cada vez menos sus momentos de cordura.

—Mamá, hace veinte años que terminé el colegio.

Ella giró su vista y me miró. En sus ojos no había ni la más mínima expresión de nada. Volvió a girarla hacia el reloj que había en el mueble, sobre el televisor, y me volvió a preguntar.

—¿A qué hora llega tu padre de trabajar? Se le está haciendo tarde.

—Eh… ha llamado. Hoy llegará más tarde. Carlos, su jefe, le ha pedido quedarse a echar unas horas.

—Ese jefe que tiene no me gusta. Siempre se aprovecha de la

bondad de tu padre.

Si había algo más fuerte que cualquier enfermedad, era el amor.

Dicen que las tres cosas que mueven el mundo son el poder, el amor y el dinero, y la que cuánto más das, más recibes, es el amor, y qué verdad es. El Alzheimer hacía desaparecer en ocasiones mi nombre de la mente de mi madre, incluso en los últimos días me lo había preguntado en varias ocasiones. Olvidaba a veces el lugar donde vivíamos o incluso en nombre de sus familiares, pero siempre tenía en mente a mi padre.

No fue fácil. Su amor era incondicional. Se les veía pasear los domingos por el Guadalquivir. Era como una tradición o ritual, caminaban desde el Puente del Alamillo hasta el de Triana cogidos de la mano, lanzándose besos cada vez que pasaban debajo de un puente. Parecían enamorados disfrutando del Sena, caminando por la Ciudad de la Luz. Pero aquellos domingos de luz y calor se transformaron en fríos y oscuros cuando los dolores de cabeza de mi padre y su parálisis de su nervio ocular derecho desembocaron en un tumor cerebral. Apenas nos dio tiempo a asimilarlo. En menos de un mes, mi padre se marchó de este mundo prácticamente sin poder despedirse.

A los dos meses, mi madre empezó a comportarse de manera extraña. Se sentaba sobre el wáter para comer, se preparaba el café y le echaba gel en lugar de la leche condensada que tanto le gustaba. Y, tras algunas pruebas médicas, su diagnóstico me cayó como un jarro de agua fría.

Estaba firmemente convencida de que mi madre era una persona valiente e inteligente. Tal vez aquella enfermedad apareció de forma apresurada por su afán de borrar aquel mes de su vida. Aquel mes en el que vio cómo, poco a poco, la luz y el alma del amor de su vida se iban apagando.

Miré sobre la mesa de mi derecha y vi una foto que me removió por dentro. Era mi padre junto a mi madre, sentados en el Parque del Dragón de Alcalá de Guadaíra. Mi padre me tenía en su regazo y me sostenía de los brazos. Yo apenas tenía dos años. A la izquierda de mi madre, nuestro perro Byron sacaba la lengua tras la caminata que mis padres dieron ese día.

Qué afortunados éramos aquellos días sin saberlo, cuando podíamos visitar a nuestros abuelos, pasear con nuestros padres y disfrutar de la infanta inocencia que el tiempo nos había regalado.

—Por cierto, mamá —le dije cogiéndole su mano y clavando mis ojos en su mirada—, hoy estás guapísima. Veo que te has arreglado un poco.

Ella se miró de arriba a abajo y soltó una leve carcajada.

—Pues me había vestido para salir, pero esta telenovela está interesante y creo que va a ser difícil moverme del sofá.

Sonreí y tiré de su mano hacia mi boca, sintiendo sus arrugas en mis labios y oliendo a ella, o, mejor dicho, a su crema de manos. Me marché a mi habitación a relajarme. Necesitaba tumbarme en la cama y escuchar algo de música, y eso hice. Encendí el pequeño altavoz portátil que tenía sobre la mesa y *Mamá Dolores* de El bicho comenzó a reproducirse. A pesar de que los años caían de forma implacable sobre la música y las canciones se olvidaban, aquella melodía antigua me recordaba inevitablemente a mi madre.

Abrí la aplicación de mensajería instantánea y volví a leer el mensaje que había recibido en el autobús, de vuelta de Itálica. Era de David, el joven turista que pertenecía al grupo de aquel día.

> "Me ha encantado la visita de hoy. Eres una excelente profesional y he aprendido mucho contigo. Me ha fascinado la historia de Mussolini e Itálica. Precisamente, me leí un libro sobre la Guerra Mundial en Italia y aprendí mucho del dictador. Por cierto, ya que estamos, también me fascinaron tus ojos verdes".

Volvió a sacarme una sonrisa, como lo había hecho unas horas antes. Estuve dando vueltas sobre qué contestar. Miré su foto de perfil y lo vi sobre un pequeño muro, sentado, con la Torre del Oro detrás. Tenía sus manos apoyadas en sus piernas y vestía un pantalón marrón, camisa vaquera y unas gafas de sol. Exactamente el mismo atuendo que llevaba hoy en la visita a Itálica. Y sí, para qué negarlo, entre explicación y explicación lo inspeccioné de arriba a abajo. Es una de las mejores cosas de llevar gafas de sol. Y, como dice mi compañera Ana, de vez en cuando, en alguna visita, los guías pueden ver monumentos que no conocen, de carne y hueso.

Mis dedos comenzaron a bailar sobre el teclado y mi mente procesaba a gran velocidad.

> "Gracias por tus palabras, David. Menuda casualidad lo del libro. Con gente como vosotros es fácil trabajar. Me alegró conocerte".

Suspiré y dejé el teléfono móvil sobre la cama. Me dejé llevar por la canción, cerré los ojos y me relajé. Estuve pensando en qué publicaciones podría poner a lo largo de la semana en mi perfil de Instagram. Tanteé la idea sobre hacerla de los Reyes Católicos, o quizá de Elcano o Magallanes, pero, sin querer, volví a pensar en David y lo tuve claro: La Torre del Oro.

Al cabo de unos minutos, la vibración de mi teléfono me devolvió a la realidad.

> "Espero que las casualidades me permitan verte algún día por

Sevilla”.

Capítulo 27

Si algo caracterizaba a Sevilla era su clima radical. Prácticamente parecían no existir ni el otoño ni la primavera. Un día hacía el frío propio del invierno, y en dos más el calor recorría las calles de la ciudad. Aquella mañana, el sol radiante calentaba los muros de la catedral y yo la contemplaba a la sombra, sentada sobre las escaleras de uno de los laterales del Archivo de Indias.

Aguardaba con impaciencia a que llegaran las doce de la mañana para comenzar la visita. El autobús me había dejado en la parada veinticinco minutos antes y tenía que matar el tiempo como fuese. Revisé Instagram y comprobé que mis seguidores habían subido en diez en las últimas dieciocho horas. Me sorprendió bastante comprobar que ya tenía unos dieciséis mil. En esta sociedad de la desinformación, del desinterés y el inconformismo, veía como un rayo de esperanza que dieciséis mil personas quisieran saber la historia y leyendas de la que fue una de las ciudades más importantes del mundo.

Tengo que reconocer que veía con cierto recelo las cuentas de *influencers* de plástico y silicona. Se llamaban así mismas creadoras de contenido, una forma muy diplomática de decir que vivían del cuento. Recibían productos en forma de regalo de muchas empresas para que ellas publicitasen así esos productos entre sus millones de seguidores, que después invadirían los comercios para usar lo que suele usar su ídolo de redes sociales.

En cambio, ninguna marca había contactado conmigo para mandarme producto alguno. Sí, lo sé, la cultura no vende y qué triste es. Cuando creé mi cuenta, soñaba con dar difusión a las pequeñas historias de la ciudad. Aquellas historias de algún edificio o esquina por donde pasan miles de viandantes al día, ajenos a lo que sucedió años o siglos atrás. Pero, también tengo que reconocer, que con el tiempo y viendo cómo han ido evolucionando las redes sociales, también vi la posibilidad de ganar un dinero extra con alguna colaboración comercial que nunca ha llegado.

Miré el reloj y aún quedaban quince minutos. Decidí caminar hasta una cafetería llamada *La Canasta*.

Se situaba junto a la catedral, a unos cien metros del Archivo de Indias, y siempre que podía ocupaba una de sus mesas. Me encantaba aquel lugar. Era amplio, y su suelo blanco y la gran cantidad de focos que había en el techo daban más amplitud aún al establecimiento.

Justo al entrar, a la izquierda, una gran vitrina mostraba las irresistibles delicias del lugar. Me quedé mirando una palmera de chocolate. En sus grietas, parecía que se dibujaban mis iniciales, o al

menos eso me parecía a mí. En ese momento, Luis se acercó.

—¿Te la pongo para llevar? —dijo elevando unos milímetros el lado izquierdo de su labio superior y guiñándome el ojo.

—No —dije tocándome la barriga—, demasiado azúcar para mí. Quiero mi leche manchada.

—Marchando.

Seguí perdiéndome entre las nubes de olor y de calorías que desprendían aquellos dulces y, en unos minutos, Luis vino con mi café y me lo sirvió en un vaso para llevar.

—Ya sabes, no es nada.

Luís tendía unos cuarenta y algo. Quizás más cerca de los cincuenta de lo que aparentaba. Era moreno de piel y tenía el pelo canoso y rizado. Sus gafas redondas le daban cierta seriedad, pero la realidad es que era una persona con la que tener una conversación agradable. Abría la cafetería a las siete de la mañana con los primeros cafés y desayunos, y la cerraba a las una de la mañana con las últimas copas. A pesar de que funcionaba muy, pero que muy bien, y tenía unos doce empleados, Luis solo se ausentaba durante unas tres horas, desde las doce hasta las tres. Aquel tiempo lo empleaba en volver a casa y comer con su mujer. Para él, aquello era sagrado, y le gustaba aprovechar aquellos momentos para dar rienda suelta a su espíritu sibarita cocinando junto a su esposa algún que otro plato elaborado.

Él no sabía de mi situación económica. Más bien diría que conocía poco de mí, pero mi espíritu de supervivencia me hizo llegar a entablar una relación de cierta amistad con él, pero, sobre todo, empresarial. Yo podría tomar un café sin coste una vez al día cada vez que tuviese una visita por la zona y, luego, recomendaría a los turistas visitar la cafetería. Era una relación de mutualismo puro.

Salí del local y crucé la gran avenida peatonal que pasaba junto a la catedral y el Archivo de Indias. Estaba repleta de transeúntes, empresarios vestidos de traje a medida y con prisa, turistas japoneses con más cámaras de fotos que manos, coches de caballos y el metrocentro pasando cada pocos minutos.

Volví a la escalera lateral del Archivo de Indias y me senté de nuevo para saborear el café. Los movimientos de mis dos dedos removiendo el líquido con la cucharilla de plástico me hipnotizaban. Volví a pensar en mi madre y en cómo iba a afrontar su cada vez más decadente estado y dependencia.

Recordé cómo se acentuó desde que le diagnosticaron la enfermedad hacía seis meses. La doctora Arjona nos recibió en su despacho una mañana calurosa de junio y su cara de preocupación lo decía todo.

—Bien, en estas ocasiones es mejor no andarme con rodeos. Como suponíamos, la enfermedad que hemos detectado es Alzheimer. —Sus

palabras cayeron como puntas de hielo sobre nosotras—. Sé que es complicado de asumir, pero, quizás, con una buena medicación, la enfermedad no degenere tanto. Hay muchos avances hoy en día.

Mi madre se mordía las uñas y mis lágrimas bajaban con velocidad por mi rostro.

—¿No existe tratamiento alguno más allá de las pastillas?

La doctora se quitó aquellas gafas de pasta y se mordió la patilla durante unos segundos, fijando la vista en mi madre y en mí.

—Existe un tratamiento innovador. Está clínicamente probado que los pacientes que se han sometido a él no solo han aumentado su esperanza de vida, sino que la afección no es tan importante. Es una clínica que está aquí en Sevilla.

—Supongo que el tratamiento es privado, ¿no? —pregunté con la voz desgarrada.

—Así es. Según tengo entendido por clientes que han sido sometidos a él, su precio ronda unos dieciocho mil euros.

Intenté respirar hondo mientras se agrandaban mis pupilas. Sabía que ese tratamiento era imposible de pagar.

—¿Y… no hay alguna ayuda económica o alternativa?

—Me temo que no. Aun así, si no pueden hacer frente a este tipo de tratamiento, le pondremos otro que quizás no sea tan efectivo, pero servirá.

Aquellas palabras del doctor sonaban a compasión. En el fondo sabíamos los tres que no se podía hacer nada. Lo que no me esperaba era el gesto de valentía, serenidad y poca vergüenza de mi madre.

—Con dieciocho mil euros hago una reforma en mi casa, que la necesita más que mi cerebro.

Y así, con ese sentido del humor que la caracterizaba, quise imaginármela.

Siempre.

Los primeros turistas comenzaban a llegar bajo la Cruz de los Juramentos, que era el punto de reunión para comenzar la visita. Aquella cruz, cinco siglos atrás, había servido como testigo para cerrar los negocios. Mi grupo eran, en su mayoría, holandeses y alemanes. También había algún español, por lo que el esfuerzo era doble, ya que tendría que desarrollar la visita en inglés y castellano. Miré el reloj y comprobé que pasaban unos minutos de las doce. Volví a hacer un breve recuento y solo faltaban dos personas. Si algo odiaban los británicos era la impuntualidad y, con tal de no cabrear a gran parte de mis clientes, decidí comenzar el tour.

—Buenos días. Mi nombre es Carmen, bienvenidos a una de las ciudades más importantes del mundo.

A decir verdad, me encantaba empezar las visitas por el centro de esa manera. No importaba si íbamos a visitar la Giralda, el barrio de Santa Cruz, los Reales Alcázares o el Archivo de Indias, aquella bienvenida solía sacar una sonrisa a mis clientes y en mi cara siempre se dibujaba el orgullo.

—Hemos quedado bajo esta cruz porque tiene un papel relevante en la conquista del Nuevo Mundo. Quiero que se imaginen la época de la conquista de América. El edificio del Archivo de Indias fue construido como lonja, donde se comercializaba con especias y otros enseres traídos del otro continente. Bajo esta cruz, los mercaderes cerraban los tratos comerciales con un apretón de manos. Solo eso era suficiente, y tenía más valor que un papel firmado. Ahora, si me acompañan —dije indicando el extremo del edificio—, vamos a dirigirnos hacia la puerta principal para acceder al interior, el que, ya os aviso, no dejará indiferente a nadie.

Capítulo 28

La entrada del Archivo de Indias era una gran puerta oscura de madera. Tras ella, Juan y Miguel aguardaban la llegada de los visitantes para hacerlos pasar por el arco de seguridad. Ambos pertenecían a la empresa LULEN. Juan era serio, de pocas palabras, con barba y alto. Detrás de ese semblante había una buena persona, pero también un policía frustrado. Por el contrario, Miguel llevaba la alegría y el buen humor por bandera. Le gustaba bromear con los visitantes, piropear a las mujeres con cierto estilo y solía dejarse la vista sobre la pantalla del ordenador del arco detector antes de ponerse sus gafas. Decía que le hacían hacer sentir más viejo.

—No sabía yo que hoy te tendríamos por aquí —dijo Miguel.

—Hoy es martes, amigo mío.

—¿Martes? —dijo mirando su reloj—. Es cierto. Qué lentos pasan los días. Bueno, ¿cuántos somos hoy? —preguntó.

—Nueve, pero faltan dos personas. Quizás vengan más tarde.

—De acuerdo. Por cierto, ¿qué tal la tesis?

—No pudo salir mejor —contesté sonriendo—. ¡Una Matrícula de Honor!

—¿Sí? ¡Lo sabía! —dijo Miguel abrazándome—. Te dije que el tema era interesante y sé que te lo has currado. Bastante tiempo y esfuerzo le dedicaste.

—Gracias —contesté un tanto sonrojada.

Miguel asintió mientras hacía gestos a los turistas para que dejasen sus pertenencias en la bandeja blanca que había sobre el arco de seguridad.

—*Please, put your things on the white tray and pass through the security arch* —le ayudé.

Miguel se giró hacia mí y me guiñó el ojo mientras Juan se mostraba atento a la pantalla. Quizás el éxito de su trabajo bien hecho era precisamente su carácter tan diferente. Solían compenetrarse bien, se cambiaban de puesto cada hora y pasaban muchas juntos. Solían hablar de la familia, se quejaban de lo mal pagado que estaba su trabajo y de la cantidad de visitantes que recibía aquel lugar.

Mientras pasaban los turistas, firmé el documento de acceso, cogí de mi mochila la botella de agua y le di un breve sorbo. Aproveché para sacar mi acreditación. Me volví a colgar la mochila y crucé el arco.

—¿Llevas hoy pistola? —me preguntó Miguel.

—No, no me ha dado tiempo a cogerla. Pero sí tengo una navaja de unos doce centímetros.

Ambos nos reímos, me despedí de ellos y en unos segundos estaba

frente a unas amplias escaleras.

—Bienvenidos al Archivo de Indias —comencé a decir en inglés—. Este lugar es considerado como uno de los más importantes del mundo en cuanto a la recogida de información se refiere. Si se han dado cuenta, su arquitectura contrasta mucho con la mayoría de los edificios de la ciudad. Esto es debido a que su arquitecto, Juan Herrera, fue quien lo diseñó. Es conocido en España por diseñar el Monasterio del Escorial en Madrid. Trabajó bajo las órdenes de Felipe II. Ahora vamos a ascender por las escaleras y nos detendremos en el rellano —dije señalando hacia adelante.

Quizás fuese la trigésimo quinta vez que visitaba el Archivo. Lo hice como ciudadana y curiosa, después como estudiante y ahora como guía. Lo cierto es que aquellas escaleras no dejaban de impresionarme. Me pregunté cuántos ilustres personajes ascendieron por ellas, cuántos legajos las atravesaron para quedarse, otros para perderse y cuánta historia guardaban aquellas paredes.

—Bien. Este edificio fue construido para albergar la Lonja de los Mercaderes por expreso deseo de Felipe II. Durante muchos años, los enseres y especias de las Indias fueron traídas aquí, donde se comercializaba con ellas.

Los turistas giraban sus cabezas hacia todos lados, impresionados por la majestuosidad del lugar. Parecían estar ajenos a mis explicaciones, pero mi experiencia me decía que aquellas miradas eran de expectación y de disfrute.

—Más tarde, en el siglo XVIII y con la llegada de la Ilustración, este lugar pasó a llamarse Archivo General de Indias y comenzó a recoger toda la documentación de la Corona española gracias al Rey Carlos III. Debido a que el mercado con el Nuevo Mundo sufría una crisis, el rey decidió dar valor a la documentación recogida a través de los años y traerla a este lugar. Para ello, se adecuó este edificio y se construyeron estas escaleras.

Dejé unos momentos de silencio para que los turistas pudiesen observar todos los detalles. La amplitud del lugar, la balaustrada y los peldaños de mármol rosáceo, el escudo de la corona presidiendo el rellano o las florituras y decoración de las paredes. Comentaban entre ellos la curiosidad de aquel lugar a la vez que otros visitantes independientes, grupos organizados e incluso investigadores, que ascendían y descendían por las escaleras.

No era difícil identificar a estos últimos. El noventa y cinco por ciento, llevaban gafas y un maletín de cuero. Incluso, a veces, portaban una carpeta de grandes dimensiones.

—¿No les llama la atención que este lugar, un simple archivo, tenga este tipo de escaleras?

Se miraron unos a otros con cierta sonrisa de curiosidad, esperando

una respuesta. Me gustaba esa sensación de tener la información en mis labios y que los turistas la esperasen con ansia.

Recordé la primera vez que me puse delante de un grupo. Fue en la Giralda, y aquellas personas me lo pusieron fácil. La realidad era que ese grupo estaba compuesto por mis tíos y mis padres y, aunque la confianza era una ventaja, los nervios se apoderaron de mí durante toda la visita.

Después de ella, nos comimos, o más bien devoramos, un helado mientras mi tía, que era mi referente, me daba unos cuantos consejos.

—Hablas demasiado rápido, supongo que será por los nervios. Pero tienes que aprender a vocalizar, hablar más sosegada. Intenta lanzar preguntas retóricas e interactuar.

Mi tía Ana era menor que mi madre. Era profesora de Historia y mi sueño siempre fue ser como ella. Siempre hemos estado muy unidas, pero quizás la edad o el paso de los años hacen que te distancies de las personas.

Siempre me llamó la atención aquello. No era que me llevase mal con mi tía o que no tuviese contacto. De hecho, hablábamos de vez en cuando. Pero supongo que nada es para siempre, que las intensidades de las relaciones, y las propias relaciones, en ocasiones, vienen y van. Pasamos de ir juntas al cine, de compartir pizza los viernes y tomar helado los domingos, a hacer cada una su vida, separadas una de la otra.

Quizás la enfermedad de mi madre me hiciese estar más sensible, o quizás es que me estaba haciendo mayor.

—¿Nadie sabría decirme el por qué de la majestuosidad de estas escaleras? —volví a repetir la pregunta.

El silencio del grupo se veía interrumpido por los taconeos de las personas que caminaban por la escalera.

—Porque Carlos III quería darle importancia a los libros y legajos.

Sí, esa era la respuesta, pero, para mi sorpresa, aquellas palabras no las pronuncié yo.

—Con la ilustración, el rey quiso darle cierto trato de grandeza a los documentos que aquí se guardan y encargó estas escaleras.

Los turistas miraron hacia atrás y se apartaron haciendo un pequeño pasillo. Un joven lo atravesó y se colocó frente a mí. Aquella mirada era inconfundible.

—Siento llegar tarde.

Y así fue como David puso mi mundo patas arriba.

Capítulo 29

El Giraldillo, que así se llamaba la estatua de bronce que presidía la Giralda, parecía atravesar con la punta de su lábaro el sol incandescente que a esa hora iluminaba las calles.

Soplaba a aquella hora de la mañana una brisa suave que hacía apaciguar las temperaturas, que eran altas para tratarse de diciembre, y un pequeño remolino se formó entre aquellas paredes de piedra llenas de historia.

Caminamos hacia la salida del Archivo de Indias tras estar unos minutos en el patio interior, donde los turistas aprovecharon para hacer miles de fotos.

En la entrada del edificio me despedí de Juan y Miguel de manera diferente. A Juan bastó con alzar las cejas para saber que me estaba despidiendo, pero Miguel no me dejaba marcharme sin un abrazo que me llegaba al alma.

Quizás era lo más parecido a un padre que podría tener ahora. Se preocupaba por mí, me ayudaba y me daba consejos. A pesar de no haber tenido la suerte de poder estudiar, lo consideraba un ser muy inteligente, bondadoso, algo bruto, pero, a la vez, muy cariñoso. Sabía todo de mí: el estado de salud de mi madre, mi situación económica, mis desencuentros con Óscar…

Si hay algo que odio es que se preocupen por mí o, mejor dicho, que me miren como si fuese el típico perrito que está en una cuneta moribundo. Odiaba esa sensación de dar lástima, por lo que no solía contar mis problemas a nadie, pero Miguel siempre era la excepción. Cuidaba con detalle su forma de hablarme, no me hacía sentir débil o vulnerable, sino que me reconfortaba con palabras de aliento poniendo valor a mi esfuerzo y valentía.

Por suerte, mi inestable sueldo me daba para mantener a mi familia, que no era otra que mi madre, y mi hogar, que no es más que un estrecho piso de alquiler. A pesar de que algunas veces tenía que echarle más agua al caldo para estirar más de una comida.

Bajamos las escaleras exteriores que daban a la entrada del Archivo de Indias e hice una parada en el bonito jardín que embellecía el edificio. Aproveché la sombra que me daba un árbol para despedirme del grupo, preguntar si la visita les había gustado y, lo más importante, cobrar.

Cada vez que cogía un billete, parecía tener el nombre de su destino grabado sobre él. Veinte euros para comida, otros diez para higiene, otros tantos para alquiler…

Aquel día se dio bastante bien. Si algo caracterizaba a los guiris era que estaban acostumbrados a dar propina. Supongo que mis dotes y

mis habilidades sociales hicieron que aquellas fueran bastante generosas.

Los turistas hicieron una pequeña fila mientras repartía unas tarjetas de visita y comprobé que David se quedó el último. Cuando llegó su turno, le extendí una.

—Lo siento, pero ya la tengo —me dijo con media sonrisa en la boca.

Lo miré y le devolví la sonrisa. Me fijé en él y su dentadura era casi perfecta. Volví a extenderle la tarjeta.

—Por si la pierdes —le respondí bromeando.

—Por suerte, tengo tu teléfono guardado.

Lo volví a mirar en silencio mientras guardaba la tarjeta junto con las demás.

—La visita ha estado genial. Me llama mucho la atención este lugar. Creo que la gente no es consciente de la importancia de lo que se guarda aquí —dijo mientras se ponía de espaldas hacía mí, observando la fachada del edificio—. Me pregunto cuántos documentos importantes se guardarán dentro. Debe ser impresionante trabajar en este lugar. Pero, ¿sabes que es aún más impresionante?

Esperaba una respuesta interesante, y aquellos segundos esperando una contestación a su pregunta retórica luchaban con mi paciencia. Él se giró y con total seriedad y espontaneidad me respondió.

—Lo más impresionante es el hambre que tengo.

Aquella respuesta me dejó descolocada y comencé a reír a carcajadas. Parecía que el joven culto y curioso por la historia también tenía sentido del humor.

—¿Te apetece venir? Justo aquí al lado hay una hamburguesería.

No sé si David tenía pensado proponerme una cita cuando salió de su casa, pero tengo que reconocer que su proposición fue tan simple como original. Dudé unos momentos si acceder a la petición o no. No me gustaba dejar tanto tiempo a mi madre sola, pero, por un día, me lancé al vacío e hice una excepción.

Caminé junto a David por la Avenida de la Constitución. Era una de las arterias urbanas más importantes de la ciudad y comunicaba la zona de Puerta de Jerez con el Ayuntamiento. Por allí paseaban miles de turistas al día, un tranvía y algún que otro coche de caballos. Sobre uno de los laterales de la calle se podían encontrar todo tipo de comercios: tiendas de souvenirs, cafeterías, bares, heladerías…

Llegamos en menos de tres minutos al restaurante de comida rápida. Tuvimos que esperar durante un rato a que una mesa se quedase libre y la ocupamos.

En cinco minutos estaba devorando una hamburguesa con queso, cortesía de David y gracias a la magnífica esencia de la comida rápida. ¿Cómo diablos puede estar tan buena una comida que está hecha de

ingredientes tan lamentables?

—Esta es mi hamburguesa favorita. Podría estar años comiendo esta basura.

David sonrió a la vez que mordía con ansia su comida, la masticaba y se la apartaba a un lado de la boca.

—Bueno, cuéntame algo de tu vida —me preguntó prácticamente sin dudar.

Me pilló con la boca llena, por lo que tuve que apresurarme a engullir el bocado y limpiarme con la servilleta.

—¿Qué quieres que te cuente?

David masticaba unas cuantas patatas y cogió su bebida dando un pequeño sorbo.

—Pues no sé. Me llamó mucho la atención tu perfil de Instagram. Todos esos seguidores que tienes.

—Bueno, intento mostrar la historia de Sevilla a través de curiosidades. Creo que eso me ha hecho ganar tantos, aunque lo combine con otros aspectos de mi vida.

—Cierto, vi que tenías una Matrícula de Honor en una tesis. Debes ser una cerebrito.

Cambié rápidamente el semblante. Aquella palabra me incomodó un poco. Desde pequeña odiaba los calificativos despectivos que me hacían por estudiar. De hecho, no me consideraba alguien con facilidad para hacerlo. Todo lo que he conseguido en la vida, ha sido gracias a mi esfuerzo y sacrificio.

—Siento si te ha molestado —dijo al ver mi cara.

—La tesis me llevó unos seis meses de investigación. Noches sin dormir agobiada y luego semanas de preparación para la exposición. Horas de autobús desde San Jerónimo, que es donde vivo, hasta aquí. En fin, si eso es para ti ser una cerebrito, sí, lo soy.

—Disculpa —volvió a rogar—, pero te admiro. A mí me encanta la Historia, pero no tuve ganas de estudiar. Es más, no desde siempre me ha apasionado. Mi interés viene de mi afición a películas como *El código Da Vinci* o *Ágora*.

—*Ágora* es una de mis favoritas, me encantaba verla con mi padre —le interrumpí.

Se hizo un silencio momentáneo mientras los nos clavábamos la mirada. Intenté sacar conversación, pero, a decir verdad, comenzaba a sentirme un poco ridícula comiendo con un desconocido. Por un lado, no podía negar que David era atractivo y que tenía cierto interés en él. Pero, por otro, no tenía la menor idea de quién había al otro lado de la mesa.

Dudé sobre si lanzarle alguna excusa y largarme del lugar o, por el contrario, indagar más en él. Me fijé en su camiseta negra, que se ajustaba a su bíceps como si fuese un cinturón. Sus brazos eran largos,

con poco vello, y sus manos estaban tan cuidadas que podría hacerse pasar por músico. Quizás lo fuese.

No me solían gustar los chicos con el pelo muy corto. Pero tengo que reconocer que a David le sentaba muy bien y, junto con su barba perfilada y su nariz puntiaguda, le acentuaba sus rasgos masculinos.

Al verlo tan cerca y con tanto detalle, mi percepción cambió. Sentí una especie de calor por dentro y no pude evitar la tentación de continuar sentada. Más bien preferiría estar en otro sitio y en otra situación, pero con él.

—Bueno, ya sabes algo de mí. Pero yo de ti aún no se nada —dije interrumpiendo el cruce de miradas—. ¿A qué te dedicas?

David sonrió, y aquella sonrisa parecía un tanto diferente a las otras, pero no por ello menos interesante.

—Trabajo en una gran empresa. Una empresa un tanto peculiar.

Capítulo 30

Entré en el piso de David. Era un dúplex de proporciones gigantescas que se encontraba en el barrio de Santa Cruz, a escasos diez minutos del lugar donde habíamos almorzado. Era uno de los barrios más antiguos de la ciudad, compuesto de calles estrechas y adoquinadas. Las fachadas de los edificios eran de carácter regionalista, pero el bloque donde David tenía aquel ático no tenía nada que ver con aquellas construcciones. De hecho, a pesar de que la fachada era antigua, pude comprobar que por dentro era bastante vanguardista.

Me sorprendió ver que la planta baja del edificio era un local comercial y que la única vivienda que había en aquel bloque era la de David.

Atravesé la puerta y frente a mí me encontré un amplio salón moderno. Las paredes y los muebles eran blancos. Junto a una mesa de poca altura había un sofá negro y, tras él, un gran ventanal cubierto con una cortina. A mi derecha, una escalera de metal con peldaños de madera ascendía al piso superior. David me hizo un gesto para que me sentase y me ofreció algo de beber. Miré el reloj y por la hora que era sólo me apetecía agua, pero siempre me avergonzaba pedirla. Siempre que lo hacía me miraban raro, así que opté por una Coca Cola Zero.

El agua es una bebida que sienta bien a cualquier hora del día y la puedes tomar con cualquier comida. Sin embargo, parece un delito tomarla cuando sales.

David tardó unos dos minutos en servirme la Coca Cola, por lo que aproveché para echar un vistazo a mi alrededor. Aquel lugar parecía no tener muchas estancias. Solo vi dos puertas, por lo que intuí que se trataban del baño y la habitación.

La cocina era una zona dentro del mismo salón con una gran isla en el centro. Me llamó la atención que el piso estuviese tan limpio. Más que limpio, impoluto.

Pero lo que más me sorprendió es que aquel lugar tan amplio, aquellos muebles y aquella televisión de ochenta pulgadas junto con el piano de cola que había a mi derecha hacían ver que el trabajo de David era importante.

No quiso dar muchos detalles sobre su trabajo mientras comíamos. Solo me contó que era una compañía extranjera que hacía exportaciones para una gran empresa de compras por internet.

Tengo que reconocer que, por un momento, al estar sentada en aquel sofá impresionante rodeada de lujo, pensé que aquella empresa de exportaciones podía ser de mercancía de dudosa legalidad. Pero, la verdad, no veía a David como a un traficante.

Dicen que las personas se acostumbran pronto a lo bueno, y yo me sentía la auténtica protagonista de *Cincuenta sombras de Grey* en aquel lugar.

David llegó con dos copas en sus manos y me alargó una. La otra la dejó sobre la mesa y volvió a la cocina. A los pocos minutos, tenía frente a mí un bol de palomitas, un plato de gominolas y otro de pipas.

Intenté recordar cuándo fue la última vez que probé las chucherías. Quizás, hacía más de tres años. Desde que mi madre enfermó y empezaron los problemas económicos, tuve que prescindir de ciertos lujos. Sí, unas gominolas no serán un lujo para muchos, pero para mí, que me encantaban, sí. Menos mal que supe sustituir aquel manjar dulce por un pedazo de pan untado en un poco de tomate.

—¿Qué hay tras esas cortinas? —pregunté con curiosidad.

Durante unos segundos, fantaseé en mi interior con que aquellos labios me dijesen "un cuarto de juegos". Pero era imposible. La luz penetraba con fuerza y supuse que aquellos ventanales darían a una pequeña terraza. David me extendió la mano y tiró de mí. Caminamos frente a aquellas cortinas oscuras y de un movimiento las apartó.

Debo reconocer que fue un tanto espectacular. Bajo ningún concepto me imaginé que aquella terraza iba albergar una piscina, unos sofás de diseño y una barra americana, además de un gran espacio para hacer todo tipo de fiestas.

Caminé hacia la barandilla de cristal y me quedé impregnada de aquel aroma a azahar que se podía disfrutar aquellos días. La Giralda se alzaba sobre mi derecha de una forma majestuosa e increíblemente cercana. Parecía imposible estar rodeada de tanto lujo, amplitud y estética moderna en aquel rincón del barrio de Santa Cruz.

David se acercó a mí por detrás y me cogió de la cintura. Yo me dejé llevar. Cerré los ojos y pude respirar su perfume, que nunca antes había olido. Seguramente sería caro.

Pensé por un momento qué hacer. Hacía prácticamente dos días estaba con Óscar y, aunque hubiésemos tenido rachas, mi vida siempre estuvo ligada a la suya. Eché de menos tener una amiga que me dijese que era hora de pasar página, de vivir la vida, de acostarme con quien me diese la gana, pero, como no la tenía, tuve que convencerme a mí misma. Es lo que tiene no tener amigas.

Me giré hacia él y lo miré a los ojos. Debería medir unos treinta centímetros más que yo, y noté cómo fue acercando poco a poco su rostro hacia el mío. Le lancé una sonrisa algo pícara y, cuando entre sus labios y los míos no había más que un pequeño espacio por el que no pasaría ni una aguja, los retiré y caminé hacia uno de los sofás de diseño.

Me encantaba jugar a ser mala. Lo solía hacer con Óscar y eso le

volvía loco.

Vi a David a unos cinco metros de mí. Comprobé que el edificio era el más alto de los que había alrededor, exceptuando la Giralda. Aquella torre se erguía a unos doscientos metros, pero la pequeña estructura de madera que había sobre la zona de los sofás tapaba la visión de los hipotéticos curiosos que pudiesen vernos.

Me desabroché el pantalón y me lo quité de un plumazo junto con dos o tres botones de mi camisa, mostrando un poco mis propiedades. Me eché sobre el sofá con la planta de los pies apoyadas en él y flexionadas, y metí mi dedo índice entre mis labios. Con la otra mano fui haciendo círculos sobre mi ropa interior bajo la mirada penetrante de David, que no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Vienes? —le dije sin pensar.

No tengo ni la menor idea de qué me pasó aquel día, pero no era yo. Se suponía que tenía que sentirme mal porque me iba a acostar con el primer tío que se me había cruzado. Sé que no tenía nada de malo, pero los prejuicios me deberían haber hecho sentir una fulana en este tipo de situaciones. De hecho, cuando las que eran mis amigas alardeaban de estar cada fin de semana en una cama diferente, pensaba de ellas así; en la intimidad, claro está. ¡Inocente de mí! Ahora pienso que ojalá hubiese hecho como ellas mucho antes.

Clavé mis ojos en aquel cuerpo esculpido a base de gimnasio que preveía que había bajo esa camiseta negra y vi cómo poco a poco se acercaba.

Me vi abierta de piernas, a punto de echar un polvo con un tío buenísimo que empezaba a desabrocharse el pantalón, y todo eso, sobre el cielo de Sevilla. Eso me puso muchísimo.

Se colocó frente a mí de pie mientras me miraba a los ojos y sonreía. Dicen que a veces el lenguaje no verbal dice más que las palabras, y qué razón. Sin decir nada, su sonrisa me susurró lo que quería.

Metí la mano bajo su ropa interior y noté su dureza y… ¡qué barbaridad! No sé por qué, pero en aquel momento pensé en Óscar, y no precisamente porque lo echase de menos. Más bien, pensé en el pobre de Óscar.

Capítulo 31

Tengo que reconocer que me gusta que sean detallistas conmigo. Hacerme sentir querida.

Cuando abrí los ojos aquel día en el ático, el aroma del café invadía la casa. Palpé con mis manos la cama, buscando a David, pero no estaba. La noche anterior no fui consciente de que el colchón podría medir dos metros de ancho, aunque también confieso que se nos hizo pequeño.

La puerta estaba entornada y la luz entraba un poco por aquellos ventanales. Me incorporé en la cama y me levanté para subir la persiana. Miré a mi alrededor y pude ver los vestigios de pasión de la noche anterior: dos copas sobre la mesita de noche, varios envoltorios de preservativos en el suelo, un pantalón detrás de la puerta…

David entró con una bandeja y con la sonrisa de siempre, que me permitía ver hasta su última muela.

—Hora de desayunar.

Me fijé en el contenido de la bandeja, que era todo un manjar. Una tostada de aguacate con queso fresco y una leche manchada. Mi desayuno preferido.

Este tío me vigila, pensé.

Comencé a devorar aquel lujo. Creo recordar que haría como unos tres años que no desayunaba algo así. En los últimos meses, mi desayuno había sido un trozo de pan y un café de marca Hacendado.

Él me miraba y me acariciaba la cara, con suavidad. A pesar de pasar una noche de sexo salvaje, algo me decía que no estaba interesado solo en eso. Había atracción, mucha atracción, pero mi instinto femenino me susurraba cada diez minutos que aquellos ojos buscaban algo más serio.

A decir verdad, no me había planteado nada con David. De hecho, veinticuatro horas antes, no hubiese pensado que iba a acabar desnuda en su casa comiendo aguacate, entre otras cosas.

Lo cierto es que no podría plantearme una relación con él. Hacía prácticamente días que lo dejé con Óscar y, como una vez me dijo mi abuelo, hay que dar tiempo al tiempo y las heridas deben cicatrizar y sanar.

—Quiero proponerte algo.

David me miró esperando una respuesta que no llegaba. Mis sentidos estaban puestos en el café. ¿Cómo lo habría hecho tan espumoso y delicioso?

—Vamos a hacer una pequeña escapada.

Aquella propuesta me pilló en fuera de juego. Le expliqué que no podía irme a ningún sitio y que tenía que cuidar de mi madre, pero la

oferta era tentadora, y dos horas más tarde íbamos en su coche sin rumbo o, al menos, eso pensaba yo.

Nos pasamos por casa para coger algo de ropa y le pedí a Remedios, mi vecina, que le echase un ojo a mi madre. Usaría la excusa de siempre para entrar a ver a mamá, que olió a gas y que el timbre no funcionaba. Le preparé una sopa y unos filetes y la dejé en su sofá y, con ella, un pequeño pedacito de mí.

David condujo durante una hora y unos pocos minutos. No recuerdo muy bien la música que escuchamos, pero se me quedó grabada *No hay nadie más,* de Sebastián Yatra.

En un momento, la luz del sol de Andalucía asomaba por un pequeño grupo de nubes, la canción sonaba y yo no apartaba mi mirada de aquellos brazos largos y suaves de David.

Por las indicaciones de las señales por las que pasábamos, pude sospechar cuál era nuestro destino, que se confirmó en el momento que atravesamos el Puente de la Constitución de 1812. Efectivamente, acabábamos de entrar en Cádiz.

Hacía unos ocho años que no pisaba aquella ciudad. Creo que la última vez fui por Carnaval, cuando me disfracé con Aroa de anciana, justo antes de que se marchara a Londres a trabajar y pusiese tierra de por medio, olvidándose de mí.

También recordé una tarde de verano bañándome en la playa de Santa María del Mar. Tendría unos diez años y, mediante pequeños flashes, me vi saltando las olas con mi abuelo de la mano. Aquella mano a la que, de alguna manera, sigo agarrada.

Atravesamos aquel espectacular puente y pude vislumbrar agua a ambos lados. A mi derecha, vi a lo lejos unos edificios altos. Mis pequeños conocimientos geográficos me hicieron suponer que se trataba de Valdelagrana. Salimos del puente y giramos hacia la derecha. Atravesamos una larga avenida y llegamos al puerto. Continuamos bordeando toda la ciudad y pasamos junto a varios parques. Hubo uno en especial que me llamó la atención. Una valla larga de hierro lo delimitaba, y desde la calle pude ver numerosos árboles de distintos tipos.

Justo cuando pasamos el parque, David detuvo el coche. Me fijé en que quitó las llaves del contacto y me sonrió. Yo alcé la vista por la ventana y vi un edificio que contrastaba con los de alrededor. Era una construcción alta, muy moderna, que intuí que era un hotel.

Me bajé del vehículo y David me esperaba en la parte de atrás para coger las maletas. Justo al bajarme, pude ver delante del coche un gran letrero en el que se podía leer *Parador de Cádiz.*

—¿Nos vamos a quedar aquí?

David asintió sonriendo.

—No, no puedo creerlo.

—Bueno, cuando estemos en la habitación quizás puedas hacerlo.

Atravesamos unas grandes puertas giratorias y nos dirigimos al mostrador. David hizo el *check-in* y me sugirió que subiese a la habitación mientras él aparcaba el coche y eso hice.

Subí a la quinta planta y busqué la habitación. No me demoré mucho, ya que era la segunda puerta a la derecha. Entré en ella y la claridad del día me cegó. Había un gran ventanal en el otro lado de la pared. Caminé hacia lo que entendí que era un balcón y, cuando salí, pude ver bajo mis pies varias piscinas que componían el complejo. Alcé un poco más mi vista y el Atlántico parecía estar bajo los cimientos del hotel. Justo al fondo, vi una fortificación que reconocí rápidamente. Se trataba del castillo de Santa Catalina, junto a la playa de la Caleta.

Volví a entrar y me tumbé sobre la cama. Mis huesos parecían transformarse en algodón y me dio la sensación de estar sobre una nube. Cogí el mando que había sobre la mesa y puse la tele. Fui haciendo zapping hasta que me paré en un canal en el que pude ver imágenes de mi querida Sevilla.

La fachada blanca cubierta de vegetación me resultaba muy familiar. Comencé a procesar información a una velocidad vertiginosa, descartando lugares, hasta que el rótulo de los informativos apareció en pantalla y me resolvió la duda a la vez que me hacía un nudo en la garganta.

Robo en el Palacio de Dueñas.

Capítulo 32

Cádiz era una ciudad que me sorprendió. Quizá la edad o la madurez me hicieron verla de otra manera. Tampoco es lo mismo ir a una ciudad disfrazada y emborracharte en febrero, a ir para impregnarte de la sal y la espuma del mar y de todos sus rincones repletos de historia.

Pasamos la tarde caminando por el Campo del Sur. Me imaginé un hipotético flequillo de David moviéndose con el viento de levante. No me gustaba su cabeza rapada, pero tengo que reconocer que le quedaba bien.

Nos perdimos entre las calles estrechas y pasamos cerca de un local. Dentro de él, una furgoneta Wolkswagen Kombi, la típica furgoneta hippie, hacía de mostrador de una cafetería- heladería.

Nos pedimos un crep que estaba de muerte. Recuerdo cómo la nata se le quedó a David en la comisura de la boca y se la quité con la lengua.

Continuamos disfrutando del día, inmortalizando los momentos con las mejores fotos, hablando de nosotros y conociéndonos un poco más.

Llegamos a la Alameda de Apodaca sobre la hora de cenar. David había reservado mesa en un restaurante llamado *Balandro*, y tiempo después supe que su nombre se debía a un tipo de embarcación.

El restaurante tenía unas grandes ventanas desde las que se podía ver el mar de día. Sus paredes estaban pintadas de azul y las mesas estaban colocadas alrededor de unos sofás. Había una barra larga con forma de herradura, y en el otro extremo pude vislumbrar la cocina a través de una ventana.

—Este es uno de mis restaurantes favoritos. Te recomiendo el Pan Bao —dijo mientras ojeaba la carta.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —me interesé.

—Siempre que puedo. A veces el trabajo no me deja mucho tiempo.

Me fijé en su camisa blanca sin arrugas y en cómo se le pegaba al cuerpo. Por un momento, me sentí afortunada, en una nube. Estaba cenando en una ciudad bonita, alojándome en un hotel de lujo y pasando el tiempo con un tío con el que muchas querrían estar.

—Háblame un poco de tu trabajo. Por lo que veo, debe irte muy bien.

—¿Por qué dices eso?

—Pues, no sé… No hay más que verte, con tu piso de lujo en pleno centro de Sevilla, tu cochazo, el hotel…

Su rostro borró la sonrisa y se puso serio. Algo en mis palabras le incomodó y comenzó a tocar la base de su copa de vino mientras perdía su mirada en él.

—Mi empresa, como te dije, se dedica a las exportaciones. En concreto, servimos de enlace entre Alemania y Estados Unidos. Utilizamos los puertos españoles como el de Algeciras y la Coruña para que los barcos dejen la mercancía y el resto de trayecto se haga por carretera. Y sí, me va bien. ¿Tengo culpa de eso? Parece ser que hoy en día es vergonzoso tener dinero. La gente no ve lo que hay detrás, el riesgo económico que supone mi trabajo y, por supuesto, el dominio de idiomas que tienes que tener.

Creo que David vio mi cara de asombro por su respuesta desproporcionada e intentó arreglarlo.

—Lo siento, pero es que estoy harto de que se cuestione mi vida en función del dinero que tengo o la manera de haber llegado a este puesto.

Me quedé mirándolo esperando impaciente a que continuase.

—El verdadero dueño de la empresa es mi padre, pero me ha costado años y años de estudio y sacrificio estar a la altura para poder reemplazarle algún día. Me ha exigido mucho, pero estoy más que preparado.

—¿Vive tu padre en Sevilla?

—No, vive en Estados Unidos. Él gestiona los envíos desde allí. De hecho, es estadounidense. Conoció a mi madre en un viaje a España y se quedó prendado de Sevilla. Cuando ella murió, decidió marcharse a Estados Unidos y fue cuando fundamos la empresa.

—Vaya, no sabía que no tenías madre. Mi padre murió hace tres años.

—Mi madre hace quince. Yo era un adolescente. Un ictus acabó con su vida cuando yo me encontraba de campamento en Grazalema.

Muchas veces no hace falta que las personas hablen para saber lo que necesitan. Los ojos tristes de David parecían pedir auxilio. Le cogí de la mano y lo acaricié. Él esbozó una sonrisa mientras su mirada seguía perdida en el juego de sus dedos con la base de la copa.

Vi en él una falta inmensa de cariño. De tener que haber pasado parte de su vida sin el calor de un hogar, sin unos padres que le guiaran, le dieran ánimos o un abrazo cuando lo necesitase.

—Y siendo de Sevilla, ¿qué hizo que visitaras Itálica y el Archivo de Indias? Quiero decir, ¿por qué no lo hiciste antes?

Sonrió. Por fin pude ver sus muelas y aquella sonrisa que me volvía loca.

—¿Quieres saber la verdad? Hace un año tuve una crisis. No sé si fue porque ya no me veía tan joven, por el trabajo o porque me sentía un poco solo. Lo cierto es que me cobijé bajo el trabajo y volqué toda mi energía en él. Cuando me di cuenta, no tenía tiempo para nada y acabé con una crisis de ansiedad y en tratamiento psicológico. Mi psicóloga me recomendó hacer cosas simples, que nunca hubiese

hecho por falta de tiempo y que no me ocupasen demasiado para demostrarme que hay que dejar un poco de espacio siempre para el ocio. Pensé que vivía en una de las ciudades más bonitas del mundo y con mucha historia y quería conocerla. Vi muchos vídeos de contenido histórico en internet, de esos que utilizan una mano que va dibujando un esquema, y busqué guías turísticos para conocer de primera mano la ciudad. Y allí, perdida en la inmensidad de Instagram, di contigo.

—¡Vaya! ¡Qué detalle! ¿Y qué te hizo elegirme a mí entre tanta gente? Quiero decir, hay infinidad de cuentas que se publicitan para hacer rutas por la ciudad.

—Sí, pero noté que tú eras especial por varios motivos. El primero, el nombre de tu cuenta. El segundo, que no solo vendes tu trabajo, sino que compartes curiosidades sobre la ciudad que muy poca gente sabe. Eso hace que enganches a tus seguidores. Serías una buena publicista —bromeó—. Y, por último y sin lugar a dudas, tu belleza. Estuve viendo durante semanas las pocas fotos en las que aparecías mientras llegaba el día de la visita a Itálica.

Me estaba sonrojando de tal manera que no sabía si aquel calor que me estaba subiendo por el cuerpo era por las palabras de David o por las dos copas de vino que me había tomado.

—Bueno, intento llevar las redes lo mejor que puedo. Pero no soy para nada experta. De hecho, me sorprende tener tantos seguidores. Es cierto que no me gusta poner extensos textos históricos, sino publicaciones breves y con curiosidades para que la gente encuentre cierto atractivo en aprender historia.

—Sí, tienes razón. Pero lo que más me llamó la atención fue tu Matrícula de Honor en la tesis. Vi la publicación. Debiste dedicarle muchas horas.

—Fue muy tedioso, sí, pero disfruté bastante de la experiencia. Aprendí muchísimo y encima conseguí acabar la facultad por todo lo alto.

Eché un vistazo alrededor y vi cómo los camareros comenzaban a llevar postres a las mesas. No pude evitar fijarme en un *coulant* de chocolate con el que salivé nada más verlo. Me sentí mal, parecía que había estado atada a un árbol sin comer durante años, pero lo cierto es que tenía que aprovechar la oportunidad de probar esos manjares antes de volver a mi vida de guía turística y mileurista en San Jerónimo.

En ese momento, la voz de David me hizo volver a la realidad y mi mente dejó de segregar endorfinas viendo aquellos postres.

—Por cierto, ¿por qué se llama tu perfil de Instagram así?

Capítulo 33

Pasamos la noche en aquel hotel de Cádiz. Tengo que reconocer que a lo largo de mi vida he tenido pocas oportunidades de hospedarme en uno. A decir verdad, creo que sería la segunda o tercera vez, pero, sin duda, fue la vez más especial.

David me atraía muchísimo, pero, en cierto modo, alrededor de él había un halo o un clima que me hacía no solo sentirme a gusto, sino tener libertad. Llevaba muchísimo tiempo sin esa sensación de querer caminar agarrada a la mano de otra persona por calles, ciudades, campos y mares. Pensé también en la última vez que sentí ese hormigueo en la barriga. Esos nervios de cuando empiezas a tener algo con alguien y las endorfinas te levantan cada día y durante cada hora a un palmo del suelo.

Es una sensación un tanto difícil de explicar, pero recuerdo cuando, en la facultad, Patricia se enamoró de un chico y contaba que cada vez que se miraba en el espejo se veía más guapa. Yo la tomé por tonta, pero ahora la entiendo. No me considero una mujer poco agraciada, pero tampoco soy una explosiva con la que cualquier hombre giraría la cabeza cual niña de *El exorcista* cuando se cruza con ella. Eso sí, el bendito destino y no Dios, como pensaría mi abuela, hizo que David apareciese en mi vida.

Lo que más me gustaba de él, aparte de sus ojos y esos brazos que se le marcaban bajo el jersey negro y me derretían, eran sus ganas de aprender y conocer la historia y la cultura. Quizás eso nos hizo unirnos aún más y, aunque su dinero nos diese una libertad que nunca había tenido, para mí eso no era lo importante.

Al despertarnos, bajamos al comedor y desayunamos. Jamás había visto tanta comida junta. Fruta, embutido, veintisiete tipos de panes, y calculo que unos cincuenta y pico tipos de bollería. Seis clases de tés, zumos, batidos y cafés.

Salimos del hotel y atravesamos el parque que había junto a él. Era muy extenso y alargado. La gran parte de su suelo era de albero, y a medio camino había un quiosco en el que servían comidas y desayunos. A la izquierda, un largo muro de piedra hacía de perímetro entre la ciudad y el mar, entre Cádiz y el Atlántico.

Aprovechamos aquel lugar, que luego supe que se llamaba Parque Genovés, para inmortalizar parte de aquella escapada. Después, cogimos un taxi con dirección al puerto.

Para mi sorpresa, media hora después iba subida en un barco. Era una especie de catamarán que hacía las veces de autobús marítimo

entre Cádiz y El Puerto de Santa María.

David me cogió de la mano y ascendimos a la planta superior, desde donde pude disfrutar durante todo el trayecto del sol, la brisa de la bahía de Cádiz y el perfume de David dándome en la nariz con cada uno de sus movimientos.

—Creo que ha sido un acierto venir a Cádiz contigo —dije cogiéndole la mano.

—Yo también lo creo.

Me apretó fuerte, como si quisiese sentir sobre su piel el crujir de mis falanges y, en ese momento, su pregunta me dejó descolocada.

—Háblame de tu madre. Antes de salir me dijiste que estaba enferma. ¿Qué le pasa?

—Tiene Alzheimer desde hace dos años y está perdiendo facultades a un ritmo frenético.

—¡Vaya! Lo siento.

—Como sabes, mi padre falleció y vivo sola con ella. Mi sueldo y la pequeña pensión de viudedad es lo único que nos queda.

Se mantuvo en silencio y me miró. Creo que no sabía cómo consolarme. Volvió a lanzar su típica sonrisa y me besó. Cambió de tema y me estuvo haciendo preguntas, y yo saqué un poco mi vena de guía y le hablé de Cádiz. No es que supiese mucho más allá de los pocos libros que he leído, pero creo que le gustó.

Hablamos o, más bien hablé, sobre el paso por la ciudad de fenicios o griegos, incluso que es considerada la más antigua de occidente.

El paseo en barco no duró más de treinta minutos. Se adentró en un río y atracó. Al bajarnos en el muelle, fijé mi atención en una pareja que paseaba junto a un perrito pequeño. No sé por qué, pero quizás me vi en un futuro muy próximo así, paseando a orillas del Guadalquivir con David de una mano e Hipa de la otra.

Me dio la sensación de estar en un sueño del que no quería despertar, pero lo cierto es que el tiempo se me acababa y esa misma tarde volveríamos para Sevilla. Al día siguiente tenía varios grupos de turistas por el centro de la ciudad a los que atender y mi madre e Hipa me necesitaban.

Me recorrió una sensación rara. Quizás el aroma del mar me hacía transportarme a mi infancia, a mis veranos haciendo castillos de arena junto al abuelo, comiendo helados en los paseos marítimos de todos los pueblos en los que veraneábamos cada año. Recordé a Luna, la perrita de mi abuelo, cuando de pequeña se orinaba en sus zapatillas de estar en casa y esa obsesión que me dio por tener un perro. Aquel capricho vino ligado a peleas con mis padres y mi afán de demostrar que era madura para cuidar de una mascota, y rememoré también el día en que Hipa llegó a mi vida.

Quizás resulte curioso, pero lo cierto es que no tuvo nombre hasta

tres semanas después. Barajé muchos como Laika, Frida o Coco. Sí, soy un tanto especial para los nombres, y creo que estos deberían elegir a las personas. Cuando Hipa se hizo un poco mayor, no solía hacerme caso y era totalmente independiente. Se sentaba en el sillón, sobre el regazo de mi padre, en las tardes de aburrimiento, y miraba con atención la tele cuando uno de los miles de documentales que él veía trataba sobre el espacio.

—Carmen, esta perra quiere ser astronauta —me decía bromeando.

Un día, mi padre y yo estábamos disfrutando de nuestros viernes de cine. Estábamos viendo, de casualidad, *Ágora*. Hipa se subió a su regazo mientras disfrutaba de la película.

Y con esa curiosidad por la astronomía y ese punto de rebeldía al no hacerme caso, el nombre de Hipatia se me dibujó en la mente.

—¿Qué te parece llamar a la perrita Hipatia? —le pregunté a mi padre.

Se quedó pensando durante unos segundos. Después, movió varias veces la cabeza, asintiendo.

—Creo que me gusta, aunque a ella le gustará más. La primera mujer astrónoma. Bonito homenaje.

Ahora recuerdo esas palabras y comprendo que lo más bonito del nombre de Hipa es que, en cierto modo, me une al recuerdo de la película favorita que teníamos en común mi padre y yo, y cada vez que mis labios pronuncian “Hipa”, una nube de nostalgia me trae la imagen de mi padre en el sillón con ella.

Capítulo 34

7 de diciembre de 2019

A veces la vida te sorprende. Cuando pareces estar en lo más ínfimo, en las profundidades más oscuras del agujero que han cavado para tí y que, alguna que otra vez, has ayudado a hacer sacando tierra, el destino hace que vuelvas a ascender en esa montaña rusa caprichosa que es la vida.

A veces, subes tan rápido que crees que es un espejismo y que la vida hoy no puede ser tan perfecta, cuando ayer solo tenías ganas de salir de ella por la puerta de atrás.

A veces, ese bienestar viene de la mano del miedo. Miedo a que todo se desvanezca y desaparezca, como si fuese un atentado inminente a la vida.

A veces, son corazonadas.

A veces, tienes razón.

Volvimos de Cádiz y el sol se estaba poniendo. Me volví a fijar en los brazos de David y cómo aquella luz del crepúsculo dibujaba el perfil de su cara.

Las siete de la tarde anunciaban en la radio, y la luna se paseaba por el firmamento. Era una de las cosas que odiaba del invierno, que anocheciese tan pronto.

A pesar de haber estado con él un par de días, me supo a poco. Me sorprendió realmente mi actitud. Aquella joven anclada a una relación abocada al fracaso, que quería vivir la vida, y ahora me veía atrapada bajo la seducción de David.

Llegamos a casa y me bajé del coche. Me sentía triste por volver a la realidad, por tener que volver a pisar las calles de mi decante vida.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por estos días —le dije mientras le lanzaba un beso tan fuerte que hasta pude sentir las arrugas de sus labios en los míos.

Él asintió y creo que, mientras me bajaba del coche y desfilaba por delante de él, no me quitaba el ojo de encima. Me miró con una sonrisa un poco canalla y sus cejas se arquearon.

—Oye —me dijo un momento antes de cruzar la puerta del edificio —. No tengo que trabajar hasta mañana. Un amigo mío ha abierto un restaurante y me ha invitado a cenar. Me gustaría ir esta noche. ¿Me acompañas?

Si me hubiesen hecho esa pregunta dos días antes, la respuesta sería diferente. Pensé en mi madre, que había estado dos días sin mí, pensé en Hipa y en estar un rato jugando con ella, pero me perdí en los ojos de David y asentí.

—Te recojo en una hora y media.

David se fue y subí hasta mi casa. Entré en el salón y, como si de un diluvio bajo una nube oscura se tratara, me llevé un golpe de realidad.

—Hija, ¿qué tal te ha ido en la universidad hoy?

Me fijé en su rostro y en cómo el orgullo se dibujaba en sus ojos. Me resultó familiar aquel gesto con el que me recibía cada vez que volvía de la universidad.

—Bien —contesté.

—Tu padre se acaba de ir. El pobre no deja de trabajar. Pero hemos pasado un buen rato. Me encanta hablar con él.

—A mí también. Lo hago todos los días.

Parecía haber calculado perfectamente el tiempo, pues, cuando terminé de pintarme los labios, la pantalla de mi móvil se iluminó con un mensaje de David diciéndome que estaba abajo.

Me despedí de mi madre con un beso en la frente y prometiéndole y prometiéndome que volvería a casa para dormir.

Veinte minutos después, estábamos sentados en una mesa en un restaurante cercano a la Alameda. Me gustó aquel sitio. Tenía una decoración de tipo industrial, puertas grandes de marcos negros con amplios cristales, paredes de ladrillo, tubos extractores oscuros sobre nuestras cabezas y comida elaborada.

Me imaginé que aquel lugar no era barato, pero, al fin y al cabo, era una invitación de la casa.

—¿Qué te parece el lugar? —me preguntó.

—Es poco acogedor, pero moderno —le contesté sinceramente—. Por cierto, tu amigo, el dueño, ¿no está aquí?

—Ehh… Al parecer, no.

—¡Vaya! Allí junto a la barra hay un hombre pendiente a todo. ¿No es él?

—No.

Su respuesta fue seca. Los camareros estuvieron pendientes de nosotros durante toda la velada, como del resto de los clientes, pero ni rastro del dueño del local. Mi intuición me decía que aquella persona que había junto a la barra era un encargado, pero pensé mal.

Cuando la tarta de queso y el *brownie* se posaron junto a la mesa sobre unos platos trasparentes con tintes azules, David me sorprendió con sus preguntas.

—¿Ganas mucho de guía?

No es que me costase contestarle, pero todo el mundo sabe que ese tipo de preguntas son un despropósito.

—Lo suficiente para vivir. No me puedo quejar.

—¿De cuántos ceros estamos hablando?

—Digamos que no llegamos a las cuatro cifras. De hecho, me quedo bastante lejos.

—¿Cómo de lejos?

Me fijé en él y en cómo se reclinaba hacia adelante. En cierto modo, me pregunté por qué tenía tanto interés en mi sueldo.

—¿A dónde quieres llegar?

Tragó su ultimo trozo de tarta de queso y se limpió con la servilleta.

—Verás, tengo que confesarte una cosa. Te vi en Instagram y me quedé prendado de ti. De tu forma de trasmitir la historia a través de las redes y de tu afán de superación. Pero tengo que reconocer que me llamó la atención tu Matrícula de Honor en la tesis del doctorado. Por eso tengo algo que proponerte.

—¿Algo que proponerme?

—Sí. Es... digamos… un trabajo, o un negocio. Llámalo como quieras.

—¿Quieres que trabaje para ti?

—Se podría decir que sí.

A pesar de amar mi trabajo, la situación insostenible en mi casa me había hecho plantearme buscar otro y, viendo el nivel de vida de David, entendí que su empresa era importante, por lo que entendí que estaría bien remunerado.

—¿Y qué tiene que ver mi trabajo o mi tesis con las exportaciones?

—Nada. Pero no puedo decirte en qué consiste el trabajo sin hablar del sueldo —dijo deslizando un sobre de color marrón que se acababa de sacar de su chaqueta hacia mi lado de la mesa.

Lo abrí y eran varios documentos. Los puse sobre la mesa y comprobé que se trataban de un folleto de una clínica, una cita médica y un cheque. Obviamente, mis ojos se fueron hacia el cheque, buscando desesperadamente la cantidad, pero no hizo falta. La voz de David me taladró el cerebro con ella.

—Son doscientos mil euros y una cita médica para iniciar un tratamiento para tu madre. Es una de las mejores clínicas del mundo.

Mis ojos parecían salirse de sus órbitas y podía sentir los latidos acelerados de mi corazón en mi cuello. El nudo en la garganta no me permitía pronunciar palabra alguna.

—Pero, ¿y esto? ¡Es mucho dinero! No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes, Carmen. Piénsalo, es todo lo que necesitas para salir de tu agujero. Podréis mudaros a un sitio mejor y tu madre podrá recibir el tratamiento que se merece.

—No sé qué decir.

—Dentro de una semana tendrá su primera cita con el doctor. Tu madre te necesita y no hay tiempo que perder.

—Te lo agradezco, pero no sé si estaré capacitada para el trabajo. ¿De qué se trata?

Y en ese momento odié haber estado en aquel lugar y el momento en el que me hice un perfil de Instagram.

—Claro que estás capacitada. Es por eso por lo que te he buscado. Carmen, necesito que cojas prestado un objeto muy valioso.

Capítulo 35

David me dejó en la puerta de mi casa y se despidió de mí con un frío beso en la mejilla. Me bajé del coche y el cielo rugía.

Las primeras gotas de lluvia golpeaban mi chaqueta de cuero, haciendo un pequeño ruido que crecía en intensidad a medida que la nube descargaba sobre la calle. Aquellas gotas resbalaban por mi cuerpo, mezclándose con las lágrimas.

Me quedé parada. Cerré los ojos y alcé la vista al cielo. Necesitaba sentir el agua en mi cara, como si me estuviese limpiando la decepción. Me sentí sucia, engañada. Comprendí que todo había sido una farsa, que tras haberme negado a la petición de David, él me había dado la espalda, demostrándome así que todo lo había hecho para cautivarme, para lograr su fin. Aquella coincidencia, aquella puta coincidencia o, mejor dicho, lo que parecía una coincidencia, estos días en Cádiz, aquella noche en su casa. Todo fue un teatro al que no le faltaba ningún tipo de detalle.

Y yo, ingenua de mí, asistí al espectáculo en primera fila.

¿Cómo podría ser tan mísero, tan cabrón? ¿Cómo podía haber sido capaz de seducirme con sus buenas palabras? ¿Cómo había podido caer rendida a sus brazos de una manera tan tonta? ¿Cómo llegué hasta ese punto? ¿Cómo tenía tan poca vergüenza?

Entré en el portal y miré hacia el buzón. Los pasos rechinaban al tacto de la suela empapada con el suelo. Comprobé que no había recogido las cartas tras llegar de Cádiz. Eran unas ocho, y subí las escaleras mientras las abría. La cuota de autónomo de trecientos euros, una factura de unos ciento veinte euros de luz, y otra de ochenta y seis con cincuenta y siete de agua.

Atravesé la puerta de mi casa y escuché los pasos de Hipa viniendo hacia mí. En menos de dos segundos, sus dos patitas me arañaban las piernas a la vez que ladraba y saltaba de alegría.

La acaricié, me dirigí al salón y volví a encontrarme a mi madre donde siempre: sobre su sillón. Me senté en el sofá, no sin antes darle un beso en la frente.

—Mamá, deberías parar de vez en cuando la estufa. Concretamente, estas estufas de aceite consumen mucha energía.

—Pero, hija, ¿tú sabes el frío que hace aquí? Además, solo lleva puesta un rato.

Miré al televisor y contemplé cómo mi madre veía una película de acción mala. De esas que suelen aparecer en las cadenas de televisión a las dos de la mañana, como en esa ocasión.

Pensé en que en la mayoría de los hogares ya había plataformas digitales. Aplicaciones que te lanzaban cientos de títulos de series y

películas a la semana, atractivas para todos los públicos, y que en mi casa nos teníamos que conformar con ver la televisión de toda la vida.

Resultaba sorprendente pensar en la facilidad que tenemos las personas de acostumbrarnos a los lujos y qué difícil se nos hace prescindir de ellos.

No envidiaba a la gente que tuviese Netflix. De hecho, nunca he sido envidiosa. Desde que murió mi padre, me acostumbré a vivir con lo que tenía, a no mirar lo material por encima de lo humano.

Tenía a mi madre, que para mí era un gran tesoro. Teniendo eso me bastaba, aunque sí es cierto que la situación no era la mejor.

—Si tu padre me viese viendo esta tontería, se enfadaría. ¡Qué poco le gustaban las películas de estas horas! Siempre me decía: "para ver esto, mejor nos vamos a la cama". El pobre ponía cualquier excusa para llevarme a la cama y, tú sabes… A mí me gustaba hacerme de rogar. ¡Ay! Lo que lo echo de menos.

Se me escapó una carcajada espontánea. Aquella era mi auténtica madre. Con gracia, con salero, y también con recuerdos calientes y la mente en orden.

Por un momento imaginé que no estaba enferma, que tan solo habían sido despistes, pero en el fondo sabía que aquello solo era un oasis en mitad del desierto de vagos recuerdos que le quedaban en su mente.

Me levanté y le di las buenas noches con otro beso en la frente. Rocé mis labios mientras caminaba por el pasillo, dejándome llevar por la sensación que sus arrugas habían dejado en mi boca.

Escuché un ruido y entré en la cocina. Parecía venir del frigorífico, pero, cuando me aproximé a él, el ruido cesó. Fue tal el silencio que se hizo que supe que el electrodoméstico había muerto.

No sé por qué, pero me eché a reír. Me volví a mi habitación y me eché sobre la cama. Hipa me acompañó y me daba con su patita en mi brazo, pidiéndome subir conmigo. De un movimiento, la alcé y la recosté sobre mi costado. Era increíble escuchar su respiración. Siempre lo había sido. Me encantaba ver cómo cerraba los ojos poquito a poco y sacaba su lengua entre su hocico. A veces, escuchar su respiración me relajaba. Otras veces, aquella respiración se trasformaba en ronquidos insoportables.

Revisé la lista de turistas con los que tenía al día siguiente una visita programada a los Reales Alcázares. *Veintisiete guiris, qué bien*, pensé. Se trataba de un grupo de americanos que venían en un crucero hasta Cádiz y que hacían una pequeña excursión hasta Sevilla para conocerla.

Pensé en qué podría escribir para un post de Instagram y dejarlo programado para que se publicase al día siguiente. En unos segundos, lo tenía claro. Debía ser la reina de Sevilla: la Giralda.

“Sobre lo alto de la torre más alta de la catedral y bajo la figura de bronce que corona el campanario. La Giralda muestra una inscripción en latín un tanto peculiar: “La torre más fuerte es el Nombre del Señor” y hace referencia al triunfo de la fe cristiana sobre la musulmana”.

Guardé la publicación y bloqueé el móvil, no sin antes conectar la aplicación de música y colocarme los cascos. Quería evadirme y caer en un sueño profundo que me alejase de todo. Sonó *Je veux* de Zaz e intenté, como en veces anteriores, traducir de su celestial voz, aquellas palabras en francés.

“Yo quiero amor, felicidad, buen humor. No es tu dinero el que me hará feliz. Yo lo que quiero es morir con el corazón en la mano”.

Morir con el corazón en la mano.

Tal vez eso es lo que siempre he querido.

No sé si era porque estaba dolida por los días de pasión y de lujo que se quebraron como un castillo de cristal, o porque me sentía engañada y decepcionada, pero aquella canción me mejoró un poco el ánimo.

Miré la pantalla del móvil por enésima vez, deseando que mostrase una notificación y las cinco letras de su nombre. Pero no sucedió.

Capítulo 36

El viento soplaba con fuerza y las ramas de un árbol próximo golpeaban la marquesina de la parada del autobús.

Tenía el frío metido en los huesos y me senté apretando mis piernas una contra otra con todas mis fuerzas. Me incliné hacia adelante y me abroché la cremallera del abrigo hasta arriba, cubriéndome la cara hasta la nariz. Saqué mi móvil y comencé a buscar un frigorífico por las principales webs de venta de electrodomésticos.

Benditos guantes los de ahora que te dejan usar el móvil, pensé mientras navegaba. Fueron un regalo de Óscar. Uno de esos que me hacía de vez en cuando porque sí, sin ningún motivo, o tal vez con el único propósito de quererme, que no es poco.

Aquel día me cité con Ricardo, el técnico de electrodomésticos, por la tarde. Se iba a pasar a ver el frigorífico y decirme si tenía arreglo o si, por el contrario, tendría que llevarlo hasta la chatarra para sacar algo de dinero para comprar otro.

Como me enseñaron a ser eficiente, a prevenir y a que el tiempo es oro, decidí ver algunos por si el temido final llegaba, mis peores presagios se cumplían y nos tuviésemos que deshacer del frigo.

No me hizo falta invertir mucho tiempo para comprobar que tendría que hacer un desembolso grande si no tenía arreglo. Decidí mirar por webs de segunda mano mientras mis manos se congelaban bajo los guantes de lana.

El cielo volvía a amenazar lluvia y miré el reloj. Las ocho y cuarto. Me había citado con el grupo de americanos bajo los pies de la Giralda a las doce de la mañana, pero decidí irme antes por si conseguía algunos clientes. Algo complicado con ese tiempo frío.

Observé cómo, por la esquina de la calle, a unos cien metros, el autobús rojo asomaba rumbo a la parada. Por un momento pensé que estaba en Londres, con esos autobuses tan característicos, ese frío tan atípico que se había colado en la ciudad y ese cielo de nubes negras a punto de brindarnos un aguacero.

Vi en la web un frigorífico de segunda mano que era asequible. Al parecer, tenía unos cuantos rasguños en la puerta, pero, según decía el anuncio, funcionaba perfectamente.

Decidí contactar con el vendedor, no sin antes comprobar el saldo de mi cuenta bancaria. Para mi sorpresa, la cuenta superaba por poco los setecientos euros y, teniendo en cuenta los gastos de las facturas pendientes, un calor intenso me subió por el cuerpo a pesar del frío.

Cuando el autobús abrió sus puertas frente a mí, me puse de pie, saqué mis auriculares y decidí irme caminando. Así ahorraría el mísero puñado de céntimos que costaba el transporte.

Pensé en cómo hacer frente a cada una de las deudas, en cómo salir de ese agujero. Obviamente, me vino a la cabeza el dinero de la propuesta de David, pero era tan disparatada que ni me planteé en ningún momento aceptar. Caminaba mientras me secaba las lágrimas, empapando los guantes de lana.

Y comenzó a llover.

Como lo había hecho desde anoche en la ciudad y como lo hacía dentro y fuera de mí.

Por mis auriculares sonaba *Ya no me acuerdo* de Estopa. Era una canción de mis favoritas y el símbolo de mi afición por la música antigua. Pensaba sinceramente que el nivel musical de la actualidad no se acercaba mucho al de diez años atrás. Para mí, esa canción era especial. Me recordaba a Alberto, un novio que tuve en mi época de instituto que me regaló el primer cd del grupo.

Aquella canción me hizo volver a mi adolescencia, a aquella época rebelde donde mi única preocupación era estudiar y divertirme, donde el calor de un hogar era incandescente, pues no faltaba nadie.

Recordé inevitablemente uno de los días a los que más cariño les tengo. Fue seis años atrás, cuando empezaba a pelearme con las primeras asignaturas de la universidad. Aquel día me encontraba saturada con la última clase de Historia Universal de la Edad Media.

Al salir, bajo el arco de entrada de la facultad, mi abuelo me esperaba con una sonrisa.

—Pasaba por aquí y he llamado a tu madre para ver a qué hora terminabas las clases. Quería darte una sorpresa.

Le sonreí, le di un beso en la mejilla y lo cogí del brazo. Cruzamos una gran avenida y el parque del Prado para llegar hasta la Plaza España. Allí, el sol se imponía y reflejaba algunos azulejos que rendían homenaje a las ciudades del país. Bordeamos la plaza y nos perdimos entre los Jardines de María Luisa, donde encontramos un quiosco con unas mesas libres y ocupamos una.

—¿Cómo te va en la universidad?

—Bien, abuelo. Es duro, pero es lo que me gusta. Estoy disfrutando mucho. Aprendiendo de los éxitos y las frustraciones, como todo en esta vida.

—Me alegro. Tus padres están muy orgullosos de ti y yo también.

Lo miré y vi en aquellos ojos arrugados el reflejo de la tristeza. No era el mismo desde que mi abuela se marchó unos meses antes.

—Echas de menos a la abuela, ¿verdad?

Me miró mientras sus labios le temblaban y sus ojos se volvían brillantes y cristalinos.

—No sabes cuánto. La echo de menos para comer, cuando paseo, cada noche al dormir. A veces parece que la veo cruzando el pasillo, canturreando desde la cocina...

Le apreté su mano con fuerza, notando sus arrugas sobre mis dedos.

—No se ha ido, ni se irá nunca. Siempre estará con nosotros. Además, siempre dicen que no se va quien es recordado. ¿No es así?

Se secó las lágrimas con el puño de su camisa y me lanzó la sonrisa más bella que nunca nadie antes me había regalado.

—Claro que no se ha ido —respondió de manera efusiva—. Yo hablo con ella mucho, sobre todo, cada noche antes de dormir. Le cuento qué he hecho en el día, los problemas de este mísero país, cómo os va a tus padres y a ti y, por supuesto, le deseo las buenas noches, aprieto fuerte su foto contra mi pecho y la beso.

Me quedé callada durante un momento observándolo, viendo en su rostro el ejemplo del amor incondicional. Ese amor que se perdió en nuestra sociedad. Pero, más que amor, vi algo que no veía en las parejas de ahora, un ingrediente que lo hacía más puro, más verdadero: la admiración.

—Eres el mejor —le dije.

—Cuéntame algo más —me dijo zanjando el tema—. ¿Qué tal te va con Óscar?

—Bien, abuelo, tú sabes, tenemos nuestros días. Días que lo quiero con locura y días que me dan ganas de mandarlo a tomar viento.

—Carmen, en las relaciones, las dos partes tienen que ceder, pero yo te conozco. Tras esos ojos claros se encuentra el inconformismo y tienes mucho carácter. Tienes ese punto de rebeldía que tenía mi madre y que creo que has heredado. Y eso es bueno, pero también te traerá problemas, sobre todo en este mundo tan imperfecto.

—Es posible, a veces no me entiendo ni yo. Pero, en cierto modo, me siento orgullosa de parecerme a tu madre, abuelo. Por cierto, ya que no la conocí, ¿por qué no me cuentas algo sobre ella?

Con el tiempo, supe que la vida se pasa en un suspiro y valoré cada conversación con cada persona que se cruzaba en mi camino. Aprendí a disfrutar de mi familia, a perderme en cada conversación y en cada batallita que mi abuelo me contaba y a exprimir cada segundo para que cuando el mundo se les hiciera tarde, ellos se marcharan con la satisfacción de haber pasado tiempo conmigo, y yo con un recuerdo de su vida para siempre.

—Se llamaba Clara y era maestra. La recuerdo cargada de libros siempre. De casa al colegio, y viceversa. Vivíamos a escasos cincuenta metros de la escuela, por lo que los niños, a veces, iban por las tardes a preguntarle las dudas de algunas materias. Tal fue así, que al final tuvo que dedicarse a dar clase a un grupo de niños por la tarde también. Pero a ella no le importaba, lo hacía por vocación. Cuando estalló la Guerra Civil, la cesaron de su cargo. Un día, un vecino la delató argumentando que guardaba una bandera republicana en su armario, cosa que era totalmente falsa. Cuando los soldados iban

camino de casa, un hombre la alertó y escapó. Nos dejó con mi padre y se marchó. Viajó hasta el norte, donde su valentía le hizo defender a la república y se unió a la resistencia. Pero el avance del frente hizo que, inevitablemente, tuviese que exiliarse. Recuerdo que nos mandaba cartas que algunas personas del bando republicano nos hacían llegar a través de gente de su confianza. Nos escribía desde un pueblo cercano a Marsella y después desde el norte de Italia, hasta que descubrimos que se había sumado a los partisanos para luchar en la Segunda Guerra Mundial. Aquellas cartas todavía las guardo, pero, ¿sabes lo más curioso?

Me quedé en silencio y le hice un gesto de negación, con expectación por aquella historia que no sabía.

—La bisabuela Clara siempre tuvo una pasión. Le encantaba viajar. Bueno, a decir verdad, no tuvo muchas ocasiones para hacerlo. Sus únicos viajes antes de que su mundo se derrumbase fueron a Madrid y a Barcelona, pero eso le sirvió para querer descubrir ciudades nuevas. Con sus monumentos, con su historia, con su gente. Soñaba con ir a Londres y contemplar el Big Ben, perderse por las calles de Berlín, caminar junto a la orilla del Sena en París y dejarse enamorar por los encantos y la historia de Roma. Cuando se marchó a luchar al frente, cumplió de alguna manera su sueño. Visitó pueblos y ciudades, pero devastadas por el hambre, la miseria y el terror. Recuerdo que en una ocasión me escribió sobre aquello diciendo: “no es lo mismo venir a una ciudad a impregnarte de historia, que a ver morir a gente desde una trinchera”. Pero, lo que más me recuerda a ella, lo que siempre me hace recordarla, su señal de identidad, es que aquellas cartas siempre las firmaba con el mismo nombre y que llevaba a fuego su esencia y su pasión: la andaluza errante.

Capítulo 37

Faltaban apenas unos cincuenta metros para llegar a la Giralda. Mis gemelos estaban tensos y tenía los pies entumecidos. Seguía empapada, pues la lluvia no había cesado. De hecho, llovía con más fuerza.

Mi teléfono móvil sonó y me resguardé bajo un balcón, justo al lado de una tienda de souvenirs. No hizo falta ver la pantalla para saber quién era, y lo más importante, qué quería.

Descolgué la llamada y no me equivoqué. Miriam, la chica que se encargaba de las excursiones de los cruceros, me llamaba para cancelar la visita debido a la lluvia. Doscientos setenta euros que necesitaba como agua de mayo para regar la sequía económica y, de alguna manera, emocional que sufría.

Para colmo, el tiempo no parecía mejorar y la Avenida de la Constitución estaba desierta.

Desistí y golpeé la pared que había tras de mí. Comprendí que hoy no era un buen día y decidí volver a casa. Contemplé cómo una nube oscura se alzaba sobre el Archivo de Indias y, sin saber por qué, solté una carcajada que quizás sonaba a maquiavélica. Tal vez aquello era una premonición. Guardé mi móvil en el bolsillo, sin música. Ahora solo quería escuchar los pasos de mi soledad, y caminé, mojada, triste y muerta de frío.

Los ocho kilómetros que separaban el centro de mi casa daban para mucho pensar, quizás demasiado. Las fechas navideñas traían una estampida de gente de ciudades y pueblos cercanos dispuestos a deleitarse con las luces navideñas, haciendo colas para comprar lotería e inmortalizar un momento bajo el árbol de luces de la Plaza de San Francisco. Aquellas calles masificadas no permitían trabajar con comodidad, y los grupos de turistas eran menos comunes en esas fechas.

Auguré una Navidad complicada. No hacía falta ser un genio para saber que las cuentas no salían, que tenía que buscar una salida, una alternativa. Pensé por un momento en la proposición de David, y fantaseé con los doscientos mil euros. Me vi comprando un piso mejor, algo que nos hiciese salir de aquel agujero que se caía sobre nuestras cabezas; me imaginé a mi madre mejorando con su tratamiento y eso fue precisamente lo que más atractiva hacía esa oferta.

El dinero podría hacer mi vida mejor, sí, pero de qué serviría si lo más importante se va apagando sin poder hacer nada.

Tenía que buscar una alternativa, una opción que me permitiese

obtener más beneficios. Cajera de supermercado, limpiadora, administrativa, recepcionista… cualquier cosa.

Llegué a casa y me encontré con mi vecino Luis en las escaleras. Me saludó al cruzarse conmigo, pero se volvió para añadirle más fango a la situación.

—Carmen, querida, quiero mostrarte algo. ¿Tienes un momento?

Le seguí hasta su piso con algo de recelo. No sabía lo que me iba a encontrar. Luis era muy buena persona. Su mujer murió hace años y se trasladó a vivir aquí tras su fallecimiento. Corría el rumor de que la limpieza y la higiene no era su fuerte y lo pude comprobar por mis propios medios.

Entramos al salón y la luz atravesaba los huecos de la persiana. Podía ver las partículas de polvo flotando en el ambiente. Cuando Luis encendió la luz, vi que el resto de los muebles tenían una gruesa capa de polvo. Tal vez, lo más moderno que había en aquella estancia era el televisor, que dudaba que fuese de este siglo.

Luis alzó la vista hacia el techo y pude ver una gran mancha oscura que ocupaba prácticamente todo el salón y caía sobre la pared que tenía a mi derecha.

—Tienes que tener una fuga en alguna tubería.

Las piernas comenzaron a temblarme. Otro contratiempo. Otro gasto al que no podía hacer frente. Otro capítulo de esa puta pesadilla.

—No te preocupes, llama al seguro y enviarán al perito y se arregla. Todo tiene solución en esta vida —me dijo con cierta simpatía.

Asentí y salí del piso. Ascendí las escaleras a la vez que sentía cómo me pesaba el cuerpo. En los últimos escalones casi me arrastré. Entré a mi casa y me dirigí al salón. La tele estaba puesta y me imaginé a mi madre sentada en su sillón como en los últimos meses, pero no estaba.

Corrí angustiada hasta la habitación dando voces.

—¡Mamá!

Pero no estaba. Mi corazón no paraba de latir con fuerza. Quizás había ido a casa de cualquier vecina, o a hacer alguna compra, pero sería algo raro en ella. Llevaba meses sin salir. Cogí mi teléfono y la llamé, pero el sonido del suyo se escuchó en la cocina.

Escuché unos pasos que provenían desde las escaleras y, justo antes de que alcanzasen el rellano, abrí la puerta y me temí lo peor. Era la policía.

Capítulo 38

La acumulación de saliva en la garganta no me dejaba articular palabra alguna. En el rostro de los policías solo encontraba seriedad y preocupación. Eran dos, uno de ellos era alto, moreno y con un bigote fino. El otro, bajito y con algo de sobrepeso. Calculé que estaba más cerca de su jubilación que de su paga extra.

Se me hizo eterno verlos subir las seis escaleras que me separaban de ellos y me temí lo peor.

—Buenas tardes. ¿Carmen Márquez?

Asentí mientras sentí mi cara desencajada y mis ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Es mi madre, ¿verdad? Acabo de llegar y he visto que no estaba. ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está? Tiene Alzheimer y yo…

—Tranquilícese —dijo uno de ellos—. La hemos encontrado desorientada por la Isla de la Cartuja, en las inmediaciones del Estadio Olímpico. Una ambulancia la ha asistido y se encuentra bien. En estos momentos está en el hospital Macarena. Le están haciendo pruebas, pero tranquila, no es nada grave y se encuentra bien —repitió.

Despaché rápidamente a los dos policías agradeciéndoles su labor o, al menos, eso creo recordar que hice. Entré de nuevo en la cocina y le eché a Hipa una suculenta ración de pienso. No sabía si estaría mucho tiempo fuera. Cogí una mochila y metí en ella algunas cosas.

Salí a la calle y vi frente a mi portal la parada de autobús. Justo en ese momento, el saldo de mi cuenta apareció en mi memoria, así que me colgué la mochila de nuevo y corrí.

Entre San Jerónimo y el Hospital habría algo menos de tres kilómetros, por lo que calculé que tardaría unos treinta minutos si en algunos tramos corría.

Las suposiciones están bien, pero lo que no tuve en cuenta fue que, a menos de doscientos metros, el corazón ya se me salía por la boca. ¿Cuánto llevaba sin hacer deporte? ¿Tal vez desde que dejé la natación hacía quince años? ¿Cómo he llegado a tener esta forma física tan pésima?

Comencé a caminar rápido y decidí escuchar *Summertime Sadness* de Lana de Rey, aunque no le presté mucha atención. Pensé en mi madre, en qué me iba a encontrar cuando llegase al hospital, en si me iba a reconocer.

Nunca había salido de casa. Desde que le diagnosticaron su enfermedad yo me encargaba de todo. Supongo que de alguna manera debería haber tomado más precaución y, tal vez, acostumbrarme a que estos comportamientos son típicos de gente que sufre esta enfermedad.

Caminaba por las inmediaciones del tanatorio, cerca del

cementerio, y vi a un grupo de tres hombres con sudaderas y el gorro puesto. Me crucé de acera porque no me daban buena espina. Por su forma ralentizada de moverse, y por su complexión, débil y delgada, no hacía falta ser muy listo para saber que eran yonkis, seguramente de El Vacie, debido a su proximidad. Aquella ciudad de plástico y madera se había convertido en el asentamiento chabolista más antiguo de Europa.

Al llegar a su altura se giraron hacia mí.

—¿Qué haces por aquí solita?

—¿No te da miedo? Ven a jugar con nosotros.

Comencé a correr sin mirar atrás, mientras mis lágrimas caían al suelo con cada trote. Saqué el teléfono por si tenía que llamar a alguien que viniera a por mí, por si me sucedía algo, como había visto en la tele muchas veces. La única diferencia es que yo no tenía a nadie a quien llamar.

Crucé una gran avenida y caminé durante unos minutos para llegar al hospital. Pregunté en recepción y me dieron el número de su habitación.

Al llegar a la planta, dudé sobre si el ascensor había sido una opción más rápida que subir por las escaleras, pues paró en todas las plantas. No fue muy difícil encontrar la 401, porque estaba justo a la entrada del pasillo.

Empujé la puerta hacia dentro y vi cómo una mujer de pelo ondulado, gafas de pasta rosas y bata blanca rellenaba un informe mientras la observaba.

—Hola. Soy Carmen, la hija de Teresa.

La mujer asintió con una leve sonrisa.

—Encantada, soy la doctora Aguado, Laura Aguado —dijo mientras se giraba hacia mi madre—. Según he podido comprobar en su historial, sufre Alzheimer. La ha traído una patrulla y, al parecer, tiene una contusión en la cabeza. Ha sufrido una caída.

Me giré hacia la cama y allí estaba, tan frágil, tan solitaria. Tenía los ojos cerrados y la sábana que la cubría ascendía y descendía al compás de su respiración.

—¿Está sedada? —pregunté aterrorizada.

—No, no. En absoluto. Está durmiendo. Le hemos puesto un tranquilizante. Llegó muy nerviosa.

Asentí y me aproximé a la cama. Le acaricié la frente, apartando su melena hacia atrás. Di un paso, arrastré el sillón hacia la cama y le cogí de la mano. La doctora se marchó sin decirme cuánto tiempo estaría allí, pero lo cierto es que tristemente entendí que incluso aquel hospital podría ser mejor lugar que mi casa. Precisamente, estar allí me serviría para ahorrar en comida y luz, aunque ello supusiese ver a mi madre postrada en una cama.

Acaricié los surcos de la piel de aquellas manos que se habían arrugado a una velocidad vertiginosa por el tiempo, pero, sobre todo, por el trabajo y el empeño de sacar una familia adelante.

Mi móvil vibró y mi sorpresa fue mayúscula cuando vi el nombre de Óscar en una notificación de mensaje.

"Carmen, ¿qué tal estás? Ayer por la mañana me pasé por tu casa. Llevamos mucho tiempo sin hablar y me gustaría arreglar las cosas. Hemos vivido tanto juntos que sería un error que esto acabase así, sin ser amigos. Tus vecinos me han dicho que te has ido al hospital con tu madre. Espero que esté todo bien. Si te apetece, podemos vernos y hablar, tomar algo o lo que te apetezca".

Aquel mensaje me atravesó el alma y la rompió en mil pedazos. No le faltaba razón, era triste acabar así, sin contacto. Cada uno haciendo su vida, alejados.

Antes de pensar una respuesta, recibí otro mensaje suyo:

"Por cierto, tú sabes lo aficionado que soy a leer. Ayer encontré este texto por las redes sociales y me acordé de tu madre"

El siguiente mensaje era un enlace a un post de una conocida red social. Si a Óscar aquella letra le había recordado a mi madre, no me cabría duda de que me pasaría igual y, mientras la miraba, cada uno de los versos no solo me recordaron a ella, sino al amor que siempre se tuvo con mi padre.

"Cuando pasas por mi lado el baile comienza
con el vaivén de tus piernas mi pulso me tiembla
tus ojos son dos luceros que salen del alba
cuando amaneces conmigo temprano en la cama,
temprano en la cama...
Tus manos son las paredes de acero
que me agarran con fuerza y me dan confianza
cuando yo siento miedo.
Tu pelo una cascada cuando se me derrama
cada noche en mi pecho
es como si fuera la almohada que un día elegí
en donde todas las noches tumbada me gusta dormir.
Y ese carmín de tus labios
que deslumbra con ternura
esa cara que me lleva tanto a la locura
y las tardes de verano
hacia una playa, una puesta de sol
con las olitas del mar por testigo
de este mortal y verdadero amor
Y llega un día y aquí se presenta
la puta reina de los corazones
la enfermedad que sin hablar te deja
y hace que todos tus recuerdos borres
y aunque a veces tú te resistas

al mundo de fantasías que pintas
y el Alzheimer te hace dependiente
volveré a nuestro rinconcito
para enamorarte siempre".

No recordaba haber llorado tanto como en aquellos días. La ruptura con Óscar, la decepción de David, los problemas de mamá, el agujero oscuro en el que estaba metida y del que no había otra manera de salir que no fuese con dinero.

Guardé el teléfono. Con un dolor inmenso, como si me estuvieran atravesando con una daga el estómago, decidí no contestar a Óscar. Había que poner tierra de por medio, cerrar el capítulo de nuestras vidas que nos mantenía unidos, y todo por una simple razón: no quería volver nunca más a hacerle daño ni tampoco quería volver a sufrir por él. Creo que éramos una pareja incompatible, que se quería mucho, pero que no estaba hecha para compartir su vida juntos.

Me recliné sobre el sillón y observé la habitación. El viento soplaba con fuerza y la poca luz que entraba por la ventana hacía parecer que me encontraba en una ciudad del norte, lejos de Sevilla.

La habitación era amplia y, por suerte, la cama que había tras una cortina contigua a mi madre estaba vacía.

Observé la tele que perfectamente podría llevar en ese lugar desde antes de que se construyera el hospital, y clavé mi mirada en ella. Odié que ni siquiera pudiese permitirme el lujo de ver la televisión por unas monedas que no tenía, y apreté con fuerza la mano de mi madre que, en sus inconscientes sueños, me respondió con otro apretón.

Volví a mirarla y me dejé llevar por sus ojos cerrados, sus delgados labios y aquella nariz puntiaguda. Qué guapa estaba a pesar de estar en el hospital.

Se me vinieron a la mente, como si de una estampida se tratase, una multitud de recuerdos junto a ella. Las fotos de mi cuarto cumpleaños, las escapadas a la sierra, las rutas de senderismo de El Bosque y Benamahoma, las tardes de bocadillo de nocilla y las noches en las que un Cola Cao caliente me quitaba la fiebre.

Aquellos recuerdos encendieron una llama en mi interior. No sabría decir si era de rabia o de ira, pero lo cierto es que fue un empujón que me armó de valentía. Quería salir de ahí, de ese oscuro agujero, y no había otra alternativa. Y así, con las manos temblorosas, volví a sacar el teléfono y llamé a David.

—Acepto tu oferta.

Capítulo 39

Siempre he odiado los cambios. Cuando cumplí dieciocho años, mis padres me regalaron una tarta de chocolate y nata. Recuerdo ese día como si fuese ayer y no precisamente porque la tarta estuviese de muerte, sino porque después disfrutamos juntos de una tarde de películas donde la protagonista era yo, en todos mis cumpleaños anteriores.

Sí, me refiero a esa pila de películas en VHS en las que inmortalizaron todos mis cumpleaños. Dicen que aquellas cintas, junto con la foto de comunión en el salón, es el precio que tienes que pagar por todos los regalos de aquellos días.

Recuerdo ver en los vídeos a mi abuelo dándome un abrazo y cogiéndome del cuello para besarme con apenas seis años. También recuerdo aparecer caminando por la calle, ver tras de mí el quiosco de Miguel y, junto al él, el de María. Las chucherías de ambos endulzaron mi infancia.

Las cosas siempre me han gustado como estaban. Ahora odio cómo está mi calle, cómo desaparecieron los aparcamientos, los quioscos de Miguel y María, e incluso ellos.

Al fin y al cabo, la vida es una serie de decisiones y detrás de cada una hay un cambio que hace que nada vuelva a ser igual que antes. Supongo que detrás de cada remodelación de mi barrio habría una decisión política que hizo que aquellas calles cambiasen para siempre.

Tal vez lo que me sucede es que la nostalgia me hace temer a los cambios. Suelo fantasear con mi vida de antes, con mi infancia, cuando mi única preocupación era jugar al escondite, devorar bocadillos de nocilla y ver ponerse el sol cada día desde la calle.

La luz del día brillaba en la fachada de tal forma que casi se podría decir que deslumbraba. Allí estaba yo. De pie. Frente a la puerta del Archivo de Indias dispuesta a cometer un delito.

Detrás de cada decisión hay un cambio, un cambio que hace que nada vuelva a ser igual y, desde luego, estaba convencida de que mi vida iba a cambiar completamente.

Entré con la sonrisa de siempre, intentando disimular que mis piernas temblaban como un flan.

—Buenos días, Carmen. ¿Hoy vienes de visita particular? —me preguntó Miguel.

—¿Cómo?

—Sí, que si vienes a ver el Archivo de Indias sola. No veo a ningún grupo tras de ti.

—Ah, es eso. Eh… no, no. Están esperándome dentro. Hoy amenazaba lluvia y he quedado con ellos en la primera planta.

—Entiendo, pues que te sea leve y… paciencia. Hoy hay muchísima gente.

Asentí y entré sin pasar por el arco de seguridad, como siempre. Quién iba a pensar que una guía iba a cometer semejante atrocidad patrimonial. Firmé el documento de acreditación y subí por las escaleras de piedra. Había estado toda la noche pensando en cómo actuar. Los pasillos estaban repletos de gente y no sabía si eso me podría perjudicar o no.

Sobre un caballete, justo en el rellano de las escaleras, un cartel anunciaba una exposición que comenzaba al día siguiente.

Volví a repasar el plan en mi cabeza. Miguel me había contado que siempre, antes de las exposiciones, los documentos se guardan en una sala donde los acondicionaban para su muestra. Aquella sala se encontraba frente a otra donde los investigadores pasaban las horas viendo pergaminos y otros documentos históricos. Para acceder a ella necesitaba un código de seguridad, código que había visto marcar a Toñi, una guardia con menos vocación que Kiko Rivera como cantante. La confianza daba asco, y Toñi había marcado tantas veces el código delante de mí en los años que llevo visitando el Archivo de Indias, que podría pulsarlo con los ojos cerrados. Jamás pensé que necesitaría aquellos números para hacer algo así, pero lo cierto es que escuchar como el matrimonio de Toñi con “el Tono” se iba al garete mientras entraba a la sala, me iban a servir para cumplir mis objetivos.

Me aproximé hacia la puerta que estaba a unos cincuenta metros de mí. Junto a uno de los grandes cofres que en su día sirvieron para traer plata de las Indias, Mateo atendía a un grupo de turistas. Le levanté la mano y él me correspondió con un gesto.

Aunque Sevilla fuese una ciudad grande, los guías éramos como una familia. Nos conocíamos todos. No era raro quedar con alguno de ellos para tomar un par de cervezas, aunque perteneciesen a otra empresa o fuesen competencia directa mía. En Sevilla había trabajo para todos. Nuestra verdadera guerra era contra aquellos que se hacían pasar por guías, sin declarar ni un solo mísero euro y cobrando por ese motivo un precio inferior al nuestro.

Llegué a la puerta y me detuve frente a ella, contemplando el panel de números que tenía que marcar. No era difícil. 2554 y tecla de la llave. Estaba harta de ver a Toñi pulsar los números formando un pequeño ángulo recto y dos veces aquel vértice imaginario que formaba esa combinación de teclas.

Miré hacia los lados y vi a mi derecha, a unos cincuenta metros, a una mujer vestida con el uniforme de una empresa de seguridad revisando su teléfono móvil. Pensé que era el mejor momento, ahora que estaba distraída, y alcé mi mano para pulsar el dos.

Justo antes de que la yema de mi dedo pulsase la tecla, una especie de revelación me vino a la mente. ¿Qué sucedería si entro en la sala y hay alguien en el interior? No tendría excusa alguna, había accedido con la clave. Avisaría a seguridad y tal vez apareciese en el informativo de la sobremesa, saliendo esposada por la puerta del Archivo de Indias.

Decidí hacer lo más lógico: llamar a la puerta. Si había alguien ya me inventaría alguna excusa. Así que así lo hice.

Estuve esperando unos diez segundos y volví a repetir la operación para asegurarme, pero no hubo respuesta.

Volví a mirar a la guardia de seguridad y vi cómo intentaba explicarles a unos turistas algo de la sala en lo que, supongo, ella entendía como inglés.

Era mi momento. No podía malgastar ni un segundo más. Mi dedo índice temblaba mientras pulsaba el dos, luego el cinco, de nuevo el cinco, después el cuatro y tecla de la llave.

El pequeño sonido del desbloqueo de la puerta se escuchó y un resoplido salió inconsciente de mi boca. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza qué hubiese ocurrido si la clave era incorrecta. Por un momento, me imaginaba todo aquel majestuoso lugar a oscuras, tan solo con los destellos de una luz roja y una sirena de alarma, junto con una voz repetitiva que decía “alerta”. El cine americano ha hecho mucho daño a nuestra imaginación.

Volví a mirar a ambos lados y vi que nadie me observaba. Era como si no existiese en aquel lugar. Supongo que era algo a lo que ya estaba acostumbrada. Tan solo podría llamar la atención de los guardias de seguridad, pero la más cercana seguía peleando con su inglés, por lo que no era una amenaza hostil.

De un movimiento, giré el pomo y entré en la sala para volver a cerrar la puerta y respirar. Cerré los ojos y posé mi cabeza en la puerta para respirar durante escasos segundos.

Alcé la vista y comprobé aquella estancia. Era bastante amplia. Una hilera de muebles a mi derecha albergaba lo que creí que eran productos químicos para tratar los pergaminos. En el centro de la sala, una mesa de unos diez metros por tres albergaba numerosos documentos. A mi izquierda, algunos caballetes mostraban lo que intuí que iban a ser los documentos que se mostrarían en la exposición. Papiros, mapas, cartas… aquello era un trocito de historia importante y yo iba a profanarlo.

Al otro lado de la mesa, un gran ventanal dejaba traspasar la luz. Caminé hacia él, comprobando si existía alguna ruta de escape mejor que la puerta.

Negativo, pensé. Y en ese preciso momento y desde el otro lado de la estancia, escuché el ligero pitido del teclado numérico de acceso a

la sala.

Alguien estaba a punto de entrar.

Capítulo 40

Nunca he tenido miedo al miedo. Quizás porque desde siempre he sido una chica independiente y autónoma, pero lo cierto es que, a pesar de haber estado viviendo lo que a nadie le gustaría vivir, nunca sentí miedo. Vi cómo mi padre se marchó y lo despedí con tristeza, pues la vida es injusta, aunque con algunos más que con otros; vi cómo el Alzheimer consumía a mi madre, pero jamás me dio miedo el vivir sin mi padre, o el tener que llevar a las espaldas la responsabilidad de cuidar de mi madre y de la economía de mi casa.

Pero esa vez, por primera vez y con una sensación de tener mi cuerpo congelado, sentí miedo.

Estaba observando el patio interior del Archivo de Indias cuando escuché el pitido del teclado de acceso a aquella sala. Me sentí por un momento como si fuese una marioneta, empujada por una fuerza superior que me enviaba tras la amplia mesa que me separaba de la puerta de entrada.

Aguardé allí, agazapada y con mis manos temblorosas esperando el fatídico desenlace. Pensé en mi madre, en Hipa. ¿Quién iba a cuidar de ellas si dormía en el calabozo?

La puerta se abrió y la imagen del telediario abriendo su edición conmigo a la salida del Archivo de Indias esposada me vino de nuevo a la cabeza.

Se escucharon unos pasos. Al principio parecía ser una persona, pero eran tan continuos que pude distinguir a dos.

—¿Dónde te dijo Alfredo que estaba el documento de Hernán Cortés?

—Ahí, en uno de esos tres archivadores que hay sobre la mesa.

Escuché pasos y movimiento de hojas. Mi corazón palpitaba cada vez más rápido y podía sentir las pulsaciones en mi cuello.

—Maldito Alfredo. Ya podría venir él a por el documento.

—¿Él? Sí, claro. Él ya hace suficiente en su despacho y mirado por el microscopio —dijo uno de ellos con cierta ironía—. ¿Está el guardia en la puerta? Debería escoltarnos. Aunque haya gente no va a pasar nada, pero ya sabes cómo es el protocolo de protección.

—Sí, menuda gilipollez. Estoy seguro de que alguno de estos turistas quiere un documento de Hernán Cortés.

Se escuchó una breve carcajada de ambos y la puerta se abrió. Oí como uno de los chavales llamó a la que entendí que era la guardia de seguridad que había cerca de la puerta, y en menos de diez segundos la puerta se volvió a cerrar.

Me levanté y me dirigí hacia la mesa. Busqué entre los documentos el que necesitaba. Lo había visto miles de veces en internet y David

me lo enseñó en fotos.

Algunos de los documentos estaban protegidos con una especie de pantalla de cristal, otros metidos en una carpeta o dossier y otros estaban sueltos. Supuse que se conservaban de diferentes maneras según su valor histórico. Bordeé la mesa y en el otro extremo, justo donde me había escondido de aquellos funcionarios del Archivo de Indias, estaba el que necesitaba.

Saqué mi mochila. No me hizo falta saber que tenía valor por verlo enmarcado. Solo con conocer de quién eran esos trazos, las piernas me temblaban. No podía cometer ningún error. Abrí la mochila y metí esa especie de cuadro en el que venía protegido el documento. Fuera, escuchaba los pasos de los visitantes. Tal vez uno de esos pasos fuese de alguna persona a punto de marcar la clave para entrar a la sala.

Debía tenerlo todo controlado. Me iba a colgar la mochila cuando comprobé que se veía muy abultada, por lo que saqué de nuevo el documento y lo extraje de las láminas de cristal. En ese momento me di cuenta de que no sabía si era cristal blando, plástico o fibra de vidrio. Nunca se me ha dado bien identificar los materiales.

Enrollé el documento como si de un pergamino se tratase. Su aspecto era un tanto rugoso y sus bordes estaban desgastados por el tiempo. Lo guardé rápidamente y fui hacia la puerta. Giré el pomo y dejé pasar un pequeño haz de luz. No veía a ningún miembro de seguridad. Saqué la cabeza y miré hacia la derecha. No había amenaza. Saqué mi cuerpo de una pequeña zancada y cerré. Los turistas seguían ajenos a mí, embobados por los cuadros y artilugios de la época de las Indias que decoraban las estancias.

Di dos pasos y cerré los ojos. A la vez que resoplaba, mi cuerpo parecía de flan y mis piernas casi me fallaban. Volví a abrirlos y me di de bruces con una mujer de unos cuarenta años, morena y con falda y chaqueta azul marino. Sus ojos azules eran inconfundibles. Creí recordar que se llamaba Sonia y que no llevaba más de dos semanas trabajando en aquel lugar.

Me correspondió con una sonrisa y giré la cabeza viendo cómo se dirigía hacia la puerta por la que yo acababa de salir.

Sonia estaba a punto de descubrir que se había producido un robo, por lo que decidí irme de aquel lugar de manera apresurada. No había bajado ni cinco escalones cuando un timbre sonó de manera incesante. Ya no había vuelta atrás. Continué bajando las escaleras y me crucé con dos guardias de seguridad que subían los peldaños de dos en dos.

Pensé en cómo salir de allí. Tal vez era imposible poder hacerlo. El acceso debería estar cortado y, si por casualidad pasase por el arco o me registrasen la mochila, estaría perdida.

Cierto día vi en la tele a un conocido actor de *Verano Azul* en una entrevista. Aquel hombre contó que el director de aquella serie le

había chivado el truco para poder soltar un mar de lágrimas delante de la pantalla: imaginar que no vas a volver a ver a tu madre.

A mí no me costó mucho hacerlo, ya sufría bastante, pues mi madre cada vez estaba más lejos de mí o, por lo menos, la que había sido mi madre durante mucho tiempo.

Las lágrimas se dibujaron en mi rostro y Miguel me vio desde lejos.

—¿Qué sucede? —me preguntó.

—Mi madre… ¡Mi madre! Me han llamado y está en el hospital. Ha sufrido un ictus.

El temblor de mis manos me ayudó a simular una pequeña crisis de ansiedad.

—Tranquilízate. Mira, tenemos que solucionar un problema. Después, si quieres, te pido un taxi.

—No puedo. Tengo que irme ya. ¿No lo entiendes?

Miguel miró hacia ambos lados y me hizo un gesto, girando la cabeza para que me marchase de allí. Me puse de pie de un salto, me sequé las lágrimas y me despedí de él con un abrazo. Me dirigí hacía la puerta y escuché a mis espaldas cómo hablaba con Mateo y este le decía que tenía que marcharse, que ya se lo había comentado esa misma mañana.

Obvié el resto de la conversación y crucé el jardín principal. Las piernas me temblaban en cada paso que daba y parecía que de un momento a otro me iban a fallar. Los rayos de sol me daban en la cara y olían a libertad y a una vida mejor.

Saqué el teléfono y llamé a David. Me sentía aliviada, pero sabía que mi decisión iba a perjudicar a Miguel inevitablemente.

—Ya está hecho. Supongo que habrás saboteado las cámaras como me dijiste.

—Sí, tranquila. Buen trabajo. Ahora, escóndete. Es muy precipitado vernos tan pronto. Te llamaré en unas horas o días. Bienvenida a tu nueva vida.

Capítulo 41

Mi afición por las películas de acción venía de mi padre. Tengo que decir que el cine ha evolucionado mucho a lo largo de los años, sobre todo en ese tipo de largometrajes. Adoraba ver junto a mi padre *Misión imposible*, *007*, *La Roca* o *Training Day*.

Siempre he creído que en el cine hay un gran porcentaje de ficción, pero también estoy convencida de que otra pequeña servía para darles pistas a delincuentes sobre cómo funciona la policía, sus métodos de investigación y sus procedimientos. Ahora la delincuente era yo.

Tuve una idea brillante o, al menos, eso esperaba, para no resultar sospechosa. Era algo que hacía con normalidad. Una publicación de Instagram.

Sabía que, si la policía me investigaba, sabrían con certeza que estaba en el Archivo de Indias en el momento del robo y que Miguel me había permitido salir, pero, ¿quién se dedicaría en plena huida de un robo a colgar un post en Instagram? Nadie. Eso es. Es tan ridículo que nadie lo haría. Nadie excepto yo.

Con las manos temblando como un flan, tomé una foto y comencé a escribir.

"¿Sabías que el Archivo de Indias se creó como Casa Lonja, pero después del apogeo del comercio con el Nuevo Mundo pasó a ser una escuela de pintores?

Justo antes de ser el Archivo de Indias, y tras la escasez de mercancías con el continente americano, el edificio del Archivo de Indias fue destinado a albergar una escuela de pintores.

El diseño arquitectónico del edificio corresponde a Juan de Herrera, que fue la persona que inició el proyecto. Este edificio renacentista tiene su parecido con el Monasterio de El Escorial".

Guardé el teléfono y comencé a escuchar las sirenas de fondo. Caminé por la Avenida de Constitución hacia el Ayuntamiento. A pesar de mostrar normalidad, estaba muerta de miedo. No quería mirar atrás.

Sentí una sensación extraña. Era como estar descendiendo la ladera de una montaña a toda velocidad sabiendo que, quizás, un tropiezo fuese fatal. Tenía la carta de Colón. Mi pasaporte para una vida mejor.

Para ser sinceros, lo único que necesitaba era un tratamiento mejor para mi madre. Bien es cierto que esa cantidad de dinero me permitiría salir del agujero oscuro y profundo en el que me encontraba, pero, tan solo con ver una ligera mejoría en ella, algo que me permitiese ver que sus recuerdos no morían a la velocidad de la luz, me conformaría.

Me fui a casa y cogí algo de ropa para pasar la noche en el hospital.

Cuando llegué, me la encontré en aquella triste habitación. La cama de al lado seguía vacía. *Quizás la gente no enferma en Navidad*, pensé. Me correspondió con una sonrisa y le di su beso en la frente. Vi cómo miraba la pantalla apagada de la televisión y intuí que su mente estaba dibujando a su antojo una serie, un programa o una película.

Sonreí. Las cosas habían cambiado. Ahora podría permitirme el lujo de echar cinco míseros euros al aparato para que mi madre disfrutase de su telenovela turca.

Estuve viendo durante unos segundos la televisión. Mis ojos se centraron en aquella caja tonta, pero mi mente estaba en el Archivo de Indias. Pensé por un momento en el riesgo que había corrido, en cómo me temblaban las piernas al salir de aquella sala con una carta de más de quinientos años escondida.

Comencé a ponerme nerviosa. Me dirigí hacia el baño y decidí darme una ducha. Abrí el grifo y empecé a quitarme la ropa. Necesitaba limpiar mi cuerpo, mi pelo y mis ideas.

Dicen que una madre por su hija hace lo que sea, pero, ¿y una hija por su madre? No podía sentirme más orgullosa de mí por poderle dar a mi madre un tratamiento y la dignidad que se merece, pero, por otro lado, los remordimientos comenzaban a llegar a mi cabeza y caían a plomo como una losa.

Me postré frente al lavabo, desnuda. No sé por qué, pero me fijé en aquel espejo de marco de aluminio. Por un momento, parecía no ser yo la que se reflejaba ahí.

Es curioso lo que hace un espejo. Hay personas que consumen su vida frente a uno, contemplando su belleza redentora; otras que lo evitan. Hay personas que ensayan discursos frente a él, mientras otras lo utilizan para dar rienda suelta a sus deseos más perversos. Y yo, en ese momento, sentía cierto asco por la persona que se reflejaba.

Me giré hacia la ducha y entré. El agua estaba ardiendo y mis lágrimas empezaron a brotar de mis ojos, siendo imposible distinguirlas bajo la cortina acuática que recorría mi cuerpo. Apoyé mi espalda en la pared, fría sintiendo el contraste con el calor de la ducha.

Me pregunté por qué la vida era así de jodida. Por qué me había tenido que limitar a aceptar que mi destino siempre fue malvivir, por qué había gente que lo tenía todo y se sentía vacía, por qué había gente que no valoraba lo que tenía. Me pregunté también por qué las desgracias no venían solas, sino que llegaban en cadena, de la mano. Por qué siempre tenía que llover en el patio de la misma persona. Por qué me había tocado lidiar a mí con todo aquello.

Salí de la ducha y me vestí. Mi estómago rugía y decidí bajar a una máquina expendedora a por un sándwich mixto. Cuando volví a la habitación, la doctora Aguado estaba a los pies de la cama atendiendo

a mi madre.

Me saludó con una sonrisa y siguió echándole un vistazo al aspecto de mi madre mientras escribía en una especie de carpeta.

—Está usted como una rosa —dijo acariciándole el pie.

Salió al pasillo y la acompañé. Esos segundos se me hicieron eternos. Tenía la sensación de estar subida en una cuerda a metros de altura. *Más malas noticias no, por favor*, pensé.

—La evolución de su madre ha sido muy positiva. Dejaré firmada el alta antes de acabar el turno de la tarde y podréis volver a casa.

—Gracias, no sabe lo feliz que me hace.

—Es un placer. Ahora, tengo que decirle que los resultados del TAC muestran un Alzheimer bastante avanzado. Debe cuidar de ella, pero, sobre todo, vigilarla. En este estadio puede perder la orientación al dar un simple paseo y eso puede tener un trágico desenlace.

Capítulo 42

El sol quemaba la cubierta del barco. Las olas golpeaban las maderas haciendo formas en la espuma. El viento soplaba de poniente. Las ratas campaban a sus anchas por la popa y el silencio hacía perceptible sus pasos cercanos. Las moscas revoloteaban y se posaban sobre los cadáveres hacinados en la proa.

El hombre que iba a morir divisó tierra lejana y posó sus manos sobre el timón del barco. Descendió su mirada y la clavó en sus erupciones. Sus brazos y sus manos parecían pequeñas burbujas a punto de explotar.

Divisaba aquel paisaje con espanto, pero, de algún modo, ya se había acostumbrado a vivir tantos días junto a la muerte. Se había emborrachado junto a ella.

Dos de sus hombres se encontraban tirados en el suelo y cegados por el sol. Apenas podían articular palabra. Uno de ellos tenía una úlcera alrededor de la boca. Su saliva caía sobre el suelo del navío y mostraba serias dificultades para respirar. El otro yacía boca abajo, y su espalda desnuda parecía haber sido castigada por el mismo demonio.

Las piernas del hombre comenzaron a fallarle. Echó su vista hacia atrás, como lo había hecho más de cien veces en ese día, pero solo se encontró con la inmensidad del mar. Ni rastro de las velas negras que le acecharon días antes.

Volvió su vista hacia el frente y, como si su cuerpo fuese gelatina, cayó a los pies del timón. Con su oído pegado al suelo de madera, escuchaba el crujir del barco impactado por las olas. Era como si estuviese escuchando el corazón del navío.

Se incorporó y dejó caer su espalda sobre el timón. Alzó su mano erupcionada hacia el centro del mismo, pero fue en vano. Lo volvió a intentar, esta vez poniendo las plantas de sus pies sobre el suelo, buscando impulso. Sacó toda la fuerza de su interior, pero no fue suficiente. Volvió a caer, golpeándose la espalda contra la cubierta.

Se quedó inmóvil, la sangre recorriendo la comisura de sus labios: olía su muerte. Las moscas revoloteaban a su alrededor y se posaban sobre él, aprovechando miserablemente su vulnerabilidad.

Su vista solo alcanzaba a ver el palo mayor del navío y, sobre él, un par de buitres revoloteaban sedientos de carne de cadáver. Sobre el cielo azul, unas nubes iban tomando forma de tridente, y un cúmulo, como si de un papel arrugado se tratase, se tornaba en forma de barba. Por un momento, aquel hombre vio en aquellas nubes el rostro de Neptuno, que venía a saciar su sed con la sangre de aquellos marineros. Tal vez eran los delirios de una muerte inminente, o tal vez

el propio Neptuno le tendía la mano para llevarse su alma con él.

Los párpados le pesaban como si fuesen una lámina de acero y, justo antes de cerrar los ojos por última vez, un gran estruendo hizo vibrar todo su cuerpo.

El barco parecía haber encallado.

Capítulo 43

Llegué a casa abrumada por todo lo vivido en esas horas. Le sugerí a mi madre que se acostase en su cama, pero se negó rotundamente.

—Llevo acostada dos semanas, no tengo ganas de dormir.

Por un momento me hubiese gustado estar dentro de su cabeza para saber cómo podría pensar que estuvo dos semanas en el hospital, cuando verdaderamente fueron dos días. Si hay algo positivo en la enfermedad, es que no duele. Tampoco eres consciente de cuando tu mente está en otro momento de tu vida diferente al que vives, que no eres capaz de reconocer a las personas que tienes al lado y que te quieren, pero no importa. No le das valor a eso. Nunca estarás triste porque poco a poco te olvidarás de sus caras y sus nombres, hasta del tuyo. Y un día se te olvidará todo, hasta volver a abrir los ojos.

La acompañé al salón y le encendí el televisor. Me fui a la cocina, saqué las cuatro últimas rebanadas de pan de molde y le añadí varias lonchas de jamón de york con un poco de queso. Lo coloqué en un plato, y en otro me preparé una ensalada rápida. Un poco de lechuga, aceite, vinagre, sal, atún y un poco de queso.

Volví al salón, mi madre estaba viendo un programa de los que suelen amenizar las tardes, el típico concurso televisivo dirigido por un presentador atractivo y que lleva a famosos como invitados.

Siempre he pensado que cuando los problemas te atormentan, el apetito se evapora como una gota de agua en el desierto, pero no era mi caso. No hacía mucho que había comido, pero mi estómago rugía como un león enfurecido. Fui poco a poco devorando la ensalada mientras mi madre disfrutaba de sus sándwiches.

El concurso era interesante, y el concursante estaba a punto de conseguir el bote. Un millón y medio de euros. *Tal vez debería haber asistido a un programa de ese tipo, en vez de haber hecho semejante atrocidad*, pensé.

Justo antes de la penúltima pregunta, la emisión del concurso se interrumpió y las imágenes del Archivo de Indias me provocaron un nudo en la garganta y fulminaron mi apetito.

Di un salto enorme y cogí el mando para darle voz. En la pantalla, un rótulo apareció, en el que se podía leer:

ÚLTIMA HORA: Robo en el archivo de indias.
La policía ya tiene sospechosos.

Tal vez, el televisor llevaba en casa más de doce años, en los que quizás me había pasado un setenta por ciento de ese tiempo delante de él, pero, en ese instante, mi mente no pensaba con claridad y mis

ojos no sabían dónde se encontraba la tecla del volumen.

Unos segundos después, pude subirlo y escuchar a la periodista hablar. Aquella joven no tendría más de treinta años. Por sus ojos azules y su voz temblorosa pensé que tal vez era su primer día, y me vi reflejada en cierta manera en ella. Mientras sostenía el micrófono con una mano, con la otra sujetaba un papel donde leía la información.

—Según nos han informado fuentes policiales, en la mañana de hoy se ha producido un robo en el Archivo de Indias. La policía ha comenzado una investigación en la que ya hay sospechosos, por lo que es posible que se produzcan detenciones en las próximas horas —informaba la periodista—. Aún queda por determinar qué es lo que han podido sustraer, pero, según hemos podido saber, es muy posible que haya sido documentación de gran valor. El suceso se ha producido a plena luz del día y cuando el edificio estaba repleto de visitantes.

Las palabras de la joven reportera cayeron sobre mí como un jarro de agua fría, y una frase se grabó a fuego en mi mente: *"es posible que se produzcan detenciones en las próximas horas"*.

Por un momento me imaginé en una sala de comisaría y a los agentes dando con mi nombre por cualquier circunstancia: una huella, un pelo, una imagen de una cámara que sí funcionaba, una declaración de Miguel…

Di rienda suelta a mi álter ego de directora de cine de acción y pensé en los dos policías que vinieron a casa a avisarme de que mi madre estaba en el hospital, pero esta vez con las esposas en la mano para privarme de libertad durante varios años.

Me atormentaba pensar en la idea de que fuera a detenerme. No podía pasar eso. Había tomado todas las precauciones. Entré y salí en la sala sin que me viese nadie, usé guantes para marcar el código y estaba casi convencida de que Miguel no sospecharía de mí.

Tengo que reconocer que aprovecharme de la bondad y confianza de Miguel no era algo de lo que me sintiera orgullosa, pero era necesario. Había pensado que era posible que declarase a la policía en un hipotético interrogatorio que me dejó marchar, pero tengo dos cosas a favor: mi madre estaba ingresada y Mateo también salió tras de mí. Además, Miguel le diría a la policía que soy una buena persona, trabajadora y simpática. Repetirá eso que tantas veces he escuchado decirle a su compañero de mí: *"Esta guía turística es la mejor de Sevilla"*.

También pensé en las cámaras de seguridad. Esperaba que David hubiese hecho su trabajo bien, porque si la policía conseguía verme en alguna grabación y me detuviese, estaba segura de que él pasaría a la sombra otros tantos años.

El día había sido duro y decidí marcharme a la cama para olvidarlo cuanto antes. Me despedí de mi madre con un beso en la frente.

—No te quedes viendo la tarde hasta muy tarde —le dije.

Me fui hacia la puerta, eché la llave y me la llevé a mi habitación. No podía permitir que mi madre volviese a escaparse.

Maldije tenerla encerrada en su propia casa y pensé por un momento en lo caprichosa que es la vida.

Me había convertido en la madre de mi propia madre. Tenía que vigilarla y cuidarla. La enfermedad iba a más y, con el tiempo, tendría que tener una dedicación exclusiva a ella, una dedicación que no me permitiría trabajar y, por lo tanto, no conseguir dinero. Por ese motivo, no había elección. Que la decisión de robar en el Archivo de Indias no era buena, pero era la única salida a tanta miseria.

La vida son ciclos. Venimos en pañales y nos vamos de este mundo en pañales. Nuestros padres nos cuidan cuando somos pequeños y, con el tiempo, cuidaremos de ellos como si ellos fueran bebés: peinándolos, dándoles de comer, vistiéndolos…

No entiendo cómo puede haber gente que olvide a sus propios padres en una residencia o, aún peor, los dejen abandonados en la soledad de una casa a la que solo van cuando la cuenta bancaria está bajo mínimos.

Mi madre no era una anciana, aunque la enfermedad la hiciese envejecer a ritmo frenético. Pero últimamente veía en sus ojos algo que veía en muchos de los ancianos. No era el paso del tiempo, ni que las canas hubiesen venido a su cabeza como nieve en invierno. Era la mirada de tristeza, los ojos caídos por el peso de la pena por los que ya no están, por los que compartieron su vida con ellos y se dieron amor, momentos inolvidables e hijos.

Los ojos de mi madre los vi antes reflejados en los de mi abuelo desde el día en el que mi abuela se marchó para siempre. Eran ojos de soledad, de resignación a vivir el resto de la vida sin el amor que le acompañó en sus logros y fracasos, con el que compartía mesa y cama. Tal vez ese era el amor verdadero, el amor incondicional. Querer por encima de todo, desvivirse por el que comparte tu vida contigo. Cuánto deberíamos aprender de nuestros abuelos.

Me tumbé en la cama y pensé en Óscar y también en David. Uno estaba enamorado de mí, pero no teníamos remedio. Estaba más que demostrado que nos queríamos, pero nuestra relación era un tormento. Por otro lado, estaba David, del que no consideraba que estuviese enamorada, pero que había jugado conmigo y se había aprovechado de mí como nadie.

Mis ojos comenzaron a sucumbir al peso del sueño y me relajé. No era consciente de que estaba quedándome dormida plácidamente hasta que las sirenas de la policía me hicieron despertarme.

Capítulo 44

Abrió los ojos y miró a su alrededor. La luz penetraba por una gran ventana. El día estaba nublado, y desde aquella cama podía vislumbrar el mar en calma. A pesar de las nubes, la claridad de la mañana le cegaba por momentos y no conseguía tener una imagen nítida de lo que le rodeaba. Alzó su vista, y una gran lámpara pendía del techo, sobre su cabeza. Frente a él, un gran mueble color caoba se alzaba bajo un tapiz. Justo a su derecha, un hombre mojaba su pluma sobre un escritorio. Se reclinó sobre la almohada y centró su vista en aquella lámpara, aturdido. Una pequeña brisa atravesaba la ventana y hacía mecerse un pequeño rosario de color marrón que pendía de uno de los laterales del cabecero.

Movió los pies y comprobó que podía hacerlo. Sentía una gran quemazón que le cubría una pequeña parte de la boca. Alzó sus manos y vio restos de sangre sobre su piel, probablemente de las erupciones que había alrededor de ellas. Las sábanas dejaban rastros de pequeños regueros color rojizo. Sintió una gran punzada en la cabeza que le hizo estremecerse y emitir un leve quejido de dolor.

El hombre que estaba sentado en el escritorio alzó su mirada y dio un salto de su asiento corriendo rápidamente hacia la persona que había en la cama.

—Tranquilo. No debe moverse —dijo aquel hombre.

Se levantó y caminó hacia él. Vestía de negro, y bajo su barbilla asomaba un pequeño cuello de camisa blanco. Su pelo era negro oscuro y una larga y puntiaguda nariz le daba cierta seriedad.

—¿Quién es usted? —preguntó extrañado el enfermo—. ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi barco? —dijo mientras intentaba moverse, a la vez que el dolor de todas sus extremidades le llegaba al alma.

—Tranquilo —repitió—. No ha de temer. Su barco encalló en la costa, frente a mi casa. Lamento decirle que toda la tripulación ha muerto. Solo quedaron vivos usted y otros dos marineros que murieron a los pocos minutos de pisar tierra.

El enfermo se removió en su lecho. Sentía como si el mismísimo diablo estuviese clavando su tridente de fuego en cada una de sus llagas.

—¿Cómo se llama? —le preguntó al marinero.

—Mi nombre es Alonso Sánchez de Huelva.

El hombre volvió a su escritorio, cogió un legajo y, con la otra mano, agarró el tintero y la pluma para dejarlos sobre una pequeña mesa que había junto a la cama. Acercó una silla junto al enfermo, se sentó y comenzó a anotar.

—¿Cuántos días llevo dormido? —preguntó Alonso.

—Uno y medio. ¿Recuerda algo de su travesía? —se interesó el hombre.

El marinero intentó poner en orden su cabeza, que parecía que iba a estallar en mil pedazos.

—Salimos de Huelva hará más de cien días. Nuestra misión era llevar mercancía a Flandes, pero, justo a las pocas horas de salir de puerto, una gran tormenta nos sorprendió.

Se detuvo un poco, pues la saliva se acumulaba en su irritada garganta. Unas gotas de sudor, provocadas por la fiebre, le resbalaban por la sien.

—Estuvimos desorientados y el navío sufrió desperfectos. Las nubes cubrían el cielo oscuro y pensamos que navegábamos en dirección nordeste, cuando, en realidad, navegábamos hacia el suroeste. Estuvimos en esa ruta durante varios días. El timón comenzó a fallar y nos vimos a la deriva durante unos cuantos más. No recuerdo cuántas lunas pasaron, pero fui trazando la ruta en el cuaderno de bitácora. Nos dimos cuenta cuando vimos por el sol que no era la correcta. La corregí en el cuaderno e intentamos cambiar la dirección, pero fue imposible. El timón no respondía. Nos quedamos sin provisiones y sin opciones. Tras días navegando a la deriva, divisamos tierra.

—¿Llegaron a un puerto extranjero?

—No. No había tal puerto. Llegamos a una tierra desconocida.

Capítulo 45

Abrí los ojos como si fuese un muerto que regresa al mundo de los vivos. Mi corazón latía a un ritmo frenético y parecía que de un momento a otro se me iba a salir por la boca.

El sonido de las sirenas se oía aproximarse. Pude distinguir al menos dos. Me incorporé de la cama y me dirigí al salón. Los nervios no me dejaban pensar con claridad.

La persiana estaba bajada y comencé a subirla, a la vez que la claridad del día penetraba en el salón. Miré el reloj que tenía mi madre colgado en la pared y que mi abuelo le regaló.

Las ocho de la mañana.

¿Cómo había podido pasar? Hacía un momento estaba echada en la cama, pensando en Óscar y David, y en un parpadeo el día había invadido mi casa.

Las sirenas sonaban más fuertes y parecían acariciar mi tímpano. Me asomé por la ventana y miré hacia ambos lados de la calle buscando una salida, una escapatoria. No podía dejarme atrapar. Por un momento, me vi saliendo de mi edificio, esposada, con dos policías a ambos lados y la mirada incrédula de mis vecinos. Incluso me los imaginé a ellos saliendo en las noticias de sobremesa hablando de mí y de lo sorprendidos que estarían.

Pensé en subir a la azotea. Allí podría atravesar los tendederos llenos de sábanas y ropa de mis vecinos y saltar el pequeño muro que separa mi bloque de pisos con el edificio de la calle de atrás. No era muy alto, apenas un metro ochenta. Solo con un salto podría pasarme al otro lado y escapar.

Volví a mirar por la ventana y dos coches patrulla enfilaban la calle dirección a mi casa. Estuve dando vueltas por el salón durante unos segundos, dudando sobre si salir por la azotea era la mejor idea o estaba perdida. Escuché las sirenas justo debajo y no imaginaba que mi corazón pudiese latir más rápido aún. Miré cómo el segundero del reloj se movía y parecía no contar el tiempo con exactitud. El *tic-tac* llevaba un ritmo de bulería y el sonido se me incrustaba en la mente.

Caminé sobre mis pasos para volverme a asomar a la ventana, pero, con cada paso que daba, la sirena parecía escucharse más lejos. Saqué la cabeza entre las viejas cortinas con precaución y sutileza y vislumbré a los dos coches patrulla al final de la calle girando hacia la derecha.

Volví al salón y me dejé caer en el sillón a la vez que resoplaba, intentando sacar todos los nervios fuera. Cerré los ojos y parecía haberme desinflado. El *tic-tac* del reloj se había frenado en seco, como el agua de un río que vuelve a su cauce después de un

desbordamiento.

—Si tienes sueño, ¿por qué te levantas? —me dijo mi madre, que traía una taza de leche en sus manos.

Alcé los hombros, pues no me salían las palabras. Ella se sentó en su sillón y puso la televisión. Por un momento, maldije aquella caja tonta. Yo pasaba largas horas frente a ella, pero ojalá hubiese sabido que el tiempo es oro y que es mejor disfrutar del calor que te dan las personas que se sientan alrededor de la televisión, que el calor amargo y rancio de programas sin sentido que ella vomitaba cada noche.

Me incliné hacia adelante. Aún me temblaban las piernas, y eso que no hacían ni veinticuatro horas del robo. Pensé que tenía que convivir con aquello. Vivir mi vida sobre el filo de la navaja. Pensar en cualquier opción que me ofreciese cualquier lugar para huir en un momento determinado. Una puerta trasera, una ventana. Cualquier cosa. La policía podía dar conmigo en cualquier momento. En unas horas, o incluso años. ¿Cuántos casos se han resuelto al cabo de años, incluso décadas?

De nuevo, y como puñales en los ojos, los mismos rótulos de la noche anterior volvieron a aparecer en la pantalla.

“ROBO EN EL ARCHIVO DE INDIAS”

El reportero que apareció en la conexión en directo vestía una chaqueta marrón. Tenía barba, y su mano derecha abrazaba al micrófono con cierto temblor. Su boca emanaba un vaho que se perdía tras él entre la belleza del Archivo de Indias y el cielo.

Lo escuché atentamente mientras mi pulso volvía a acelerarse. Al parecer, la policía había centrado sus investigaciones en una persona y no descartaba detenciones en las próximas horas.

En mi mente se comenzó a dibujar una pregunta, como si fuera un tatuaje permanente, con el mismo dolor que si me hubiesen desgarrado la piel con tinta: ¿Cuánto tardarán en venir a por mí?

—Vaya panda de chorizos que hay en esta ciudad. No les basta ya con robar comercios y coches, ya incluso historia. El abuelo siempre decía lo mismo. Si levantase la cabeza…

Aquellas palabras de mi madre me impactaron por dos motivos. Sus palabras fueron sinceras, no estaban contaminadas con la subjetividad de defender a una hija. Era precisamente su hija la delincuente, la sinvergüenza y el deshonor de la familia. El otro motivo, y el más doloroso, era mi abuelo. No hizo falta que mi madre diese más información. Él odiaba cualquier acto vandálico contra el patrimonio de la ciudad. Los grafitis, los destrozos en las fachadas de algunos edificios… De alguna manera, me había convertido en lo contrario a él. Yo, a la que el amor por el arte y la historia me habían hecho ser

un fiel reflejo suyo, me había convertido en lo que más odiaba.

Me levanté y me fui a mi habitación intentando contener las lágrimas, pero fue imposible. Las fui recogiendo con mis manos mientras caían por mi mejilla. Me imaginé a mi abuelo vivo, enterándose de que su nieta, la pequeña Carmen, había profanado los cimientos de la historia de España.

Pensé que, de alguna manera, esa iba a ser la cruz que me tocaría cargar a lo largo de mi vida. Una cruz más que se sumaba a la larga lista de estigmas que la vida, a su antojo, me había regalado.

Me tumbé en la cama y barajé mis opciones. Huir significaba llevarme a mi madre conmigo, pero, ¿a dónde? Las condiciones físicas y mentales de ella no eran las ideales para viajar. Por un momento me la imaginé haciendo un numerito en el avión por cualquier motivo.

Dejar que me detuviesen tampoco era viable. Eso supondría dejarla sola, abandonada a su suerte.

Lo triste era que, tal vez, si en unas horas las esposas abrazaban mis muñecas, mi madre no sabría que estaría en la sombra. Quizás se imaginaría que estoy en el instituto o trabajando, como otras tantas veces, y no me echaría de menos.

Pero la pregunta más importante volvió a golpearme la sien con fuerza. ¿Cómo iba a vivir así siempre? Con esa tensión de que en cualquier momento la policía echase la puerta abajo y el cañón de una M16 me apuntase en la frente. Sí, lo había visto en muchas películas, pero tal vez, esas horas de filmes de acción sin más compañía que la de mi padre y un cubo de palomitas me arrojaron luz en la oscuridad.

Pensé que el camino intermedio entre la detención y huir era entregarme. Aún estaba en mi poder la carta, y por supuesto que me detendrían, pero entregarme sería un atenuante y pasaría un día en el calabozo, sería puesta en libertad provisional a la espera de juicio y, con suerte, solo me caería una multa. Sí, me perdería la suma de dinero de David y el tratamiento de mi madre, pero, si continuase con sus planes, me volvería loca en unos meses.

También era consciente de que sin dinero no podría pagar la luz, las facturas o incluso la multa por haber robado el dichoso documento, pero encontraría alguna solución. No me quedaba otra.

Me vestí rápidamente, me guardé la carta de Colón y me despedí de mi madre. Bajé las escaleras y llamé al piso de Remedios. Le pedí que cuidase de ella, que iba a estar un par de días fuera, y me dirigí hacia la Jefatura de la Policía.

Tardé más de una hora, pues se encontraba a más de seis kilómetros de mi casa, pero aproveché el camino para dejarme llevar por las vistas de la ciudad. Paseé junto al Puente de Triana atravesando el Paseo Colón y dejando a la izquierda la Maestranza. Crucé el Puente de San Telmo tras contemplar cómo la Torre del Oro

se erguía imponente sobre el Guadalquivir.

Miré el reloj cuando me postré frente a la Jefatura. Las diez y media. Hacía justo veinticuatro horas que el documento que portaba en mi abrigo lo había cogido prestado del Archivo de Indias. Desde entonces, vivía un cúmulo de emociones. Euforia, alegría, nervios, miedo, tristeza. Ahora estaba a punto de concluir todo. Seguir con mi mierda de vida, pero sin remordimientos y libre.

Abrí la puerta y me crucé con dos hombres. Ambos con barba de varios días, pero con años de diferencia entre ellos. Crucé la mirada con uno y sus ojos color miel se clavaron en los míos.

Encaminé el vestíbulo hacia la ventanilla, pero algo en mí me decía que aquel hombre me seguía observando.

Me situé frente a una mujer uniformada que me atendía desde el otro lado del mostrador. Mis piernas me temblaban y sabía que mi voz se iba a entrecortar, manipulada a su antojo por mis miedos. Carraspeé mientras un policía de pelo y barba canosa se aproximaba al mostrador y tomaba asiento.

—Buenos días, vengo a entregarme por el robo del Archivo de Indias.

Capítulo 46

El hombre de negro aproximó una silla de madera junto a la cama y tomó asiento. Contempló a Alonso de Huelva. Sus erupciones ocupaban gran parte de su cuerpo y, a veces, emanaban ríos de sangre como si de un volcán rebosante de lava se tratase.

Impregnó de un cubo de agua que había junto a la cama unas gasas y las depositó con sumo cuidado sobre la frente del enfermo.

—Y aquel lugar al que llegaron, ¿cómo era?

—No era muy vasto, y estaba rodeado de agua cristalina. El sol brillaba, tomamos tierra desde los botes. Estuvimos descargando las provisiones durante un tiempo y nos vimos sorprendidos por una tribu. Sus pieles eran oscuras, pero no tanto como la de los esclavos africanos. Dudamos si aquellas personas eran enemigos hostiles, pues sus caras parecían estar decoradas con pinturas de guerra. Aquellos hombres comenzaron a cantar y vitorear y no había ningún atisbo de violencia en su comportamiento. No hablaban nuestro idioma y sus ropajes eran muy diferentes a los de aquí.

—¿Eran muy numerosos?

—En absoluto. Nos llevaron a su poblado y creo que no habría más de cien personas. Algo en su actitud me hacía ver que nos trataban como si fuésemos algún tipo de dioses. Nos brindaban comida y bebida. A veces, incluso yacíamos con sus mujeres y no mostraban oposición alguna, e incluso nos ayudaron a reparar el navío.

—¿Cuánto tiempo estuvieron en aquellas tierras?

—El barco se reparó en unos tres días, pero decidimos quedarnos allí durante una semana. Creo que me entiende si le digo que allí teníamos de todo.

—Le entiendo. ¿Y cómo llegaron en este estado frente a nuestra costa?

Alonso tosió y una pequeña hilera de sangre le recorrió la comisura de la boca. Su cabeza parecía que iba a estallar de un momento a otro, y aquellas gasas no podían aliviar el calor de su cuerpo.

—Una noche, dos de mis hombres pasearon lejos del campamento de la tribu. Uno de ellos, Juan de Valverde, tropezó con unas pequeñas ramas y descubrió una cavidad en el suelo, cubierta con dichas ramas, que contenía gran cantidad de oro. Teníamos pensado partir en unos días, así que volvieron al campamento y me propusieron cargarlo en el barco y escapar.

—¿A usted? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Diablos, soy el capitán del barco. ¿A quién si no tienen que rendir cuentas mis hombres?

—Mis disculpas, no lo sabía, y perdone mi ignorancia, pero sus

ropajes no correspondían con los de un capitán.

—En efecto, y tiene una explicación. Al principio, me mostré en contra de aquella idea, pero, esa misma noche, algunos de mis hombres empezaron a sentirse mal. Tenían temperaturas altas y soltaban bilis por la boca. Pensábamos que nos habían envenenado, y decidimos cargar todo el oro en el barco y poner rumbo a casa. Fue bastante difícil tomar la decisión, pero sabía que, si mis hombres se quedaban allí, iban a tener una muerte segura.

—¿Cómo estaba tan seguro de eso?

El enfermo clavó su mirada en el hombre y unas pequeñas lágrimas aparecieron por sus ojos brillantes.

—He recorrido casi todos los mares, he visitado muchos puertos y compartido mi vida con marineros, hombres de honor, escoria, prostitutas y borrachos. Cuando vi a mis hombres enfermos, supe que iban a sufrir, porque ya había visto aquella enfermedad en más puertos como Nápoles, Barcelona o Cartagena. También sé que voy a morir.

El hombre asintió, pues con sus pequeños conocimientos médicos y su propia experiencia, compartía la opinión del enfermo.

—En cuanto enfermaron mis hombres, supe dos cosas: que aquella enfermedad era producto de mezclarnos con aquellos hombres y yacer con sus mujeres, y que caeríamos todos.

—¿Ese mismo día partieron?

—No. Hicimos las cosas con sumo cuidado y discreción. No estaba muy convencido de robarles a aquellos nativos que hacían llamarse taínos, pero, qué diablos, no iba a volver a verlos más.

Alonso sonrió levemente y el amarillo de sus dientes comenzó a tintarse de sangre.

—El caso es que, aquella noche, seis de mis hombres comprobaron que el barco estaba listo para zarpar. Al día siguiente anunciamos a aquellos nativos que zarparíamos al próximo amanecer. Los taínos nos ofrecieron comida y bebida y nos llenaron el barco de provisiones para volver a casa. Malditos ignorantes. Cuando la noche cayó, aprovechamos para llenar de oro unos grandes baúles que había en el barco y partimos antes de salir el sol rumbo a casa.

—¿Y cómo llegaron hasta aquí?

—Tal vez porque nos perseguía una maldición.

Capítulo 47

7 de diciembre de 2022

El inspector Díaz se reclinó sobre su asiento. En silencio, clavaba su mirada en aquella joven de ojos claros y pelo rizado. Parecía cansada, vulnerable, hastiada. Su cara sin maquillaje mostraba una belleza sutil y natural. Estaba sentada. Sus manos entrelazadas no paraban de moverse de forma nerviosa. Su inquietud era percibida por el inspector, que utilizaba el silencio para ponerla a prueba.

—Bien. Vamos a comenzar. ¿Su nombre?

—Carmen Márquez.

Gonzalo comprobó con una breve ojeada que la grabadora de su teléfono móvil contaba los segundos y que las barras de sonido que aparecían en la pantalla formaban ondas cuando hablaban.

Allí la tenía. Después de tantos días de investigación, tantas horas de interrogatorios, seguimientos, hipótesis y sospechas, la ladrona que había puesto en jaque la ciudad durante unos días estaba sentada frente a él. Se mostraba ansioso por conocer los detalles del robo del Archivo de Indias y se preguntó de qué manera se involucró en el robo del Palacio de Dueñas.

Recordó vagamente la grabación de las cámaras de seguridad. Esa sombra ágil moviéndose con soltura entre los resquicios de las puertas que se repartían entre los oscuros y amplios salones del palacio.

Tal vez debería volver a revisar la grabación, pero apostaría que el cuerpo de la persona que asaltó el palacio no se correspondía al de ella, pensó.

—De acuerdo, Carmen. Viene aquí libremente a testificar que ha sido usted la que ha llevado a cabo el robo en el Archivo de Indias que se produjo ayer. ¿Es así?

—Sí. Por favor, tutéeme.

—Cuéntame el motivo que te llevó a perpetrar los robos.

Carmen fijó su mirada en un vaso de agua que tenía sobre la mesa. Parecía que de un momento a otro sería capaz de moverlo con sus ojos.

—Bien, empezaré por el principio. Desde que terminé la facultad, ejerzo de guía turística por la ciudad. Suelo trabajar por el centro y, de vez en cuando, en Itálica. Hace unas semanas, conocí precisamente en ese lugar a un chico que me propuso, digamos, coger prestada la carta de Colón que están ustedes buscando y…

—Jefe —interrumpió Smith mientras se aproximaba a la mesa—. ¿Puede venir?

El inspector se levantó hacia su compañera, separándose así unos

metros de su mesa, sin quitarle la vista de encima a Carmen.

—Nos acaba de llegar un aviso. Al parecer, se ha producido un robo en un local de Torreblanca. Según el modo de actuar, podría tratarse de *El Garbanzo*.

La agente giró su vista hacia Carmen y cruzaron las miradas.

—De acuerdo, Smith. Que se encarguen Espinosa y Silva. Ahora estoy con la investigación del robo del Archivo de Indias.

—¿Es una testigo? —preguntó haciendo un gesto con su cabeza.

—No, es la culpable. Tal vez sería conveniente que busques algo sobre ella que pueda resultarnos de ayuda. Datos en la web, redes sociales… Se llama Carmen Márquez.

Smith asintió y el inspector volvió a tomar asiento.

—Bien, disculpa. Continuemos. ¿Cómo se llamaba ese chico?

—David.

—Supongo que ese David tendrá un apellido.

Carmen se inclinó hacia adelante y tomó un trago de agua. El borde del vaso golpeaba sus dientes por el temblor de su mano.

—No sé si alguna vez me lo dijo. Juraría que no —dijo con la voz temblorosa.

—A ver si lo entiendo. Hace unos días, conoces a un chaval que te propone robar una carta a Colón. No conoces a ese chico de nada, no sabes ni su apellido y tú… ¿aceptas?

Las lágrimas de Carmen comenzaron a emanar formando un río a ambos lados de su rostro. Usó las palmas de sus manos para esparcir el agua cristalina por sus mejillas y asintió.

—¿Pretendes que me crea esto? ¿Sabes cuál es la pena que te puede caer?

Carmen seguía en silencio, llorando desconsoladamente. Parecía importarle más el motivo de sus lágrimas que las palabras del inspector.

Volvió a beber agua e intentó recomponerse.

—Conocí al chico y estuvimos unos días juntos. Desde que coincidí con él en Itálica, se mostró atento conmigo. Yo acababa de dejarlo con mi exnovio y vi en él un punto de apoyo, un lugar donde sentirme cómoda.

—¿Manteniendo una relación?

—Se podría decir que sí. Pero me utilizó, ese malnacido me utilizó. Todo era una farsa. Me había estudiado, navegado en mis redes sociales, sabía dónde vivía, lo que hacía, y que yo era la persona ideal para cometer el robo. Se aprovechó de mi situación para conseguir su propósito.

—¿A qué te refieres?

Se mantuvo unos segundos en silencio. El mentón le temblaba y lo apretaba con fuerza, dibujando unas arrugas irregulares en su barbilla.

—Mi madre está enferma de Alzheimer y tenemos problemas económicos. Mi sueldo no da para mantener las facturas, los gastos de autónomo y una persona que cuide de mi madre. Por eso me lanzó una oferta a la que me negué durante unos días, pero que después terminé aceptando.

El inspector miró a la guía y giró la cabeza, esperando información detallada sobre esa oferta.

—Doscientos mil euros y un tratamiento para la enfermedad de mi madre.

Gonzalo se mostró reacio a la versión de la joven. Parecía estar mintiendo y haberse montado una película digna de Hollywood.

—Supongo que podrás demostrar que tienes el dinero.

—No, aún no he cobrado.

—Si dices que ese tal… David, te ha utilizado. ¿Cómo sabes entonces que lo cobrarás?

—Porque la carta sigue en mi poder.

Carmen se abrió el lateral de la chaqueta y depositó sobre la mesa un trozo de pergamino de color turrón. Gonzalo miró incrédulo el documento y se puso de pie. Tenía sobre aquella mesa una carta de más de quinientos años y firmada por uno de los personajes más célebres de la historia mundial.

Sus ojos parecían salirse de sus órbitas y disfrutó de lo que estos, amantes de la historia, trasformaban en serotonina para su cuerpo.

Lo estuvo examinando durante un rato, bajo la mirada atenta de Carmen. Se fijó en los trazos de la letra, en el aspecto rugoso del pergamino, cuyas arrugas en los bordes hacían ver que los siglos habían pasado de manera implacable por él. Parecía increíble que el mismísimo Colón hubiese escrito aquella carta.

El inspector volvió a su silla y se reclinó. Puso su mano sobre la carta y la arrastró hacia su lado de la mesa.

—Entiendo que libremente vas a entregar la carta.

Carmen asintió mientras apretaba sus manos entrelazadas. En el fondo, sabía que entregar aquella carta era renunciar a su pasaporte a una nueva vida.

—Por favor, afirma con palabras para que quede reflejado en la grabación.

—Sí.

—Cuéntame cuál es tu grado de implicación en el robo del Palacio de Dueñas.

Los ojos de la guía se hicieron grandes y sus pupilas se dilataron.

—¿El robo del Palacio de Dueñas? No sé de qué me habla.

—¿Estás segura? Aunque hayas cometido un delito, la colaboración puede ser bien vista por un juez y es posible que sea usada como un atenuante.

—Lo sé, pero le prometo que no sé de qué me habla.

—Carmen, contéstame a esto: ¿no te parece raro que lleves a cabo un robo en el que se ha sustraído una carta de Colón, y que los días previos a dicho robo se haya sustraído otra carta de Colón en otro lugar de la ciudad? Tal vez sea mucha casualidad.

—Tiene que creerme. Es cierto que hace unos días vi en el telediario que se había producido un robo, pero no le presté mucha atención. Estaba en Cádiz con David.

Gonzalo se cruzó de piernas y entrelazó sus manos observando a la chica. Contó mentalmente sesenta segundos, en silencio. Ese silencio incómodo lo había usado innumerables ocasiones como manera de poner nervioso a cualquier sospechoso. Le recordaba, en cierto modo, a aquellas entrevistas míticas de Jesús Quintero cuya esencia periodística era, precisamente, el silencio entre pregunta y pregunta, donde el humo del cigarro se colaba entre conversaciones interesantes.

—Supongamos que te creo. Entiendo que el tal David tendrá algo que ver con dicho robo.

—Es posible. Opino como usted, es mucha casualidad que se robe algo de similares características en la ciudad, y le puedo decir que estoy convencida de que él tiene algo que ver.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Antes me has comentado que la relación de David contigo había resultado ser una farsa por parte de él, y que tú eras la persona ideal para cometer el robo. ¿A qué te refieres?

Carmen se reclinó hacia adelante y volvió a darle un trago intenso a su vaso de agua.

—Es una larga historia, pero se la explicaré. Acabé la facultad hace unos años y decidí hacer un doctorado. Invertí mucho tiempo y parte de los ahorros de mi familia. Cuando mi padre murió, comenzaron los problemas económicos. Mi madre me animó a seguir y decidí, para sufragar los gastos del doctorado, hacer de guía en mis ratos libres. Para ello, creé una cuenta en Instagram llamada La Andaluza Errante.

—¿La Andaluza Errante?

—Sí, en ella quería ir publicando curiosidades sobre la ciudad y, de paso, me serviría como publicidad para venderme.

—¿Por qué ese nombre? No es un nombre, digamos, muy habitual.

—Fue en honor a mi abuela. Firmaba así sus cartas en la clandestinidad.

—Entiendo. Continúa.

—La cuenta fue creciendo cada vez más, pero eso no se traducía, ni mucho menos, en más trabajo. Pero la repercusión sí era muy buena. Con el tiempo comencé a introducir post sobre la historia de Sevilla que fui aprendiendo en la facultad y durante el doctorado, por lo que conseguí ampliar mi público a los aficionados a la historia. Pero mi

error fue trasmitir mis avances y descubrimientos en la tesis doctoral. Obtuve una Matrícula de Honor en la tesis porque investigué sobre Colón y descubrí algo. Eso hizo que David se fijase en mí y me utilizase.

Capítulo 48

Alonso apenas podía sentir sus piernas. La sábana se tintaba de rojo en cada uno de los lugares que rozaban su cuerpo. Su tos cada vez era más continua. Volvió a fijarse en el rosario que había colgado de uno de los extremos del cabecero e improvisó una breve oración.

—Me gustaría saber cómo llegaron hasta aquí.

El enfermo asintió, se dio unos segundos para pensar por dónde empezar y carraspeó. No había miedo en su mirada, ni solo dolor. En sus ojos estaba el hastío de una dura e intensa vida en el mar.

—Tras salir de la tierra de los taínos y navegar durante varios días, divisamos en el horizonte un barco con bandera negra que nos intentaba alcanzar.

—¿Piratas?

—Llámelos como usted quiera. El caso es que nuestro navío era más rápido, pero el peso del botín hacía que no pudiésemos alcanzar la velocidad necesaria para poner millas de por medio entre aquel barco y nosotros.

—¿Les alcanzaron y les robaron el botín?

—¿Cómo? Usted no tiene ni idea de la vida en la mar. Si nos hubiesen alcanzado, nuestras cabezas hubieran rodado por la cubierta del barco. No conoce el alma negra de esos filibusteros. Su diversión es matar más que el oro del botín.

—¿Qué hicieron entonces?

—Divisamos tierra cerca. Eran unas islas que parecían estar desiertas. No las había visitado nunca, pero, por el rumbo y mis cartas de navegación, pude orientarme y saber dónde estábamos. Decidimos arribar y descargar el botín en aquella isla. Teníamos varias horas de ventaja con respecto a ellos. Así que descargamos el botín, lo enterramos y volvimos al barco. Uno de mis hombres, Juan de Mendoza, murió mientras vaciábamos el barco. Me intercambié las vestiduras con él para no morir en caso de que los piratas nos alcanzasen. Ya sabe, el capitán es el primero en caer para hacerse con el control del barco.

El hombre de negro asintió con cierta complicidad.

—Dejamos el cadáver allí y anoté en mi cuaderno la ruta que usamos para dirigirnos a aquella isla y al botín, con la intención de volver algún día y, ya ve, voy a morir en este lugar.

—No diga eso. Está mejorando y se va a poner bien. ¿Qué pasó con los piratas?

—Creo que no supieron que nos deshicimos del botín, pues nos persiguieron durante medio día, pero, al ver que les sacábamos ventaja, desistieron. Unas cuantas horas después, mi barco encalló en

esta isla.

Alonso carraspeó por enésima vez. Una pequeña tos tintó de diminutas gotas de sangre la sábana y su mirada comenzó a perderse. Su respiración no era regular.

—¿Y sabe dónde está ahora mismo?

—Claro que lo sé. Llevo más de treinta años cruzando mares, dejándome las manos con cada nudo de cuerda, luchando contra tempestades. Estoy en las islas Madeira. En mi cuad…

La tos de Alonso no le permitía seguir hablando. Su tez se tornó morada y un sudor frío le recorría la frente. El hombre se reclinó hacia adelante y puso su cara cerca de la de Alonso con cierta desesperación.

—¿Dónde está el cuaderno de bitácora?

Alonso no podía articular palabra alguna.

—¿Dónde está? —repitió el hombre haciendo un amago de incorporarlo a la cama, pero evitándolo en un último momento para no contagiarse.

—En… está en… en el barco… bajo mi cama.

El pecho de Alonso se hinchó y la tos desapareció. El aire iba saliendo con suavidad de los pulmones y sus ojos se tiñeron de rojo. En un último movimiento, su mirada se quedó clavada en aquel rosario y su vida se fue con un último suspiro.

Capítulo 49

El inspector Gonzalo Díaz era atractivo. No debía tener menos de cuarenta años ni más de cuarenta y cinco. Su camisa blanca se pegaba a su cuerpo como si fuese parte de su piel. No aparentaba un cuerpo musculoso, sino atlético.

Pero lo que más me llamaba la atención eran sus ojos color miel clavado en los míos. Sabía que era policía, que quería saber toda la verdad sobre esta dichosa aventura de robar la carta de Colón, que necesitaba saber los detalles, pero algo dentro de mí me hacía ver que su interés tenía un sustento más de morbo que de trabajo policial.

No entendí esos silencios tan largos entre pregunta y pregunta. Me ponían nerviosa. Desde siempre tuve cierto respeto a la policía y, en esas últimas horas en las que me sentí como Harrison Ford en *El Fugitivo,* mucho más. Cómo le gustaba a mi padre esa película.

Volví a darle un trago al agua. Tenía la garganta seca, supongo que de los nervios, y continué relatando al inspector cómo llegué a ser, durante unas horas, la persona más buscada de la ciudad.

—Durante la investigación de mi tesis sobre Cristóbal Colón, descubrí algo. Un día, en casa de mi abuelo encontré un libro que me llamó verdaderamente la atención. Era un ensayo de un historiador donde hablaba de la posibilidad de que Colón descubriese América no fuera pura casualidad. Ese libro sobre la colonización me atrapó y, cuando tuve que decidir sobre la temática de mi tesis, me decanté por investigar ese hecho.

La cara del inspector mostraba gran expectación. Por un momento parecía no ser un interrogatorio. A decir verdad, desde el principio no parecía haberlo sido. Me imaginaba gritos, golpes en la mesa, amenazas, como en casi todas las películas policiacas. Pero nada de eso, aquel inspector de policía era calmado. En cierto modo, y a pesar de ser reticente con mis declaraciones, me daba cierta confianza hablar con él.

—Es cierto que sabía que realizar una tesis doctoral de aquel tema no iba a ser fácil. La información que existe sobre el descubrimiento de América es, a veces, difusa y contradictoria. Siempre vi ese tiempo histórico con cierto interés, no solo porque nuestro país se convirtió en la primera potencia mundial, sino por el intercambio cultural que se ha producido con Sudamérica a lo largo de todos estos siglos.

—A base de expoliar sus riquezas, abusar de ellos, esclavizarlos, cambiarles la lengua y violar a sus mujeres.

No sé cuántas veces habría escuchado ese comentario a lo largo de mi corta pero intensa vida como guía. Olvidé el número de debates que se creaban en las visitas y cuya temática siempre era la misma. La

esclavitud de los pueblos sudamericanos durante la conquista.

No puedo negar que la historia es esa y que no deberíamos de sentirnos, en cierto modo, orgullosos, pero eran otros tiempos. Dudo mucho de que en aquella época se pudiesen ampliar las fronteras con una pluma y un pergamino.

No quise entrar en el debate. Estaba cansada de hacerlo, y no creo que estuviese en situación de debatir algo con el inspector.

—Cuando comencé a investigar sobre los viajes de Colón y toda la historia del descubrimiento de América, pasé largas tardes en el Archivo de Indias. Durante tres meses y medio, estuve inmersa entre montañas infinitas de pergaminos y legajos que me dieron mucha información que luego he utilizado en mis rutas turísticas. Pensaba que era una afortunada por descubrir lo que descubrí, y lo sigo creyendo. El error fue alardear de ello en mis redes sociales. Eso hizo que me pusiese en el punto de mira de David.

—¿Qué tienen que ver las redes sociales en esta historia? —se interesó el inspector.

—Como le he dicho antes, descubrí en casa de mi abuelo un libro en el que decía que tal vez Colón no fue el primero que descubrió América. De hecho, hay estudios que lo confirman. Hubo pueblos, como los vikingos, que pusieron un pie en aquellas tierras antes de Colón. Lo cierto es que, según ese libro, un grupo de marineros descubrió aquella tierra de pura casualidad. Al arribar allí, se mezclaron con aquella gente, intercambiando enseres por oro, y durante su corta estancia allí consiguieron un gran botín. Tras una semana, emprendieron su viaje de vuelta con la muerte a bordo, pues todos habían contraído la sífilis. En el regreso, la mayoría de ellos murieron, exceptuando un pequeño grupo que falleció cuando su barco acababa de encallar en las Islas Madeira. Solo hubo un superviviente, enfermo y debilitado, que narró su hazaña a un hombre que lo hospedó en su casa desinteresadamente. El hombre fue anotando lo que el superviviente narraba, hasta que murió en sus brazos.

El inspector agrandó sus pupilas de manera inconsciente. Supuse que él podría imaginarse la respuesta a tal historia, y aguardé unos segundos, como siempre hacía con los turistas cada vez que explicaba algo interesante. Conté hasta tres mentalmente y lo solté:

—Aquel hombre que cuidó del superviviente se llamaba Cristóbal Colón.

Capítulo 50

7 de diciembre de 2022

Gonzalo atendía con sumo interés la declaración de la detenida. No sabía si aquella chica era una perfecta delincuente, víctima de un engaño o una de las mejores actrices de cámara oculta que puedan existir.

—¿Me quieres decir que Colón sabía que había una tierra inexplorada cuando propuso su viaje a los reyes?

—Se podría decir que sí, que andaba sobre seguro.

—Si eso fuese así, habría trascendido la noticia, ¿no cree?

—Tal vez no interese. La noticia está ahí. No tiene nada más que ponerlo en internet y le saldrán miles de artículos que hablan de ello, pero creo que el prestigio que se formó con la historia oficial es mucho más importante que aquella hazaña. Al fin y al cabo, lo importante es que llegamos allí. ¿Qué importa cómo se hiciese?

Gonzalo le hizo un gesto de aprobación a la chica. Miró el cronómetro de la grabadora y marcaba dieciocho minutos.

—Continúe.

—Al parecer, según contaba el superviviente, en el camino de vuelta divisaron un barco pirata cuando se hallaban en las proximidades de una isla. A contrarreloj, decidieron dejar el botín en dicha isla y zarpar, ya que, a pesar de que su navío era más rápido, el exceso de carga les haría perder terreno. Debilitados y enfermos, enterraron los cofres en un lugar de aquella isla, justo antes de que el barco pirata estuviese a pocas millas. Después, zarparon y consiguieron sacar ventaja a los bucaneros que los acechaban. Aquel marino no reconoció qué isla era, pero dio a su huésped el cuaderno de bitácora con la ruta que llevaron a cabo.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con las cartas robadas?

—En mi investigación, estudié una serie de cartas autógrafas de Colón a varias personalidades de su entorno. Pero, sin duda, encontré una gran colección de correspondencia de Colón a su hijo Diego que me llamó la atención. Un día, estando en el Archivo de Indias, coincidí con un hombre de unos setenta y cinco años que tenía en su poder una de las cartas que me quedaban por inspeccionar. Aquel hombre sacaba todos los días aquella misiva del Archivo para estudiarla. Pasamos horas hablando de Colón y la época del Descubrimiento. Me contó que era un aficionado a la historia, y que su único afán y dedicación en los últimos años era investigar sobre la época de las Indias, del esplendor español. Entre conversación y conversación, me contó la historia, aquella historia que leí en casa de mi abuelo, aquella historia del

marinero que, al parecer, estuvo en América antes que Colón. Pero también me contó que en algunas de esas cartas se encontraba oculta la ubicación de aquel tesoro del que aquellos marineros tuvieron que deshacerse en alguna isla del Atlántico. Tras la conversación con aquel hombre, descubrí que sería interesante realizar mi tesis sobre la posibilidad de que Colón no hubiese sido el Descubridor de América y, de paso, dejar abierta la hipótesis de que exista un tesoro en alguna isla del océano.

Gonzalo observó las ojeras de la joven. No había sentido nunca aquella sensación que se apoderaba de él. Sus ojos se clavaban en el rostro de la chica dibujando compasión en su cara. Siempre desconfiaba de los detenidos, era una de las primeras lecciones que un policía aprende, pero, por otro lado, sentía que en aquellas palabras había sinceridad.

—No volví a ver a aquel hombre nunca más. Tiempo después, un guardia del Archivo de Indias me contó que había muerto de un ataque al corazón. Unos meses más tarde, terminé mi investigación y entregué mi tesis, que me valió una Matrícula de Honor.

—¿Descubrió entonces que la historia era cierta?

—Se podría decir que sí. Aquel hombre, conocido como Alonso de Huelva, fue más tarde conocido como "el prenauta". Pero, lo más fascinante de todo, fue que descubrí por error en una de las cartas de Colón a su hijo, un dibujo que nunca debí encontrar, y vi el rostro de aquel anciano dibujándose cada día en mi mente.

—Porque las hipótesis de aquel hombre se confirmaron…

—No podría decírselo. Un día, decidí calcar sobre un folio la carta de Colón. Fue una maniobra peligrosa, puesto que me jugaba la prohibición de acceder de por vida al Archivo de Indias, pero mi inquietud me movió a hacerlo.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Lo hice para contrastar aquella grafía con otras cartas. Tal vez aquella no perteneciese a Colón. No sé. Siempre he pensado que un investigador no da por hecho las cosas. ¿Cuántas veces se han investigado sucesos históricos o se les han atribuido documentos u obras a personajes históricos y luego ha resultado no corresponder con la realidad?

—Tienes razón, pero los documentos del Archivo de Indias han sido estudiados por cientos de personas.

—Sí, pero no hay nadie en quien confíe más que en mí misma.

Gonzalo asintió con aprobación e hizo un gesto con la mano.

—Al poner el legajo sobre el cristal de la ventana y el folio encima, descubrí que en la parte posterior de la carta había un dibujo compuesto de un trazo muy, muy fino. Parecía estar incompleto. Era como si aquella carta fuese una pieza de un puzle. Estuve días y

noches sin dormir revisando cada una de las misivas, pero en ninguna más había tal dibujo. Me obsesioné tanto que revisé una a una las cartas existentes y las puse en orden cronológico, hasta que descubrí un dato importante: la carta posterior a esta no estaba en el Archivo de Indias.

—Está en la Casa de Palma —añadió el inspector.

Capítulo 51

Me sorprendió gratamente la actitud del inspector. Me había arruinado la vida, mi madre se encontraba enferma y sola en la casa, pero, en cierta medida, él me trasmitía tranquilidad. Quería colaborar, contar todo lo que había pasado hasta llegar allí y que esa colaboración me sirviese para intentar salir lo más airosa posible de esa situación.

—¿Y cómo llega David a esta historia?

—Porque cometí el error más tonto y más grande de mi vida. Lo publiqué en internet. Con la euforia de mi nota y pensando en todos los seguidores que me comentarían el post, decidí publicarla y hablar un poco de mi tesis. De hecho, hice un directo donde mis seguidores me hacían preguntas de historia en general y donde hablé de mi tesis en particular. Comenté mi descubrimiento y la hipótesis de que la carta que tienen en su poder la Casa de Palma llevase a un tesoro. Según me contó después, David me vio en aquel directo y puso su atención en mí y bueno… ya sabe. Me sedujo para hacer lo que he hecho.

—Pero hay algo que no entiendo. Si Colón sabía de la ubicación de ese tesoro, ¿no cree que tal vez se hubiese encargado él de saquearlo?

—Le contestaré con una pregunta. ¿Quién quiere un tesoro cuando sabe la localización de unas tierras llenas de oro? ¿Quién quiere un tesoro cuando la corona puede darte todo lo que pidas a cambio de colonizar las tierras que pisas? Además, Colón no disponía de ningún navío propio para llegar hasta la misteriosa isla.

Gonzalo asintió arrugando su barbilla con gesto de aprobación.

—Antes me has contado que, cuando conoció a David, lo acababas de dejar con tu exnovio. ¿Es cierto?

—Sí. —Asentí.

—¿Cómo es tu relación con él?

—Buena. No entiendo esa pregunta.

—¿Sabía tu expareja de tu relación con David?

—No. No quería hacerle daño.

—Supongo que tu expareja, a pesar de tener buena relación, no sabía de tus intenciones.

—No. Llevábamos días sin hablar porque discutimos. No le sentó muy bien la ruptura.

—¿Dejaste tú la relación? ¿Por qué motivo?

—Hay personas que se quieren, pero están destinadas a no estar juntas, o tal vez que se quieren tanto que no saben quererse, o simplemente que no se quieren bien. Es duro dejar una relación que está basada en un amor incondicional, pero fui valiente. Sería egoísta

por mi parte estar con una persona porque estoy enamorada de ella, sabiendo que nuestra relación y nuestra vida sería un tormento, sabiendo que esa persona no sería feliz conmigo. Es de ser valientes dejar ir a la persona que más has querido en tu vida, es de ser valientes pasar página y soltar de tu mano a una persona a la vez que todos sus recuerdos se te quedan en la memoria y se te clavan como si fuese una corona de espinas.

El inspector parecía atender con mucho interés mis palabras. Sus ojos brillaban y, algunas veces, la mirada dice más que la palabra. Era como si, de alguna manera, empatizase conmigo. Tal vez hubiese pasado por la misma situación que yo.

Sentí una pequeña sensación nauseabunda en el estómago al pensar en aquellos primeros días de soledad, del duelo cuando mi relación se acabó y cuando David se cruzó en mi vida utilizándome con sus artimañas.

—A los pocos días de la ruptura, David coincidió conmigo o, al menos, eso pensaba, en una de las excursiones que organizaba. Días después, volvió a buscarme en otra visita, esta vez en el Archivo de Indias, y me invitó a comer. Ahí empezó nuestra falsa relación.

—¿Falsa relación?

—Sí, yo me sentía muy atraída por él, pero, tras proponerme el robo de la carta, comprobé que solo me necesitaba.

—Centrémonos ahora en David. ¿Sabes si actuó solo?

—Supongo que sí, pero le puedo asegurar que no es la primera vez que lo hace.

—¿Por qué lo dices?

—Verá, agente, no sé si recordará el famoso caso Odyssey. Aquella empresa cazatesoros pagó a unos investigadores para localizar la ubicación exacta del barco Nuestra Señora de las Mercedes. Su investigación se fundamentó en textos guardados en el Archivo de Indias. Tras dar con el barco y encontrar el botín que trasportaba, el gobierno entró en una batalla legal con la empresa y la justicia le dio la razón.

—Y recuperaron casi seiscientas mil monedas de oro y plata. Conozco el caso, pero, ¿qué me quiere decir con eso?

—Que David es un cazatesoros.

Por un momento pensé que el inspector no me iba a creer. A medida que relataba lo sucedido, me daba cuenta de que parecía la protagonista de una película de Hollywood. Tal vez ni yo misma me hubiese creído semejante hazaña. Pero, por la cara que me ponía el inspector, parecía resultarle fascinante. Él se reclinó hacia atrás y carraspeó. Intentó mantener la seriedad profesional que le caracterizaba.

—¿Por qué no le has entregado la carta a David y ha estado en tu

poder toda la noche?

—Me dijo que me iba a llamar. Supongo que con el revuelo del robo no quería arriesgarse.

—Ah, ¿tiene que llamarte para encontrarte con él?

Asentí. No sé por qué, pero algo en mí me hizo dudar sobre si decir la verdad o no.

—Verás, Carmen. Vamos a hacer una cosa. David necesita esta carta, pero tiene en su poder otra de la misma importancia histórica y económica y no podemos permitirnos perderlo. Podríamos ir a su domicilio, pero sería muy arriesgado detenerlo sin saber si actúa solo o no. Necesitamos que colabores con nosotros. Vamos a montar un operativo para el encuentro.

El corazón se me volvió a disparar y mis ojos volvieron a humedecerse. No quería bajo ningún concepto eso. No quería volver a ser utilizada. No me veía capaz de hacerlo. Negué con la cabeza.

—No, por favor, no me haga esto. Meteré la pata, seguro. No sé mentir, me pongo muy nerviosa y…

—Tranquila. Si algo sale mal, vamos a estar para protegerte. No tienes nada que temer.

Gonzalo se levantó a rellenar mi vaso de agua y me lo extendió. Me lo bebí de un trago, como si no hubiese bebido en los últimos tres días.

Una pequeña vibración se comenzó a percibir sobre la mesa del inspector. La luz de la pantalla de mi móvil se iluminó y se podía vislumbrar: “DAVID”.

Capítulo 52

7 de diciembre de 2022

Las manos de Carmen hacían temblar su teléfono móvil en el pequeño trayecto que había desde la mesa hasta su puntiaguda oreja. No era la primera vez en esos frenéticos días que el corazón parecía salirse por su boca.

El inspector Díaz se remangó su camisa. Rápidamente, cogió un bolígrafo de su lapicero y le dirigió una mirada cómplice a Carmen a la vez que asentía.

—Recuerda mostrar naturalidad —añadió Gonzalo.

El pulgar delgado y fino de ella se deslizó por la parte inferior de la pantalla de su teléfono, sabiendo que al otro lado se encontraba la persona que le había cambiado la vida.

—¿Sí? —contestó—. De acuerdo. ¿A qué hora? Genial. Allí estaré.

Carmen dejó su teléfono sobre la mesa y suspiró intentando relajarse. Sus piernas aún le temblaban.

—Esta tarde a las siete. Habitación 211 del Hotel Alfonso XIII.

—De acuerdo. ¿Te ha dado alguna información más?

—Me ha dicho que la reserva la ha hecho a mi nombre. Que coja la llave de acceso a la habitación y lo espere allí.

—Entiendo —contestó Gonzalo mientras le hacía un gesto a un agente uniformado que estaba a escasos metros trabajando en una mesa—. Tengo que dejarte un momento, el compañero se va a quedar cuidando de ti hasta que vuelva. No voy a tardar mucho.

—¿Cuidando de mí o vigilándome? —preguntó sin rodeos.

Gonzalo se levantó y se estiró el pantalón vaquero oscuro a la vez que miraba a la joven.

—Tómatelo como quieras. Tal vez no lo sepas, pero hasta que no se aclare todo, no puedes irte de aquí.

El inspector se alejó de la mesa camino del despacho del comisario. En su cabeza, en ese momento, solo tenía una idea para dar con él o los responsables de los robos de las cartas de Colón. Su instinto policial iba pintando en su mente cómo iba a ser el operativo antes de proponérselo a su propio jefe.

Era una de las partes más arriesgadas de su trabajo, pero también una de las que más disfrutaba. El hecho de odiar la adrenalina cuando se hacía una redada no le impedía saborear los preparativos del asalto. Adoraba tener controlados todos los accesos, las salidas, las ventanas, usar los recursos policiales y colocarlos como si de una partida de ajedrez se tratase. Como norma general, los registros y detenciones no solían dar problema gracias al factor sorpresa y a la nocturnidad.

Los nudillos de Gonzalo impactaron tres veces en la puerta del despacho del comisario.

—Adelante, Díaz. ¿Qué ocurre con esa chica? Espinosa me ha estado informando un poco sobre el asunto.

El inspector atravesó la puerta y se remangó con las dos manos el pantalón mientras tomaba asiento.

—Pues verá, la chica ha declarado que fue ella misma la que perpetró el robo de la misiva. Al parecer, un chico le propuso robar las cartas de Colón a cambio de dinero. La situación económica de la chica no es muy buena y accedió a hacerlo.

—Y ese chico… ¿Qué sabemos de él? ¿Tiene antecedentes? ¿Actúa solo?

—Sabemos poco, jefe. Al parecer, sedujo a la chica en un par de días. No sabemos sus apellidos. Ni siquiera si el nombre es real. No tenemos nada.

—¿Tal vez alguna foto de los dos? Podríamos cotejar alguna imagen con la base de datos, consultar a alguna de las brigadas.

El comisario miraba a Díaz con las manos cruzadas. Sabía que el prestigio del inspector era merecido, pero todos somos humanos y en las investigaciones no puede haber ningún flanco sin cubrir.

—Sí, había valorado esa opción. Pero creo que podemos avanzar aún más rápido.

—Cuénteme —contestó el comisario rascándose una de sus mejillas.

—El chico se acaba de poner en contacto con Carmen, que así se llama la joven, para hacer la entrega de la carta. La ha citado en el Hotel Alfonso XIII esta tarde, a las siete.

—¿Qué propone hacer?

—No tenemos tiempo, jefe, pero debemos ser cautos. No sabemos nada del sospechoso. No sabemos si actúa solo o pertenece a alguna organización criminal. Tenemos una de las cartas, pero necesitamos la que fue robada en el Palacio de Dueñas. Creo que lo mejor es realizar un operativo y tenderle una encerrona al sospechoso.

—¿Se refiere a utilizar a la chica para detenerlo?

—Así es. Podríamos realizar un seguimiento al salir del hotel y comprobar si actúa solo o no y…

—No. Olvídelo Díaz. Faltan menos de ocho horas. Es muy precipitado. Además, sería poner en riesgo a la chica.

—Lo sé, pero ella quiere colaborar. Si autoriza el operativo, en menos de veinte minutos tendría a mi equipo en la sala de reuniones y nos pondríamos manos a la obra.

—Díaz, le repito, la seguridad de la chica me importa más que cualquier cosa.

—Jefe, la chica va a estar vigilada y acompañada en todo momento. Si las cosas se tuercen, el edificio va a estar rodeado. No

podrán salir de allí.

El comisario apretó sus labios y el corazón de Gonzalo comenzó a latir a gran velocidad. El silencio era signo de duda por su parte, y esa misma duda se trasformó en un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está bien. Espero no arrepentirme, porque, si falla algo, va a tener que responder.

—De acuerdo.

El inspector salió hacia el pasillo prácticamente ignorando la última frase de su superior. Había escuchado tantas advertencias a lo largo de su vida que no les daba ni la más mínima importancia.

En su trabajo, tal vez la suerte o el destino habían estado de su lado y, a pesar de odiar las persecuciones y el peligro en un tiroteo, adoraba jugar en el filo de la navaja y coquetear con la legalidad y las normas.

Caminó por el pasillo hacia el despacho de Smith. Continuó pensando en cómo diseñar el operativo: agentes en las entradas y salidas de paisano, alguno encubierto, vigilancia en la puerta de la habitación…

Calculó que no debía extenderse mucho en la reunión, pues, a pesar de que un operativo requería tiempo, esta vez debía de trabajar a contrarreloj.

Gonzalo abrió la puerta del despacho de Smith, y su coleta color dorado bailaba de un lado a otro de su espalda mientras observaba las pantallas que tenía a ambos lados de la mesa.

—Smith, nos vemos en quince minutos en la sala de reuniones. Antes, necesito que la chica te pase las fotos del sospechoso para cargarlas en la base de datos. Tal vez haya alguna coincidencia.

—De acuerdo. ¿Dónde está la chica?

—En mi mesa, acompáñame.

Los dos agentes salieron del despacho y caminaron hacia el de Gonzalo.

—Smith, ¿te gusta el cine? —preguntó dejando a su compañera un tanto extrañada.

—Eh… bueno, prefiero las series. ¿Por qué, jefe?

—Tengo entendido que trabajas en una función de teatro.

—Ah, sí. Es algo informal. En el centro cívico de mi barrio hemos preparado un teatro para recaudar fondos para el déficit de factor V.

—¿Déficit de Factor V?

—Sí, es una enfermedad rara que sufre mi sobrina Celia. Un problema de coagulación de sangre. Afecta a muy pocas personas y estamos recogiendo fondos para su investigación; este teatro es una de las muchas formas de hacerlo.

—Vaya, no lo sabía y no sabes cuánto me alegro de escuchar que en tus ratos libres te dedicas a la interpretación.

—Bueno, jefe, ya se lo he dicho, es algo informal.

—Lo sé, pero hoy tienes que hacer el papel de tu vida.

—¿El papel de mi vida? ¿Por qué?

Smith se detuvo y Gonzalo le hizo un gesto con el índice de su mano derecha. El misterio de la última frase de su superior la llenó de furia. Ella odiaba que la gente jugase a dejar conversaciones a medias, a jugar a la intriga y a la desesperación, y su impaciencia no ayudaba.

Gonzalo volvió a su asiento y sacó su teléfono para buscar el grupo de WhatsApp de su brigada.

"Reunión en quince minutos. Puntualidad máxima".

Las mejillas de Carmen seguían húmedas y rosáceas. Sus ojos azules se volvían más cristalinos cuando las lágrimas los cubrían. Gonzalo se reclinó hacia adelante y puso su mano sobre la de ella, la estrechó con fuerza y dijo:

—Tienes una oportunidad para arreglar tus errores.

Capítulo 53

Cada minuto que transcurría de mi desgraciada vida me parecía una auténtica locura. El inspector condujo hasta la estación de San Bernardo y me tranquilizó con su voz calmada. Me había dicho que no tenía nada que temer, que su equipo estaría controlándome en todo momento. No sabía cómo tomarme aquello. Tal vez aquellos agentes velaban por mi seguridad, pero, por otro lado, aún no tenía clara mi condición legal y jurídica en ese asunto. A veces me sentía una delincuente; otras, una testigo protegida; pero la mayoría de las veces una pobre desgraciada.

Apenas hacía unos diez segundos que me había bajado del coche del inspector y pude vislumbrar el metro a lo lejos, rumbo a la parada en la que estaba. Sobre el andén, unas treinta personas aguardaban su llegada. En esas fechas navideñas, el trasporte público era la mejor opción para llegar al centro.

Cuando el metrocentro llegó, vi cómo un artilugio de hierro se erguía sobre el techo del vehículo y tocaba una especie de arco metálico que sobresalía de la parada. Inevitablemente, recordé mi época en la universidad y el impacto que tuvo la construcción de la infraestructura ferroviaria en pleno centro de la ciudad.

Había escuchado miles de veces cómo funcionaba el metrocentro. Mara, una amiga de la época de la universidad, me lo contaba prácticamente cada vez que nos montábamos en él. Su padre era concejal de urbanismo por aquel entonces, y se había aprendido bien los discursos con los que convenció a la ciudadanía de instaurar aquel medio de trasporte tan moderno, en una ciudad con tanta historia. Aquel arco metálico proporcionaba al metrocentro energía suficiente para llegar a la siguiente parada. De este modo, se eliminaron en la zona centro las catenarias para darle mayor vistosidad a las paredes centenarias de los edificios y monumentos de la ciudad.

El trayecto desde la estación de San Bernardo hasta el hotel apenas duraba cinco minutos. De hecho, hubiese preferido ir andando, pero el inspector me recomendó usar el trasporte público para no sufrir contratiempos.

Me senté en el último vagón y miré mi móvil. Me aseguré de que tuviese cobertura. Si algo salía mal, tenía que marcar el primer número de mi agenda. Si pulsaba en “Abuela”, en menos de diez segundos tendría a toda la policía a mi alrededor, según me informó el agente Díaz.

Observé a las personas que tenía a mi alrededor. Un hombre de unos sesenta años de pelo canoso y gafas leyendo el periódico, una mujer con un carro de bebé, un joven de unos veintisiete años con un

patinete, dos hombres dándose caricias… Por un momento, sospeché si alguno de mis acompañantes en ese corto trayecto era policía. Incluso los miré con sumo detalle por si podía vislumbrar algún bulto sospechoso sobre la ropa.

Por un momento me sentí Jim Carrey en *El Show de Truman,* sabiendo que alguna de las personas que me rodeaban no estaban ahí por casualidad, sino que cumplían órdenes policiales.

A pesar del frío, el sol me quemaba en la cara cuando bajé del vagón. Era algo típico del sur; cuando el sol salía, abrasaba fuese el mes que fuese.

Alcé mi vista al majestuoso edificio y tomé aire. Necesitaba, de algún modo, echar la vista atrás y pensar en todo lo que me había sucedido. Hace pocos días, llevaba una vida normal marcada por los problemas económicos. Óscar se fue y David se cruzó en mi camino para hacerme sentir bien y feliz, pero aquel castillo de nubes de colores se esfumó en el firmamento de la verdad. Días después, me vi robando un documento valiosísimo como si fuese una ladrona profesional en una película de americana.

El Hotel Alfonso XIII se alzaba frente a mí. Alrededor de él, un pequeño jardín de césped le daba cierta elegancia al entorno.

Un gran muro de ladrillo adornado con una valla negra separaba el hotel y el centro histórico de la ciudad. Tras el edificio, el Palacio de San Telmo, sede de la presidencia de la Junta de Andalucía, ocupaba una vasta extensión de una de las zonas más visitadas de la ciudad.

La fachada amarilla clara combinaba con el color marrón de los diferentes dinteles de las ventanas. Sin lugar a dudas, aquel edificio no podría ser obra de otra persona que no fuese Aníbal González, histórico arquitecto de la ciudad.

Me dirigí hacia la gran escalinata cubierta por un techo que sobresalía del edificio formando una especie de soportal. A ambos lados, unas vidrieras de tonos azules dejaban pasar el sol al hall.

Una vez dentro, el contraste no me dejó ver con claridad la belleza de aquel lugar. Sobre mí se alzaba un gran techo de madera y, en torno al recibidor del hotel, unas columnas blancas soportaban bajo sus capiteles los arcos de medio punto, formando una especie de claustro techado. Justo en frente, pude vislumbrar un patio de grandes dimensiones que concordaba con el estilo del edificio. La mayoría de los huéspedes que disfrutaban de una mañana al aire libre en aquel patio bajo el abrigo de un café caliente, lucían barba pelirroja y rasgos germanos.

A mi izquierda, dos empleados de recepción atendían a un pequeño grupo de gente.

Me coloqué en la fila e incliné la cabeza para ver cuántas personas tenía delante. Serían unas seis, y todas aguardaban a ser atendidas por

un joven que realizaba los *check-in* a los nuevos huéspedes. Junto a él y en otro mostrador, una chica tecleaba en el ordenador sin atender a nadie.

Miré el reloj. Eran las siete menos cinco de la tarde. Por un momento, dudé si David iba a controlar mi puntualidad, si aquellos clientes que tenía delante iban a retrasar mi cita con él, si la hipotética impuntualidad se iba a trasformar en un contratiempo importante. A decir verdad, tampoco sabía si David me esperaba tras las puertas de la habitación 211 o si llegaría minutos después.

Justo cuando la mujer morena de pelo corto que tenía delante se postró frente al mostrador, escuché una voz.

—Señorita, pase por aquí.

La recepcionista que durante todo ese tiempo había estado tecleando en el ordenador me hizo un gesto con la mano.

—Buenas tardes. Tengo una reserva.

—Déjeme su DNI, por favor —me dijo de manera educada.

No sé si fueron mis nervios o el cúmulo de emociones, pero lo cierto es que cuando aquella mujer me hizo firmar el documento de la reserva y me devolvió mi DNI junto con la tarjeta de la habitación, alzó su mirada y la reconocí.

Su pelo rubio, esta vez recogido en una coleta, y su lunar en la comisura del labio me hicieron recordarla. La había visto esa mañana en comisaría. Aquella mujer era policía.

Con las piernas temblando como una gelatina, me dirigí hacia la gran escalera que ascendía a las plantas superiores.

El corazón me palpitaba con tal fuerza que dudé por un momento si iba a abandonar de un salto mi caja torácica. Justo en el tercer peldaño, mi teléfono volvió a sonar, y aquellas letras que eran sinónimo de engaño y miedo volvieron a aparecer frente a mí.

Tal vez había un cambio de planes, quizás descubrió que tenía contacto con la policía, pero lo cierto es que no tenía opción y tendría que coger aquella llamada que podría cambiarlo todo.

—Preciosa, llego cinco minutos tarde. Espérame en la habitación. Hoy vas a dejar atrás tu mísera vida para no volver a temer más por el dinero. Podemos celebrarlo, si tú quieres, claro. Llevo puesta la camisa verde que tanto te gusta.

Aquellas palabras me dieron asco. Tuve que sacar fuerzas de donde no las tenía para interpretar el papel de mi vida y parecer cariñosa.

Cuando la llamada llegó a su fin, busqué rápidamente en mi teléfono "*abuela*" y esperé durante dos tonos.

—Abuela, qué tal. Te llamo porque voy a llegar cinco minutos tarde. Se me ha complicado el día con una ruta turística.

Confié en que el inspector entendiese lo que le estaba diciendo y pensé que se habría encontrado en más situaciones como esta. Lo

cierto es que, una vez más, mi adicción a las películas de acción hizo prender la mecha de la creatividad en este embrollo.

—¿Puedes decirnos algo más? —me preguntó el inspector.

—¿Que me dejé la ropa en tu casa?

—¿Cómo va vestido? ¿De qué color?

Por un momento, la conversación de besugos estaba siendo totalmente útil para dar información y protegerme.

—Vale, abuela, la cogeré cuando vuelva. ¿Sí? ¿Me has hecho espinacas? De acuerdo, abuela.

Colgué la llamada y dudé sobre si el inspector habría entendido mi mensaje. Incluso pensé en que tal vez cabía la posibilidad de que David no me tuviese vigilada y tanto el inspector como yo habíamos perdido el tiempo con precauciones innecesarias.

Al llegar a la segunda planta, giré a la derecha rumbo a la habitación. La noche estaba cayendo y pude ver que la poca oscuridad que atravesaba las ventanas no era suficiente para iluminar el pasillo. Por suerte, unos apliques antiguos daban cierto lujo a aquel lugar.

A diferencia de otros hoteles, el suelo del pasillo no era de moqueta, sino de mármol. En algunos tramos me encontré con arcos neomudéjar cargados de tantos detalles que podrían parecer barrocos.

Caminé unos metros y encontré la puerta de la habitación a mi derecha. Al entrar, pude comprobar que el lujo de aquel edificio se mostraba también en las estancias privadas. Una gran ventana iluminaba aquel lugar, y pude ver desde el pequeño pasillo una bañera con hidromasaje y un lavabo doble con un gran espejo que ocupaba toda la pared.

Me dirigí hacia la ventana, no sin antes dejar sobre un pequeño escritorio la carta de Colón, y dediqué unos segundos a contemplarla. Aquel trozo de papel tuvo la solución a mis problemas, pero, a la vez, me había generado más. Según pude escuchar en conversaciones en la comisaría, no sabían si darme la carta auténtica o no, pero les advertí de que David tenía ciertos conocimientos históricos y podría reconocer una carta falsa. Además, no había tiempo para buscar una alternativa a aquel documento.

Me asomé a la ventana y observé la mítica calle San Fernando y el metrocentro que había usado para llegar hasta el hotel. Frente a mí, La Giralda se iluminaba en un tono amarillo. La noche estaba cayendo y mis nervios aumentaban por momentos.

Observé a las personas que caminaban por la calle: un grupo de amigas de despedida de soltera, dos hombres de unos treinta años fumando en la puerta del hotel, una señora con un carrito esperando en el andén… Era inevitable preguntarme si algunas de esas personas eran agentes de paisano.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por dos golpes secos en

la puerta de la habitación. Mientras caminaba hacia ella, los latidos de mi corazón se volvían más fuertes y sentía con cada uno cómo la sangre me llegaba a la punta de los dedos.

Puse la mano en el pomo y, como si fuese un acto reflejo, miré hacia arriba y suspiré.

Por un momento pensé que durante unos días hubiese deseado ver la cara de David frente a la puerta, pero el caso es que, ahora, al verlo, iba a sentir asco.

Justo antes de abrirla, mi teléfono vibró de manera imperceptible, por lo que intuí que era un mensaje. Giré el pomo y abrí con decisión, pero David no era la persona que estaba tras ella.

Capítulo 54

7 de diciembre de 2022

El inspector Díaz dejó a Carmen en la estación de San Bernardo y se fue hasta el Hotel Alfonso XIII. Una vez llegó, la agente Smith le recibió como recepcionista.

—Habitación 116, primera planta a la derecha —le dijo Smith extendiéndole la tarjeta.

Caminó apresurado hacia el ascensor. Una vez allí, en vez de pulsar el botón de la planta uno, presionó el del sótano.

Las puertas se abrieron y atravesó un amplio pasillo. Aquel corredor no se correspondía con la elegancia y el lujo del resto del hotel.

Mientras caminaba, pudo leer los carteles de los diferentes departamentos que ocupaban aquella planta. Lavandería, mantenimiento, recursos humanos… Al final del pasillo, sus pasos se fueron trasformando en una pequeña carrera. Llegó a una puerta donde solo podía acceder el personal del hotel y, justo a su izquierda, en otra habitación, el agente García le esperaba.

Junto a él, un hombre de unos treinta años y vestido con traje azul oscuro, se levantó para estrecharle la mano.

—Soy Manuel Borreguero, jefe de seguridad del hotel —dijo el joven.

Por un momento, Gonzalo dudó de qué tipo de profesional sería aquel hombre. Lo veía demasiado joven para ocupar un puesto de tal calibre. Ser jefe de seguridad de uno de los hoteles más importantes del mundo no era tarea fácil. Tenía que lidiar con fanáticos y prensa rosa casi a diario. Entre esas cuatro paredes neomudéjares, se habían hospedado personalidades de la talla de Barack Obama, Tom Cruise o Madonna.

Alejandro se situó frente a unas diez pantallas de televisión que retrasmitían lo que sucedía en tiempo real en el hotel. Justo en el centro, una pantalla más grande que el resto permitía ver con más detalle las imágenes.

—¿A qué lugares tenemos acceso? —se interesó el inspector.

—Al aparcamiento, jardín, entrada de acceso, recepción, patio y todos los pasillos. Como es obvio, de las habitaciones no tenemos imágenes.

Gonzalo contempló aquellas cámaras maldiciendo haber tenido tan poco tiempo para preparar el operativo.

—Pinche el pasillo de la habitación en la pantalla principal, por favor.

Alejandro pulsó dos veces un pequeño teclado que tenía sobre la

mesa y una imagen de un pasillo apareció en la televisión central. En él, y en primer plano, podía distinguirse la habitación que David había reservado. Frente a ella, se veía a una persona vestida de pantalón negro y camisa arreglando una de las lámparas que colgaban de la pared. A escasos metros, tras él, una mujer empujaba un carrito de toallas y productos de limpieza.

—Ahí tiene a Silva y Espinosa —informó García.

Gonzalo extendió su mano hacia él y le hizo una señal. El agente le cedió el walkie y presionó un botón.

—Silva, Espinosa, os tenemos en imágenes. Manteneos en posición mientras no diga lo contrario. La testigo no tardará en llegar.

A pesar de su extensa trayectoria, Gonzalo miraba con cierto recelo aquellas pantallas. En este operativo había mucho en juego. Su reputación como policía, la implicación de altas esferas de la aristocracia, documentos de incalculable valor y, por supuesto, el futuro de Carmen.

Volvió a coger el walkie con decisión.

—Ramírez y Fonseca, quiero que estéis preparados en el vehículo. Si el sospechoso sale en coche, quiero que lo sigáis. Si, por el contrario, sale a pie, los agentes Lemasurier y Buzón lo seguirán.

Con el sonido propio de la emisora policial, los agentes confirmaron las órdenes del inspector.

—Está entrando en el edificio —informó la agente Lemasurier, que aguardaba en la puerta principal.

Gonzalo ordenó a Manuel que le mostrase las imágenes de la entrada. En ellas, pudo ver a Carmen, que vestía unos pantalones vaqueros anchos y un jersey de colores.

—Es ella. No la pierda de vista —ordenó al jefe de seguridad.

Carmen se detuvo frente a la puerta y alzó su vista observando el edificio.

Tal vez esté arrepintiéndose de lo que está haciendo, pensó el inspector.

Al cabo de unos instantes, ascendió por las escaleras y se adentró en el hotel. Los agentes no le quitaban la vista de encima y Manuel iba pinchando las cámaras de seguridad conforme Carmen entraba en el establecimiento. Primero, la de la escalera principal; después, la del hall; por último, la de recepción.

—Smith esperará a su turno para atenderla personalmente —informó García.

Tras unos segundos de espera, la agente encubierta llamó la atención de Carmen y le extendió la llave de la habitación. La guía se dirigió hacia la escalera y el inspector vio cómo se detuvo. Se sacó de su bolsillo su teléfono móvil y se lo colocó en la oreja.

—Es él —dijo Gonzalo—. Estoy seguro.

La llamada no duró más de diez segundos hasta que el móvil del inspector comenzó a sonar y se apresuró a cogerlo.

—Según me acaba de decir la chica, es posible que el sospechoso vaya vestido de verde.

García cogió el *walkie* y se apartó unos metros del inspector mientras este observaba cómo la chica entraba en la habitación.

—El sospechoso va vestido de verde —informaba García—. Repito, el sospechoso va vestido de verde. Recordad que la prioridad es seguirlo.

El inspector no despegaba su mirada de la pantalla y de aquella puerta cerrada de color marrón. Se preguntó qué estaría pensando y sintiendo Carmen en ese momento. Tal vez su miedo recorría cada pliegue de su piel, sus remordimientos campaban a sus anchas por su mente y pesaban toneladas sobre ella. En cierto modo, la empatía era una virtud del inspector, y sentía compasión por ella. Muchas veces se preguntaba cuándo los humanos se hicieron seres tan fríos, por qué muchos de sus compañeros veían con cierta normalidad que las personas viviesen bajo la fría noche y al abrigo de unos cartones, u otros se acostumbrasen a detener a hombres miserables que maltrataban a sus compañeras de vida.

Tal vez esa continuidad, esa lluvia de desgracias a las que se enfrentaban un día tras otro, hacían a la mayoría de los policías insensibles a las desgracias de los demás. *¿En qué tipo de seres humanos nos hemos convertido?,* pensó.

Los pensamientos del inspector se vieron interrumpidos por una voz que procedía del *walkie*.

—Lo tengo. Camisa verde, vaqueros y gorra negra. Entrada del hotel —informaba el agente Buzón.

Manuel fue pinchando las imágenes de la misma manera que lo hizo con Carmen hasta que David llegó a la puerta de la habitación y golpeó con sus nudillos.

Segundos más tarde, esta se abrió y entró en la habitación.

—Jefe, el sospechoso está dentro —informaba Silva—. No estoy seguro de que vaya todo bien.

Gonzalo se lanzó sobre el *walkie* y contestó rápidamente.

—¿Qué sucede?

—No lo sé. Me ha dado mala espina. La cara de Carmen no me inspiraba mucha confianza. Como si ella se hubiese dado cuenta de que algo no iba bien.

—Mantengamos la calma —intentó tranquilizar a sus hombres—. Smith, pégate a la puerta, quizás puedas escuchar algo.

—De acuerdo, jefe.

La agente se dirigió hacia la puerta, pero, un segundo después, dos hombres aparecieron por el pasillo.

Vestían ropa oscura y ancha. Uno de ellos llevaba un gorro de lana y el otro tenía la cabeza rapada.

—¿Quién coño son estos? —preguntó Gonzalo.

—Acaban de entrar en el hotel, diez segundos después que el sospechoso.

Los dos hombres se aproximaron hacia la puerta. El teléfono de Gonzalo emitió un breve sonido y pudo vislumbrar aquellos dígitos que lo tenían aturdido desde hacía varios días. Justo antes de abrir el mensaje, una llamada entrante de Carmen le hizo salir hacia la segunda planta a toda velocidad.

Mientras cogía el teléfono, García comprobó que la puerta de la habitación se abría y Carmen salía al pasillo; tras ella, el sospechoso.

En ese momento, por el sistema de comunicaciones de los agentes se escuchó una orden clara y concisa.

—Detenedles.

Los agentes Espinosa y Silva, que se encontraban en el pasillo, desenfundaron sus armas, apuntándolos.

—¡Quietos! ¡Policía!

Los dos hombres que vestían de oscuro levantaron sus manos, pero el de la camisa verde echó a correr escalera abajo.

—Se escapa, está bajando las escaleras —informó Espinosa.

Gonzalo escuchó las indicaciones de su compañera mientras abandonaba el ascensor en la primera planta y salía a encontrarse con el sospechoso en las escaleras. Era tarde. El inspector se asomó por la barandilla y pudo comprobar cómo el hombre de camisa verde abandonaba el hotel, por lo que se apresuró a descender los escalones de tres en tres.

Al llegar a la puerta principal, Gonzalo vio la rodilla de la agente Lemasurier sobre el cuello del sospechoso, que yacía boca abajo mientras lo esposaba.

—Buen trabajo —les dijo a sus agentes—. Vamos a llevarlos a la habitación mientras preparamos el traslado —informó a sus agentes por radio.

La satisfacción por un trabajo bien hecho era una de las mejores sensaciones que existían para él, lamentablemente, solo le duró unos segundos.

Gonzalo sacó su móvil y miró el mensaje que había recibido.

> “Le recomiendo encarecidamente que abandone este caso, inspector. De lo contrario, sus compañeros le harán un homenaje póstumo en breve. Jugar con la historia puede salir una vez bien, pero dos es imposible”.

Aquello inquietó al inspector. En su cabeza volvían a acumularse preguntas. Era, en cierta manera, como si aquel caso del robo de las cartas de Colón tuviese que ver con la investigación, años atrás, del Santo Rostro de Jaén.

Caminó hacia la escalera leyendo varias veces el mensaje, observando con detalle algún indicio o pista que pudiese servir para dar con quien estuviese detrás de aquellos textos tan inquietantes.

De pronto, escuchó unos pasos apresurados que se dirigían escalera abajo. Con semblante serio, Silva le dio una noticia que iba a cambiar las reglas del juego.

Carmen había desaparecido.

Capítulo 55

A veces, las malas decisiones desencadenan una ola de contratiempos. Por mucho que intentaba arreglar mis erróneas elecciones, el castillo de naipes sobre el que estaba subida se estaba desmoronando a un ritmo frenético. Y yo, pensando que estaba a punto de caer de pie, no era consciente de que mi cabeza se aproximaba a gran velocidad hacia el suelo.

Al abrir la puerta, un hombre de unos cuarenta años me esperaba al otro lado del umbral. Me quedé descolocada, pues llevaba la camisa de David. Su cara era morena y la oscuridad no me dejaba percibir con claridad si sus rasgos eran sudamericanos o de la India.

Aquel hombre me saludó con una sonrisa.

—Buenas tardes, Carmen. ¿Puedo pasar?

Por un momento, dudé si permitirle el paso o directamente pedir ayuda, pero no tenía elección. Estaba claro que David se encontraba detrás de aquella maniobra de distracción.

Un segundo después, y tras cerrar la puerta, aquel hombre se introdujo la mano en su bolsillo. Retrocedí hacia atrás unos pasos, temiéndome lo peor, pero él, sin decir palabra alguna, me extendió un teléfono móvil.

—Creía que eras una chica inteligente —me dijo una voz al ponerme el aparato en el oído—. Y lo más triste es que jamás pensé que me tratarías como a un ignorante. Me has decepcionado, Carmen. Y mucho. Te he ofrecido una oportunidad, una salida a tus problemas y ¿así me lo pagas? Te has portado mal, querida, y ahora tengo que castigarte.

Mi vello se me erizaba con cada palabra de David y mis ojos parecían salirse de sus órbitas.

—Carmen, hija. Estoy en casa de tu amigo. —La voz de mi madre se me clavó como un puñal en el estómago e hizo sangrar mis más oscuros presagios-. Me ha dicho que vamos a cenar aquí. No tardes, cariño.

Mis ojos comenzaron a humedecerse y volví a escuchar la voz de David.

—Tienes de plazo hasta las doce de la noche para entregarme la carta o no volverás a ver a tu madre.

Unos pitidos pusieron fin a la llamada. El hombre de verde extendió su mano y le devolví el teléfono. Estaba asustada. En su rostro pude ver depravación. Sin pensarlo dos veces, me aproximé al escritorio y oculté la carta bajo mi chaqueta. Pulsé el botón del móvil que me conectaba con el inspector mientras él me miraba sin decir nada.

Aquellas palabras de David me inquietaron tanto que no era

consciente de lo que estaba haciendo. No sabía si aquel hombre que me acompañaba en la habitación se encargaría de vigilarme o de acabar conmigo si algo salía mal.

No decía palabra alguna.

Decidí salir de la habitación y aquel hombre se siguió. Eché la vista a ambos lados del pasillo. Vi cómo dos hombres se dirigían hacia a mí. En sus rostros pude sospechar que no traían buenas intenciones. Uno de ellos, que vestía con un gorro oscuro, se introdujo la mano en la chaqueta.

De pronto, una voz a mi espalda me hizo dar un salto.

—¡Quietos!¡Policía!

Miré hacia atrás y vi a una mujer vestida de limpiadora y a un hombre con ropa de mantenimiento que empuñaban sus armas y apuntaban a los hombres que estaban en el pasillo y al de la camisa verde, que me seguía tras salir de la habitación.

Me sentí en medio de una hipotética línea de fuego y di unos pasos atrás pegándome a la pared para ponerme a salvo.

En ese momento, el hombre de la camisa verde salió corriendo escalera abajo. Los dos agentes de paisano informaron a sus compañeros y se ocuparon de detener a los otros dos.

Me quedé paralizada, sin saber qué hacer. A unos metros, a mi izquierda, pude ver la gorra negra del hombre que había escapado.

Es tu momento, pensé. Con mucho sigilo, la alcancé y me dirigí a la zona de los ascensores. Uno de ellos estaba subiendo y se detuvo en la planta uno, pero, en menos de dos segundos, el otro se abrió frente a mí, vacío.

Pulsé el botón de la planta baja con la esperanza de que aquella gorra que me estaba colocando me hiciese pasar inadvertida.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, pude ver cómo varios agentes custodiaban al hombre de verde. Me escondí tras las paredes metálicas del elevador hasta que comprobé que todos subían a la planta de arriba.

Decidida, agaché la mirada y salí del edificio apresuradamente.

La noche era fría mientras caminaba por la avenida de la Constitución; por un momento, dudé en volverme a subir al metrocentro, pero algo me hizo pensar que podrían tenerlo vigilado.

Sin rumbo y con miles de temores y de dudas en mi cabeza, me perdí por las calles de la ciudad.

Gracias a la proximidad de las fechas navideñas, era un hervidero de gente. Turistas, familias y un sinfín de personas paseaban por la amplia avenida disfrutando de las luces navideñas que decoraban la vía. El aroma de castañas asadas y los buñuelos se colaba por mi nariz, haciéndome retroceder más de quince años, hasta mi infancia.

Aquel año, las luces de la avenida se estrenaban con una novedad:

era la primera vez que podíamos pasear dejándonos llevar por la belleza de los edificios y la majestuosidad de la catedral sin temor a ser atropellados. La peatonalización de la avenida fue un avance hacia la protección del Patrimonio. Aquellas vísperas de Navidad, iniciamos una tradición en la familia. En el puente de la Inmaculada, íbamos al cine, cenábamos por el centro de Sevilla y nos perdíamos por el Barrio de Santa Cruz escuchando los grupos de tunos que, con guitarras y bandurrias en mano, derramaban sus voces y canciones por las principales plazas, venerando a la Virgen Inmaculada.

Estoy convencida de que, desde que mi padre se fue, se llevó con él un trozo importante de mi madre. Su corazón y su razón de ser. Apenas podía reconocerla cuando en sus idas y venidas mentales me demostraba lo vulnerable que podía ser una persona con Alzheimer.

Con la marcha de mi padre, mis Navidades fueron tornándose a la tristeza más absoluta. Me pregunté cuánto había cambiado la vida, y era inevitable acordarme del día en el que suelo sentirme más triste en todo el año. La nochevieja. Y es que siempre he experimentado un cierto hormigueo en el estómago este día. Era como estar en la cima de una montaña rusa que vas a comenzar a descender a toda velocidad en unas horas. Cerré los ojos y los recuerdos se empezaron a dibujar en mi mente, pero con otro tiempo verbal. Me imaginé lo que le sucede a la mayoría de las personas. Una mesa puesta de rojo, la chimenea encendida y rebosando de calor familiar, el timbre que no para de sonar, correteos por las escaleras, la carne oliendo por toda la casa, unas uvas metidas en las copas, otras, descuartizadas sobre la servilleta; la pelea por el canal de la tele, el abuelo quejándose y lamentando que será su último año (como los últimos diecisiete), las gotas resbalando sobre la botella de champán, los villancicos retumbando en los altavoces, los abrazos, los besos y el *feliz año nuevo*. Y un día miras a tu alrededor, pero en tiempo presente. Y el abuelo tuvo razón ese año, y hay sillas vacías, pero fueron ocupadas por otras personas, tan pequeñas que no caben en esa silla y necesitan otra más pequeña, incluso son peludas. Y sigues mirando a tu alrededor y te das cuenta de que la vida son ciclos, ciclos que muchas veces no eres capaz de percibir, de disfrutar, porque la montaña rusa ha subido y ha bajado tantas veces que has perdido la cuenta. Y ese día comprendes que ya no eres tú el que corretea por las escaleras. Cierras los ojos y empiezas a sentir. Escuchas otros correteos que no son los tuyos, pero sigue la chimenea encendida. Miras a tu alrededor y ves a los que faltan. Están en cada gesto y en cada mirada de los que esa noche se sientan en la mesa, y es ahí donde entiendes que nunca se han ido y nunca se irán.

Es ley de vida, supongo, y en todas las familias sucede. Lo cierto es que me reconfortaba mirarme al espejo y apretar los labios cada vez

que pensaba en algo importante, tal y como hacía mi padre. Que mi ojo derecho fuese ligeramente más pequeño que el izquierdo era un legado que me había dejado mi abuelo, y esos pequeños detalles tal vez eran los mejores regalos de Navidad.

Saqué el teléfono y marqué el número de David.

—Vamos a solucionar esto de una vez por todas. ¿Dónde nos vemos?

Capítulo 56

7 de diciembre de 2022

Los nudillos de Gonzalo impactaban con fuerza sobre la mesa de reuniones de la Jefatura de Policía. A pesar del frío, su cara se mostraba roja y sus cejas se arrugaban, formando pequeñas líneas en su frente.

—¡Cómo ha podido suceder esto! —gritaba—. Se suponía que lo teníamos todo controlado. ¿Por qué nadie se ocupó de vigilar a la chica?

El silencio se extendía a lo largo y ancho de la sala. Los miembros de la brigada de robos de la Policía Nacional nunca habían visto al inspector Díaz así de alterado.

—¡Que alguien me lo diga!

Un pequeño carraspeo se escuchó de fondo y, segundos después, la voz de Silva.

—Creo que todos suponíamos que la chica no era una amenaza. Se mostraba arrepentida, colaborativa, y hemos puesto el foco en los otros sospechosos, confiando en ella.

—Así es —afirmó el inspector—, y nuestro error nos va a costar muy caro. Esa chica anda por las calles de Sevilla, con un legajo de hace siglos bajo el brazo de un valor incalculable. Ya podemos ponernos manos a la obra.

—Lo entendemos, jefe, pero son cosas que pasan. No era nuestra intención —contestó García.

—¿Que son cosas que pasan? Los casos más mediáticos como este, exigen una profesionalidad impecable. Algunos de ellos han puesto el foco en la policía, vendiendo la mediocridad de ciertas investigaciones. El caso de Marta del Castillo o el caso Wanninkhof supusieron un antes y un después en los procedimientos policiales. ¿Sabéis por qué? Porque la investigación policial fue un desastre. Hasta han hecho documentales reflejando la cadena de errores que cometieron y, os diré algo, no quiero que mi equipo sea el siguiente protagonista.

El inspector se levantó de su silla y caminó bordeando lentamente la mesa oscura ovalada que ocupaba casi toda la estancia.

—No quiero más errores. Vamos a solucionar este problema. Vamos a resolver esta investigación, dar con la chica y acabar con esto de una vez por todas. No quiero problemas, quiero ideas.

—Los compañeros de la UIP tienen ya una foto de la chica —informó Suárez—. Hay agentes de paisano patrullando por el centro a pie, intentando dar con la chica.

—De acuerdo.

—¿Qué me decís de los sospechosos?

—Según les ha contado a los compañeros que lo han custodiado hasta aquí, el chaval de la chaqueta verde y gorra dice ser un vagabundo yonki y no tener nada que ver. Los otros dos no quieren hablar —informó García.

El inspector se detuvo unos segundos frente a la ventana mientras observaba bajo sus pies la inmensidad de luces amarillas que se extendían hasta el horizonte. Pensó por un momento en Carmen, en qué le habría hecho huir de aquella manera. En sus declaraciones se la veía arrepentida y abatida. Supuso que tal vez se encontraba asustada, que quizás podría suceder lo mismo que la noche anterior y que podría arrepentirse de huir y, de un momento a otro, cruzaría las puertas de la jefatura. Por otro lado, también estaba la opción de que Gonzalo hubiese caído rendido a la hipotética vulnerabilidad de Carmen, que lo que contaba la chica no fuese verdad, hubiese algo más detrás y que fuese una verdadera delincuente.

El inspector tomó aire y lo expulsó en forma de suspiro prolongado.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer. Smith se está encargando de la visualización de las cámaras de seguridad y del rastreo del móvil de la chica. Suárez y Silva, quiero que vayáis a la casa de Carmen. Hablad con su madre y vigilad por si vuelve. Espinosa y García, quiero que os encarguéis del interrogatorio de los tres sospechosos. Sacadles todo lo que podáis. Mientras, voy a solicitar un operativo para entrar en la vivienda de David.

Los agentes de la brigada se levantaron y salieron de la sala de reuniones. Gonzalo aprovechó para sentarse. Puso su pierna derecha sobre su rodilla y se llevó la mano a la barbilla.

Los nervios le hacían tener ciertas náuseas. No quería, bajo ningún concepto, que la investigación fallase, que la carta se perdiese o que a Carmen le sucediese algo.

Miró su reloj. Eran las casi las nueve de la noche y decidió sacar su teléfono. Pocas veces había tenido que darles malas noticias a sus superiores, pero en esa profesión no siempre había finales felices.

Los tonos de llamada se le hacían infinitos a la vez que apretaba sus dedos con la palma de la mano.

—Espero que me llame solo para felicitarme la Navidad —contestó el Inspector Jefe Benjumea.

—Me temo que no, jefe.

—Cuéntame, Díaz. ¿Qué sucede?

—El operativo ha sido un completo desastre.

—¿No hemos podido hacerle un seguimiento al sospechoso ni detenerlo?

—Me temo que no. Al parecer, sabía que la chica estaba con

nosotros. Ha sido imposible dar con él, ya que ha mandado a un hombre para hacernos creer que era él. Ha habido un malentendido y estamos interrogando a algunas personas implicadas.

—¿Creen que podrán dar con él? Supongo que los detenidos podrán aportar algún tipo de información.

—Supongo que sí. El problema es que la chica ha desaparecido. Aprovechó el malentendido y la confusión para huir con la carta de Colón.

—¿Cómo? ¿Huir con la carta? ¿Cómo ha podido pasar? ¿No se suponía que quería colaborar?

—No lo sé, jefe. No estoy seguro de si ha escapado asustada o simplemente nos ha engañado. Estamos buscándola por toda la ciudad y Smith se está encargando de rastrear su teléfono móvil.

—¿Qué van a hacer ahora?

—Como le he dicho, intentaremos sacarles información a los sospechosos. Estamos haciendo una revisión de las cámaras de seguridad y vamos a vigilar el domicilio de la chica por si vuelve. Además, controlamos el del sospechoso, pero he pensado que, tal vez, podríamos proceder a detenerlo. La chica nos aportó la dirección y podemos dar con él o encontrar algo que arroje luz a la investigación.

—¿Quiere una autorización para entrar en casa del sospechoso?

—Así es, jefe.

—Está bien. Haré lo que pueda. ¿Cuándo se llevaría a cabo?

—Los especialistas podrían sacar la carta del país en menos de una hora. La ciudad está a menos de dos horas de Portugal y el aeropuerto es uno de los más importantes del país. Por lo que tendremos que llevarlo a cabo esta misma noche.

Capítulo 57

Desde que decidí dedicarme a realizar visitas turísticas tuve que aprender a lidiar con las aglomeraciones de gente. Era, en cierto modo, la esencia del casco histórico de la ciudad casi todo el año, excepto cuando el sol abrasaba en los meses de verano y la mayor parte de los habitantes huían al mar.

A pesar de ser casi las nueve de la noche, los comercios estaban abiertos y repletos de gente dando rienda suelta al afán consumista propio de las fechas. Aproveché la ocasión para entrar en uno de ellos, que tenía como decoración una vaca de grandes dimensiones en la puerta, y me hice con un gorro de lana de color beige.

—Son ocho euros —me dijo la cajera.

Mientras salía por la puerta, me deshacía de la gorra y me colocaba el gorro que me iba a servir de camuflaje, pensé en los ocho euros que acababa de pagar por él. Ahora que el acuerdo con David se había ido al traste, cualquier gasto innecesario podría ser un verdadero problema para el futuro.

Pero, por otro lado, era vital que no me reconociesen. Que pudiese ir, fuese como fuese, hasta el lugar donde me iba a citar, entregarle la maldita carta y volver a tener a mi madre entre mis brazos.

Sentí un escalofrío al pensar en ella. Dudé si estaría asustada y preocupada o si, por el contrario, en su mundo de fantasía no me echaría de menos, ni era consciente de lo que estaba sucediendo.

Tal vez esto último fuese lo más probable, y por un momento me alegré de que su mente no le dejase ver todas las desgracias que estaban azotando a nuestra familia en los últimos meses y en el problema en el que nos había metido yo solita.

Me sentí cual soldado americano con un traje de *ghillie* intentando llegar a mi objetivo camuflándome entre la gente.

Tenía que buscar un sitio donde pasar el tiempo sin ser detectada, esperando la llamada de David. No sería fácil, pues pasar por alguna de las calles menos concurridas podría suponer exponerme demasiado y que la policía me detuviese.

Avancé por la avenida y giré hacia la Plaza del Triunfo. El Archivo de Indias se erguía a mi derecha y evité mirarlo. Sentía una vergüenza infinita gracias a mi traición a la historia del país y la ciudad.

Conforme avanzaba, el espacio era más amplio, pero más difícil me resultaba caminar. Los grupos de turistas se detenían para inmortalizar aquella bella estampa de La Giralda iluminada con el color del oro, a escasos metros de donde yo estaba.

Los esquivé y seguí caminando. Dejé la catedral a mis espaldas y enfilé una de las calles más icónicas de la ciudad. Las personas se

detenían en mitad de ella alzando sus teléfonos en la dirección contraria a la mía y, a pesar de que sabía por qué lo hacían, tuve que girarme y contemplar de nuevo a La Giralda, esta vez desde una perspectiva diferente.

Quizá aquella torre era, en cierto modo, como yo. Había tenido que adaptarse al paso del tiempo y a las adversidades. Poco a poco fue modificando su fachada, aunque su esencia interior, su estructura, siempre fue la misma.

Miré el móvil, esperando alguna noticia de aquella mísera persona, pero nada. Era difícil saber qué iba a pasar, pero lo que tenía claro era que tendría que enfrentarme a mi destino con tal de dar con mi madre.

Giré a la izquierda y me adentré en el Patio de las Banderas para continuar hacia el barrio de Santa Cruz.

A pesar de que los grupos de turistas eran muy numerosos, no eran tan multitudinarios como en los alrededores de la catedral.

De repente, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tal vez nunca había sentido esa sensación, pero me sentía observada. Eché la vista atrás. Un grupo de japoneses alzaban sus cámaras hacia La Giralda. Varios grupos de italianos, supuse por lo que pude escuchar, terminaban su visita al Alcázar y seguían mis pasos hacia el barrio de Santa Cruz. Una familia con un carro de bebé disfrutaba de un paseo, y dos tipos altos y rubios caminaban muy deprisa hacia mí.

Clavé mi mirada en ambos. Uno tenía los ojos azules y unos cuarenta años, vestía jersey negro y vaqueros ajustados; el otro, con barba pelirroja y gafas de pasta, era ligeramente más bajo que su compañero.

Se miraron y desviaron la mirada hacia mí. Mi corazón parecía una canción a punto de romper y las piernas me temblaban. Aceleré mis pasos y llegué hasta el Callejón del Agua.

Era una de las calles icónicas más famosas de la ciudad, cuyo muro, que trascurría a lo largo de esta, sirvió para hacer llegar el agua desde los Caños de Carmona hasta el Alcázar.

Mala decisión, pensé al ver que aquella calle estrecha se había quedado desierta.

Volví a girar la cabeza y seguían caminando tras de mí. Por su aspecto, pude intuir que podrían ser alemanes u holandeses. Hablaban entre ellos, pero era imposible reconocer su idioma.

Los nervios me bloquearon y me detuve. Saqué mi móvil y el instinto me hizo marcar el teléfono del inspector Díaz. Los dos hombres seguían hablando y mirándome. Incluso uno de ellos comenzó a reírse.

Como la que espera su trágico destino, me eché a un lado y puse mi espalda contra la pared. Aquellos muros milenarios y fríos me dieron

un poco de seguridad.

Los hombres estaban a un par de metros y la saliva se acumulaba en mi boca.

—*Beautiful girl* —dijo uno de ellos mientras me sobrepasaban.

Respiré tan rápido que casi comencé a hiperventilar, y apoyé mi mano sobre la pared, como si acabase de sufrir un ataque de asma.

Menuda idiota, pensé. Intenté recuperar la compostura y mi respiración empezó a regularse, así que decidí continuar mi camino.

Vivir como una fugitiva perseguida por la policía y por un delincuente era una locura de la que estaba segura que no iba a salir bien parada. Me veía como Harrison Ford a punto de saltar desde la presa para poner fin a todo. La única diferencia era que, en esta persecución, mi madre estaba en medio del fuego cruzado.

Mi estómago rugía de hambre y mis piernas estaban cansadas. Apenas me quedaban fuerzas para seguir caminando. Miré el móvil esperando la deseada llamada de David, la llamada que me citase en algún punto para poder entregarle la dichosa carta y recuperar a mi madre. Faltaban dos horas y media para las doce.

Por un momento pensé que aquella suma de malas decisiones las había tomado por un único motivo: el dinero. Pero, ¿qué importa cuando te falta la familia?

Aquel contratiempo me había hecho cambiar de prioridades y, desde luego, hubiese preferido pudrirme bajo un puente a la orilla del Guadalquivir, que borrar las deudas de un plumazo sin mi madre a mi lado.

Mientras reanudaba la marcha, cuatro pasos fuertes y muy breves se escucharon a mi espalda.

Al girarme, una sensación fría se alojó en mi nuca y escuché un breve *click*.

—No te des la vuelta y camina.

Capítulo 58

7 de diciembre de 2022

El inspector Darío Moreno medía uno noventa y pesaba unos cien kilos. *Si me cruzase con él por la calle, jamás pensaría que era policía*, reflexionaba Gonzalo.

El inspector Díaz estrechó su mano. Sus brazos estaban llenos de tinta y lucía una barba pelirroja estilo leñador con una coleta de samurái. Entre aquellas extremidades llenas de músculos y las venas dilatadas de su brazo derecho, Gonzalo pudo ver, con trazos de tinta, un reloj de bolsillo cuya cadena finalizaba en una carabela y en la que podía leerse: *"El tiempo se acaba, vive"*.

—Inspector Díaz, soy el inspector Moreno, del G.O.E.S —se presentó el agente—. Un placer estar a su disposición.

—El placer es mío, inspector Moreno.

El Grupo Operativo Especial de Seguridad era una brigada de élite dentro de la policía. Se necesitaba mucho más que vocación para entrar en ella: una forma física atlética, destreza en el uso de armas y mucha sangre fría.

Su horario de trabajo consistía en entrenar durante toda la mañana con ejercicios físicos a un nivel extremo, prácticas de tiro y asaltos a viviendas.

El resto del día, los agentes disfrutaban de su vida privada hasta que eran reclamados para realizar algún operativo que solía consistir en la entrada a algún edificio.

Aquellos operadores nocturnos aprovechaban la tranquilidad de la madrugada para pillar desprevenidos a proxenetas, narcos y delincuentes varios. El factor sorpresa era decisivo para evitar cualquier tipo de reacción.

Gonzalo estiró su brazo e invitó al inspector Moreno a tomar asiento en la sala de reuniones de la Jefatura. La mesa estaba desierta, y colocó sobre ella un dossier que abrió y arrastró hacia el agente.

—Verá, inspector Moreno, nuestro objetivo es dar caza a este individuo.

Del dossier, sacó una foto de un joven apoyado sobre una de las barandillas de las Setas de Sevilla. Era una foto proporcionada por Carmen y sacada de las redes sociales de David. De hecho, era la única que tenía.

—Creo que mis compañeros le han hecho llegar la dirección del sospechoso, junto con el plano del edificio. Es una calle del barrio de Santa Cruz.

—Sí, lo hemos estudiado. Se trata de un edificio que consta de un

local comercial y un dúplex con una gran terraza exterior. Mis hombres se están preparando para entrar.

—Sé que no han tenido mucho tiempo para preparar el asalto —dijo Gonzalo—, por eso valoro su esfuerzo.

—No nos queda otra. Mis hombres son unos excelentes profesionales capaces de adaptarse a los contratiempos.

Gonzalo caminó hacia la ventana y volvió a perderse entre las calles de la ciudad.

—Supongo que están acostumbrados a ver a traficantes y asesinos, pero este no es el caso. Necesito una entrada limpia, hay que recuperar unos documentos muy valiosos sustraídos del Archivo de Indias y del Palacio de Dueñas.

—Tranquilo, inspector, la tendrá. En este tipo de casos, el riesgo es mínimo. Según sabemos, es imposible escapar. Los edificios laterales son unos cinco metros más altos que la vivienda del individuo. No tiene elección, o sale con nosotros, o por encima de la barandilla —bromeó.

La puerta se abrió y García entró, dirigiendo sus ojos marrones hacia Gonzalo.

—Jefe, malas noticias. Hemos interrogado a las personas detenidas esta tarde en el hotel. Al parecer, el sospechoso que entró en la habitación no tiene nada que ver con la investigación, ni con Carmen. De hecho, argumenta que no la había visto nunca.

El inspector parpadeó incrédulo y miró al agente Moreno y de nuevo a García.

—No me jodas, García. ¿Cómo no va a tener nada que ver? ¿Cómo te crees eso?

—El sospechoso es Carlos Mendes, y es un drogadicto. Ha declarado que un joven se le aproximó en las inmediaciones de una tienda de la Avenida de la Constitución y le pagó cincuenta euros a cambio de darle un terminal móvil a la chica. Smith ha comprobado las cámaras de dicha tienda y coincide con lo que dice. David aparece en las imágenes hablando con él y dándole el teléfono y el dinero. Además, llevaba en el bolsillo los cincuenta euros. El joven ha declarado que David le dijo que le habían echado del hotel y no podía contactar con su novia, que estaba dentro.

—¿Y qué me dices de los otros que irrumpieron allí?

—Han declarado que buscaban al sospechoso porque les debía dinero de unas papelinas de heroína. Y el señor Mendes lo ha corroborado.

El inspector caminó de un lado a otro de la sala. Su mano derecha cubría su costado izquierdo y apoyó su codo sobre su otro antebrazo para acariciarse la barbilla.

—Bien. Manda el dinero a científica y acompáñame. Vamos a la

casa de David.

Gonzalo hizo un ademán con la cabeza hacia el inspector Moreno.

—El G.O.E.S va a realizar el operativo para detener al sospechoso.

García asintió a la vez que miraba al agente pelirrojo de la misma manera que su superior lo había hecho momentos antes.

—¿Se sabe algo de la chica? —se interesó Díaz.

—Nada, jefe. Parece que se la ha tragado la tierra. Los compañeros la están buscando por toda la ciudad. Hemos peinado el centro, hemos contactado con su expareja y lleva días sin verla, e incluso hemos estado en su casa, pero no había nadie. Los vecinos dicen que no la ven desde esta mañana, por lo que creemos que no ha vuelto a casa.

—¿Y su madre?

—No estaba en el domicilio.

—Según nos dijo ella, no sale de casa nunca.

—No sé, jefe, le digo que los compañeros no han escuchado nada en el interior. Tan solo el ladrido de un perro. El domicilio, al parecer, está vacío.

El teléfono de García sonó y lo descolgó mirando a su superior.

—Es Espinosa.

Gonzalo dio unos pasos hacia el cristal inmenso de la ventana del edificio y se apoyó con los brazos abiertos y extendidos.

—Jefe, Espinosa dice que unos compañeros han visto entrar al domicilio de David a un chico y a una chica. Podrían ser ellos.

Resopló con intensidad y la punta del pie golpeó tres veces el suelo. De repente, y como si una descarga eléctrica le recorriese el cuerpo, se giró hacia los dos agentes.

—Tenemos un problema, creo que sé por qué huyó Carmen.

Capítulo 59

Una punzada intensa me hizo abrir poco a poco los ojos, pero no veía nada. Intenté moverme, pero fue en vano. Solo había silencio. Dudé por un momento si estaba muerta. Tan solo recordaba mis pasos apresurados sobre el Callejón del Agua, el cañón de una pistola apuntándome y luego la nada. La más absoluta oscuridad.

Comencé a hacer hipótesis sobre mi destino. Un disparo, un atropello, una puñalada. No sabía si aquella oscuridad era la propia sala de espera del purgatorio hasta que el sonido de una puerta abriéndose y una luz lejana me hicieron recomponerme de aquellos delirios.

La luz se aproximaba a unos diez metros de mí, muy despacio. El *tic-tic* que se escuchaba eran pisadas, y cada vez las sentía más cerca. Aquella luz se aproximó y me iluminó la cara. Sentí en la comisura de mi boca el sabor de sangre seca y el brillo de aquella luz blanca me taladró la cabeza y los ojos con un dolor inmenso. Con aquellos pequeños destellos, eché la vista abajo y vi que estaba atada de pies y de manos con una cuerda que me dejaba las extremidades casi dormidas. Mi sorpresa fue mayor cuando descubrí que estaba en ropa interior.

La luz se detuvo. No me hizo falta mucho tiempo para saber que aquella luz procedía de una linterna de un teléfono móvil. Volví a alzar la vista, pero solo me encontré con la claridad. Una claridad que me impedía ver quién había detrás de la luz, una claridad que no era más que un espejismo en aquella oscuridad de la que, conforme pasaba el tiempo, dudaba si podría salir.

Volví a dejar caer mi cabeza y pude vislumbrar el calzado de mi secuestrador. Era unos zapatos marrones con parte de la suela blanca.

—David, suéltame. Ya tienes la carta. Déjanos a mí y a mi madre en paz.

La luz se alejó de mí e, incomprensiblemente, me imaginé siendo la protagonista de una de las películas de acción que había visto tantas veces.

No sé si era la adrenalina acumulada en esos días o toda esa locura que había vivido, pero lo cierto era que, en ese momento, tenía presente a mi padre conmigo.

Resultaba curioso que estuviese atada de pies y de manos por luchar por mi madre, por intentar darle todo lo que se merecía, devolverle todo lo que hizo por mí y por conseguir de forma desesperada un halo de luz en su maldita enfermedad y que, en esos momentos, recordase las noches de cine junto a mi padre.

Tal vez, esa era la esencia de la vida. En cada fracaso, en cada

atadura de pies y manos, en cada metedura de pata, ellos siempre han estado ahí y me han dado alas para luchar contra todas las adversidades. Estaba segura de que quizá tendría que sacar fuerzas de donde no las tenía, buscar en mi interior el recuerdo más profundo con ellos y utilizar eso para salir de ese agujero junto a mi madre de una vez por todas.

Me vino a la mente el recuerdo de un viernes por la noche cuando yo apenas tendría quince años. Ese día hacíamos zapping porque no pudimos alquilar película alguna. Antonio, el propietario del videoclub García, que era nuestro principal proveedor, cerró porque tuvo un pequeño accidente doméstico.

De pronto, en la televisión apareció un atractivo americano rubio, vestido con un sombrero de cowboy que llamó la atención de mi padre. Como no había mejor opción, dejamos la película y así fue como *Cocodrilo Dundee en Los Ángeles* se convirtió en otra de nuestras favoritas. No sé si fue por las risas de los dos aquella noche, o porque la película no tenía nada que ver con las grandes superproducciones que solíamos ver, pero lo cierto era que, desde entonces, se convirtió en un ritual verla cada cierto tiempo.

Miré hacia ambos lados, pero era imposible poder vislumbrar algo. Solo había penumbra. Ningún haz de luz, ninguna sombra. Pensé en el tiempo que había estado inconsciente, en qué hora sería y, lo más importante, qué hacía semidesnuda.

Mi estómago rugía y mis piernas y mis brazos tiritaban de frío. En mi cabeza parecía tener un alfiler lanzando una serie de punzadas intensas y estaba sedienta. Llevaba todo el día sin comer y apenas me quedaban fuerzas.

La puerta se volvió a abrir y aquella luz que cinco minutos antes había desaparecido por la puerta volvió a aparecer.

Distinguí varios pasos, seguramente eran dos personas, y escuché un tintineo que me hizo ponerme más nerviosa.

La luz volvió a iluminar mi cuerpo y mi piel pálida brillaba en aquella oscuridad.

Un plato de comida se cruzó bajo el haz que me cegaba. Al ver lo que había en él, empecé a producir tanta saliva que mi boca no era capaz de deshacerse de ella. Era un plato blanco con el borde azul, y justo en el centro había una hamburguesa con queso, de la misma cadena de comida rápida en la que estuve con David. No supe cómo tomarme aquello. Tal vez los remordimientos le pesasen como una losa y estaba buscando, con una simple hamburguesa, mi compasión.

La luz seguía iluminándome y, tras ella, un cuerpo se deslizó hacia mi derecha y comenzó a desatarme las manos.

Me fijé en su rostro. Barba de unos días, dentadura perfecta y flequillo rubio hacia un lado. No tendría más de treinta años.

Tras desatarme, me acaricié las muñecas como si la yema de mis dedos fuesen a curar aquellas marcas al deslizarse por los surcos de la piel.

—Come. Estarás hambrienta —dijo alguien.

No hizo falta escuchar nada más. Aquella voz estaba alojada en mí y me producía náuseas. La escuché días antes diciéndome "*te quiero*", "*voy a estar siempre contigo",* "*he pensado en ti*" y un sinfín de artimañas que usualmente hombres rastreros, míseros y canallas usan para conquistar a las mujeres; yo, tonta de mí, caí en la trampa.

Agarré la hamburguesa con las dos manos. El queso resbalaba por mi antebrazo y casi me llegaba al codo. Le di un mordisco como si aquello fuese lo único que me unía a la vida.

—¿Dónde está mi madre?

Se hizo un silencio incómodo y me temí lo peor. La luz se movió hacia abajo y cayó al suelo. La cara de David se iluminó de la misma manera que lo hacía el monitor del campamento de verano cuando era una niña para contarme historias de miedo.

—Come y descansa. Pronto todo habrá pasado.

De repente, fuera, escuché un ruido.

Capítulo 60

7 de diciembre de 2022

Las furgonetas que el G.O.E.S utiliza para sus operativos podrían pasar desapercibidas en cualquier parte del país. Nos cruzamos con vehículos de este tipo día a día. Las vemos en la ciudad, en los pueblos y en carretera. Eran furgonetas de las que suele utilizar un panadero, un albañil o un repartidor. La única diferencia es que dentro de ellas solo va un equipo de seis hombres atléticos envueltos en armas y balas.

La furgoneta se detuvo en la esquina de la calle. Debido a la estrechez de la vía, el inspector Moreno vio inviable saltar en la misma puerta como suelen hacerlo en la mayoría de las operaciones.

Gonzalo ocupaba asiento en otro vehículo de similares características que se estacionó justo detrás del equipo de asalto.

Desenfundó su arma y comprobó que todo estaba correcto. El seguro puesto y la bala en la recámara. Se ajustó el chaleco antibalas, se puso encima un abrigo azul marino para disimularlo y se colocó un gorro, justo después de ajustarse el auricular de la radio a su oreja derecha.

Repasó mentalmente la reunión en la Jefatura con el inspector Moreno, la posibilidad de que la madre de Carmen estuviese retenida por David y que esto hubiese provocado que la chica escapase del hotel. Era primordial evitar el fuego cruzado, por lo que aquella intervención tenía cierto riesgo.

En la mayoría de las ocasiones, los trabajos del G.O.E.S consistían en la entrada del domicilio del delincuente, donde se encontraba este, ya fuese en solitario, con algunos de sus hombres o con su familia. *En sus quince años de carrera, nunca había encontrado a ningún sujeto que repeliese a la policía con disparos estando su familia en la vivienda*, dijo Moreno.

Pero este caso era diferente. Los indicios apuntaban a que en aquel edificio dos mujeres estaban siendo retenidas y eso daba un grado más de complejidad al operativo.

Gonzalo abrió la puerta de la furgoneta y dio un pequeño salto. Se cerró tras él y caminó por la calle solitaria. Pasó junto a la furgoneta del G.O.E.S y parecía estar desierta. No tenía ventanas, pero, a simple vista, no parecía haber nadie en el interior.

Giró la esquina. El asfalto estaba mojado y el frío le helaba la pequeña porción de rostro que tenía descubierta. La humedad en el ambiente era palpable, con una espesa niebla que se cernía sobre su cabeza.

Se detuvo a escasos veinte metros del domicilio de David, echó su espalda sobre una pared de un portal cercano y aguardó durante dos minutos. La puerta del bloque estaba abierta. Un pequeño tapón de botella, puesto adrede por un policía tras usar una ganzúa momentos antes, impedía el cierre total.

Se imaginó al inspector Moreno en la furgoneta, dando las últimas indicaciones a sus hombres en voz baja, imperceptibles para cualquier peatón. Aquellos hombres tenían la capacidad de mimetizarse entre las sombras, ser rápidos y efectivos, un equipo táctico con un espíritu de fraternidad grabado a fuego en cada uno de ellos.

Gonzalo miró hacia ambos lados de la calle y se cercioró de que nadie la transitaba. Miró hacia los balcones próximos, que se encontraban desiertos, y aprovechó para alzar la vista al cielo morado cubierto de niebla y suspirar.

Apretó con nervios el botón de la emisora, cuyo auricular ascendía por su cuello hasta su oreja.

—Zona despejada. Luz verde.

La puerta de la furgoneta se abrió como si fuera un camión militar. Los seis hombres pusieron sus pies sobre la acera y comenzaron a correr. El chasquido de las botas militares contra el asfalto mojado sonaba casi al unísono.

El inspector Moreno encabezaba el grupo de operaciones portando un fusil HK G36 entre las manos. Tras él, dos de sus hombres cargaban con un gran ariete capaz de echar abajo cualquier puerta por muy dura que fuese. Los tres hombres restantes que completaban el equipo apretaban con fuerza sus fusiles HK MP5. Todos ellos tenían en su funda de pernera una pistola USP Compact.

Tras desfilar frente a él, Gonzalo se sumó a aquella pequeña procesión de hombres armados. El inspector Moreno empujó con suavidad una gran puerta de madera robusta para que todo su equipo entrase en el edificio.

—Inspector Díaz, espere aquí. Le avisaré por radio cuando hayamos terminado el operativo.

Gonzalo asintió y se quedó en el portal de aquel edificio. García se sumó a él junto con dos hombres uniformados que se iban a encargar de custodiar la entrada al domicilio de David.

A pesar de que el G.O.E.S estaba ascendiendo por las escaleras, los pasos eran sigilosos y apenas podían percibirse.

Un momento después, se hizo el silencio. Gonzalo contuvo su respiración y pareció que el mundo se paraba. Los segunderos del reloj tal vez lo habían hecho. No había zumbido de grillos, sirenas en la madrugada ni ruidos molestos del camión de la basura. Por un momento, parecía que no existía ni siquiera oxígeno. Era un vacío casi tétrico.

El gran estruendo del ariete golpeando en la puerta de madera hizo que el tiempo volviese a continuar.

—¡Policía! —se escuchaba desde la planta superior.

Los golpes tenían más exactitud que un metrónomo. El inspector podía escuchar cómo los agentes del G.O.E.S se sincronizaban para golpear con el pesado ariete a la vez.

—Un, dos, tres...

Y los estruendos hacían temblar el edificio.

Tras seis o siete golpes, las voces de los agentes se mezclaban entre el hueco de las escaleras y la propia radio.

—¡Policía!

—¡Manos arriba!

—¿Hay alguien más en el edificio?

Las piernas de Gonzalo comenzaron a bailar presa de los nervios y la tensión del momento. Miró a García, que inclinó su mirada hacia abajo y arrugaba su labio inferior con su pulgar y su índice.

Era difícil imaginar qué se habrían encontrado allí los agentes. Si Carmen estaba bien, si se habrían topado con algún cadáver o si David había conseguido escapar.

—Inspector Díaz, tenemos a la chica y a dos detenidos. Pueden subir —escuchó Gonzalo en su pinganillo.

Hizo un ademán con la cabeza a su compañero y ascendieron por las escaleras del edificio. García pulsó el interruptor de la luz y Gonzalo observó aquel lugar. Le costaba imaginar que el edificio estuviese en pleno centro de Sevilla, pues por dentro era muy moderno y lujoso.

Las escaleras de mármol beige soportaban una barandilla de acero inoxidable que ascendía hacia el domicilio. Al llegar a la puerta de la vivienda, los agentes pudieron vislumbrar los restos de lo que parecía una gran puerta de color negro cuyos trozos de madera aún colgaban de las bisagras. Un trozo de marco se balanceaba de la puerta, y tuvieron que bajar la cabeza para no golpearse.

El inspector Moreno salió a su paso con cara de preocupación.

—¿Todo bien? —se interesó Gonzalo.

El jefe del G.O.E.S asintió. Sus labios estaban tan apretados que su barba parecía un trapo oxidado que le colgaba a diez centímetros de su barbilla.

—No ha habido ningún contratiempo —dijo el agente—. Los hemos encontrado en la habitación principal. Estaban los tres desnudos. Es posible que hayan abusado de ella.

El inspector cruzó un amplio salón con suelo de color madera. A su derecha, se alzaba una escalera de metal con peldaños del mismo material. A su izquierda, un gran ventanal mostraba una amplia terraza donde la luz azul de la piscina contrastaba con el color morado

de la niebla.

El agente Moreno extendió su musculoso brazo hacia la escalera y Gonzalo ascendió. Conforme subía y tenía visión de la estancia que tenía frente a él, pudo vislumbrar las sábanas arrugadas de la cama. Uno de los agentes aguardaba bajo el umbral de la habitación.

—Los hemos separado. Uno de los sospechosos está en el baño y el otro en aquella habitación.

Gonzalo asintió y se giró hacia García.

—Ocúpate de los sospechosos y yo de la chica —ordenó.

Continuó hacia la habitación y caminó a escasos centímetros del metro noventa y cinco del agente del G.O.E.S. Al entrar, pudo comprobar que el lujo seguía presente en cada rincón del domicilio de David. No era muy difícil preguntarse de dónde salía aquel dinero, puesto que el inspector ya se había topado con delincuentes de su calaña. Criminales del mercado negro sin escrúpulos ni conciencia histórica cuyo afán no era otro que llenarse los bolsillos.

En el lado opuesto, Carmen se encontraba de cara a la pared, sentada en la cama. Su espalda desnuda se mostraba donde la sábana blanca no la tapaba. Su pelo rizado cubría su cara y caía sobre ella como una cascada de estrechos y retorcidos tirabuzones.

Gonzalo se aproximó a ella. Entendió que estaría asustada, pues el sonido de sus sollozos fue percibido por el inspector nada más subir la escalera. Se temió lo peor y, para consolarla, puso su mano sobre el hombro de ella y la joven alzó su vista con los ojos inundados en lágrimas. En ese momento, el agente sintió una pequeña punzada en el corazón y un escalofrío le recorrió su cuerpo hasta los pies.

Aquella joven no era Carmen.

Capítulo 61

A pesar de tener unos siete u ocho años, mi madre me hacía ver del esfuerzo de mi abuelo. Conducir durante una hora y algo hacia Sevilla y coordinar el departamento de ventas de la fábrica de Coca-Cola tenía su complejidad. Todo ello era para que tuviésemos unas vacaciones que nosotros no nos podíamos permitir. Por eso, cada lunes, cuando de madrugada escuchaba el motor del coche y el sonido de las ruedas por la grava, sabía que mi abuelo se marchaba a trabajar.

Aquel sonido me hizo volver a mi infancia y poder obviar por un momento que seguía atada de pies y de manos. No sabía cuánto tiempo llevaba secuestrada, no tenía noticias de mi madre y ni siquiera sabía dónde estaba. Los pequeños destellos de la linterna del móvil de David no me habían permitido ver la estancia con claridad.

Ellos me dejaron la hamburguesa con queso y se marcharon. Esta vez, habían dejado la puerta abierta y, tras ella, un halo de luz recorría una escalera y llegaba hasta abajo. Supuse en ese momento que me encontraba en un sótano, pero aquel pequeño rayo de luz no me permitía ver nada más a mi alrededor.

Los pasos volvieron a sonar y la linterna volvió a recorrer las escaleras hacia a mí, como si fuese un tren a punto de atropellarme.

—Espero que tengas ganas de ayudarme —dijo la voz de David.

Sacó de su bolsillo la navaja y la hoja afilada me deslumbró con la luz de la linterna. Sus manos finas apretaban con fuerza el mango y la colocó entre el pequeño espacio que había bajo mi muñeca y el reposabrazos de la silla.

—¿Por qué estoy en ropa interior? —le pregunté mientras rompía la cinta americana de muñecas y pies.

David se echó a reír. Estaba agachado rompiendo la cinta adherida a mi tobillo derecho, que se le resistía, y alzó su vista hacia a mí. Su rostro maquiavélico volvió a dibujarse gracias al efecto de la luz de la linterna que descansaba en el suelo.

—Me has demostrado que no me puedo fiar de ti. Te di una oportunidad de mejorar tu vida. Te ofrecí un trato justo y lo desaprovechaste.

Tiró con decisión de mi brazo para levantarme y me agarró a la altura del codo. En ese momento, unas grandes lámparas que colgaban del techo se iluminaron por completo y pude contemplar aquella estancia.

Cerca de la puerta que momentos antes había cruzado David, había unos barriles de vino apilados en forma de pirámide. A escasos centímetros, otra fila ascendía por la pared para perderse por un

pasillo que no alcanzaba a ver. Este estaba decorado con un pequeño arco de ladrillo visto. A su derecha, una ventana en la parte superior de la pared hacía de tragaluz. Bajo ella, una puerta de madera permanecía cerrada, y una mesa de un metro de ancho por tres de largo, junto a seis sillas, ocupaba la parte central de la estancia. Justo detrás de la mesa, había una pequeña cocina americana y, al final de ella, una chimenea.

—¿Hay luz? —preguntó una voz desde arriba.

—Sí, por fin has conseguido arreglarla. Ahora necesito que bajes, tienes que echarme una mano.

Unos pasos volvieron a sonar y, diez segundos después, apareció el joven de antes. La luz de la sala me permitió verlo con más detalle. Tenía unos diez centímetros de estatura menos que David, pero la camiseta gris que portaba se ajustaba a sus músculos con mejor estilo.

—Era un fusible. Estaba quemado —informó el joven.

David me sentó en una de las sillas de madera y tomó la de mi izquierda. Sobre la mesa, colocó la carta de Colón.

—Es hora de colaborar. Por las buenas o por las malas —dijo David.

Observé la carta. Por un momento, los últimos sucesos en torno a ese maldito legajo se agolparon en mi cabeza: el día que la tuve en mis manos por primera vez, mi tesis doctoral, el rostro de David, la traición a la historia de España, el robo de la carta y, por último, mi madre.

—Aún no me has explicado qué hago en ropa interior —repetí intentando ganar tiempo.

—Has colaborado con la policía. Tenía que asegurarme de que no tenías ningún micrófono. Pero puedes estar tranquila, no te hemos hecho nada. Te tuvimos que dormir como medida de seguridad.

Mi labio derecho se elevó mostrando un gesto repugnante hacia él.

—¿Y mi madre?

—Tu madre está bien —dijo sin más dilación.

—Quiero verla.

David clavó sus ojos en los míos y aguardó unos segundos. Después, salió de la habitación y ascendió por las escaleras. Una pequeña carcajada espontánea me salió del interior.

El otro joven se aproximó a mí y tomó el asiento que había ocupado momentos antes su compañero.

Me observaba en silencio y poco a poco se acercaba a mí.

—Es curioso, me ha contado lo inteligente y astuta que eres, todo lo que sabes de historia y que haces muy bien el trabajo; pero nunca me ha dicho que eras un bombón.

Hablaba español con dificultad y su acento parecía de algún país del este. Su mano delgada empezó a acariciar mi rodilla y ascender por mi pierna a escasos centímetros de mis braguitas.

Zas. El sonido de mi mano golpeando su cara pareció hacer vibrar los barriles de vino que se encontraban apilados a unos cinco metros de mí. Me fijé en él. Tenía una mano dibujada en su mejilla y reía a carcajadas.

—¡Vaya! ¡Además de inteligente eres una zorra con genio!

El joven cogió la cinta americana y me volvió a maniatar. Esta vez, a la silla que ocupaba en ese momento. Dejó las tijeras sobre la mesa y las señaló.

—Si te portas bien y eres una niña buena, volveré a desatarte.

Los pasos de David hicieron al joven ponerse de pie a la vez que se tocaba la cara. Miraba ansiosa hacia la escalera con ganas de ver a mi madre, pero fue en vano. David traía consigo un pequeño dossier y un libro tamaño folio con anillas.

Se detuvo frente a mí y soltó desde unos centímetros de altura los documentos.

—Te traigo una sorpresa. La otra carta de Colón y… tu tesis doctoral.

Tomó asiento de nuevo. Me quedé impresionada al ver mi trabajo universitario sobre aquella mesa. Estaba claro que David era todo un profesional.

Giró su vista hacia mí y resopló hastiado.

—No me hagas perder el tiempo. Tengo mucho trabajo por delante.

Lo miré con cierta indiferencia. Sabía lo que buscaba.

—Según tu tesis, Colón no fue el primero en descubrir América, sino que unos marineros españoles estuvieron allí por casualidad. Ellos arribaron a las Islas Madeira y, uno de ellos, antes de morir, dio a Colón la ubicación de un gran tesoro del que tuvieron que deshacerse. Dices que en las cartas está la ubicación y, como comprenderás, me gustaría saberlo.

Seguí mirando las misivas intentando ganar tiempo. Me fijé en la carta que lamentablemente no había tenido el privilegio de estudiar, la que pertenecía a la casa de Palma.

—Quiero ver a mi madre —repetí con cierto genio.

—La verás cuando me cuentes lo que te pido.

—No diré nada hasta que vea a mi madre.

David dio un salto y acercó su cara a escasos centímetros de la mía.

—No me hagas perder la paciencia.

—No te diré nada.

Alcé la vista desafiante y mi valentía me hizo intentar ponerme de pie, pero recordé que estaba atada. David se alejó unos centímetros de mí y lanzó su puño contra mi rostro. Las gotas de sangre salpicaron la mesa. Algunas cayeron sobre las cartas y la tesis. Miré inmóvil hacia abajo. El sonido de un arma cargándose me hizo sentir un escalofrío, y David puso una pistola sobre mi cabeza presionándola para que me

sentara.

—¿Sabes una cosa? Te diría que no estás en condiciones de exigir, que mejor haces lo que te pido y después verás a tu madre, que aquí las normas las pongo yo. También te podría decir que, si no me ayudas con esto, te pegaré un tiro, pero eres terca e inteligente. Así que te voy a dejar con Yakiv, a ver si con él sueltas más la lengua.

Capítulo 62

7 de diciembre de 2022

Gonzalo caminaba en el pequeño espacio que quedaba en la habitación principal, justo al lado de la cama. La chica lo observaba incrédula a la vez que sus lágrimas caían por su mejilla.

—¿Qué hacíais aquí? —preguntó el inspector.

La chica se mostraba asustada. El rímel y las lágrimas se habían mezclado y caían por su rostro como si fuesen una pequeña carretera.

—Agente, yo no sé nada. No conozco mucho a esos dos señores. No sé por qué han entrado así.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

La joven tomó aire y se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Soy de Madrid. Hace unas semanas decidí meterme en el mundo del cine adulto y contacté con Johnny.

—¿Quién es Johnny? —preguntó Gonzalo.

—El hombre calvo con barba.

El inspector asintió. No había tenido oportunidad de ver a los otros sospechosos aún, pero atendió a los detalles de la explicación de la chica.

—Me citó aquí en Sevilla y esta tarde llegué para hacer la prueba. Estuvimos rodando a última hora de la tarde con el otro chico, que también es actor y, para terminar la tarde, Johnny me propuso unirse a la fiesta. Pero les puedo prometer que yo no tengo nada que ver con lo que estén buscando. Soy inocente.

La joven comenzó de nuevo a llorar. El inspector estaba tan cabreado que caminó hacia la puerta de la habitación sin consolarla. Cruzó el pasillo y entró en el baño. Allí, un agente del G.O.E.S custodiaba a un hombre calvo con barba que estaba esposado y de rodillas frente al lavabo.

Gonzalo le hizo un gesto al agente y este giró al detenido hacia el inspector. Tenía los ojos pequeños y oscuros, y no debería de sobrepasar los cuarenta y cinco años.

Otro compañero entró en el baño y extendió la documentación de los detenidos y la chica al inspector.

—Johnny, ¿verdad?

—Sí. Agente, ya se lo he dicho a sus compañeros. No hemos hecho nada ilegal. La chica es mayor de edad. Tanto ella como le chico tienen un certificado médico y todo está en regla.

—¿Qué estaban haciendo en este domicilio?

—Lo alquilé. Llegué aquí ayer para preparar el rodaje para hoy.

—¿A quién se lo alquiló?

—Lo vi en una web de alquiler de apartamentos y pisos de lujo.

Gonzalo comprobaba la documentación del sospechoso. Juan Alcalá Muñiz, nacido en 1980 y con domicilio en Sevilla. Nada parecía activar la alarma interior del inspector.

García entró en el baño y le hizo un gesto para que saliese al pasillo.

—Jefe, según le habrá comentado el sospechoso que está en el baño, alquiló este domicilio en una plataforma de alquileres. He hecho las gestiones necesarias y, al parecer, tiene razón. La casa pertenece a una mujer de sesenta años que vive a tres calles de aquí. Quizá ese tal David haya hecho lo mismo y utilizó este lugar tras alquilarlo.

El inspector descansó su cuerpo contra la pared. Puso sus manos en la cintura a modo de jarra a medida que la indignación se apoderaba de él.

—Hemos hecho el idiota. Estamos como al principio. ¿Qué vamos a hacer? Tenemos a unos cazatesoros que retienen a una chica y a su madre en algún lugar de esta ciudad de más de medio millón de habitantes.

García guardó silencio sin saber qué decir. En esos casos donde la investigación queda en un punto muerto, lo mejor era no decir nada.

Era frustrante llegar a ese punto, pensó el inspector. Sentirse cerca de la resolución del caso, poder dar carpetazo y seguir con otro con la satisfacción de un trabajo bien hecho era una de las mejores sensaciones que podía recibir en su trabajo. Pero hoy no era así. Aún no había aprendido a convivir con sus frustraciones laborales que, a lo largo de su vida profesional, no habían sido pocas. La perfección y la autoexigencia tenían sus sombras, y una de ellas era que iban ligadas de la mano con la frustración.

Bajó la escalera y salió a la terraza, desde donde pudo ver la Giralda. Comenzaba a amanecer, pero las luces de la ciudad seguían iluminando las calles. El día se iba abriendo y la niebla se disipaba como humo.

¿Dónde estás, Carmen?, se preguntó.

El teléfono de Gonzalo sonó y la voz dulce de Smith se escuchó al otro lado.

—Jefe, tengo novedades. He podido triangular el teléfono de Carmen y su señal se perdió en la Carretera Mairena del Alcor-Torreblanca, concretamente en el kilómetro 4.

—¿Crees que se han podido deshacer del móvil? —se interesó el inspector.

—Es la mayor de las probabilidades, jefe.

—Manda a una patrulla. Quizás lo encuentren y nos dé alguna pista sobre la chica.

—No es necesario, inspector. Científica acaba de remitir los

resultados y el billete de cincuenta euros contenía huellas de varias personas; una de ellas era Víctor Escudero, detenido cuando tenía dieciséis años por robar en un bazar chino. He cotejado los datos y su rostro corresponde con David.

—¿Quieres decir que David se llama en realidad Víctor Escudero?

—Afirmativo. Pero hay algo más. Posee una empresa de compra y venta de arte y su domicilio se encuentra en esa carretera. Justo en el kilómetro 0. Unos metros antes de la entrada al pueblo de Mairena del Alcor. Así que, es muy probable que…

—…la chica pueda estar allí —concluyó el inspector.

Gonzalo colgó el teléfono y su mirada volvió a perderse en la inmensidad del horizonte sevillano.

Voy a encontrarte, se dijo a sí mismo.

García salió a la terraza y el inspector se giró hacia él.

—Busca a Moreno. Que su equipo esté preparado para el operativo final. Sé dónde está la chica. En veinte minutos tenemos que estar allí. Es una orden.

Capítulo 63

Jamás pensé que mi vida podría acabar así. Había pasado por todo: desamores, deudas, infelicidad, muerte, soledad. Creía que aquellas adversidades me habían servido para hacerme fuerte, para fraguarme y hacerme una mujer dura como un muro de hormigón, para prepararme para esta contienda tan dolorosa que es la vida.

Todos esas situaciones en las que me sentí fuerte se esfumaron en el momento en que el mísero y asqueroso de Yakiv me puso la mano encima.

David se fue y apagó la luz. Supongo que no quería ver las atrocidades que Yakiv iba a cometer conmigo en el caso de que bajase de nuevo y su compañero no hubiese acabado la faena. Intenté luchar, pero fue en vano. Yakiv me desató para poder ponerme contra la mesa. Me levantó con fuerza de la silla y me agarró con sus manos, apretando fuerte mis brazos. Soltó durante unos segundos mi brazo derecho para bajarme las bragas y aproveché para lanzarle un puñetazo, a lo que él reacciono con más violencia. Me empujó contra la mesa y me tiró del pelo para después aplastarme la cabeza contra la dura madera. Lo hizo varias veces, pero en la segunda dejé de contar y me quedé aturdida sobre ella. Tal vez, lo mejor de aquellos golpes es que apenas sentí su penetración al principio. Fue como si las lágrimas que caían desde mis ojos y recorrían mi mejilla derecha, que estaba apoyada en la mesa, me hubiesen hecho más insensible. Yakiv me embestía y yo me dejaba llevar por el movimiento, como si no pudiese hacerme más daño, como si no fuese a mí a la que le estaba haciendo aquel horror.

Me cogió de las manos y las apoyó sobre la mesa, sujetándolas con las suyas. Aún me dolían las muñecas. Se inclinó hacia adelante, echando parte de su cuerpo sobre mi espalda y lamiéndome la oreja derecha.

—¿Te gusta, zorra?

Me cogió del pelo y estiró hacia él, momento que aprovechó para tirar fuerte de mi sujetador y sacarme el pecho fuera.

—¿Sabes? Podríamos hacer esto siempre que quieras. A tu amigo solo le interesas por lo que sabes. Las cartas, los tesoros y toda esa mierda. A mí me interesas porque eres una chica muy guapa.

Las cartas y los tesoros, pensé. Cada uno por un interés, pero los dos eran igual de rastreros y querían hacerme daño.

De repente, un pensamiento me iluminó en aquel momento en el que tocaba fondo. Fue como el chute de adrenalina necesario que bombea sangre a tu cuerpo y te hace salir de situaciones de peligro solo que, en este caso, la adrenalina me subió hasta el cerebro en

forma de idea.

Las tijeras que dejé sobre la mesa, pensé.

Intenté palpar con las manos todos los rincones de la superficie. Sentía cómo la sangre me recorría la cara e intenté hacer un mapa mental de dónde estaban los documentos para no contaminarlos más de lo que ya lo había hecho.

Localicé uno de los legajos con mi mano derecha, seguí palpando con mi mano izquierda y di con el otro. Aproveché una de las embestidas de Yakiv para lanzarlos al otro lado de la mesa de forma disimulada. Después, di con la tesis, que era más voluminosa, y sobre ella encontré las tijeras.

Las agarré con fuerza e intenté girarme, pero él me presionaba los hombros para seguir con su momento de maldito placer.

—Quiero cambiar de postura —le dije.

Aquellas palabras se me clavaron en el alma. Por un momento tuve que hacerle ver que aquello me gustaba, cuando lo único que deseaba era verlo muerto.

El sonido de las lámparas encendiéndose me dejó poco margen de reacción. Posé rápidamente las tijeras sobre la mesa, bajo mi espalda, y miré a Yakiv a los ojos.

Eran unos ojos claros, en ellos solo veía odio y lujuria. Ningún atisbo de remordimiento. Resultaba curioso que el hombre que me estaba violando fuese frío. En su rostro no se podía vislumbrar la esperanza, tan solo un vacío.

David bajó las escaleras y se quedó junto a la puerta.

—¿Aún no habéis acabado vuestra fiesta?

Me cubrí mis pechos y mi pubis. Sentía asco de mí misma y de aquellos dos. Una ducha no iba a hacerme olvidar el infierno que estaba viviendo, pero sentía que la necesitaba.

—Veo que lo estáis pasando bien. Ya te dije que era muy buena, Yakiv —dijo riendo—. Os dejo, bajaré más tarde. Pasadlo bien.

Aquella sonrisa me provocaba náuseas. Tal vez ese era uno de los problemas de la sociedad, que las mujeres que dan rienda suelta a su deseo sexual eran unas golfas. Que los hombres presumían de su virilidad y de sus triunfos sexuales en función de cómo era de caliente su elegida aquella noche. De lo que no solían presumir, por cierto, era de las veces que fracasaban estrepitosamente cuando el exceso de deseo se esfumaba de forma muy prematura.

Yakiv me miraba. No sabía si en sus ojos había deseo, pues no percibía ningún resquicio humano. Intenté mantener la compostura y no dejarme llevar por las lágrimas de un corazón y una dignidad heridos de muerte y actué con naturalidad.

La luz se apagó y volví a las tinieblas. Me cogió de la cintura con fuerza y me subió a la mesa de un movimiento.

—Ábrete de piernas —me ordenó.

En ese momento, hice caso a su orden y las abrí. Me recliné hacia atrás y mi mano izquierda palpó las tijeras; las agarré con fuerza.

Capítulo 64

8 de diciembre de 2022

Amanecía al otro lado del cristal de la furgoneta. Las antenas de las casas viejas apuntaban hacia la misma dirección y se elevaban varios metros sobre los tejados. Parecían ser girasoles metálicos buscando su sol. Las paredes de la mayoría de las casas estaban desconchadas, y el moho y algunas malas hierbas crecían en ellas. Los coches ocupaban la acera de las calles colindantes. Coches amarillos, rojos y negros; cristales oscuros, llantas brillantes y alerones antiestéticos. Era parte de la idiosincrasia de un barrio como Torreblanca, golpeado por la precariedad, el paro, la delincuencia y el narcotráfico.

La carretera que unía el barrio sevillano de Torreblanca con Mairena del Alcor era una nacional de dos sentidos que trascurría entre una gran llanura donde se erguían asiladas grandes fincas. Toreros, cantantes y miembros de la aristocracia habían tenido por aquella zona su lugar de retiro.

Las casas bajas fueron desapareciendo de la vista del inspector y los pequeños baches comenzaban a hacerse notar en la estabilidad del vehículo policial.

—Inspector, hemos recibido el plano del lugar del operativo —informó el jefe del G.O.E.S por la radio.

Gonzalo dejó descansar su cabeza en el cristal. El cansancio y la falta de sueño se hacía notar en su cuerpo. Pensó en Vero, sentía la necesidad de pasar tiempo con ella. Se la imaginó durmiendo plácidamente a menos de una hora de que su despertador sonase para volver al colegio.

La investigación le había absorbido tanta energía que no tuvo tiempo de pensar en ella, de escribirle un mensaje. La declaración de Carmen, el operativo del hotel y la incursión en aquel piso del barrio de Santa Cruz fueron un cúmulo de sucesos frenéticos en los que la presión y concentración no lo habían dejado pensar en nada más.

Eso no quería decir que las mariposas en su estómago se hubiesen ido. Tampoco que no fuese consciente de que el amor por su trabajo le limitaba su vida social y amorosa. Quizá, más que limitarlas, las anulaba.

Desde hace años se dedicaba a decirse a sí mismo que aquella falta de tiempo iba en el propio sueldo, pero lo cierto es que estaba cansado de esa situación.

Estaba claro que la principal motivación que usaba el inspector era la propia vocación. El privilegio de ayudar al que más lo necesitaba, de limpiar las calles de sucios delincuentes y jugar al gato y al ratón

con muchos de ellos.

Pero la situación había cambiado. La balanza imaginaria que Gonzalo podía ver en su mente comenzaba a pender hacia el lado opuesto a su trabajo, que no era otra cosa que vivir.

Intentó concentrarse de nuevo en el operativo. Pensó en aquel lugar en el que iban a irrumpir y cruzó los dedos por encontrar a Carmen y a su madre sanas y salvas. También esperaba recuperar las cartas de Colón, pero lo primordial era evitar daños humanos. Si las cartas desapareciesen, sería una pérdida irreparable para el patrimonio histórico y cultural del país, pero mucho menos importante que una pérdida humana.

Por otro lado, su nerviosismo e inquietud por esos mensajes recibidos le hacía plantearse una serie de dudas: ¿Qué tendrá que ver David o, mejor dicho, Víctor, con el caso de su amigo Valerio? ¿Tendrá relación Víctor con el profesor Luis Villalba?

Fuesen cuales fuesen las respuestas, Gonzalo sintió que estaba a solo unos kilómetros de ellas.

—Inspector, a unos trecientos metros de la finca hay una pequeña explanada a la izquierda. Sirve de entrada a un hostal de carretera. Vamos a detenernos ahí para dar las últimas indicaciones. Llegaremos en breve.

La voz del inspector Moreno dejó de oírse al otro lado de la radio. Un minuto después, la furgoneta del G.O.E.S se apartó en el margen izquierdo de la carretera, junto a un muro. El vehículo en el que iban Gonzalo y García hizo lo mismo.

El inspector bajó de la furgoneta y caminó junto a la otra. La gran puerta corredera se abrió y subió a ella. Dentro, los miembros del G.O.E.S se colocaban el pasamontañas que usaban bajo su casco. Sobre el asiento, una tablet mostraba el recinto que iban a asaltar en unos minutos.

—Creo que lo mejor es proceder tal y como hemos hecho en el anterior domicilio —dijo Moreno.

—Sí, voy a caminar cerca de la puerta y echaré un vistazo. Según he podido ver a través del Google Street, la finca está rodeada por unos setos de dos metros de alto y una puerta de hierro.

—Sí, así es. Es primordial cerciorarse de que no existen cámaras de seguridad perimetrales. Una vez que nos confirmes esto, nosotros nos encargaremos del acceso a la finca.

Gonzalo asintió y se puso en marcha. El amanecer había culminado con una mañana gris que amenazaba tormenta.

Caminó por el margen de la carretera y se echó el gorro de pelo de su abrigo sobre el rostro. No tardó mucho en ver los setos alineados de la finca. Estaban plantados sobre un pequeño muro de unos treinta centímetros, amarillo, decorado con ladrillo visto. Incrustada en

aquellos setos, como si fuese una tirita en una herida, una verja de color negro se mimetizaba entre los frondosos árboles perfectamente cortados.

El inspector llegó a la puerta y pasó por delante de esta, despacio, pero sin detenerse. No había que llamar la atención.

Pudo contemplar brevemente la enorme casa que se alzaba al otro lado de la valla. Tenía un estilo regionalista. Dos torres cuadradas de alzaban en la fachada principal, y la entrada consistía en una puerta de madera bajo un gran soportal decorado con un arco y una vidriera de forma circular.

Frente al edificio, había un jardín dividido en cuatro partes con una pequeña fuente en el centro, por la que los vehículos pasaban para llegar a la casa. El jardín estaba envuelto por un inmenso césped cuidadosamente cortado y del que nacían flores y palmeras. Sin lugar a dudas, aquel lugar estaba construido con un gusto exquisito.

Cruzó por delante de las dos puertas y continuó su camino. Se detuvo a unos metros y alzó su vista hacia la parte alta de los setos. No vislumbró ninguna cámara.

—No hay pájaros en la colina —informó.

El sonido de un motor poniéndose en marcha se escuchó a lo lejos. La furgoneta aceleró con fuerza y cruzó la carretera, continuó unos metros sobre ella y la abandonó, colocándose pegada al seto que servía como muro natural de la finca. Seis segundos antes de parar, la puerta de la furgoneta se abrió.

El tiempo es oro, pensó el inspector.

Los seis miembros del G.O.E.S se apearon armados del vehículo. Dos de ellos salieron de la parte trasera con una escalera metálica que le extendieron a dos compañeros que habían escalado hasta la parte superior de la furgoneta. Estos deslizaron la escalera por la parte interior de la finca y comenzaron a bajar por ella. La otra furgoneta se situó detrás.

García caminaba hacia Gonzalo con la tensión y los nervios palpables en su rostro.

—¿Vamos a entrar? —preguntó.

—Sí. Es hora de acabar con esto de una vez por todas.

Los dos agentes esperaron unos segundos la incursión del equipo táctico. Después, subieron por el capó de la furgoneta hasta el techo. El inspector volvió a sentir ese nudo en el estómago propio de la adrenalina que tanto odiaba. Desde esa altura, comprobó cómo el equipo del G.O.E.S estaba a punto de llegar a la puerta principal del edificio con el arete portado como si fuese un cañón dispuesto para la guerra.

Gonzalo miró a García y le hizo un ademán con la mano. Comenzaba a caer agua de forma muy tímida, y el frío era palpable en

el rostro del inspector.

Su compañero cruzó el seto poniendo un pie sobre la estructura metálica y se deslizó hacia abajo, posando los pies en el jardín para después sujetar la escalera.

Cuando Gonzalo puso un pie en ella, un estruendo casi lo hace perder el equilibrio. No supo si aquel sonido era un trueno o el golpe del ariete golpeando en la pared. Lo cierto fue que las voces de los miembros del G.O.E.S se perdían ya dentro del domicilio.

Capítulo 65

Siempre me sentí una valiente. Una mujer fuerte e independiente. Cuando mi padre murió, me vi con la responsabilidad y las fuerzas de echarme el peso de mi pequeña familia a la espalda. Trabajaba para mantener a mi madre y para poder salir de aquel agujero. Cuando ella enfermó, me propuse cuidarla hasta el final de los días y tenía que hacer malabares entre horas de visitas turísticas y citas médicas, pero nunca me importó en absoluto.

De hecho, aquella vida no me ponía triste ni me permitía dar pena. Es más, aquello me hacía sentirme realizada, fuerte, responsable y madura.

Pero aquellos autoconceptos se esfumaron como una nube de humo cuando conocí a David. Continué siendo valiente, pero no para sacar los dientes por mi familia y dar hasta el último aliento por cualquier mísero euro que podía conseguir, sino para entrar en el Archivo de Indias y satisfacer las necesidades económicas y la ambición de un desconocido. Tampoco fui valiente para clavarle las tijeras en el corazón a Yakiv y acabar con su maldita vida en el momento en que me violaba.

Sabía que tenía pocas opciones. No tenía noticias de mi madre y ya había traicionado a David colaborando con la policía. Creo que él sabía que, una vez acabado todo, no me podría dejar marchar. Quizás se divertirían un rato más conmigo, incluso a la vez, pero lo cierto es que sabía que, en su pistola, una bala tenía mi nombre. Mi destino estaba escrito.

Me incorporé hacia la mesa. Yakiv se había ido, no sin antes volver a maniatarme de nuevo y encender la luz.

Observé los dos legajos de las cartas de Colón. Ambos dirigidos a su hijo Diego. El que pertenecía al Archivo de Indias se encontraba a unos cincuenta centímetros de mí y el otro en el otro extremo de la mesa.

Usé mi torpe coordinación para dar pequeños saltos y moverme hacia ellos.

La carta del Archivo de Indias tenía los trazos del almirante. La otra, la perteneciente al Palacio de Dueñas, estaba boca abajo.

Intenté entrecerrar mis ojos enfocando hacia la carta que tanto había estudiado.

> Querido Diego:
>
> Estoy en Sevilla. Acabo de llegar de un viaje de las Indias y me encuentro en mi alcoba.
>
> Te escribo desde mi pobre escritorio bajo la luz de una vela, junto a los pies de mi cama. El viejo y rasgado cuaderno de

bitácora de mi último viaje me ha servido como leña para la chimenea. Cada vez me encuentro más viejo.

Como consejo, te digo que solo tú puedes disfrutar de ese grandísimo y valioso tesoro que es la juventud. Hay gente que la pierde y que, lamentablemente, jamás la encontrarán.

A veces me cuesta encontrarle un sentido a la vida cuando veo tantas injusticias.

Espero que se lo encuentres tú.

Eres una persona muy valiosa.

Te quiere, tu padre.
Cristóbal Colón

Me costó leer parte de esa carta. Las gotas secas de mi sangre campaban a sus anchas por el documento. Me sentí mal por haber contaminado de aquella manera una misiva con años de historia.

David entró en la sala con la pistola en la mano y una bolsa en la otra. Caminaba con aplomo hacia mí. En la parte superior de la pared, un pequeño tragaluz comenzaba a proyectar la luz del amanecer.

Cogió las tijeras y volvió a romper por enésima vez mis ataduras. Sacó de la bolsa mi ropa y me la lanzó a la cara.

—Vístete. Más te vale colaborar. Mi paciencia se está agotando.

Por un momento, deseé que David me encañonase y apretase el gatillo. Quería acabar con aquello de una vez por todas, con la traición, la miseria y los remordimientos de la forma que fuese.

Me terminé de abrochar el pantalón y volví a sentarme. Sentí cómo los ojos calientes de David se me clavaban en la nuca y cogí las cartas, decidida a colaborar.

—En mi tesis expuse la posibilidad de que Colón tuviese constancia del lugar donde el barco comandado por Alonso de Huelva se deshizo del botín expoliado a los indígenas americanos.

Me puse de pie y cogí la carta del Archivo de Indias. Le di la vuelta y me aproximé al pequeño tragaluz. Alcé el documento y, al igual que meses antes, pude ver el trazo de, lo que parecía una isla alargada. Tenía forma de “B”, pero la parte superior estaba incompleta, como si se hubiese borrado.

David se aproximó con cuidado, observando aquel descubrimiento.

—Maravilloso —me dijo—. Es un mapa. Un mapa de una isla. ¿Dónde está?

—No lo sé. Durante mi tesis me bebí todos los mapas cartógrafos de todo el mundo y no encontré ninguna isla con similitudes a esta.

David soltó una breve carcajada y sacó la pistola. Me encañonó y sus dientes brillantes mostraron una maquiavélica sonrisa. Inclinó su mirada y la ira empezó a dibujarse en su rostro.

—¿Crees que voy a creerte? ¿Dónde está esa isla? No te lo voy a repetir.

—No lo sé, de verdad. Te he dicho que no encontré ninguna de similares características. Necesito la otra carta para saber si el dibujo continúa en el otro documento.

David bajó su arma y se dirigió hacia la mesa. Me extendió rápidamente el legajo y lo puse bajo el tragaluz. La mañana le había comido terreno a la penumbra y en la parte posterior de la carta se dibujaba un trazo fino, casi imperceptible. Aquellas líneas claras eran muy diferentes a las otras.

Y, de pronto, un gran estruendo sonó. David me puso el frío cañón de su pistola en la cabeza.

Mi final se acerca, pensé.

Capítulo 66

8 de diciembre de 2022

La distancia entre el equipo del G.O.E.S y los agentes de la brigada de robos era de apenas unos treinta metros. La diferencia de peso a portar y de la cantidad de armas era mucho mayor. Gonzalo pudo ver desde la lejanía los destellos de las linternas tácticas de las HK G36 de los miembros de ese cuerpo de élite. García y el inspector ascendían por las escaleras desenfundando sus armas y pasando junto al ariete, que yacía en el suelo, abandonado, como si fuera un soldado herido de muerte en el campo de batalla.

Los miembros del G.O.E.S estaban en el recibidor de la enorme casa. Se dividieron en dos grupos de tres y peinaron la zona de abajo. Uno de los grupos se dirigió al ala izquierda, y el otro hacia la derecha. Se cubrían en fila de uno.

El recibidor de la casa medía unos cincuenta metros cuadrados. Tenía a uno de los lados un gran piano de cola y, frente a él, una zona con cuatro sofás colocados en torno a una mesa baja. Dos escaleras se erguían a ambos lados de él y, justo al final de ellas, una pequeña barandilla hacía de balcón interior.

Los agentes del G.O.E.S estaban a punto de subir por las escaleras cuando un disparo hizo que se agachasen sobresaltados. Miraron hacia ambos lados de la estancia, pero no vieron nada.

De pronto, otro disparo sonó y uno de los agentes, que se dirigía hacia la escalera derecha, cayó al suelo.

Los dos grupos se replegaron. El que contaba con el inspector Moreno a la cabeza se cubrió tras el piano, excepto el agente herido, que quedó tendido en el suelo.

El resto del equipo se refugió tras una puerta que había a escasos metros de la escalera izquierda.

Gonzalo vio desde allí cómo la bala atravesaba el brazo del agente y se puso a cubierto tras un sofá. Alzó su vista, pero no conseguía ver al responsable de los disparos. Aquella estancia era enorme y con muchos lugares donde el tirador pudiese estar oculto.

García aguardaba en la puerta y aprovechó el cese de los tiros para alcanzar la posición de Gonzalo. Los dos observaban al compañero herido, que se arrastraba para cubrirse tras otro de los sofás.

—Tenemos que sacarlo de aquí —dijo García.

El inspector asomó la cabeza y escuchó cómo una bala casi le peinaba el oído. Volvió a agacharse y por un lateral del sofá vio cómo el tirador se encontraba tras una columna en la planta superior, sobre el balcón.

—Está arriba —dijo a sus compañeros.

García miraba hacia el balcón y hacia el agente herido. Lo hizo varias veces, indeciso, hasta que de un salto se lanzó sobre su compañero del G.O.E.S y tiró de su pesado chaleco antibalas.

El tirador volvió a salir de detrás de la columna y el inspector Moreno se levantó y lanzó una ráfaga de metralla que alcanzó de lleno al tirador. Las balas impactaban sobre su cuerpo para después caer por encima de la barandilla hasta la segunda planta.

Los miembros del G.O.E.S observaban la situación. Estaban en mitad de una trinchera sin saber dónde estaba el enemigo. Cualquier atisbo de confianza podría ser como pisar una mina. Había que tomar decisiones rápidamente. Certeras, pero con la mayor brevedad posible. Los agentes no sabían si habría más gente en el domicilio y si les iban a recibir de la misma forma.

—Vamos a desplegarnos —ordenaba Moreno—. Equipo uno, ala derecha. Equipo dos, escalera izquierda.

No tardaron más de un minuto y medio, tal vez dos, en peinarlo todo.

—Despejada planta baja. —Escuchó decir por la radio.

El inspector se enfundó el arma a la vez que los agentes del G.O.E.S ascendían por ambas escaleras para terminar su trabajo. Se dirigió hacia el amplio salón cuya gran pantalla daba cuenta del lujo de ese lugar. Sobre el mueble, había una foto de Víctor junto con unos amigos bajo el puente de Triana.

Algo lo tranquilizó. No dudaba de que habían encontrado la casa de Víctor y, después de encontrarse con aquellos disparos de bienvenida, sabía que estaba cerca de él.

Atravesó el salón pasando junto a una barra americana para adentrarse en la cocina. Era de estilo nórdico y combinaba el gris y el blanco, con algunos muebles de madera. Iba a abandonar la estancia cuando se fijó en que uno de los muebles estaba un poco separado de la pared. Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando comprobó que, tras él, había una escalera que conducía a una planta inferior.

Gonzalo lo empujó sin dificultad y advirtió que tras un embellecedor inferior se ocultaban unas ruedas.

Sacó su pistola y se deslizó con cuidado, intentando no hacer ruido. Bajó por las escaleras de manera sigilosa. Paso a paso, sin prisa.

Al llegar al sótano, descubrió una puerta a su derecha que cruzó con sumo cuidado. Llegó a una especie de bodega y miró a ambos lados, pero su vista se fijó en la joven que se encontraba en la silla.

Su pelo rizado caía hacia atrás y sus ojos estaban cerrados. Había un charco de sangre en el suelo y el inspector se temió lo peor. Avanzó con pasos agigantados hacia ella sin darse cuenta de que, tras la puerta y alcanzando sus pasos, una pistola nueve milímetros lo

perseguía.

Capítulo 67

El parque de la Atalaya de Conil siempre fue uno de mis lugares favoritos. Se encontraba a unos trescientos metros de la arena de la playa, pero estaba construido en una altura imponente. El verde de su césped contrastaba con el azul del mar que se perdía en el horizonte. Era un balcón privilegiado, sin duda, en aquel pueblo de paredes encaladas que miraba al Atlántico.

Me encontraba tumbada sobre el césped. La humedad se cernía sobre mi espalda y los árboles majestuosos me proporcionaban una sombra y una temperatura agradable. Sobre mi pecho, mi perrita Hipa descansaba. Parpadeaba con aplomo y tenía la lengua fuera, señal inequívoca de que estaba relajada.

El parque estaba desierto y el sol lucía con fuerza. A mi derecha, por un pequeño camino de adoquines, mis padres caminaban hacia mí cogidos de la mano.

Se miraban y sonreían. Veía en sus ojos juventud, energía y ganas de vivir, pero, sobre todo, mucho amor.

Se sentaron a mi lado y me abrazaron a la vez. Era una situación reconfortante. Disfruté de ese abrazo como nunca. Exprimiéndolo segundo a segundo, siendo consciente de que pocas veces lo había hecho. De pronto, sentí cómo se tornaba frío. Apenas podía sentir la presión de sus brazos y una sensación de malestar me recorrió el cuerpo. Me sentía vacía. La angustia se apoderaba de mí y apenas podía hablar. Era como si por mi garganta no pasase el aire.

—Te echo mucho de menos —me dijo mi padre mientras clavaba sus ojos oscuros en mí—. Siempre serás mi niña.

Intenté vocalizar y las lágrimas aparecieron de forma angustiosa por mi rostro. Saqué la fuerza de dentro, como si fuese la lava de un volcán buscando la salida, y le contesté:

—Siempre te tengo presente.

Giré la vista hacia mi madre, pero no estaba. Todo se volvió negro y escuché voces.

—¡Tírala!

La voz me resultaba familiar, pero la escuchaba lejana, como si fuese de ultratumba.

— ¡Tírala!

Sentí un leve despertar y, aturdida, levanté mis pestañas con torpeza. Me sorprendió ver frente a mí al inspector Díaz. Al principio, pensé que todo había acabado, que la policía me había encontrado, pero, cuando la totalidad de mis facultades comenzaron a funcionar de manera eficiente, me di cuenta de que el inspector estaba con las manos alzadas y en una de ellas portaba su arma. La voz de David

volvió a sonar.

—¿No me has escuchado? No te lo repito más.

Vi cómo el brazo de David apuntaba hacia la nuca del inspector. Volví a cerrar los ojos. Estaba dolorida, cansada y a punto de desfallecer. Sentí dos punzadas en la cabeza y la cara ensangrentada.

Percibí el movimiento del inspector agachándose. No me hizo falta verlo para imaginarlo. Lo vi en miles de películas.

Supongo que debería haberme alegrado de verlo, pero lo cierto es que no existía nada en el mundo que me produjese ningún estímulo. Tenía hambre, pero no me quedaban fuerzas para comer; estaba cansada, pero ya solo me quedaban ganas de morir. Había sufrido y pasado por todo tipo de penurias en los últimos días y solo quería cerrar los ojos para siempre.

—Date la vuelta —le ordenó.

—No puedes salir de aquí –contestó el inspector.

Se hizo un silencio momentáneo. Escuché una pequeña carcajada de David. Su asquerosa carcajada. Lo que hacía unos días me enamoraba más de él, ahora me provocaba el más absoluto desprecio.

—Tranquilo, tengo mis recursos para salir de aquí y, ¿sabes? Tal vez lo consiga, o tal vez no. Lo que está claro es que vas a ser tú el que no vas a hacerlo. Ponte de rodillas.

Sentí un movimiento a escasos centímetros de mí y alcé levemente la pestaña izquierda.

—Me has jodido mucho.

El inspector estaba de rodillas aguardando su trágico destino. Estaba claro que era su final y que apenas dos segundos después tendría el gusto de saborear el amor de la parca.

Pensé si tendría familia. Tal vez una mujer que lloraría su pérdida y unos hijos a los que dejaría desamparados de amor y consejos para la vida.

Imaginé a esos niños con el vacío que sentí yo cuando mi padre murió. ¿Cómo se aprende a vivir sin alguien? Es como si tuvieses que aprender a caminar, pero sin piernas y lastrada de por vida por la ausencia del que te dio la vida.

Un sentimiento me recorrió el cuerpo. Lo sentí en pocas ocasiones, pero lo reconocí al instante. Era una fuerza interior, una mecha que prendió mi cuerpo como si fuera una fuente de energía. Se llamaba rabia.

Recordé que las tijeras seguían sobre la mesa. Mi pupila izquierda las detectó y aguardé el momento adecuado. La adrenalina me bombeaba el corazón a gran velocidad. Parecía el ritmo de una bulería.

El tiempo se detuvo durante unos segundos, como si la estancia estuviese lejos del mundo.

Un ruido se escuchó desde la planta de arriba y David giró su mirada hacia la puerta.

Es el momento, pensé. Esta vez no voy a fallar.

Eché mi cuerpo hacia adelante y agarré las tijeras con fuerza. El inspector seguía sin moverse, como si su destino ya estuviese escrito y no tuviese más opciones que acatarlo. Salté por encima de él, David volvió a mirar hacia adelante y reaccionó alzando su pistola hacia mí.

El metal oscuro me apuntaba y solo pude tener la esperanza de ser la más rápida. Apreté con fuerza las tijeras, como si fuese el último resquicio que me fuese a mantener unida a la vida, y se las clavé en el cuello.

El movimiento terminó con la detonación de un disparo. La velocidad del salto me hizo caer sobre David, y una mezcla de sentimientos entre paz y miedo me invadió rápidamente. Respiré profundamente y di un salto, apartándome de él. Me palpé con miedo. Estaba cubierta de sangre, pero no era mía. No sentí herida o quemadura alguna, pero percibí un agujero de bala en un lateral de mi camiseta. Me había pasado a escasos centímetros.

Un grupo de agentes vestidos de negro llegaron al lugar, me apartaron de David y lo encañonaron.

Iban a ponerlo bocabajo para engrilletarle, pero advirtieron que su respiración era débil y acompasada. David giró su cabeza y pude ver en su mirada la desesperación de verse cara a cara con la muerte. En su rostro se dibujaba la palabra ayuda. El hombre del que había estado enamorada y por el que había hecho locuras, estaba muriendo frente a mis ojos.

No sentí compasión, ni mucho menos culpabilidad. Deseé ver cómo la vida se le iba por la boca.

La sangre seguía emanando y comenzó a ahogarse. Su corazón estaba a punto de colapsar. Unos segundos más tarde, el brillo de sus ojos se secó y su cuerpo se detuvo, con la mirada clavada en mí, su víctima y, a la vez, su verdugo.

El inspector Díaz se puso en pie y se dirigió hacia mí.

—¿Estás bien?

Sus palabras me reconfortaron y mi barbilla empezó a temblar hasta que rompí a llorar.

—Tranquila —me consolaba mientras me abrazaba—. Ya ha terminado todo.

El abrazo duró unos segundos, pero pareció una eternidad. Poco a poco me fueron brotando las ganas de sonreír y de vivir. Me sentía liberada del yugo de David y, aunque el peso de la ley fuese a caer sobre mí, ya no me importaba.

Una pareja de policías vestidos de la misma manera que los que irrumpieron en la estancia bajaron las escaleras. Uno de ellos, alto,

pelirrojo y con barba se dirigió al inspector.

—Hemos encontrado un cadáver en una de las habitaciones superiores.

Y así, de esa manera tan fría, supe que mi madre había muerto.

Capítulo 68

8 de diciembre de 2022

No era muy delgada la línea entre la vida y la muerte. A lo largo de su trayectoria profesional había visto a varias personas cruzarla delante de sus ojos.

Un suicidio, un tiroteo, un atropello, un ajuste de cuentas, un marido machista… Sus primeros años como policía lo curtieron como hombre de calle, pero fueron las trágicas pérdidas lo que le hacían actuar con normalidad cuando la muerte se presentaba cerca de él.

Era ley de vida, todos pasaremos tarde o temprano bajo su capa oscura, se decía. Lo cierto es que, en la bodega de aquella casa de grandes dimensiones, Gonzalo acababa de presenciar el lado más inhumano del hombre.

No sabía cómo consolar a la joven que gritaba y golpeaba el cuerpo de Víctor Escudero, presa de la ira. No hay nada que se pueda hacer en estos casos, y él lo sabía.

Los miembros del G.O.E.S cumplieron con éxito su trabajo y salieron al exterior para volver a la Jefatura. La casa se había convertido en un nido de policías uniformados que comenzaban a extender a un lado y a otro de la puerta principal cintas policiales y custodiaban el principal acceso. Los coches y furgonetas de la científica estaban aparcados y los agentes cogían su equipo de trabajo.

Gonzalo ordenó a García que sacase a Carmen de allí. Era momento de que descansase. Por un instante, pensó en qué condición estaría la chica. A veces, tanta legislación, tantos derechos y deberes ponían contra las cuerdas al inspector.

Las cartas habían aparecido, pero el delito se había cometido. Además, y a pesar de haber sido defendiendo al inspector, había clavado unas tijeras en el cuello de Víctor, provocándole la muerte.

A Gonzalo le quedaba una larga mañana en aquella finca. El comisario llegaría en una media hora, tal vez una hora o tal vez dos, y debía rendirle cuentas de lo sucedido. También debía darle indicaciones al forense y al juez.

—Llévala a la Jefatura y que Espinosa y Silva se encarguen de la declaración —les ordenó a dos agentes uniformados.

Se dirigió hacia ella, pero tenía la mirada perdida.

—Carmen, estos agentes te van a acompañar a la Jefatura. No te preocupes, todo va a salir bien. Vamos a aclararlo todo. Tienes que contarnos qué ha sucedido. ¿Vale?

La chica no respondió y los agentes la cogieron del brazo para acompañarla al *zeta*.

Gonzalo salió de aquella ratonera donde minutos antes había estado a punto de morir. Cruzó la cocina y el recibidor. Los trozos de cerámica y cristal se extendían por el suelo, y el crujir de sus pisadas sonaba en toda la casa. Los agujeros de bala podían verse en las paredes, en el piano e incluso en el sofá. El cadáver del tirador yacía bocabajo bajo un charco de sangre.

Continuó caminando, las baldosas mostraban más restos de sangre que apuntaban hacia una dirección: detrás de uno de los sofás. Supuso que eran los restos del G.O.E.S herido en batalla.

No hacía falta decir que aquellos policías eran héroes. No todo el mundo se pone frente a una puerta para echarla abajo sin saber quién o quiénes hay al otro lado, en qué estado se encuentran y cómo van de armados. Inevitablemente, recordó cómo, tras los atentados del 11M, un grupo de G.E.O.S realizó un operativo en un piso de Leganés. Cuando entraron, los terroristas se inmolaron y uno de los agentes perdió la vida. ¿Cómo se lucha contra alguien que quiere morir?

No era necesario que, al otro lado de una puerta, una puerta que servía como frontera en el campo de batalla, se encontrase una célula yihadista capaz de morir por un Dios. A veces, un narco puesto de cocaína se podía hacer el valiente y repeler la incursión de los agentes vaciando un cargador.

Se preguntó en qué pensarían aquellos hombres de hierro antes de ponerse en riesgo. Era inevitable admirarlos.

Salió al exterior pensando que todo había acabado, pero una sensación extraña le invadía por dentro. Víctor acababa de morir y con él se fueron muchas preguntas sin respuesta. Por qué utilizó aquellos mensajes hacia el inspector, qué tendría que ver aquel joven con buen nivel económico y dedicado a la compra y venta de arte con Luis Villalba y el mismísimo Martin Bormann, qué infraestructura tendría su oscura empresa y cuánta gente trabajaba para él.

El teléfono del inspector vibró y lo sacó del bolsillo. Era un mensaje, por lo que no tardó mucho en abrirlo. Sintió un breve temblor al imaginarse otro de los misteriosos escritos que había recibido durante esos días, pero pertenecía a Smith.

Era una imagen donde podía verse a Víctor con otra persona a la que Gonzalo le costó reconocer. El teléfono volvió a sonar, esta vez por una llamada de su compañera.

—Jefe, he estado investigando la empresa de Víctor, tal y como me pidió, y tengo novedades.

—Cuéntame.

—Al parecer, la empresa se llama HistorYArt y factura más de tres millones de euros al año. Se encarga, a parte de la compra y venta de arte, a realizar exploraciones. No ha sido la primera vez que ha entrado en polémica por expoliar lugares protegidos. La empresa tiene

sede en Sevilla y la forman dos socios, el propio Víctor y su padrastro, y de esta manera he encontrado la piedra angular de todo esto.

—¿De quién se trata? —preguntó con impaciencia.

El silencio se le hizo eterno al otro lado del teléfono.

Capítulo 69

8 de diciembre de 2022

La oscuridad se cernía sobre la capital hispalense. Las nubes rugían y el cielo parecía que podía caer sobre la ciudad de un momento a otro. Los aviones despegaban del aeropuerto y sus destellos luminosos se perdían en la oscuridad del cielo.

Las gotas de agua impactaban como meteoritos en el cristal del *zeta* que circulaba a gran velocidad por la Avenida Kansas City. Estaba compuesta de tres carriles por sentido que cruzaban la parte este de la ciudad. En cierto modo, era funcional y práctica. Sus grandes avenidas permitían alcanzar el centro de la ciudad en pocos minutos y evitaba congestiones de tráfico.

Las luces del coche patrulla deslumbraban las fachadas de los edificios y las sirenas captaban la atención de los transeúntes.

Todo lo que tiene un inicio, tiene un final, pensó Gonzalo. En esa investigación, el final era volver al principio.

El vehículo policial se adentró en las estrechas calles de la ciudad y el inspector ordenó apagar el rotativo.

Se apearon frente a la fachada del Palacio de Dueñas. García acompañaba a Gonzalo. Silva y Espinosa se estaban encargando de tomarle declaración a la chica, Smith seguía inmersa en su mundo informático buscando los trapos sucios de Víctor y Suárez se había hecho cargo de custodiar las cartas de Colón.

La brigada era como un conjunto de engranajes perfectamente coordinados para ser eficientes y resolver los casos en el menor tiempo posible, aunque, a veces, como el de las cartas de Colón, se alargaba más de lo que hubieran deseado.

Los agentes cruzaron las puertas del Palacio de Dueñas mostrando la placa a los guardias de seguridad, acompañados por dos agentes uniformados.

Cruzaron el patio principal. En los pequeños agujeros de albero se dibujaban charcos de agua y barro. Una de las trabajadoras salió a su encuentro.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?

—Necesitamos hablar con el duque.

La mujer miraba a los agentes con cierta preocupación.

—No estoy segura de si está en su domicilio. Lo comprobaré.

La joven se giró y sacó su dispositivo móvil. Caminó unos pasos y se lo colocó en la oreja.

El inspector se mostró nervioso e impaciente. Su pierna derecha temblaba con desesperación y les hizo un gesto a sus hombres. Los tres

siguieron con incredulidad a Gonzalo, que ascendía por las escaleras.

—¡Señores, no pueden subir! ¡Oigan!

Al llegar a la planta superior, un amplio pasillo sobre una barandilla de piedra que daba al patio interior se llenaba de sombras por la oscuridad de aquella mañana de tormenta.

De una de las puertas laterales, apareció un hombre vestido con pantalón gris de trabajo y un jersey rojo. Llevaba gafas y lucía perilla. Caminaba con las piernas arqueadas, propias de un aficionado a practicar fútbol.

—¿Sabe dónde está el duque? —preguntó García sin rodeos.

—En su despacho —dijo señalando una de las puertas con un gesto.

Los agentes pasaron junto al hombre mientras la trabajadora seguía sus pasos reprochando su actitud.

El inspector golpeó la puerta y entraron en la estancia. Tras ellos, se escuchaba la voz de la mujer.

—¡Les he dicho que no pueden entrar!

En el despacho, el duque se encontraba en una mesa de reuniones con forma ovalada y acompañado del gerente y de su abogado. Él miraba la irrupción de los agentes con incredulidad.

—¿Qué sucede aquí? —dijo mientras se levantaba—. ¿Cómo pueden presentarse así en mi casa? ¡Esto no se lo voy a permitir!

—Siéntese, por favor —ordenó Gonzalo—. Tenemos que hablar.

El duque guardó silencio y mantuvo la compostura. Su tez se tornaba roja y el inspector sintió cómo le costaba tragar saliva.

—No pueden hacer esto. He abonado la fianza. El juez me ha dejado en libertad a espera del juicio. Tengo mis derechos. ¡He pagado trecientos mil euros!

—No se altere, por favor. Venimos por el asunto del robo. Hemos dado con la carta de Colón que fue sustraída.

La cara del duque fue tomando su color natural y dibujando un gesto de asombro.

—¿La carta? ¿Dónde la han encontrado? ¿Quién la tenía?

—La hemos encontrado en una finca cerca de Mairena del Alcor. La investigación está cerrada.

—¿Han detenido al culpable o los culpables? ¿De quién se trata?

—Tenemos que hablar en privado.

Marcos de Urijo miró al gerente del Palacio de Dueñas y a su abogado, y asintió a la vez que se levantaba.

—Está bien, iremos a la sala principal. Acompáñenme. Rodrigo, por favor, ve a la oficina y revisa la factura que nos ha solicitado el juez. Salvador, en un momento estoy contigo.

El duque caminaba hacia la puerta explicándole a los agentes que se encontraba preparando la defensa para el juicio en el que estaba imputado.

Tras él, Rodrigo abandonaba la sala y caminaba hacia la escalera. El duque salió y caminó por el amplio pasillo seguido de García y uno de los agentes uniformados. El otro se quedó con Gonzalo, que le había hecho una señal.

El inspector cerró la puerta del despacho del duque y volvió sobre sus pasos.

—Señor Salvador de los Santos, está usted detenido.

Alzó su vista. Su pelo canoso y rizado, peinado a melena, caía por detrás de su oreja.

—¿Cómo dice?

—Que está usted detenido —repitió.

—¿Está insinuando que yo he sido el autor del robo?

—Eso lo decidirá el juez. Hemos comprobado que es socio de la empresa llamada HistoryArt. El otro socio es su hijastro, Víctor Escudero.

El abogado guardó silencio por un momento mirando a los agentes.

—No se lo voy a negar. Soy socio de esa empresa, pero eso no es ningún delito. Soy socio porque mi situación económica me permitía ayudar a mi hijastro.

—Efectivamente, pero hemos comprobado que usted participó de manera activa en los delitos.

El inspector no había jugado nunca al póquer, pero sabía que era hora de hacer un *all-in*. Intentó sacar una buena mano, pero no tenía opciones. Era hora de marcarse un farol.

—Le proporcionó a su hijo la clave de la cámara acorazada. La había visto teclear al duque en numerosas ocasiones. Le brindó a su hijastro el horario de descanso de los guardias y la ubicación de la carta. Estudiaron a Carmen y le propusieron cometer el robo.

Salvador puso los codos sobre la mesa y entrelazó sus manos. Miraba de un lado a otro y se mostraba nervioso.

Aquella actitud captó la atención del inspector. La había visto en muchas ocasiones, y algo en él le decía que estaba en el camino correcto.

—No tienen pruebas contra mí. Son solo conjeturas. ¿Dónde está Víctor? Necesita un abogado.

—Me temo que no. Lamento decirle que ha muerto. Ha resultado herido en el operativo —dijo Gonzalo sin más dilación.

El abogado agachó su vista, tal vez dolido, tal vez avergonzado. Las lágrimas comenzaban a asomar por su cara. Sacó de su bolsillo un pañuelo y secó su rostro.

—No puede ser —decía con los ojos enrojecidos—. ¿Cómo se lo explico a su madre?

Gonzalo guardó silencio. Era lo mejor en estos casos. Dejar que el sospechoso se desahogase y diese rienda suelta a sus sentimientos.

Pensó por un momento si aquellas lágrimas eran de cocodrilo y solo buscaban compasión por parte del inspector y tiempo para preparar una defensa coherente o si, por el contrario, Salvador estaba afectado.

Unos momentos después, el abogado recobró la compostura y sacó de su bolsillo un cigarro. Gonzalo dudó si podía fumar en aquel lugar, pero le dejó hacer.

—Llevo siendo abogado del duque más de veinte años. Durante ellos, aparte de a él, he defendido a numerosas personalidades de la ciudad. Empresarios, aristócratas, presidentes de clubs de fútbol. Todos ellos han necesitado de mis servicios en algún momento, y todos por el mismo motivo: apropiarse de dinero que no les pertenece. Siempre salían airosos.

—Y usted se apuntó a la moda —sugirió Gonzalo con tono sarcástico.

—Víctor comenzó a mercadear con arte y me propuso formar parte de su empresa como socio. Al principio no lo tenía claro, pero acepté. Con el paso del tiempo, la empresa fue creciendo y fuimos adquiriendo equipos sofisticados para llegar a donde nadie llega. Nos especializamos en la búsqueda de navíos de la época de las Indias, cuyo destino había sido el fondo del mar, y seguimos la pista de los más importantes. En muchas ocasiones, las expediciones fueron un éxito, en otras no. Una vez, gracias a un trabajador del Archivo de Indias, pudimos dar con la localización del navío nuestra Señora de las Mercedes frente al Algarve portugués. La misión de búsqueda supuso el desembolso de casi medio millón de euros, y recuperamos en su interior monedas de oro por valor de seis millones. Más tarde, el gobierno los reclamó como patrimonio español y tuvimos que entregárselo. El trabajador del Archivo de Indias nos la jugó.

—Y por eso buscaron a Carmen. Alguien vulnerable con motivos para no irse de la lengua.

—Así es. Dimos con ella gracias a las redes sociales. Su tesis doctoral nos pareció interesante y con bases sólidas para creer en su hipótesis. Le hicimos un seguimiento, contratamos a detectives y expertos en seguridad informática y encontramos un motivo para usarla: el dinero. El robo de la primera carta de Colón era fácil. Conocía los sistemas de seguridad y dónde se encontraba, pero, para la segunda carta, necesitábamos a la chica. Nos encargamos de diseñar un plan para convencerla, pero todo se torció. No esperábamos que esa zorra fuese a ser tan terca y nos jodiese los planes.

—Esa “zorra”, como usted dice, ha perdido a su madre porque unos asesinos han acabado con ella. Uno de esos asesinos es su hijo.

—Si se deshicieron de ella, yo no tenía constancia. Era cosa de Víctor. Esa mujer era un problema, un riesgo que estábamos corriendo. Estaba fuera de sí. Gritaba, se golpeaba y nos pegaba.

—Esa mujer tenía Alzheimer.

—¡Me importa un carajo! —contestó Salvador con actitud chulesca.

—Supongo que secuestraron a la chica porque no solo la necesitaban para el robo, sino para descifrar las cartas.

—Veo que es usted listo, inspector —dijo irónicamente—. Todo iba bien hasta que comenzó su investigación. Hasta que metió las narices. Conocía sus casos precedentes y temía que interfiriera en nuestros planes más de lo previsto. No me equivocaba.

—Dígame, ¿qué tiene que ver usted con los mensajes que he recibido?

—¿Yo? Nada. Eso era cosa de Víctor. Tenía que persuadirlo como fuese. Contratamos a un expolicía que nos asesoró sobre la manera de proceder e investigar de la policía. Además, nos facilitó información valiosa sobre usted y sus hombres. Entre ellos, los casos anteriores, y supimos que cerró una investigación en Jaén bastante mediática. De este modo, usó ese caso para utilizarlo contra usted en esos mensajes.

García entró en la sala y se acercó a Gonzalo. Puso su boca a escasos centímetros de la oreja de su superior y le susurró.

—El duque está al corriente de todo.

El inspector asintió y le hizo un gesto a García. El agente se dirigió hacia el abogado, sacando las esposas de una funda de su espalda.

—Tiene que acompañarnos —sentenció el inspector.

Capítulo 70

Apreté los puños con la poca fuerza que tenía y reflexioné envuelta en la más profunda tristeza. Ya no me quedaban lágrimas. Había vivido en la más ínfima miseria y la ambición me había servido para seguir viviendo en ella, pero habiendo perdido a mi madre.

Me sentía sola en el campo de batalla de la vida. Sin ese ejército que me cubría siempre la retaguardia, mis padres. No me veía con fuerzas para continuar mi vida sin ellos. No concebía la idea de llegar a casa y no ver a mi madre en su sillón, bebiéndose los programas de corazón y las telenovelas.

Siempre temí a la idea de que su enfermedad se agravase hasta tal punto de que no me reconociese, de ser testigo de que a su cuerpo se le olvidase cómo comer, cómo hablar y cómo respirar.

Ahora todo se había esfumado. Mis esperanzas de encontrar un tratamiento que le diese una buena calidad de vida se acabaron cuando una bala le atravesó la cabeza.

Creo que jamás olvidaré lo vivido y sufrido en esos días. No hay nada más doloroso que ver el cuerpo de tu madre cubierto con una blanca y fría sábana.

El agente García me agarraba con fuerza, pero era inútil. Cuando vi la puerta de la habitación abierta y a un policía inmortalizando el cuerpo de mi madre con una cámara para después taparlo con una sábana, me zafé de él y corrí hacia ella.

El agujero de baja le ocupaba la parte central de la frente y la sangre de orificio estaba seca. Su piel estaba fría y pálida, y su rostro no mostraba dolor alguno. Es más, sentía que emanaba una ligera sonrisa. Quise imaginarme que no sufrió, que no fue consciente de que un asesino le apuntaba con una pistola.

Ahora estaba en la Jefatura Superior frente a una mesa y aislada en una habitación. Qué poco tenía que ver aquello con las salas de interrogatorio frías de las películas americanas. No había cristal de espejo tras el que el capitán Brooks hablara con su agente sobre lo sucedido.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que crucé las puertas del edificio. A decir verdad, había perdido la noción del tiempo desde hacía días. Dudé si llevaba allí una hora o cinco. Los agentes me sirvieron dos veces agua y me dieron de comer.

La soledad y el aburrimiento hacían que mi cabeza me martirizase, bombardeándome con remordimientos sobre las malas decisiones que tomé. No sabía verdaderamente si quería salir de allí o estar encerrada para siempre. A decir verdad, ni tan siquiera mi propia muerte me aliviaría de este dolor tan amargo de haber visto a mi madre muerta

por mi culpa.

La puerta se abrió y el inspector Díaz entró en la sala con una montaña de documentos. Tomó asiento con gesto cansado. Sus ojeras eran muy oscuras.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Hice un gesto de indiferencia. No me apetecía mucho hablar. Necesitaba una cama o, mejor dicho, y lo más probable, el calabozo para dormir.

—Lamento mucho lo de tu madre. Hemos hecho lo que hemos podido.

Qué va a decir, pensé. Supongo que esa frase la había repetido en numerosas ocasiones, buscando el consuelo de familias rotas.

El inspector repartió los documentos a lo largo de mesa. Unos folios encuadernados; otros, sueltos; las cartas de Colón y un dossier, del que sacó una foto que giró y puso frente a mí. Era la de un hombre de entre unos cincuenta y cinco o sesenta años, aunque podría tener ochenta. Siempre he sido lamentable para calcular la edad de las personas. El hombre tenía el pelo del color de la plata, rizado, a melena y peinado hacia atrás. Estaba afeitado y tenía un pequeño lunar en la barbilla. Las facciones de su boca eran muy marcadas y sus orejas eran grandes.

—¿Ha visto usted a este hombre?

Negué con la cabeza.

—Se llama Salvador de los Santos.

El nombre retumbó en mí. No había visto a esa persona nunca, pero si había oído hablar de ella.

—Ese hombre quizás estuvo en la casa —dije—. Escuché cómo un tal Salvador hablaba con mis captores. Estaba enfadado por algo. Uno de ellos le pedía calma haciendo uso de su nombre. Luego escuché el sonido de un motor, así que supuse que se había marchado.

—Entiendo —contestó el inspector de manera seria.

Hizo una anotación en una libreta y volvió a mirarme.

—Mis compañeros me han puesto al día sobre lo sucedido en la casa y lo siento mucho. No te mereces que te hieran de la manera en la que lo han hecho. Sabes que, si lo deseas, podemos ofrecerte ayuda psicológica.

Guardé silencio. Mi mirada se clavaba en la mesa. Sentía vergüenza y no sabía por qué. Me pregunté cómo podía sentirla cuando era yo la que había sufrido.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo reclinándose hacia adelante—. Como me comentaste, en tu tesis barajabas la posibilidad de que las cartas de Colón dirigidas a su hijo contuviesen la ubicación del tesoro. En la casa, tuviste la oportunidad de inspeccionar varias. ¿Consiguieron aclararte algo? ¿Alguna pista o información?

—En absoluto. Solo pude comprobar que la carta del Palacio de Dueñas tenía dibujados en la parte posterior, al igual que la del Archivo de Indias, unos trazos. Esta vez, eran líneas rectas. Una figura geométrica compuesta por triángulos, rectángulos y cuadrados.

El inspector alcanzó ambas cartas y las miró con detenimiento por la parte posterior. Las puso a trasluz y comprobó que decía lo cierto. Me extendió las dos con un gesto de complicidad y volví a repetir la operación.

El mundo es inmenso y las islas casi infinitas. Buscar una en forma de B sería buscar una aguja en un pajar. Podría ser una isla ínfima, un islote o, por el contrario, una isla del tamaño de un país.

La otra carta mostraba figuras geométricas. Podía ser un símbolo oculto en algún edificio, la señal de una orden religiosa antigua o de una sociedad secreta. Cualquier cosa podría valer.

Le di la vuelta a la y leí el contenido de la carta que pertenecía al Palacio de Dueñas.

> Querido Diego:
>
> Espero que estés bien. Yo me encuentro convaleciente, con dolores en la espalda tras haber tropezado con una baldosa levantada.
>
> Soy tan torpe que, como sabes, me ha pasado ya varias veces al igual que aquella historia que tantas veces te conté cuando eras un niño.
>
> Estoy muy decepcionado con la corona. Tras mis últimos viajes, la reina no confía en mí y quiere despojarme de mis títulos.
>
> Pensaba que mis grandes proezas eran una muestra de mi amor por España, pero a ella no le importa nada.
>
> Tengo que dejarte. Me gustaría que nos viésemos pronto. Tengo algo que siempre he guardado para ti.
>
> Te quiere, tu padre.
> Cristóbal Colón

A pesar de haber leído el contenido por primera vez, sabía lo que contenía. Lo había estudiado miles de veces. No era relevante aquella información. Algo me decía que lo que buscaba estaba en la parte posterior. En el mapa y el símbolo.

Extendí las cartas al inspector, que me miraba con cierta resignación.

—Verás, Carmen. Sé que has sufrido mucho y que todo lo que has vivido no ha sido fácil. Entiendo que tus malas decisiones han sido tomadas por salvar a tu madre, pero, como comprenderás, tengo que hacer mi trabajo. —Hizo un silencio y resopló—. Tienes que quedarte detenida. El juez te tomará declaración pronto y, tal vez, puedas salir bien parada. Lo de Víctor fue en defensa propia y la carta la hemos recuperado —dijo golpeándolas con la palma de la mano—. Redactaré

un informe donde pondré en valor tus circunstancias y tu valentía. Ahora, si me acompañas…

El inspector se levantó y yo hice lo propio. Bordeó la mesa para agarrarme del hombro. Le acompañé hacia la puerta a la vez que aceptaba mi destino.

Mientras él ponía la mano en el pomo, me vi cruzando las puertas de la cárcel. Iba a vivir en el último escalón de la sociedad.

Toda mi vida se quedaba atrás: mi madre, mi trabajo, mi perrita y mi pasión por la historia. Todo se cerraba en aquel capítulo. Ahora, mi vida se iba a cernir a vivir entre cuatro sucias paredes de una cárcel cualquiera. Una vida acaba y otra muy diferente empieza. Una vida sustituye a otra o, más bien, la superpone.

Eché la vista por última vez a mi historia antes de salir por la puerta, y entendí una cosa.

A veces hay que contemplar las obras de arte desde lejos, para ver las cosas con más perspectiva, y aquellos dos metros que me separaban de los trazos casi ilegibles de Colón, me hicieron pensar: una vida superpuesta, como la mía. Y así, con mi propio ejemplo, descubrí lo que aquellas cartas escondían.

Capítulo 71

8 de diciembre de 2022

Gonzalo conducía el coche policial junto a García. Era un Renault Megane sin distintivos policiales que pertenecía a la brigada de robos. Los párpados le pesaban. Llevaba casi dos días sin dormir, pero su impaciencia y su profesionalidad le hacían sentir que debía culminar la investigación.

Lo hacía por él, pero también se lo había prometido a Carmen. Aún se mostraba impresionado de cómo aquella joven había resuelto el enigma. Se sorprendió cuando, al salir de la sala de interrogatorios, se abalanzó sobre las cartas y las volvió a poner a trasluz. Esta vez, una sobre la otra.

—He visto que deja un espacio demasiado grande entre algunas partes, y que esos espacios se rellenan con frases o palabras de la otra carta. Las palabras que se superponen de una frase a otra no dicen nada, pero las que se trasparentan sí. Observa.

Bajo el halo de luz de la prehistórica lámpara fluorescente, se empezaron a dibujar una serie de palabras.

En mi alcoba/una baldosa levantada/Junto a mi cama/El cuaderno de Bitácora de/ Aquella historia que tantas veces te he contado/Solo tú puedes disfrutar de este grandísimo y valioso tesoro/La reina no confía en mí y quiere despojarme de mis títulos/Jamás encontrará/ nada/ Espero que lo encuentres tú/ Siempre lo he guardado para ti/

Al inspector le recorrió una sensación familiar. Era la adrenalina campando a sus anchas por su cuerpo, producto de estar cerca del final. La historia se volvía a repetir. La historia volvía a cruzarse en su camino.

Carmen superpuso la carta por la parte trasera y comprobó que aquel símbolo se quedaba dentro de lo que sospechaba que era una isla. Volvieron a repasar juntos la misiva, pero no sacaron nada en claro.

Un símbolo en una isla, las indicaciones del cuaderno de bitácora… Tal vez aquel mapa hacía referencia a algún lugar de las Islas Madeira donde Colón pasó gran parte de su vida.

El inspector pensó levemente en los lugares donde Colón estuvo. No era, ni mucho menos, un experto sobre él, pero aún recordaba la Historia de sus estudios universitarios. Madrid, Jaén, Sevilla, Islas Madeira, Portugal o, incluso, al parecer, Génova, eran los lugares donde Colón había estado en algún momento de su vida. Tal vez habría más. Seguramente, alguno que se escapaba de la memoria y el recuerdo eficiente del inspector, pero no le hizo falta. Como si fuese el

cañón de un buque lanzando pólvora, dijo:

—Estabas en lo correcto. Ese dibujo en forma de "B" es una isla, pero las figuras geométricas no son un símbolo. Aquella isla está más cerca de lo que pensábamos. Pasamos casi a diario por ella, y las figuras geométricas corresponden a un edificio.

—La isla de la Cartuja y el monasterio —sentenció Carmen.

El Monasterio de la Cartuja era una edificación religiosa situada en la isla del mismo nombre. Resultaba curioso que Sevilla albergase una isla, pero lo cierto es que era producto de una dársena que salía del río. Además, no era técnicamente una isla, pues no estaba rodeada completamente por agua, pero lo que sí estaba claro es que su orografía formaba una "B".

Sirvió como monasterio de los cartujos, pero actualmente era la sede del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico y el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo. Además, gracias a sus amplios terrenos, albergaba la Universidad Internacional de Andalucía.

El monasterio ocupaba la parte norte de la isla. Fue residencia y el primer lugar donde se enterró Colón, por lo que no le fue muy difícil a Gonzalo deducir que aquellos trazos poligonales pertenecían a esa edificación.

Las nubes se habían marchado, dejando sitio a un sol espléndido. La temperatura era fresca y el inspector miraba por la ventanilla de su coche, divisando a lo lejos el monasterio.

Su mente fue tarareando la canción que sonaba en la radio. *Plantando banderas* de Rosario Cohete, sonaba en el momento más adecuado. Pensó en aquel marino que siglos atrás había puesto un pie en una tierra donde los nativos del lugar sufrieron guerras, asesinatos y violaciones. Era otra época, otro contexto, otra forma de vivir la vida. Las sociedades avanzaban o, al menos, se suponía, pero las guerras siempre estaban ahí, escondidas tras hombres de traje y corbata y construidas sobre fuertes cimientos de intereses económicos. Las guerras no cambiaban, solo lo hacía el material. Aquellos asesinatos y violaciones seguían formando parte de los conflictos de nuestra actualidad. El fusil sustituyó a la espada, la pistola al puñal y el caballo al blindado.

Se planteó si en aquella época la indignación y la vergüenza de la sociedad era parecida a la de hoy día. Esas personas que se revuelven en el sofá, que revientan las redes sociales con mensajes en contra de la guerra, que se conmueven con las familias rotas, con las imágenes de cadáveres llenos de sangre y metralla; pero que apuestan por cerrar fronteras a aquellos que escapan de las mismas y que envidian al vecino, al amigo y al hermano.

Lo que estaba claro era que las guerras irían y vendrían, y que seguiremos lamentando la ira de unos tiranos sin escrúpulos y las

muertes subirán al contador negativo de la dignidad humana por no comprender que la educación, el respeto y la fraternidad es la base de cualquier sociedad.

El vehículo policial se paró y los dos agentes bajaron de él. Caminaron por un camino de pequeñas losas y atravesaron un arco de medio punto, propio de la época medieval.

Llegaron a un gran patio. Gonzalo se sorprendió al ver una cabeza de grandes dimensiones asomando por una ventana en la planta superior. De la ventana contigua, un brazo caía hacia abajo, a escasos metros de la planta baja. Era una escultura llamativa que daba la bienvenida a los visitantes del lugar. Un edificio amarillo en el que se podía leer "Universidad Internacional de Andalucía" se erguía a la izquierda de los agentes.

Siguieron caminando hasta llegar a otro arco. Bajo él, una joven de pelo oscuro y ojos de color verde los esperaba.

—Soy María Luisa —dijo con una simpática sonrisa.

El inspector jefe Benjumea había hecho las gestiones necesarias para que los agentes pudiesen echar un vistazo al lugar donde las cartas de Colón indicaban que estaba oculto el cuaderno de bitácora.

Cruzaron el arco y se encontraron frente a lo que parecía una iglesia. Una puerta bajo un arco gótico hacía presuponer que era la entrada del lugar. Sobre ella, un rosetón le daba ese toque especial de las iglesias y catedrales de esa época. Sin duda, aquella entrada era muy parecida a la de Notre Dame en Paris.

A pesar de contemplar aquel edificio durante unos segundos, los agentes y su guía giraron por el patio hacia la derecha y atravesaron una puerta. Continuaron por un pasillo hasta el final. *Era una sensación rara observar el contraste de lo moderno y lo antiguo*, pensó Gonzalo. Ver aquellas piedras centenarias construidas en un suelo que ahora era envuelto por mármol de hacía treinta años. De las paredes colgaban pantallas de televisión, extintores, cuadros y numerosa cartelería. Algunas esculturas se encontraban a la derecha, pegadas a la pared.

Al final del pasillo, una puerta de grandes dimensiones se abrió para dejar paso a un patio de proporciones gigantescas. Gonzalo miró a ambos lados para intentar situarse. Habían bordeado la iglesia y aquel patio no era, ni mucho menos, un lugar espectacular, salvo por su tamaño.

No había adornos arquitectónicos propios de la época, ni tampoco trabajos artísticos expuestos al aire libre. Alrededor del patio, unos soportales daban sombra a un pequeño pasillo exterior que bordeaba el lugar.

—Colón se hospedó aquí en múltiples ocasiones. Era amigo íntimo de fray Gaspar Gorricio. De hecho, se ayudó de él en los preparativos

de sus viajes al Nuevo Mundo. Además, la estancia de Colón en este monasterio fue el motivo por el cual se designó a la Isla de la Cartuja como el lugar para celebrar la Exposición Universal del año 92.

—Los años de gloria de España —añadió García con cierta sorna.

María Luisa sacó de su bolsillo un llavero con una sola llave y abrió una puerta. Los agentes entraron y se encontraron con la más absoluta oscuridad. La joven caminó hacia su derecha y presionó el interruptor. Los focos se encendieron y permitieron ver una estancia de paredes de piedra y suelo de arcilla. Era una habitación de unos sesenta metros cuadrados. El techo era alto y en forma de bóveda.

—Hemos llegado a lo que un día fue la habitación de Colón.

Había varios bloques de color blanco repartidos por la sala. En ellos, diversas imágenes y textos escritos, y completaba la decoración una serie de cuadros colgados en la pared.

—Esta exposición está dedicada a F.J. Navarro, un artista carmonense con una vasta trayectoria que domina el dibujo a lápiz, la acuarela y el acrílico.

Gonzalo se dejó llevar entre aquellos cuadros por un momento. Resultaba curioso ver cómo cada persona expresaba el arte de una manera. Ya fuese con un dibujo, una canción, una poesía o una pintura. Era, para algunos, básico, como necesidad biológica, dar rienda suelta a la creatividad de esas formas.

Tras dar una vuelta rápida por la estancia, echó su vista hacia abajo. Las baldosas de arcilla estaban colocadas de manera irregular, sin sentido alguno. Se agachó y fue comprobando si alguna sobresalía más de la cuenta, pero no encontraba nada.

—Revisemos bien cada esquina de cada baldosa —decía García—. He visto varias ligeramente levantadas.

—Si no tenemos la certeza de que sea alguna, tendremos que levantar todo el suelo.

María Luisa los miraba atónita. En su conversación telefónica con la Jefatura, le habían informado de que dos policías tenían que hacer unas comprobaciones, pero no imaginaba de qué se trataba.

—¿Les puedo ayudar en algo?

Gonzalo seguía deslizándose por el suelo, de rodillas. Alcanzó uno de los bloques blancos que contenía la biografía de F.J. Navarro y una foto suya. Aquel hombre de ojos grandes portaba una sonrisa, y la imagen en blanco y negro le daba cierto prestigio. No tenía en absoluto apariencia de artista, pero, viendo los cuadros de aquella exposición, se trataba de un genio, sin duda.

—¿Sabe usted cómo era la habitación de Colón? —preguntó Gonzalo.

—¿A qué se refiere?

—A cómo estaba distribuida.

—¡Ah! Es difícil saberlo. Tenemos documentación e incluso fotografías de cómo fue utilizada hasta que fue sede del centro de arte, pero no sé si mantendría la misma forma que en el año 1500. El escritorio se situaba justo ahí, donde está su compañero. A su derecha, había un armario de grandes dimensiones, y este hueco de ahí se utilizaba para lavarse. La cama estaba justo donde está usted, pegada a la pared.

Gonzalo abrió los ojos y parecieron salirse de sus órbitas. Recordó la información de la carta de nuevo: *"una baldosa levantada junto a la cama"*. No vio nada, y García se acercó para palpar junto a él.

Alzó de nuevo su vista sobre la gran columna blanca con la biografía del artista. Parecía, desde esa perspectiva, un rascacielos a punto de caer.

—Ayúdame, García.

Los dos arrastraron el pesado bloque, que parecía atascarse y estar a punto de volcar. *La baldosa levantada*, pensó el inspector mientras empujaba con fuerza.

Tras separarlo unos centímetros, encontraron una baldosa cuya esquina estaba ligeramente más elevada que las de su alrededor. Sobresalía al igual que muchas otras, pero la hipotética ubicación de la cama le decía que podría ser la correcta.

Cruzó los dedos mentalmente y sacó de su bolsillo una pequeña navaja, y García hizo lo mismo con un destornillador. Era lo único que habían podido coger antes de salir de la Jefatura.

Rasgaron la unión de las baldosas durante un rato. El polvo se acumulaba y García soplaba con fuerza. El inspector intentó tirar de la esquina con la yema de sus dedos, pero era imposible, tenían que seguir rasgando.

María Luisa salió al pasillo con su teléfono móvil en la mano. Los agentes escucharon cómo hablaba con el que supusieron que era su jefe, para informarle de lo que los agentes estaban haciendo.

Gonzalo seguía comprobando la movilidad de la baldosa. Tiraba sin descanso y volvía a rasgar. El cuadrado de barro comenzó a moverse como si fuese un diente a punto de caerse y, con un último movimiento, la baldosa salió.

Los dos agentes se lanzaron al pequeño hueco de arena que quedó en una zona de la habitación. Solo había tierra oscura.

Resoplaron extasiados y sudorosos, pero García no se dio por vencido y comenzó a sacar tierra con sus manos. Dos segundos después, la esquina de lo que parecía un libro comenzó a aparecer.

Capítulo 72

Sevilla, 7 de mayo de 2023

El sol atravesaba las ventanas de aquel piso del distrito de Sevilla Este. Gonzalo se perdía a través del cristal, poniendo su vista en el horizonte, donde los edificios dibujaban el *skyline* de una ciudad con encanto y con miserias, con penas y alegrías, con humildad y con narcisismo.

No era verano, pero lo parecía. En aquella ciudad no existía desde hacía años la primavera.

Se dirigió hasta la cama y besó en la frente a Vero, que disfrutaba perdida en su duermevela entre la suavidad de las sábanas de su domingo de descanso.

Bajó la escalera del edificio y se aproximó a los buzones. Sacó de su bolsillo la llave y lo abrió. Tan solo había una carta, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

> Querido Gonzalo:
>
> Tal vez esta sea la última carta que te escriba desde estas cuatro sucias paredes. El próximo martes salgo en libertad. Cuento las horas para vernos y que me cuentes con todo lujo de detalles cómo transcurrió la expedición.
>
> Han sido unos meses duros, pero por fin vuelve a salir el sol y todo gracias a ti, que en este tiempo has hecho mucho por mí.
>
> Nos vemos pronto.
>
> Con cariño, Carmen.

La sonrisa del inspector se mantuvo por unos segundos más cuando recordó todos los sucesos de los últimos meses. Tras dar con el cuaderno de bitácora, los telediarios y programas de todo el país pusieron su foco en aquel libro de cubierta negra que tenía más de quinientos años de historia.

El libro fue entregado al comisario para posteriormente ponerlo a disposición del Ministerio de Cultura. Allí, los expertos valoraron su autenticidad e intentaron recomponer la historia que había frente a él, como si de un puzle de recuerdos históricos se tratase.

Los programas de misterio habían dado con un tema morboso para cubrir casi todo el año de su programación. Diversas especulaciones se ponían sobre las mesas de aquellos expertos para captar la atención del público: un montaje, una conspiración de sectas secretas latinoamericanas para luchar contra la exaltación del colonialismo y el imperio español, y la posibilidad de que Alonso de Huelva se equivocase y no hubiese llegado a América.

Lo cierto es que, tras analizar aquel cuaderno, el Ministerio hizo pública su investigación. En ella, se descubrió que las anotaciones de las rutas tomadas por Alonso correspondían a una hasta América, concretamente al territorio ocupado ahora por la República Dominicana. Tras partir de allí, la ruta recorrida los había llevado hasta Cabo Verde, donde supuestamente se deshicieron del botín que robaron a los nativos. Siguiendo de nuevo su indicación, las últimas anotaciones del cuaderno de bitácora situaban a aquel barco en las proximidades de las Islas Madeira.

No fue tarea fácil negociar con la República de Cabo Verde. Las reuniones diplomáticas se extendieron a lo largo de tres meses y culminaron con el reparto del botín para ambos países.

Gonzalo estuvo presente en la expedición compuesta por arqueólogos españoles con la misión de encontrar aquellos cofres. La tarea se alargó durante unos días, pero finalmente pudieron cumplir su misión. Había pedido expresamente sumarse a aquella expedición que tenía como objetivo dar con el tesoro de Alonso de Huelva. Se lo debía en cierto modo a Carmen. Gracias a ella, el tesoro estaría en buenas manos, y no solo eso, sino que descubrió que la historia de España no era tal y como nos la habían contado.

Salió del edificio. El sol le cegaba y la calle estaba casi desierta. Los aspersores sonaban a lo lejos y el ambiente era caluroso. Apenas había tráfico. Olía a verano, a césped mojado, a planes con Vero, a días de playa y noches de terraza.

García lo esperaba en su vehículo y se subió con cierta tristeza. Era su último servicio con él, ya que había decidido irse a otro lugar, más cerca de su familia.

El inspector había aprendido a lidiar con las despedidas tan comunes en esta profesión, pero la forma de ser y la labor de su compañero calaron mucho en él. García era, sin duda, un luchador incansable. Había llegado el último a la brigada y se había ganado la confianza del inspector a base de trabajo, horas extras de investigación y una dedicación casi exclusiva. Valoraba a los hombres que llevaban por bandera aquello que en Estados Unidos se conoce por “servir y proteger”, pero que lo hacían desde la más absoluta humildad. Otros, por el contrario, sacaban a relucir su placa por satisfacer su ego narcisista, pero, a la hora de la verdad, huían de sus obligaciones.

—Jefe, un informante me ha dicho que *el Garbanzo* se encuentra en un domicilio a unos diez minutos de aquí.

Gonzalo asintió y García puso el coche en marcha. Condujo por la S-30 y se desvió en el prestigioso y amplio barrio de Los Bermejales. Detuvo el coche en doble fila en una calle amplia.

Un hombre con chándal y gorra roja se encontraba apoyado en la

pared, y García le hizo un gesto para que se marchara, por lo que Gonzalo supuso que era el informante.

—Son las ocho y media de la mañana. Los delincuentes no madrugan —bromeó Gonzalo.

—Quiero acabar mi etapa aquí de la mejor manera, y es metiéndolo entre rejas.

—Sí, vamos a acabar con esto de una vez por todas. Esperaremos a que salga —contestó el inspector—. ¿Confías en el informante?

—Jefe, en esta profesión no se puede confiar en nadie, pero no queda otra que comprobar si está en lo cierto, aunque tengamos que estar aquí todo el día.

No fue necesario ni tan siquiera esperar diez minutos. La puerta roja de un edificio se abrió y un hombre voluminoso y rapado salió de ella. Vestía chándal negro y zapatillas blancas. Era sin duda él.

Los agentes se apearon del vehículo y desenfundaron su arma. Gonzalo se relamía los labios, el final de otra investigación estaba cerca.

El Garbanzo se detuvo y echó la vista hacia la puerta. Los agentes aún estaban a unos treinta metros, por lo que mantuvieron la calma. Si él echase a correr, tendría bastante ventaja.

Por el portal por el que *el Garbanzo* había salido momentos antes, apareció una mujer de mediana estatura que fue al encuentro del delincuente y le dio la mano.

El inspector se detuvo. Sintió como si un rayo lo hubiese atravesado por completo y García se detuvo observándolo.

Su cara blanca y nauseabunda preocupó a su compañero y aquello solo tenía una razón.

Aquella mujer que acompañaba al *Garbanzo* era Ana Marín.

Agradecimientos

Poner un punto y final en un borrador es uno de los hechos más satisfactorios que se pueden experimentar. Esto no hubiera sido posible sin los primeros lectores y correctores de esta novela como son Tamara y mis grandes amigos, Manuel Jesús Palma y Francisco Javier Navarro.

Si algo he llegado a ser en esta vida, es por el apoyo de mi familia. Gracias a mi hermana Juani, por beberse mis dos novelas en tiempo récord para corregirlas y darme su opinión, por quitar tiempo a su familia para dedicarla a los hobbies de su hermano. A mi hermana Rosa, por ayudarme siempre que lo he necesitado y por darme la mano siempre para atravesar mis líneas de meta. A mis padres, por su eterna preocupación y por haberme dado el lujo de nacer en el amor de una familia unida. A mis sobrinos Carlos, Álvaro, Iván y Helena por darme los mayores besos y abrazos cada domingo y brindarme los mejores momentos en Jamilena.

Hablando de familia, gracias a Vanessa por lidiar conmigo en los momentos difíciles, darme aliento cuando más lo he necesitado y construir los cimientos de algo bonito.

Gracias a mi tío Jose, por los recuerdos que me ha dejado, por haberme permitido conocer la amabilidad y el buen corazón hechos persona y por descubrirme aquella película llamada *Cocodrilo Dundee*.

No podía dejar pasar la ocasión de agradecer a Carmen, de @carmensevillatours, por enseñarme como nadie el Palacio de Dueñas, por resolverme dudas, darme datos históricos y curiosidades y, en definitiva, por ser partícipe de que esta novela esté publicada.

Gracias a Juan José Hervás, por dar imagen y sonido a esta historia con el espectacular booktrailer.

Por ser una de las partes más importantes de la novela, decidí confiar la portada a Jose Manuel Durán, una persona con un talento increíble a la que le agradezco el tiempo dedicado en ella.

Mi eterno agradecimiento a Ana de la librería Aquarela de El Viso del Alcor; Carmen, de Papelería el Pilar de Jamilena, y Santi y Susana de la Papelería Delfos de Jaén por dar visibilidad a escritores sin nombre, pero soñadores.

Muchas gracias también a personas como Verónica Cano, Jesús García, Lázaro Moral y, en especial, a mi cuñado Fran por apoyarme en esta aventura y darme aliento.

Y, por último, mi especial agradecimiento a ti, querido lector, por dedicar parte de tu tiempo en leer mis historias que espero hayas disfrutado tanto como lo hice yo escribiéndolas.

Nota de autor

Para escribir esta novela, me he inspirado en lugares existentes de la ciudad de Sevilla.

Muchos de los datos que aparecen en ella, se refieren a situaciones o hechos que sucedieron en realidad; otros lugares pueden parecer reales, pero quizás sean pura coincidencia.

Una de las protagonistas, Carmen, es de carne y hueso y es guía en Sevilla. Afortunadamente, lo que sucede en la novela es simple ficción. Tan solo cogí su trabajo y apariencia para crear el personaje.

Podéis conocerla en Instagram: @carmensevillatours.

En algunos capítulos se habla de Celia, una niña que sufre una enfermedad rara llamada Déficit de factor V. Tristemente, esto no es ficción, y Celia es una niña que tuve la suerte de tener como alumna. Necesita recursos económicos para la investigación de su tratamiento. Podéis encontrar toda la información en Facebook: *Una esperanza para Celia*.

Me gustaría comentar con vosotros qué os ha parecido *La andaluza errante* o *La llave de la historia perdida*. Podéis escribirme por redes sociales o a mi email a pedrogarridoescritor@hotmail.com y estaré encantado de intercambiar sensaciones y opiniones.

La andaluza errante es la segunda parte La llave de la historia perdida, por lo que os recomiendo leer la anterior para dar un sentido más amplio y conocer más sobre Gonzalo.